

La Guerra de las Galias
y
La Guerra Civil
Cayo Julio César

Freeditorial 

Introducción de Víctor Saltero

Los únicos libros que han llegado hasta nosotros de Julio César han sido los llamados “Comentarios de la Guerra de las Galias y de la Guerra Civil”. Estos tienen un valor literario e histórico únicos, pues no es nada frecuente que el máximo protagonista de unos hechos de tanta relevancia escriba sobre ellos en el mismo instante que se están produciendo. Sus escritos, cuando llegaban a Roma, eran devorados por los ciudadanos y los poderes públicos, asombrados por vivir día a día acontecimientos que sucedían tan lejos.

Estas fueron las primeras guerras de la historia del hombre que han sido contadas por “un medio de comunicación” en tiempo real. Pero también nosotros participamos, dos mil años más tarde, del privilegio de poder leer las palabras del protagonista principal de aquellos sucesos, el cual los narraba de su puño y letra.

Suele suceder que las traducciones de libros de autores clásicos estén desfasadas con respecto al lenguaje actual. Es decir, sean traducciones muy antiguas, lo que hace tropezar al lector continuamente y ello le impide disfrutar adecuadamente de la lectura. Y además en el caso de César, para traducirlo, acostumbra a emplearse un estilo áulico y apologético, y esto es un freno para hacerlo llegar a todo el mundo al no utilizarse el lenguaje claro, sencillo y limpio que el romano utiliza en los textos originales.

César no escribía para snobs quisquillosos de las formas literarias, escribía para el ciudadano normal y con un admirable sentido periodístico. Tanto es así, que lo hacía en tercera persona como si él no fuese más que un corresponsal de guerra que analiza los acontecimientos desde cierta distancia intelectual, en vez de ser el centro y el protagonista de la historia.

Es por ello que hemos intentado traer los escritos de César al lenguaje actual, de forma fiel al original, dando vida a la piedra de los personajes y lugares donde las acciones se desarrollaron, de forma que unos dejen de estar momificados y los otros se vuelvan reconocibles para nuestra comprensión de hoy en día; aunque no siempre es posible pues muchas tribus, territorios y ciudades no tienen exacta equivalencia hoy.

Para conseguirlo, como si de la limpieza del lienzo de un cuadro antiguo se tratase, hemos ido quitando cuidadosamente las capas que el tiempo y las traducciones -no siempre afortunadas-, han ido sumergiendo el escrito original. Tras esta limpieza emerge con toda fuerza, color y claridad, la portentosa narrativa de César.

Merecía la pena afrontar este reto pues estamos ante la obra más importante

de la literatura latina, y si su realización consigue hacer más cercanos momentos tan cruciales de la historia del hombre, como son los que a la postre significaron estas guerras aquí descritas por su protagonista principal, y que más gente se divierta leyendo lo que escribió el romano, habrá merecido la pena el esfuerzo.

El Personaje

Nació en una familia aristocrática y pobre, se cree que en el año 100 a.C.

Contrariamente a cierta leyenda que le reviste de solemne seriedad, César era un perfecto hombre de mundo, galante, elegante y lleno de humor que encajaba perfectamente las puyas ajenas a las que solía responder con satírica ironía. Era indulgente con los vicios ajenos, posiblemente porque también tenía que ser indulgente con los propios; y una de las razones por la que la aristocracia lo aborrecía tanto es porque las esposas de muchos aristócratas competían entre sí para ser seducidas por él.

Los conservadores –es decir los aristócratas que controlaban el Senado romano– lo odiaban porque intuían que aquel hombre, que se presentaba por el partido del pueblo a pesar de su ascendencia aristocrática, estaba decidido a terminar con sus privilegios amasados durante siglos, sobre todo a partir de las victorias sobre Cartago.

César, en el más profundo sentido de la palabra, fue un hombre de Estado. A su vez, fue uno de los prototipos más perfectos de lo que más tarde se conocería como hombre del Renacimiento: prodigioso orador, brillante escritor, arquitecto, ingeniero, militar y político único en la historia de la humanidad.

Cicerón decía de sí mismo que era el mejor orador de todos los tiempos; solo refunfuñaba, maldiciendo entre dientes, porque el destino le hubiese jugado la mala pasada de que César fuese contemporáneo suyo, pues entendía que éste le superaba en el uso de la palabra.

César como literato ejerció las creaciones poéticas, históricas, de astronomía, agricultura, viajes, etc. las cuales conocemos por coetáneos de él, pues, salvando las que aquí presentamos, el resto no ha llegado hasta nosotros. Para juzgar sus dotes basta con lo que ha sobrevivido hasta hoy y que aquí mostramos, donde presenta una narrativa sobria, precisa, sin artificios y elegante, aunque sin ostentación. Sus obras literarias son tan originales, y redactadas sin ayuda de persona alguna, en las que lejos de imitar algún estilo literario concreto, crearía uno digno de imitación.

Como anécdota curiosa, recordamos que otra aportación de Julio César a la literatura fue el invento del libro encuadernado que usamos actualmente; lo creó por cuestiones prácticas, pues era más cómodo de trasladar en sus múltiples viajes que los rollos que entonces se usaban.

A lo largo de la historia de la humanidad las guerras, en la mayor parte de las veces, no han servido más que para producir dolor y miseria, no resolviendo casi nunca las cuestiones que las provocaron. De hecho, lo que la Historia nos demuestra es que cada final de una guerra no ha sido más que el preludio de la que vino después. Una de las facetas fundamentales de este personaje es que sus guerras –además de producir el consabido e inevitable dolor- tenían el objeto último de una paz universal y eterna. Casi lo consiguió: durante los cuatrocientos años siguientes prácticamente no hubo guerras.

Cuando se habla de los grandes caudillos de la Historia siempre se mencionan a Alejandro, Aníbal, César y Napoleón. En realidad, si juzgamos por los hechos de cada uno de ellos y por las consecuencias de esos hechos, establecer similitudes entre estos cuatro personajes es un disparate histórico. Alejandro fue un aventurero, formado en los cuarteles, que heredó una organización militar muy bien construida por su padre y la dilapidó en una especie de marcha triunfal hasta la India que, en cuanto murió, se convirtió en Nada, repartiendo los territorios conquistados entre sus generales.

Aníbal fue militar desde niño, convirtiéndose de adulto en un fantástico caudillo y un táctico de primer nivel. Afrontaba las batallas con gran habilidad, pero terminó perdiendo la guerra con Roma porque su visión del mundo estaba equivocada. Fue algo muy parecido a lo que sucedió en la II Guerra Mundial a los japoneses con respecto a los americanos; los japoneses no previeron adecuadamente que, tras el ataque a Pearl Harbour, la cantidad de recursos humanos e industriales de USA terminarían aplastándolos. A Aníbal le pasó exactamente lo mismo: por más ejércitos de Roma a los que vencía, ésta, que tenía muchos más recursos humanos e industriales que Cartago, le presentaba otros nuevos que terminaron derrotándolo. Aníbal no lo previó, y ello condujo a la aniquilación de su patria.

El caso de Napoleón es el más sorprendente. Como los otros –Alejandro y Aníbal- era militar de carrera. Pero, tras estudiar y leer casi todo lo publicado sobre este personaje, se sigue sin conseguir averiguar por qué tiene tanta notoriedad. Ganó batallas, es cierto, pero perdió todas las guerras sin excepción, en las cuales cometió errores estratégicos de niño de 1º de BUP. Por ejemplo, fue a Egipto a luchar, pero cuando se vio en peligro salió huyendo hacia Francia dejando desamparados a sus hombres en el desierto. Más tarde, sin resolver el problema de España al sur de su país donde estaba atascado, se lanzó en la otra punta de Europa a la conquista de Rusia, donde lo descalabraron dejando más de medio millón de muertos solo contando los

suyos. Perdió las guerras, y cuando lo desterraron a Santa Elena retornó la monarquía borbónica a Francia, a la que él había estado combatiendo. Por tanto, fue inútil el reguero de millones de víctimas que las guerras napoleónicas dejaron por toda Europa. Algunos, que lo han mitificado, lo justifican porque aunque se pagara ese precio colosal, dicen que consiguió sembrar la semilla de la libertad y de la igualdad que había preconizado la Revolución Francesa, lo que no es cierto en absoluto. La realidad es que, efectivamente, sembró la igualdad en múltiples países, pero la de los cementerios, los cuales llenó de víctimas de sus campañas militares, pues los monarcas, tras él, siguieron reinando por toda Europa.

En definitiva, comparar este personaje con cualquiera de los otros tres es simplemente ridículo. La única explicación que puede encontrarse para justificar la popularidad del corso parece estar, por un lado, en el chauvinismo francés, pues a este pueblo le trae a la memoria alucinaciones de grandeza al haber dominado a sangre y fuego la mitad de Europa durante unos pocos años. Por otro en sus propios vencedores, pues a mayor reconocimiento de habilidades del enemigo, mayores méritos pueden otorgar a sus victorias. Y, por último, a la izquierda política que lo utiliza como símbolo de la lucha contra las monarquías; aunque, en realidad, el mismo Napoleón terminó convirtiéndose en un monarca.

César es un personaje de muy distinto calado. Para empezar no era militar; era un civil que, al ser nombrado cónsul por el Senado, asumió -como parte de las obligaciones del cargo-, el mando de la mitad del ejército romano. Cuando terminó la guerra civil volvió a la política y jamás permitió que los militares gobernaran Roma. Tanto es así que cuando designó sucesor lo hizo en otro civil, para desilusión de Marco Antonio que era un militar de carrera. Nombró a su sobrino Octavio, que apenas contaba diez y siete años -el Senado después lo ratificaría como era preceptivo-, en el cual adivinó cualidades y grandes dotes para gobernar a pesar de su corta edad, que después el tiempo confirmaría.

El lector, en estos escritos de César, podrá observar las grandes diferencias existentes entre una guerra dirigida por un político o un militar. Las decisiones de César, sin excepción, están guiadas por el objetivo político de obtener unas fronteras seguras y estables para su país con el menor costo posible en sangre, empleando para ello, sin remordimientos, medidas duras ejemplarizantes en las pocas ocasiones que lo consideró necesario; pero muchas más veces utilizó la negociación y comprensión como herramienta para sus fines. Con ello consiguió un mundo en paz durante siglos.

La historia está llena de guerras donde han prevalecido los criterios militares sobre los políticos, los cuales, invariablemente, han llevado a convertir en inútil el dolor y sangre derramada en ellas. Los casos de

Alejandro, Aníbal y Napoleón son evidentes ejemplos de esto, pero aún más reciente es el de la Primera Guerra mundial, que dio paso a la Segunda, y esta a la conocida como Guerra Fría, que se manifestaba –y aún perdura- con continuos episodios de guerras calientes por todo el Planeta. En conclusión, resuelven unos problemas y crean otros nuevos como consecuencia de guerras mal resueltas; emergiendo peligros cada vez más graves por los avances que la tecnología aporta en forma de mil avanzadas maneras de matarnos.

En contraposición a esto, César, hizo que los fines políticos fuesen siempre los predominantes, y entendió al ejército, exclusivamente, como un instrumento de dichos fines; no deteniéndose hasta que ambas guerras quedaron resueltas de manera que el mundo resultante de ellas fuese mejor que el anterior a las mismas. De ahí nació el más largo periodo de paz y prosperidad que el hombre ha conocido. Tanto es así, que en los siglos posteriores los reinos colindantes solicitaban repetidamente su incorporación al Imperio –como hoy solicitan entrar en la comunidad Europea-, aunque solían ser denegada dichas solicitudes por los romanos.

En el plano estrictamente militar, César, perdió muy pocas batallas y ganó todas las guerras sin excepción, las cuales siempre tenían objetivos claros y precisos, y se pueden dividir en dos partes: la Guerra de las Galias, cuyo fin último era establecer unas fronteras naturales y seguras para Roma, que la pusiese al abrigo de las incursiones belicosas que los galos hacían desde hacía siglos por Italia y la Francia romana. Y la Guerra Civil, por la que derribó a una República que estaba absolutamente corrompida y en decadencia, y por ello le hacía temer un pronto fin de su Patria.

Una vez en el poder creó instituciones políticas estables, cuyas estructuras son las que seguimos utilizando actualmente. Fue tan amado por su pueblo que tras su asesinato Roma lloró amargamente. Cuentan sus coetáneos que los funerales fueron los más solemnes que nunca se habían visto: comunidades de todas las provincias seguían al féretro junto a veteranos cantando sus himnos. Los soldados echaron sus armas sobre la pira donde se quemó el cadáver y los gladiadores sus ropas. Toda la noche en la que estuvo ardiendo el cadáver la ciudadanía en pleno permaneció reunida en torno al féretro, y al amanecer exigieron al Senado la captura y castigo de los culpables. El Senado no se pudo negar temiendo que la turba terminara con ellos.

En definitiva, este extraordinario personaje, en torno al cual el mundo a partir de entonces comenzaría a girar, ha quedado tan grabado en el subconsciente de los pueblos que su nombre sigue significando, dos mil años más tarde, símbolo del más alto Poder.

A partir de su muerte, debido a su inmenso prestigio, su nombre pasó a convertirse en un título que investía de legitimidad a sus sucesores. Es por lo

que desde ese momento sus descendientes usaban como título el apellido de aquel. Pero eso no solo afecta a la época romana: los títulos Zar y Káiser significan César en ruso y alemán respectivamente. También, en otro orden de cosas, todos sabemos que el mes de julio tiene esta denominación en homenaje a César. En resumen, por muchas razones su huella siempre está presente.

Sus contemporáneos cuentan de él que era capaz de estar leyendo dos o tres documentos simultáneamente y al mismo tiempo dictar cartas. Encabezaba a sus legiones en todos los instantes de riesgo y, salvo momentos puntuales con intenciones ejemplarizantes, procuraba actuar con el menor derramamiento de sangre posible. Tanto es así que Casio y Bruto, que lo asesinaron, habían sido enemigos suyos que lucharon durante la Guerra Civil con Pompeyo en el bando de los aristócratas, y que tras ser derrotados en la batalla de Farsalia solicitaron perdón a César. Éste no solo se los concedió sino que incluso los reintegró al Senado romano. Después, durante los idus de marzo, se lo agradecerían asesinándolo.

Es curioso observar cómo poetas y mal informados tergiversan la historia, en este caso en particular adornando a Bruto y Casio de unas cualidades de las que evidentemente carecían. Bruto no era más que un aristócrata opulento y frustrado por la pérdida de privilegios, cuya profesión era la usura con la que exprimía a sus deudores. Al igual que Casio estaba resentido con César porque éste, entre otras muchas cosas, suprimió por ley la usura y el derecho que sobre vida y hacienda tenían los prestamistas sobre los deudores. Eso hizo mucho daño a sus negocios, lo que los convirtió en unos resentidos. Después se ha intentado revestir de supuestos altos ideales el asesinato que cometieron.

César, en los territorios que conquistó, procuró hasta donde pudo respetar las costumbres y derechos de los autóctonos, siempre que estos no vulneraran principios fundamentales de la Ley Romana. Por ejemplo, prohibió los sacrificios humanos que eran práctica habitual en algunas zonas de España y en la Galia, donde los ejecutaban esos simpáticos druidas que aparecen en los comics franceses. Por otro lado, cuando tras licenciarlos instalaba a sus veteranos entregándoles tierras para la labranza lo hacía en terrenos que compraba a sus propietarios, evitando arbitrariedades.

Anécdotas

El conocimiento de algunas anécdotas sobre la vida de algún personaje ayuda a conocer matices de él que, a veces ante sus grandes logros, son difíciles de percibir. Esto sucede con César especialmente dado las dimensiones de sus hechos. Por ello, recordamos algunas anécdotas que

ayudan a completar el conocimiento de un perfil humano tan complejo.

César se casó muy joven y en ese tiempo gobernaba la República Romana, con mano de hierro, Sila que había vencido en guerras muy cruentas a Mario. Por una serie de razones Sila ordenó al joven Julio que se divorciase. César se negó. Como respuesta Sila lo condenó a muerte. Por la intervención de unos amigos comunes el dictador cambió la condena a muerte por el exilio. César se rio de él diciendo que hacía una estupidez. Pero parece ser que Sila lo sabía perfectamente, pues comentó a sus íntimos que era consciente de que estaba haciendo una sandez perdonándolo, “porque aquel jovencuelo –dijo- valía muchos Marios”, en referencia a su antiguo opositor y enemigo.

De joven, en un viaje por mar, fue capturado por unos piratas. Estos pidieron veinte talentos por su rescate. César contestó con insolencia que eso era muy poco, que prefería entregar cuarenta. Mandó a conocidos suyos a buscarlos, distraendo la espera escribiendo poesías. Cuando estos volvieron con el dinero César prometió a sus captores que los ahorcaría. Mantuvo su palabra, pues apenas liberado fue a Mileto, fletó una flotilla, persiguió a los piratas, recuperó su dinero y los colgó.

La anécdota siguiente es curiosa porque permite entender una de esas frases de César que todos conocemos, y que en realidad tiene matices diferentes a la interpretación que suele dársele. Veremos que la usó como parte de una jugada política, más que como una cuestión de orgullo personal:

Clodio, joven aristócrata, sedujo a la mujer de César durante la juventud de este; se trataba de su primera esposa. En el juicio de divorcio César defendió la honorabilidad de Clodio, argumentando que este era incapaz de hacer nada de lo que se le acusaba, cuando en realidad había hecho cosas mucho peores. Por ello el juez, extrañado, le preguntó: “¿entonces por qué te divorcias?” Y aquí dijo la famosa frase que aun hoy se utiliza: “Porque la mujer de César no puede estar mancillada ni siquiera por la sospecha”.

El por qué tuvo tanto empeño en salvar a aquel golfo que se había acostado con su mujer se supo inmediatamente: Clodio se presentó como candidato al tribunal del pueblo y César lo apoyó. Quería a un deudor suyo en un puesto importante políticamente, pues para César el honor conyugal no tenía la más mínima relevancia; de hecho siempre se rio de él fuesen hombres o mujeres quienes lo vulnerasen.

La batalla de Farsalia fue, según todos los expertos, una obra maestra táctica

de César que perdió solamente doscientos hombres, mató a quince mil y capturó a otros veinte mil los cuales ordenó salvar. Celebró la victoria en la suntuosa tienda de Pompeyo que convencido de su triunfo -dada su superioridad numérica y la mejor posición que gozaba su ejército sobre el terreno-, había mandado preparar un suculento banquete para celebrar el esperado éxito. La víspera de la batalla, en el campo de los aristócratas, todo eran discursos, comilonas, consejos tácticos e ideas para el reparto de bienes de los romanos que estaban en el campo contrario. En el de César las cosas eran muy distintas: comió el rancho junto a sus soldados, dio las órdenes oportunas para la batalla -sencillas, directas e indiscutibles-, y mandó a sus legionarios a descansar para lo que se avecinaba. Cuando tras la victoria entró en la tienda de Pompeyo mandó destruir sin abrir toda las cartas y escritos que allí encontró, no queriendo conocer cuántas miserias y traiciones podría encontrar en ellos.

En persecución de los hijos de Pompeyo, que habían huido a Africa donde levantaban un ejército, César, tras su romance con Cleopatra y poner orden en Roma, tenía necesidad de utilizar las legiones que había enviado a descansar a Italia tras la victoria de Farsalia. Pero encontró que éstas, ociosas durante tiempo, estaban protestando y pidiendo que las licenciasen inmediatamente y que le pagaran todo lo que se les había prometido. Sus capitanes -incluido Marco Antonio- fueron incapaces de controlarlas. César se presentó ante las legiones sublevadas desarmado, y con su serenidad habitual dijo que consideraba legítimas sus reivindicaciones y que las satisfaría cuando volviera de Africa, dónde iba a combatir con otros soldados. En el discurso a los legionarios los llamó “ciudadanos”, en vez de “compañeros” como solía hacer. Dice Suetonio -el historiador romano- que los veteranos se estremecieron de vergüenza y de arrepentimiento, gritando que aquello no podía ser, que los soldados de César eran ellos. Éste, tras simular que dudaba, aceptó el arrepentimiento de sus legionarios, sencillamente porque no tenía otros y estos rebullían de ardores de redención.

Referencia de los Grandes Historiadores

Para profundizar sobre la persona de César es muy interesante conocer que dicen sobre él los más importantes historiadores. He aquí algunas valoraciones que estos hacen sobre el romano.

Cicerón (Contemporáneo de César, senador, orador y abogado)

"Su espíritu nunca se conformó con los estrechos confines que la naturaleza nos impone".

Theodor Mommsen (Premio Nobel de Literatura por su libro *Historia de Roma*)

"Ningún historiador ha podido hacer un retrato completo de César, nadie lo ha logrado reproducir con claridad. El secreto está en la perfección del modelo. Dotado de una fuerza creativa poderosa, y al mismo tiempo de una portentosa inteligencia, César era un hombre completo. Pero precisamente ahí radica la dificultad, si no la imposibilidad, para hacer una descripción exacta de él. Igual que el pintor puede pintar todo excepto la percepción de la belleza, el historiador solo una vez cada mil años encuentra la perfección, y entonces se ve obligado a guardar silencio."

Indro Montanelli (Premio Príncipe de Asturias, historiador y periodista italiano)

"César, para desarrollar su Revolución llamó a colaborar a la burguesía industrial y mercantil, que se convirtieron en sus banqueros y consejeros. No admitía despilfarros e incompetencias, y para excluir unos y otras, el tiempo no le bastaba jamás. César pasaba gozosamente sus atareadas jornadas implantando la política de pleno empleo y construyendo la Nación Romana."

Jérôme Carcopino (Historiador francés, especializado en Roma antigua, miembro de la Academia Francesa e Instituto Arqueológico Alemán)

"...incluso después de su muerte siguió siendo la ley viviente. Solo tenían que publicar en desorden, sin coordinarlos ni corregir, los borradores legislativo que César había dejado en los cofres, para que fuesen recibidos con veneración y grabados en bronce hasta en los pueblos más pequeños del Imperio...Así se establecieron, con estas leyes póstumas y para muchas generaciones, los estatutos que regularían el futuro"

S. I Kovaliov (Historiador y Catedrático de la Universidad de Stalingrado durante la Unión Soviética)

"Con la muerte de César desapareció uno de los más grandes personajes de la historia...Construyó el edificio del Estado. Fue un hombre de geniales virtudes y de elevada cultura. Se fundían en él las cualidades de un gran jefe militar con los vastos horizontes de un excelente político; su

personalidad desbordaba de prestigio y dominio.”

Winston S. Churchill (Primer Ministro Británico durante la Segunda Guerra Mundial y Premio Nobel de literatura)

“Al terminar la guerra interrogaron al general alemán Jodl sobre cómo habían pensado invadir Gran Bretaña, cuando en 1940 lo planificaron con el fin de terminar con nuestra resistencia; a lo que el militar germano respondió con impaciencia: Nuestros planes eran muy parecidos a los de Julio César; en referencia a como, dos mil años antes, el romano había invadido las islas, y como sus tácticas seguían teniendo vigencia veinte siglos después”.

Francesco Bertolini (Premio Consejo Superior de Instrucción Pública de Italia por su libro Historia de Roma)

“Si un genio pudiese impedir la disolución de un mundo, César hubiese impedido el del antiguo. Hizo lo que cabía: prescribir un nuevo régimen adaptado a las circunstancias; reorganizar el Imperio, moralizar la administración, salvar el peligro del momento y trazar un plan de conducta para el porvenir. Creó la administración municipal libre, combatiendo la corrupción, e introduciendo la más alta civilización”.

Edward Emily Gibbon (Historiador, Miembro de la Royal Society y del Parlamento Británico)

“Posiblemente la época más feliz de la humanidad, y a veces pienso que la única, ha sido la del Imperio Romano organizado por Octavio Augusto inspirándose en César”.

Adrian Goldsworthy (Historiador Británico, especialista en historia militar del mundo clásico, doctorado en Oxford y asesor en documentales de History Channel)

“César, como general, ha sido objeto de admiración generalizada a lo largo de los tiempos. En los siglos siguientes, a medida que los Estados empezaron a crear ejércitos profesionales, los estrategas militares recurrieron con frecuencia a los escritos de César en busca de iluminación. Napoleón afirmó a menudo haberse inspirado en César...Más de dos mil años después su historia nos sigue fascinando. Una cosa es segura: estas no serán las últimas palabras que se escriban acerca de Julio César”.

Algunas Citas de César

La claridad de pensamientos y la universalidad de los mismos, así como la brillantez para sintetizarlos y el conocimiento que de la naturaleza del hombre tenía César, queda evidenciado en esta relación de citas suyas.

“Llegué, vi y vencí”

(La explicación más precisa y parca que se puede dar sobre una victoria militar. Escrita por César en una carta enviada a Roma en 44 a.C. después de haber derrotado a Farnaces en Zela - Turquía- solamente en cinco días)

“La suerte está echada”

(Esta frase la citó e inmortalizó César al cruzar el Rubicón, ya que las leyes romanas prohibían que nadie cruzase con tropas ese río del norte de Italia, declarando proscrito al que lo hiciese. Con el acto de pasarlo –decisión que por primera vez en su vida había hecho dudar a César pues no deseaba enfrentarse con otros romanos-, dio comienzo oficialmente la guerra civil)

“Divide y opten el poder”.

(Que llega a nuestros días como: “divide y vencerás”)

“La experiencia, acompañada de la inteligencia, es la maestra de todas las cosas”

(Esta frase ha llegado a nosotros mutilada: la experiencia es la madre de todas las cosas)

Otras citas son:

"En la guerra causas triviales producen acontecimientos trascendentales”

“Si tienes que infringir la ley hazlo para tomar el poder, si no es el caso, observa la ley”

“Todos los hombres son por naturaleza celosos de su libertad y enemigos de la servidumbre”

“Por lo general ante un peligro extremo puede más el miedo que la compasión”

“En las desdichas es cosa habitual que los amigos se conviertan en enemigos”

“Es tan cierto que fácilmente creemos lo que deseamos, como que nos convencemos de que todos han de sentir lo que nosotros sentimos.”

“Los cobardes agonizan muchas veces antes de morir. Los valientes ni se enteran de su muerte”.

"Solo los cobardes son valientes con las mujeres"

“Tan difícil me es pronunciar amenazas, como fácil cumplirlas”

"Nada es más fácil que censurar a los muertos"

"Nada es tan difícil que no se pueda conseguir con coraje"

“Mientras me quede algo por hacer no habré hecho nada”

"Amo la traición, pero odio al traidor".

"Apresúrate despacio".

"Por norma los hombres se preocupan más de lo que no pueden ver que de lo que ven".

La Revolución de César o el Nacimiento de la Civilización Occidental.

Lo que conocemos actualmente como Civilización Occidental nace y evoluciona de la mezcla de dos revoluciones: la de César, y la del cristianismo incorporado trescientos años más tarde.

Cada una de estas revoluciones aportó parte de las características que hoy tiene nuestra civilización.

Las primeras características de aquella fue César quien las estableció al marcar la línea que separa la civilización de la barbarie, por medio de una serie de principios éticos, los cuales son perfectamente detectables para el lector en los propios escritos del romano: por primera vez en la historia del hombre la Vida se convierte en un valor en sí mismo y un bien a proteger.

Otra aportación clave lo supone la Ley -que es el máximo logro social del hombre-, siendo Roma la creadora del derecho moderno y César quien lo potenció y convirtió en igualitario entre hombres y mujeres, y entre clases

sociales. Desde entonces procuró que la convivencia entre las personas fuese regulada por las leyes, y que es función primordial del Estado proteger a sus ciudadanos. Ciertamente es que nunca estos principios han sido perfectos en su aplicación, y a lo largo del tiempo se dan pasos adelante y atrás; obsérvese, por ejemplo, la hecatombe que supuso la Edad Media. Pero las ideas, y el inicio de su puesta en práctica, nacieron de la Revolución Cesariana.

Fue la primera sociedad que convirtió al hombre en el destino de la atención del Poder público. De hecho SPQR, que eran las siglas con las que Roma firmaba todos sus decretos, significa “en nombre del Senado y del Pueblo de Roma”. Lo habitual era –y lo sigue siendo en múltiples países- que se legislase en nombre y capricho del sátrapa de turno.

Los efectos reales de esta preocupación por el hombre se pueden juzgar incluso en la arquitectura: Los romanos, en vez de realizar mastodónticas e inútiles obras como las pirámides, los templos griegos, las catedrales góticas, o los inmensos palacios renacentistas –todos ellos tenían el objetivo de sobrecoger a los pueblos como manifestación del Poder del poderoso-, construían ciudades para la gente normal con casas, agua corriente, escuelas, carreteras, teatros, etc.

En definitiva, junto a ciertas naciones de la época actual, ha sido la única etapa histórica en que el ciudadano ha importado al poder político, pues en la edad media todo esto desapareció y dicho poder se lo repartieron hasta hace pocos siglos, con supuestas legitimaciones divinas, tanto las monarquías como las religiones. Aún continúa igual en muchas partes del mundo.

César, por medio de su Revolución, construyó un nuevo mundo sobre las ruinas de la República romana que estaba dominada por una decadente aristocracia. Lo construyó con el material de las ruinas mismas, teniendo el cuidado al hacerlo de producir el menor dolor posible.

Trescientos años más tarde, cuando el emperador Constantino por razones políticas, que no religiosas, convirtió al cristianismo en religión del Estado Romano, que hasta entonces siempre había sido laico, se incorporó el otro componente –y no siempre para bien- de lo que conocemos hoy como cultura occidental.

La imagen distorsionada que de Roma tiene el hombre actual nace, fundamentalmente, de clichés nacidos de novelas y películas –que crean espectáculo, no historia, como confesó un famoso director-, de ciertas tendencias políticas, y de propaganda de las diversas religiones cristianas con el objetivo de sublimar sus orígenes. En todo caso, estarían más próximos a dichos clichés, los comportamientos de la época republicana que la etapa del Imperio. Pues es cierto que Roma durante la república fue un estado depredador que no pasó de ser una ciudad-estado, y que tenía su economía

basada en la guerra. Por ella llegaban las conquistas de tierras, los esclavos y la rapiña de los tesoros de los derrotados. Esto fue cambiado por la Revolución de César, creando la primera nación moderna.

Siguiendo con lo que conocemos como civilización o cultura occidental, es interesante subrayar que se ha creado un cierto mito que tiende a exagerar la aportación de Atenas a ella, pues en realidad no fue demasiado relevante, salvo en filosofía y algunas ciencias.

La realidad histórica es que, a pesar de lo que muchas veces se afirma, ni Grecia ni Atenas fueron las inventoras de la democracia.

Para comenzar hay que recordar que Grecia no existía como nación. La componía un puñado de ciudades-estados que andaban siempre de peleas entre ellas.

De esas ciudades-estado fue Atenas la que practicó durante una corta etapa lo que llamaba democracia, y que hoy no aprobaríamos como tal. Sabemos que las únicas personas con derecho a voto eran los varones libres nacidos de padre y madre ateniense, mayores de veintiún años. Dichos ciudadanos suponían alrededor de 45.000, sobre una población de 300.000 almas que existían en la Urbe en la llamada edad de oro ateniense, en torno al siglo V a.C.

En la teórica democracia ateniense no podían votar las mujeres, que no tenían derecho ni siquiera a la cultura, pues no estaban consideradas ciudadanas; en realidad, su situación, era muy parecida a la de la mujer en el mundo islámico actual. Tampoco votaban los extranjeros o metecos, que eran hombres libres que vivían en Atenas, pero provenían de ciudades vecinas y pagaban grandes impuestos; ni tampoco los habitantes del campo, ni el grupo social más numerosos, los esclavos, que carecían de cualquier derecho y los dedicaban a las más duras tareas.

En definitiva, apenas el 15% de la población tomaba las decisiones que imponían a todos los demás.

Esto no era democracia -ni algo novedoso en el terreno político-, era, exactamente, la misma forma de gobernarse que siempre habían tenido desde miles de años antes las tribus, donde los hombres se reunían y votaban sobre las disposiciones a tomar en cada caso, y para nombrar jefes. Lo único que aportó Grecia a este respecto fue el nombre “democracia”, no el contenido filosófico de la palabra y menos su aplicación. Lo curioso es que el mito griego –igual que el egipcio- ha llegado a nosotros con fuerza, precisamente, por los romanos, pues son estos los que incorporaron a su mundo dicho mito y por medio de ellos ha llegado al nuestro, ya que somos sus herederos culturales.

En conclusión, la influencia que César y Roma han tenido en la historia del hombre –sobre todo del occidental-, es demasiado grande como para resumirla en este escrito, y más teniendo en cuenta que no es el objetivo del mismo. Así que solamente vamos a señalar algunas de las cosas que César implementó con su Revolución, pero no vamos a desarrollarlas pues para eso necesitaríamos un

libro exclusivamente dedicado a ese fin:

Fue el creador del concepto actual de Nación, el cual puso en marcha por medio de su ley sobre los municipios donde dividió el poder central -que hasta entonces ejercían las ciudades-estados de forma absoluta- entre dichos municipios, los gobiernos provinciales, y la administración central. A partir de la promulgación de esta ley, Roma se convirtió en una ciudad más -la capital política- de una nación unificada por el idioma, las leyes, las carreteras y el comercio, que conoceríamos desde entonces con el nombre de Imperio Romano. El africano, el sirio, el español, el inglés o el francés se sentían tan romano como hoy un ciudadano de Texas, Ohio o California se siente estadounidense. De hecho todos esos territorios dieron emperadores a la nación romana en diversas épocas posteriores a César.

Todas las instituciones estables que creó en diferentes momentos se coordinan perfectamente con su magnífico edificio del Estado, por lo que siguen en pie dos mil años después. La perfecta armonía de sus actos nació – en una época que no existían los satélites ni los aviones– de una visión global del mundo.

Potenció la igualdad ante la ley de todos los ciudadanos y de ambos sexos.

Estableció la unidad monetaria.

Cuando César llega al poder, en todo el mundo, los conflictos entre deudores y acreedores se saldaban con la esclavitud del deudor y de toda su familia, que pasaba a ser propiedad del acreedor con derecho de vida y muerte sobre ellos. César eliminó esto y creó un marco jurídico -que es el nuestro actual-, donde los deudores responden de sus deudas con sus bienes, y no más allá.

Hizo una reforma del calendario de manera que quedó unificado, el cual, con ligeras variantes, es el que seguimos utilizando en la actualidad. Hasta ese momento cada ciudad establecía su propio calendario en función a sus fiestas, fechas de nacimiento de sus gobernantes, etc. César entendió el mundo como un todo y de ahí vio la necesidad de implantar un mismo método para medir el tiempo.

Creó el primer periódico del mundo al fundar el Acta Diurna, que se publicaba diariamente e informaba a los ciudadanos de los debates y decisiones del Senado. Era gratuito.

Sus escritos han sido traducidos a todos los idiomas conocidos, y sus Comentarios de la Guerra de las Galias y la Civil son estudiados en casi todas las academias militares desde hace siglos.

Contexto Histórico

Nos hará más comprensible la lectura de los escritos de César si tenemos una visión general del contexto en el que se desarrollaron los hechos que describe.

Roma, en ese tiempo, estaba dividida políticamente en dos partidos: los populares, que controlaban la Asamblea que representaba al pueblo, y los conservadores que controlaban el Senado y representaba a la aristocracia. César era el líder de los populares; Pompeyo y Catón de los conservadores.

El poder legislativo correspondía a las dos cámaras y el ejecutivo a los cónsules, los cuales eran designados por periodos de un año y de dos personas para cada periodo. Por eso, antes de que el propio César cambiara el calendario, la forma de identificar el tiempo en Roma era “el año de los cónsules tal y tal” como se puede ver en sus escritos.

Cuando el Estado romano pasaba por dificultades graves solía elegir un dictador –en vez de dos cónsules-, pero las palabras cambian de significado con el paso del tiempo. Dictador, en la época de Roma, no tenía el sentido peyorativo actual de tirano. Era una figura jurídica que el Senado, por medio de un decreto, solía usar en situaciones especiales de riesgo y que revestía de amplios poderes al designado. Normalmente era por un plazo determinado o hasta que el riesgo desapareciera. La figura jurídica del dictador fue empleada múltiples veces durante la historia de Roma. En el caso concreto de César, inicialmente, el Senado lo eligió con este título de forma temporal, para más tarde hacerlo de forma vitalicia.

Por otro lado, el origen de la guerra de las Galias estaba en que desde siglos atrás los galos, con frecuencia, alteraban la paz de las ciudades del norte de Italia y del sur de Francia, que eran parte de Roma desde hacía tiempo. Entraban, saqueaban sus ciudades y después huían a refugiarse en los bosques de Francia, Suiza, Holanda, Bélgica y de la Alemania actual.

Cuando César fue nombrado Cónsul se le encomendó la dirección de las provincias fronterizas con los galos. A partir de aquí inicia la guerra con éstos en la búsqueda de unas fronteras naturales seguras, las cuales estableció en el Rin. Tras nueve años de guerra y vencer, pacificando definitivamente la Galia e implantando las nuevas fronteras –incluyendo parte de la Inglaterra actual donde desembarcó un par de veces–, su prestigio estaba por las nubes, así que levantó grandes preocupaciones y celos entre los aristócratas. Estos entonces intentaron, con triquiñuelas legales, apartarlo de la política y desposeerle del mando de sus legiones. Fue entonces cuando César decidió pasar el río Rubicón y dar comienzo a la Guerra Civil.

Para terminar, de forma leve, echemos un vistazo a la estructura básica del ejército romano: era un ejército profesional. Su unidad esencial era la legión, que solía constar de alrededor de 5.000 hombres de infantería y unos trescientos jinetes, cuando estaban completas. Eran identificadas por un número.

Las subdivisiones fundamentales eran las cohortes –unos 500 hombres- y las centurias, que eran mandadas por los centuriones.

Por otro lado estaban las tropas auxiliares cuyas funciones consistían en ayudar a las legiones en temas diversos, pero que generalmente no entraban en combate.

El mando absoluto del ejército en la legislación romana lo ejercían los cónsules, los cuales no solían ser militares de profesión pues era el poder civil quien gobernaba Roma.

El Senado y la Asamblea cada año nombraban dos cónsules y repartían las legiones entre ellos por zonas geográficas. Estos cónsules designaban a delegados suyos –llamados legados- al mando de cada legión concreta; siendo otros cargos militares subalternos, además de los legados y centuriones ya nombrados, los decuriones, tribunos, cuestores, etc.

Para terminar, expresar que estos comentarios César los escribió en forma de crónicas periodísticas de lo que iba sucediendo día a día en los campos de batalla, las cuales hacía llegar a Roma donde las leían ávidamente, al igual que hoy la gente ve los noticiarios de televisión en busca de noticias de las guerras que continuamente asolan nuestro mundo.

Aquí están las palabras de Cayo Julio César:

COMENTARIOS DE LA GUERRA DE LAS GALIAS CAYO JULIO CÉSAR

LIBRO PRIMERO

1

La Galia en su totalidad se divide en tres partes: una que habitan los belgas, otra los gascones, y la tercera los que en su lengua se llaman celtas y en la nuestra galos. Todos estos se diferencian entre sí en lenguaje, costumbres y leyes. A los galos los separa de los gascones el río Garona y de los belgas el Marne y Sena.

Los más valerosos de todos son los belgas, porque viven muy lejos de las comodidades de nuestra provincia, y rara vez llegan allá los mercaderes con productos que le proporcionen bienestar que les lleven a apaciguar su ánimo combativo; y también por ser vecinos de los alemanes, que viven en la otra parte del Rin, con quienes mantienen continuos combates.

Ésta es también la causa por la que los suizos superan en valor al resto de los galos, pues casi todos los días tienen trifulcas con los alemanes, ya por defender sus propias fronteras, ya por invadir las ajenas.

La parte que hemos dicho que ocupan los galos comienza en el río Ródano, siendo también fronteriza con el Garona, el océano y con el país de los belgas, donde están los sécuanos y suizos, que llegan hasta el Rin inclinándose al norte.

El territorio de los belgas comienza en los últimos límites de la Galia, llegando hasta el Bajo Rin, orientado al norte y al este.

La Gasconia se sitúa entre occidente y el norte por el río Garona, extendiéndose hasta los montes Pirineos, y hasta el Mar Cantábrico.

2

Entre los suizos, sin lugar a duda, el personaje más noble y rico era Orgetórige. Éste, en la época que eran cónsules Marco Mésala y Marco Pisón - año 61 a.C.- llevado de la ambición de reinar, se ganó a la nobleza y convenció al pueblo para salir de su patria con todo lo que tenían, prometiéndole que les sería muy fácil por ser mucho más numerosos que los demás, y ello les permitiría conquistar toda la Galia.

Poco le costó persuadir a la mayor parte del pueblo, porque los suizos, por su situación, están cercados por todas partes. De una por el Rin, río muy ancho y profundo que divide Suiza de Alemania; de otra parte por el macizo de Jura que lo separa de los sécuanos; y de la tercera por el lago Lemán y el Ródano, que establece la frontera entre nuestra provincia y los suizos.

Debido a estas fronteras tenían menos libertad para hacer correrías, y menos facilidad para emprender guerras contra sus vecinos, algo que lamentaba gente tan belicosa. Por otro lado, para tan gran número de habitantes y para el

prestigio de sus hazañas militares y su valor, les parecía un territorio demasiado pequeño el de doscientas cuarenta millas de largo por ciento ochenta de ancho que tenía su país.

3

Con estos argumentos, y por el prestigio de Orgetórige, decidieron reunir todo lo necesario para la expedición, comprando todos los animales y carros que pudieron, proveyéndose de gran cantidad de cereales para estar bien provistos en el viaje, y para establecer tratados de paz y alianza con los pueblos vecinos.

A fin de efectuar estos tratados les pareció tiempo suficiente dos años, fijando el tercer año por decreto legal como fecha para la partida.

En la dirección de toda esta empresa eligen a Orgetórige, quien asumió también la dirección de los tratados con las otras naciones vecinas, y de camino persuadió a Castice para que ocupase el trono de su padre, el cual era un sécuano hijo de Catamantáledes, que había sido durante muchos años rey de esta tribu y honrado por el Senado y Pueblo romano con el título de amigo.

Igualmente persuadió a Dumnórige -eduo hermano de Diviciaco que era una persona muy importante en su patria y querido por su pueblo-, por medio de casarlo con una hija suya.

Orgetórige le dijo a Dumnórige que sería una empresa fácil, puesto que, habiendo él de obtener el mando de los suizos, y siendo éstos sin duda los más poderosos de toda la Galia, con sus fuerzas y ejército les garantizaría la posesión de los reinos.

Convencidos del discurso aceptan el acuerdo, en la esperanza de que, unidas tres naciones tan poderosas, podrían apoderarse de toda la Galia.

4

Cuando los dirigentes legales suizos tuvieron noticias de esta trama obligaron a Orgetórige a que diera las explicaciones correspondientes y lo encarcelaron, sabiéndose que en caso de condena la sentencia sería la de ser quemado vivo.

Tras cierto aplazamiento del día de citación a juicio, Orgetórige compareció a él acompañado de toda su familia, que acudió de todas partes a su llamamiento en número de diez mil personas, incluidos sus amigos y deudos que no eran pocos, consiguiendo, con su intervención, substraerse al proceso.

Mientras el pueblo, irritado de lo que entendía un trato injusto a Orgetórige, trataba de defender con las armas al acusado.

Simultáneamente, los magistrados reunían los soldados de las aldeas, y en esto murió Orgetórige, no sin sospecha, en opinión de muchos suizos, de que se había suicidado.

5

A pesar de la muerte de quien había iniciado estos sucesos siguieron adelante con la decisión de salir de su país.

Cuando creyeron que todo estaba preparado prendieron fuego a sus doce ciudades y a cuatrocientas aldeas y los demás caseríos; quemaron todos los cereales, salvo los que podían llevar consigo, para que perdida la posibilidad de volver a su patria todos estuviesen mejor dispuestos a soportar las penalidades.

Mandaron que cada cual se proveyera de harina para tres meses. Inducen a las pequeñas tribus de alrededor a que sigan su ejemplo y, quemando sus ciudades, se pongan en marcha con ellos. Y a los húngaros y checos, que estaban establecidos al otro lado del Rin y se extendían hasta Alemania, los reciben por compañeros.

6

Sólo por dos caminos podían salir los suizos de su tierra: uno por el de los sécuanos, situados por una región estrecha y escabrosa -entre el macizo del Jura y el Ródano-, por donde apenas podía pasar un carro y estaba dominado por una elevadísima cordillera, desde la cual, con muy pocos soldados, se podía conseguir dificultar el paso.

El otro por nuestra provincia, que era más llano y ancho, a causa de que el Ródano, que corría entre los suizos y los alóbroges, es vadeable por algunas partes. Precisamente, poco antes con esta tribu habíamos firmado un tratado de paz.

Junto a la frontera de los suizos está Ginebra, última ciudad de los alóbroges, donde hay un puente que termina en tierra de los propios suizos. Éstos daban por hecho que, o conseguirían aliarse a los alóbroges por darles la impresión de que no era sincera del todo la reconciliación de éstos con los romanos, o los obligarían por la fuerza de las armas a franquearles el paso. Preparado todo para la marcha, señalan el día en que todos se debían reunir en la ribera del Ródano. Esto sucedía el 28 de marzo en el consulado de Lucio Pisón y Aulo Gabinio -año 58 a.C.-

7

Informado César de que, finalmente, pretendían hacer su marcha por nuestra provincia, parte aceleradamente de Roma, y encaminándose a marchas forzadas a la Galia Ulterior se planta en Ginebra. Luego da orden a toda la provincia de organizar el mayor número posible de tropas, pues no había en dicha Galia Ulterior más que una legión.

Llegado allí, manda cortar el puente que estaba junto a Ginebra.

Cuando los suizos se enteraron de su llegada, inmediatamente, le enviaron embajadores elegidos entre las personas más distinguidas de su país, siendo portavoces de ellos Numeyo y Verodocio, para proponerle que ya que su intención era pasar por la provincia romana sin agravio de nadie -por no haber otro camino-, le solicitaban que aprobase dicho paso.

César no lo juzgaba conveniente, recordando el antiguo atentado de los suizos cuando mataron al cónsul Lucio Casio, al que derrotaron su ejército y lo hicieron pasar bajo humillaciones; ni creía que hombres de tan mal corazón, si

les dejaba el paso franco por la provincia, se contuviesen de hacer mal y daño. Sin embargo, por dar tiempo a que se reuniesen las milicias provinciales, respondió a los enviados que tomaría algún tiempo para pensarlo. Que si gustaban volviesen por la respuesta el 13 de abril.

8

Entre tanto, con la legión que tenía consigo y con los soldados que llegaban de la provincia, desde el lago Lemano hasta el macizo de Jura -que separa los sécuanos de los suizos-, levanta un muro de diecinueve millas de largo y dieciséis pies de alto, con su correspondiente foso. Pone guardias de trecho en trecho, y guarnece las torres para rechazar más fácilmente a los enemigos, en previsión de que intentasen el paso por la fuerza.

Llegado el plazo señalado a los embajadores, y presentados éstos, responde:

- Que según costumbre y práctica del Pueblo romano -dijo César-, a nadie puede permitir el paso por la provincia. Que si ellos prevén abrírselo por la fuerza, se opondrá.

Los suizos, viendo frustrada su pretensión construyeron barcas y muchas balsas e intentaron vadear el Ródano, por donde este corría con menos profundidad, unas veces de día y las más de noche, pugnando por romper nuestras defensas. Pero siendo siempre rechazados por las fortificaciones y la vigorosa resistencia de nuestra tropa, hubieron de ceder en su empeño.

9

A los suizos les quedaba sólo el camino de los sécuanos; pero, siendo tan estrecho, sin el consentimiento de éstos era imposible atravesarlo.

Como no pudieron convencerlos enviaron embajadores al eduo Dumnóriga para solicitar por su intercesión la ayuda de los secuanos, con quienes tenía mucha influencia, y, a su vez, Dumnóriga estaba también muy unido a los suizos por estar casado con una mujer de este país, hija de Orgetóriga; aunque también le movía la ambición de reinar. Por ello, con favores, intentaba granjearse las voluntades de cuantos pueblos podía.

Toma, pues, Dumnóriga a su cargo el mensaje y logra que los sécuanos dejen el paso libre a los suizos por sus tierras, dando y recibiendo rehenes para garantizar que los mencionados sécuanos no dificultarán la marcha, y que los suizos la ejecutarán sin causar daño alguno.

10

Avisan a César que los suizos están decididos a marchar por el país de los sécuanos y de los eduos hacia el de los santones, poco distante de los tolosanos que entran dentro de nuestra provincia.

Si tal sucediese prevé gran riesgo para dicha provincia romana por la proximidad de hombres tan feroces en aquellas regiones abiertas y sumamente fértiles. Por este motivo, dejando el mando de las fortificaciones a su legado Tito Labieno, él mismo en persona, a grandes jornadas, vuelve a Italia donde alista dos legiones. Saca de los cuarteles otras tres que invernan en las

cercanías de Aquilea, y con las cinco, atravesando los Alpes por el camino más corto, marcha rápidamente hacia la Galia Ulterior.

Se oponen al paso del ejército los centrones, gravocelos y caturiges, tribus de los Alpes que ocupaban las alturas. Derrotados éstos en varios encuentros, en siete días llegó desde el final de la Galia Cisalpina al territorio de la Transalpina.

Desde allí conduce su ejército a los alóbroges, y de los alóbroges a Briançon, que es el primer territorio del Ródano más allá de la Provincia Romana.

11

Ya los suizos, transportadas sus tropas por los desfiladeros y confines de los secuanos, habían penetrado por el país de los eduos y lo invadían. Los eduos, no pudiendo defenderse del ataque, envían a César una petición de socorro, argumentándole:

- Haber sido siempre tan leales al Pueblo Romano –afirmaron-, que no debería permitirse que, casi a la vista de vuestro ejército, sus cosechas fuesen destruidas, hechos cautivos sus hijos y sus pueblos asolados.

Simultáneamente que los eduos, sus aliados los habitantes de Ain, informan a César que sus propiedades están siendo arrasadas y que a duras penas defienden su territorio del furor enemigo; igualmente los alóbroges, que tenían haciendas y granjas al otro lado del Ródano, van a pedir el amparo de César diciendo que nada les queda de lo suyo sino el suelo desnudo de sus campos y pueblos.

César, en vista de tantos atropellos, no quiso aguardar a que los suizos, después de causar una desolación general de los países aliados, llegasen sin oposición a los santones.

12

Habían llegado los suizos al río Saona -el cual desagua en el Ródano-, que va fluyendo por tierras de los eduos y sécuanos tan mansamente que no pueden distinguir los ojos hacia qué parte corre; así que aquellos lo iban pasando en balsas y barcas.

Pero informado César por sus espías que los suizos habían ya pasado tres cuartas partes de sus tropas al otro lado del río, sobre la medianoche, moviéndose con tres legiones, alcanzó a aquella tropa que aún no había pasado el río, y atacándolas en una maniobra rápida, deshizo una gran parte de ella. Los demás echaron a huir escondiéndose dentro de los bosques cercanos. Éstos pertenecen al cantón Tigurino, uno de los cuatro en que está dividida Suiza, y cuyos habitantes, en tiempo de nuestros padres, mataron al cónsul Lucio Casio y sometieron a su ejército al deshonor del yugo.

Así, tal vez por decisión de los dioses inmortales, el cantón suizo que tanto mal hizo al Pueblo Romano fue el primero que pagó su pena. Con la cual vengó César las injurias no sólo de la República, sino también las suyas propias, pues los tigurinos habían asesinado al legado Lucio Pisón, abuelo de

su suegro, en la misma batalla en que mataron a Casio.

13

Después de esta acción, a fin de poder dar alcance a las demás tropas enemigas, César dispone construir un puente sobre el río Saona, y por él conduce su ejército a la otra parte.

Los suizos, espantados de tan repentina llegada, viendo ejecutado por él en un día el paso del río -que apenas y con sumo trabajo pudieron ellos en veinte-, le envían una embajada, y por jefe de ella a Divicón que acaudilló a los suizos en la guerra contra Casio, parlamentando con César de esta forma:

- Si el Pueblo Romano hace la paz con los suizos -habló Divicón-, estaban dispuestos a ir y vivir donde César lo mandase y tuviese por conveniente. Más si persistía en hacerles la guerra, que recordase la antigua derrota del ejército romano y el valor de los suizos. Que coger por sorpresa a una parte del ejército mientras el resto se encuentra en la orilla opuesta y no pueden socorrerle, ni es motivo para presumir de su propia valentía, ni para menospreciarlos a ellos. Que tenían por principios, transmitidos de padre a hijos -continuó-, confiar en los combates más en la fuerza que en los ardidés y estratagemas. Por tanto, no diese lugar a que el sitio donde se encontraban se hiciese famoso por una calamidad del Pueblo Romano, y testificase a la posteridad la derrota del ejército de César.

14

A estas razones respondió César:

- Tengo muy presente cuanto decís vosotros como embajadores suizos, y precisamente por ello hallo menos motivos para vacilar en mi resolución. Que en el pasado había encontrado a los suizos con grandes y pretéritos resentimientos, y tanto más cuanto menos se lo había merecido el Pueblo Romano, quien, si hubiera conocido dicho resentimiento, hubiera podido evitar fácilmente la antigua derrota; pero que fueron lastimosamente engañado por estar seguro de no haber hecho nada por lo que temer, y estar convencido de que no tenía de que desconfiar. Y aunque ahora él quisiese olvidar la antigua derrota -continuó-, ¿cómo era posible borrar de la memoria las presentes injurias, como son el haber intentado el paso por la provincia romana sin su consentimiento, y las vejaciones hechas a los eduos, a los ambarros, a los alóbroges? Que tanta insolencia en vanagloriarse de su antigua victoria, y el extrañar que por tanto tiempo se hayan tolerado sin castigo sus atentados, dimanaban de un mismo principio: suelen los dioses inmortales, cuando quieren descargar su ira sobre los hombres en venganza de sus maldades, concederles prosperidad con impunidad durante un tiempo, para que después les cause mayor tormento el trastorno de su fortuna. Con todo esto, hará la paz con ellos si le garantizan con rehenes que cumplirán lo prometido, y si reparan los daños hechos a sus aliados los eduos y a los alóbroges.

Respondió Divicón:

- De nuestros mayores hemos aprendido los suizos la costumbre de recibir rehenes, no de darlos, de lo cual los romanos eran testigos.

Dicho lo cual se despidió.

15

Al día siguiente los suizos alzan el campamento de aquel lugar. Hace lo propio César, enviando delante la caballería compuesta de cuatro mil hombres que había reunido en toda la provincia -también entre los eduos y los aliados de éstos-, para que observasen hacia dónde marchaban los enemigos. Más como fueron tras ellos con tanta fuerza, se pusieron a pelear en un mal lugar con la caballería de los suizos y murieron algunos de los nuestros.

Engreídos ellos con esta ventaja, pues con quinientos caballos habían hecho retroceder a cuatro mil, empezaron a esperar a los nuestros con mayor osadía y a provocarlos a combate, volviendo hacia nuestro frente su retaguardia.

César reprimía el ardor de los suyos, contentándose por entonces con dificultar al enemigo los robos, forrajes y talas de árboles. De este modo anduvieron cerca de quince días, no distando su retaguardia de la vanguardia nuestra más de cinco o seis millas.

16

Mientras tanto, insistía César todos los días a los eduos reclamándoles el trigo que, por acuerdo con la República, le habían ofrecido; y es que a causa de los fríos de aquel clima, que, como antes se dijo es muy septentrional, no sólo no estaba sazonado, sino que ni siquiera alcanzaba el nivel suficiente para forrajearlo. Por otro lado no podía tampoco servirse de trigo conducido en barcas por el Saona, porque los suizos se habían desviado de este río y él no quería perderlos de vista. Le daban largas los eduos diciéndole que lo estaban acopiando, que ya venía en camino, que más tarde llegaría.

Advirtiendo él que la intención de aquellos era entretenerlo y que vencía el plazo en que debía repartir las raciones de pan a los soldados, habiendo convocado a los principales de la nación, muchos de los cuales militaban en su campo, y también a Diviciaco y Lisco que tenían el poder supremo -que los eduos llaman vergobreto, y es poder anual con derecho sobre la vida y muerte de sus ciudadanos- se queja ante ellos agriamente, porque no proporcionándole trigo por compra, ni cosecha en tiempo de tanta necesidad, y con los enemigos a la vista, no estaban ayudándole. Que habiendo él emprendido aquella guerra obligado en parte por sus ruegos, todavía sentía más el verse así abandonado.

17

En fin, Lisco, motivado por el discurso de César, descubre lo que hasta entonces había callado y era:

- Algunas personas de mi país, a pesar de ser meros particulares -dijo-, mandaban más que los mismos gobernadores. Aquéllos eran los que, vertiendo palabras sediciosas y malignas, disuadían al pueblo de que no aportase el trigo,

argumentando que ya que ellos no pueden hacerse señores de la Galia, les vale más ser vasallos de otros galos que de los romanos; siendo fácil de prever que, una vez que venzan los romanos a los suizos, han de quitar la libertad a los eduos e igual al resto de la Galia. Que aquéllos estaban informando a los enemigos de vuestras posiciones y de cuánto sucedía en el campamento; y él no podía decirles nada, pues su persona corría un gran riesgo y por eso hasta ahora había callado toda esta información.

18

Bien sabía César que lo expresado por Lisco acusaba a Dumnóriges, hermano de Diviciaco. Pero no queriendo tratar este asunto en presencia de tanta gente, despide a todos los de la reunión menos a Lisco. Le pregunta a solas sobre todo lo dicho, y el eduo se explica con mayor libertad y franqueza.

Por informes secretos César ya sabía que Dumnóriges era el que lideraba esa oposición; que este era hombre osado en extremo, muy popular por su generosidad y amigo de lo novedoso. Que desde muchos años atrás tenía en arrendamiento bien barato los bienes de los eduos, porque compitiendo él, nadie se atrevía a pujar. Con semejantes poderes había agigantado su hacienda, y amontonado gran riqueza para financiar sus ambiciones. Mantenía a su sueldo a un gran cuerpo de caballería que le andaba acompañando. Con su dinero dominaba no sólo en su patria, sino también en las naciones vecinas. Que por asegurar este predominio había casado a su madre entre los bituriges con un señor de la alta nobleza; su mujer era suiza; una hermana, por parte de madre, y varias parientas también tenían maridos extranjeros. Por estas conexiones favorecía y procuraba el bien de los suizos. Por su interés particular aborrecía igualmente a César y a los romanos porque con su llegada le habían mutilado su poder, y se lo habían restituido a su hermano Diviciaco. Que si aconteciese alguna suerte negativa a los romanos, tenía grandes esperanzas de alzarse con el reino de toda la Galia con ayuda de los suizos. Mientras que durante el dominio romano, no sólo desconfiaba de llegar al trono, sino aun de mantener el poder adquirido.

Averiguó también César, en esta investigación, que Dumnóriges y su caballería -mandaba él la que los eduos enviaron en socorro a César- fueron los primeros en huir en aquel encuentro mal sostenido pocos días antes, y que con su fuga se desordenaron los demás escuadrones.

19

Hechas estas indagaciones quedaron confirmados los indicios, con otras pruebas muy evidentes, de haber sido Dumnóriges promotor del paso de los suizos por los sécuos y de la entrega recíproca de rehenes. Todo esto no sólo sin la aprobación de César y del propio gobierno de su tribu, pero ni tan siquiera siquiera informar sobre ello.

Y, en fin, siendo su acusador el juez supremo de los eduos, le parecía a César sobrada razón para castigarle o por sí mismo, o por sentencia del tribunal de la propia nación edua.

La única cosa que le detenía era el haber comprobado en su hermano Diviciaco una gran devoción al Pueblo Romano, y para con el propio César una voluntad muy firme, lealtad extremada, rectitud y moderación; y temía que con el suplicio de Dumnóriges no se diese por agraviado Diviciaco. Por lo cual, antes de tomar ninguna resolución, mandó llamar a Diviciaco, y abandonados los intérpretes ordinarios, por medio de Cayo Valerio Procilo persona importante de nuestra provincia, amigo íntimo suyo y de quien se fiaba por completo, le declara sus pensamientos, recordándole los cargos contra Dumnóriges en el consejo de los galos, y lo que cada uno en particular había declarado contra éste. Le ruega y solicita no lleve a mal que o él mismo, substanciado el proceso, sentencie al reo, o se encarguen de hacerlo los jueces de la nación edua.

20

Diviciaco, abrazándose a César deshecho en lágrimas, se puso a suplicarle:

- Que no hiciese alguna demostración escandalosa con su hermano –le rogó-. Que bien sabía que eran ciertas las acusaciones, y nadie lamentaba más vivamente que él los comportamientos de aquel hermano, a quien cuando por su poca edad no era nadie en la nación, le había ayudado él con la mucha autoridad que tenía con los del pueblo y fuera de él, para elevarlo al auge de poder en que ahora se halla, y del que se vale no sólo para desacreditarle, sino para destruirle si pudiera. Sin embargo, podía más consigo el amor de hermano, y el qué dirán las gentes, siendo evidente que cualquier demostración de fuerza de César la tendrían todos por suya, a causa de la mucha amistad que con él tiene; por donde vendría él mismo a enemistarse con todos los pueblos de la Galia.

Repitiendo estas súplicas con tantas lágrimas como palabras tómale César de la mano, y, consolándolo, le ruega no hable más del asunto, asegurándole que aprecia tanto su amistad, que por ella perdona las injurias hechas por su hermano a la República y a su persona.

Luego hace venir a su presencia a Dumnóriges, y delante de su hermano le echa en cara las quejas de éste, las de toda la nación y lo que él mismo había averiguado por sí. Le ordena que no dé motivos a más sospechas en adelante, diciendo que le perdona lo pasado por atención a su hermano Diviciaco, y le pone espías para observar todos sus movimientos.

21

Sabiendo César ese mismo día, por los exploradores, que los enemigos habían hecho alto en la falda de un monte distante ocho millas de su campamento, destacó algunos legionarios a reconocer aquel sitio y que averiguaran cómo era la subida por la ladera del monte.

Le informaron que no era difícil. Con eso, sobre la medianoche, ordenó al primer comandante Tito Labieno que con dos legiones, y guiado de los expertos de esa zona, subiera a la cima comunicándole su llegada.

Pasadas tres horas marcha César en persecución de los enemigos por el

mismo camino que llevaban, precedido de la caballería, y destacando antes con los exploradores a Publio Considio, considerado muy experto en el arte de la guerra por haber servido en el ejército de Lucio Sila y después en el de Marco Craso.

22

Al amanecer, cuando ya Labieno estaba en la cumbre del monte y César a milla y media del campamento enemigo sin que se descubriese su llegada ni la de Labieno -como supo después por los prisioneros-, viene a él a la carrera Considio, con la noticia de que los enemigos ocupan el monte que había de tomar Labieno, cuestión que habían comprobado al ver las armas y emblemas.

Entonces César recoge sus tropas a la colina más inmediata y las ordena en batalla. Como Labieno tenía la orden de César de no pelear hasta que éste llegara con los suyos sobre el ejército enemigo, a fin de cargar a un tiempo por todas partes, dueño del monte se mantenía sin entrar en acción aguardando a los nuestros.

En conclusión, era ya muy entrado el día cuando los exploradores informaron a César que en realidad era su gente la que ocupaba el monte, no los suizos como había dicho Considio; que los enemigos continuaban su marcha, y que Considio en su informe, por miedo, había descrito lo que no había visto. Así que César aquel día continuó persiguiendo al enemigo con interposición del espacio acostumbrado, acampando a tres millas de su campamento.

23

Al día siguiente, preocupado porque sólo quedaban dos raciones de pan para repartir a los soldados y que Bibracte -ciudad edua con mucha población y abundantes recursos-, no distaba de allí más de dieciocho millas, juzgó conveniente cuidar del abastecimiento de trigo. Por ello, dejando de seguir a los suizos, gira hacia Bibracte, resolución que luego conocieron los enemigos por ciertos esclavos de Lucio Emilio decurión de la caballería gala.

Los suizos, o por creer que los romanos se retiraban por cobardía -sobre todo al haber estado apostados en sitio ventajoso y rehusar la batalla el día anterior-, o bien confiando el poder interceptarles los víveres, cambiando de idea y de camino, comenzaron a perseguirlos y a atacar.

24

Cuando César lo advirtió llevó su infantería a una colina próxima, e hizo avanzar la caballería con el fin de reprimir la furia enemiga.

Él, mientras tanto, hacia la mitad de la colina dividió en tres tercios las cuatro legiones de veteranos. Colocó en la cumbre, y en nivel superior, a las suyas, también a las dos nuevas alistadas en la Galia Cisalpina, las otras dos nuevas alpinas y todas las tropas auxiliares. Con eso toda la colina vino a quedar cubierta de gente.

Dispuso, sin perder tiempo, que todo el equipaje se amontonase en un

mismo sitio bajo la escolta de los que ocupaban la cima.

Los suizos, que llegaron después con todos sus carros, lo acomodaron también en un mismo lugar, y formados en batalla, muy cerrados los escuadrones, rechazaron a nuestra caballería; y luego, cubriéndose con sus escudos, arremetieron a nuestra vanguardia.

César, haciendo retirar del campo de batalla todos los caballos, primero el suyo y luego los de los otros, para que siendo igual en todos el peligro nadie pensase en huir, animando a los suyos trabó el combate.

Los soldados, disparando de arriba abajo sus dardos rompieron fácilmente la formación enemiga, los cuales, de forma desordenada, se arrojaron sobre ellos espada en mano.

A los galos les sucedía una cosa que les dificultaba en el combate, y era que cada vez que un dardo de los nuestros atravesaba de un golpe varios de sus escudos, estos quedaban ensartados por el astil y lengüeta del dardo retorcido y no podían desprenderlas, lo que les impedía pelear con facilidad, y teniendo la izquierda sin utilizar -después de repetidos e inútiles esfuerzos-, se limitaban a soltar el escudo y pelear a cuerpo descubierto.

Los galos, finalmente desfallecidos por las heridas, empezaron a retroceder y retirarse a un monte distante cerca de una milla. Amparados en él y yendo los nuestros en su persecución, los checos y tulingos que en número de casi quince mil cerraban el ejército enemigo protegiendo su retaguardia, asaltaron sobre la marcha el flanco de los nuestros intentando cogerlos en medio.

Los suizos retirados al monte, cuando vieron esto, cobrando nuevos bríos volvieron otra vez a la pelea.

Los romanos se vieron obligados a combatir en tres frentes, oponiendo el primero y el segundo contra los anteriormente vencidos y derrotados, y el tercero contra los que venían de fresco.

25

Así, en doble batalla, estuvieron peleando gran rato con igual ardor, hasta que no pudiendo los enemigos resistir por más tiempo el esfuerzo de los nuestros, los unos se refugiaron en el monte, como antes, y los otros se retiraron al lugar donde estaban sus equipajes y carruajes.

Por lo demás, en todo el transcurrir de la batalla -dado que duró desde las siete de la mañana hasta la caída de la tarde-, nadie pudo ver las espaldas al enemigo, y gran parte de la noche duró todavía el combate donde tenían el equipaje, puestos alrededor de él los carros por barrera, desde los cuales disparaban con ventaja a los nuestros que se aproximaban. Algunos por entre las pértigas y ruedas los herían con pasadores y lanzas.

En fin, después de un porfiado combate, los nuestros se apoderaron del campamento y en él de una hija y un hijo de Orgetórige.

De esta jornada se salvaron, aproximadamente, ciento treinta mil de los enemigos, los cuales huyeron toda la noche sin parar; y no interrumpieron un punto su marcha hasta el cuarto día cuando llegaron a tierra de Langres, sin que los nuestros pudiesen seguirlos por haberse detenido tres días a curar a los

heridos y enterrar a los muertos.

Entre tanto César despachó correos con cartas a los langreses, ordenándoles que no socorriesen con alimentos ni cosa alguna a los huidos, so pena de ser tratados como a los suizos. Pasados los tres días marchó con el ejército en su persecución.

26

Ellos, agobiados por la falta de todas las cosas, le enviaron embajadores para tratar de la entrega. Los cuales presentándosele al paso y postrados a sus pies, como le instasen por la paz con súplicas y llantos, y respondiese él que le esperasen en el lugar donde en ese momento se encontraban, obedecieron.

Llegado César, además de la entrega de rehenes y armas, pidió la restitución de los esclavos fugitivos.

Mientras andaba en estas tareas se echó la noche, y poco después unos seis mil soldados del cantón llamado Urbígeno, escabulléndose del campo de los suizos, se retiraron hacia el Rin y las fronteras de Alemania, bien por temer que los nuestros los matasen después de desarmados, o por confiar salvar sus vidas, convencidos de que entre tantos prisioneros se podría ocultar su fuga o ignorarla totalmente.

27

César, que lo entendió, mandó a todos aquellos por cuyas tierras habían pasado que si querían justificarse con él, fuesen tras ellos y los hiciesen volver. Devueltos los trató como a enemigos. En cambio a todos los demás, hechas la entrega de rehenes, armas y desertores, los recibió bajo su protección.

A los suizos, tulingos y latóbrigos mandó que volviesen a poblar sus tierras abandonadas, y sabiendo que por haber perdido los recursos alimentarios no tenían en su patria con qué vivir, ordenó a los alóbroges los proveyesen de cereales, obligando a ellos mismos a reconstruir las ciudades y aldeas anteriormente quemadas.

La intención con que hizo esto fue evitar que aquel país abandonado por los suizos quedase baldío, no fuese que los alemanes de la otra parte del Rin, atraídos por la fertilidad del terreno, pasasen de su tierra a la de los suizos y tuviésemos con ellos una vecindad peligrosa para nuestra provincia y para los alóbroges.

A petición de los eduos les otorgó que en sus Estados diesen acogida a los checos, por ser gente de conocido valor y, en consecuencia, los hicieron por igual partícipes de sus tierras, fueros y privilegios.

28

Se halló en el campamento suizo unas memorias escritas con caracteres griegos que, presentadas a César, vio que contenían con todo detalle la cuenta de los que salieron de la patria en edad de tomar armas, y en lista aparte los niños, viejos y mujeres. La suma total de personas era: de los suizos doscientos setenta y tres mil; de los tulingos treinta y seis mil; de los

latóbrigos catorce mil; de los rauracos veintidós mil; de los checos treinta y dos mil. Los de armas eran noventa y dos mil. Entre todos componían trescientos sesenta y ocho mil. Los que volvieron a sus patrias respectivas, hecho el recuento por orden de César, fueron ciento diez mil sanos.

29

Terminada la guerra con los suizos, vinieron como embajadores los más importantes personajes de varios países de la Galia a congratularse con César; diciendo que, si bien el Pueblo Romano era el que con las armas había tomado la debida venganza de las injurias antiguas de los suizos, sin embargo, el fruto de la victoria redundaba en beneficio no menos de la Galia que del Pueblo Romano. Siendo cierto que los suizos en búsqueda de fortuna habían abandonado su patria con intención de guerrear con toda la Galia, adueñarse de ella, asentarse en las tierras que más cómodas y abundantes les parecieran, y hacer tributarias a las demás naciones.

Le suplicaron a César que les concediese permiso para convocar en un día señalado reunión general de todos los Estados de la Galia, pues tenían que tratar ciertas cosas que de común acuerdo querían pedirle.

Otorgado el permiso acordaron el día, y se obligaron con juramento a no divulgar lo tratado fuera de los pertenecientes a la comisión de diputados.

30

Despedida la reunión, volvieron a César los mismos personajes de antes y le pidieron les permitiese conversar con él a solas de cosas en que se interesaba su vida y la de todos. Otorgada también la demanda se le echaron llorando a los pies, y le manifiestan que no tenían menos interés y cuidado sobre que no se publicasen las cosas que iban a confiarle que sobre conseguir lo que pretendían; convencidos de que al más leve indicio de traición incurrirían en consecuencias muy duras.

Tomó la palabra Diviciaco, y dijo:

- Está toda la Galia dividida en dos bandos: uno encabezado por los eduos, el otro por los alvernos -afirmó-. Habiendo disputado muchos años obstinadamente la primacía, ocurrió que los alvernos, unidos con los secuanos, llamaron en su socorro a algunas gentes de Alemania pasando quince mil hombres el Rin. Pero después, los alemanes, a pesar de ser tan fieros y bárbaros se aficionaron al clima, a la cultura y forma de vida de los galos emigrando muchos más, hasta el punto que al presente son más de ciento veinte mil. Con éstos han peleado los eduos y sus aliados repetidas veces y, habiendo sido vencidos, se hallan en gran miseria con la pérdida de toda la nobleza, de todo el Senado y de toda la caballería. Hundidos con sucesos tan desastrosos, los que antes, tanto por su valentía como por su cercanía y amistad del Pueblo Romano, eran los más poderosos de la Galia, se han visto reducidos a dar en prenda a los secuanos las personas más importantes de su nación, comprometiéndose con juramento a no pedir jamás su devolución, y mucho menos implorar la ayuda del Pueblo Romano, ni tampoco sacudir el

yugo impuesto de perpetua sujeción y servidumbre. Que de todos los eduos – continuó Diviciaco- él era el único a quien nunca pudieron obligar a jurar, o a dar sus hijos en rehenes. Que huyendo por esta razón de su patria, fue a Roma a solicitar socorro del Senado como hombre libre que no estaba ligado ni con juramento, ni con otra prenda. Con todo eso, han tenido peor suerte los vencedores secuanos que los eduos vencidos, puesto que Ariovisto, rey de los alemanes, adentrándose allí había ocupado la tercera parte de su país que era el más rico de toda la Galia, y ahora les mandaba evacuar otra tercera parte, dando como razón de ello que en pocos meses le habían llegado veinticuatro mil compatriotas más, a quien se veía forzado preparar alojamiento en aquellas tierras. Así que dentro de pocos años todos nos veremos desterrados de la Galia, y los alemanes a pasar el Rin, pues no tiene que ver en calidad el terreno de la Galia con el de Alemania, ni nuestra cultura con la suya. Sobre todo Ariovisto, después de la completa victoria que consiguió sobre los galos en la batalla de Amagetobria, ejerce un imperio tiránico, exigiendo como rehenes los hijos de la más alta nobleza, y si éstos se desmandan en algo que no sea conforme a su antojo, los trata con la más cruel ferocidad. Es un hombre brutal, iracundo y temerario; no podemos soportar más su despotismo. Si César y los romanos no ponen remedio, todos los galos se verán forzados a dejar, como los suizos, su tierra e ir a domiciliarse en otras regiones distantes de los alemanes, y probar fortuna, sea la que fuere. Y si las cosas aquí dichas llegan a oídos de Ariovisto, éste tomará la más cruel venganza con todos los rehenes que tiene en su poder. César es quien, o con su autoridad y el respeto de su ejército, o por la victoria recién ganada, en nombre del Pueblo Romano puede intimidar a los alemanes para que no pase ya más gente los límites del Rin, y librar a toda la Galia de la tiranía de Ariovisto.

31

Apenas terminó de hablar Diviciaco todos los presentes comenzaron a clamar implorando la ayuda de César, quien observó que los secuanos eran los únicos que no contestaban a nada de lo que los demás decían, sino que tristes y cabizbajos miraban al suelo.

Asombrado César de esta particularidad les preguntó la causa. Ellos no respondían nada, poseídos continuamente de la misma tristeza y un silencio obstinado. Insistiendo muchas veces en la misma pregunta, sin poderles sacar una palabra, respondió por ellos el mismo Diviciaco:

- Aquí se ve cuánto más lastimosa y cruel es la desventura de los secuanos que la de las otras tribus –dijo en voz baja acercándose a César-; pues solos ellos, ni aun en secreto, osan quejarse ni pedir ayuda, temblando por la crueldad de Ariovisto aunque no esté delante. Y es que los demás podemos al menos encontrar el modo de huir. Pero ellos, con haberle recibido en sus tierras y puesto en sus manos todas las ciudades, quedan aún más expuestos a todo el rigor de su tiranía.

32

Enterado César del estado deplorable de los galos procuró consolarlos con buenas razones, prometiéndoles tomar la cuestión por su cuenta, y afirmándoles que tenía firme esperanza de que Ariovisto, en atención a los favores que le había dispensado y a su autoridad, pusiera fin a tanta violencia.

Dicho esto dio por terminada la audiencia, pensando seriamente que había muchos motivos para encargarse de esta empresa. En primer lugar por ver a los eduos -tantas veces distinguidos por el Senado como aliados de Roma-, avasallados por los alemanes, y a sus hijos en manos de Ariovisto y de los secuanos, cosa que atenta al prestigio del Pueblo Romano, significando un deshonor para César no menor que para la República.

Consideraba además que, acostumbrándose los alemanes poco a poco a pasar el Rin y a inundar de gente la Galia, no estaban seguros ellos tampoco, ya que no era verosímil que hombres tan fieros y salvajes, una vez ocupada la Galia, dejaran de atacar -como antiguamente hicieron los cimbrós y teutones-, a la provincia romana del sur de la Galia y desde ella penetrar en Italia. Con mucho más motivo este peligro está presente por no existir entre los secuanos y nuestra provincia más que el Ródano, peligros que se debían resolver sin la menor dilación. Y, en fin, había ya Ariovisto alcanzado tanta soberbia y tanto orgullo, que no se le debía permitir más.

33

Por tanto determinó enviarle una embajada con la demanda de que se sirviese señalar algún sitio razonable para reunirse. Que deseaba tratar con él del bien público y de asuntos importantes para ambos.

A esta embajada respondió Ariovisto:

- Que si por mi parte pretendiese algo de César hubiera ido en persona a buscarle -decía orgullosamente-. Si César tenía algo que tratar con él, le tocaba ir a proponérselo. Además de que no se arriesgaba sin ejército a ir a la parte de la Galia dominada por César, ni podía mover su ejército a otro lugar sin grandes preparativos y gastos. Por otro lado que no entendía que César ni el Pueblo Romano tuviesen nada que hacer en la parte de la Galia que por conquista le correspondía a él.

34

César, en vista de esta respuesta, volvió a enviar otra embajada para decirle que lamentaba que, después de recibir el privilegio de aliado del Pueblo Romano como rey y amigo -conferido por el Senado durante su mandato como cónsul-, se lo pagaba ahora no aceptando la invitación a una conferencia, desentendiéndose de proponer y oír lo que a ambos interesaba. En cualquier caso, que supiese que sus demandas eran éstas: primera, que no condujese más tropas de Alemania a la Galia. Segunda, que devolviese a los eduos los rehenes que tenía en prenda, y exigiese a los secuanos soltar a su vez los que ellos tenían. En conclusión, que no hiciese más daño a los eduos, ni iniciase tampoco guerra contra ellos o sus aliados. Si lo hacía así, César y el Pueblo

Romano, mantendrían con él perpetua paz y amistad; si lo rechazaba, no toleraría las injurias a los eduos, por haber decretado el Senado, siendo cónsules Marcos Mésala y Marco Pisón (año 61 a.C.), que cualquiera que tuviese el gobierno de la Galia, en cuanto pudiera, protegiese a los eduos y a los demás aliados del Pueblo Romano.

35

Le respondió Ariovisto:

- Es derecho de la guerra que los vencedores dicten leyes a su criterio a los vencidos; tal era el estilo del Pueblo Romano disponiendo de los vencidos, no a criterio y voluntad ajena, sino a la suya. Y puesto que él no dictaba al Pueblo Romano el modo de usar su derecho –continuó-, tampoco había razón alguna para que viniese el Pueblo Romano a entremeterse en el suyo. Que los eduos, por haberse arriesgado a llevarle a la guerra y dar batalla en la que, resultando vencidos, se hicieron tributarios suyos; y que César le hacía un gran agravio en pretender con su llegada disminuirle los frutos de su victoria. Él no pensaba devolver los rehenes a los eduos, ya que ni a éstos ni a sus aliados le haría nueva guerra injusta mientras mantuviesen lo acordado y pagasen el tributo anual. En estos temas de nada les iba a servir la hermandad con el Pueblo Romano. Al reto de César sobre no tolerar las afrentas a los eduos, respondo que nadie ha medido las fuerzas con él que no haya quedado escarmentado. Siempre que quiera que haga la prueba, y verá cuál es la bravura de los invencibles alemanes, muy diestros en el manejo de las armas, y que en los últimos catorce años nunca se han guarecido bajo techado.

36

Al mismo tiempo que contaban a César esta contrarréplica, sobrevienen mensajeros de los eduos y trevirenses. Los eduos a quejarse de que los jutos – aliados de los alemanes-, nuevamente invadiendo la Galia, arrasaban su territorio sin que les hubiesen servido de nada los rehenes que habían dado a Ariovisto para evitar esos daños. Los trevirenses a informarle de cómo las tropas de cien cantones suevos cubrían las riberas del Rin con intento de pasar, y cuyos caudillos eran dos hermanos, Nasua y Cimberio.

Irritado César con tales noticias decidió anticiparse, temiendo que si la nueva soldadesca de los suevos se unía con la vieja de Ariovisto, no sería fácil derrotarlos. Por eso, proveyéndose lo más rápido que pudo de provisiones, a grandes jornadas, marchó al encuentro de Ariovisto.

37

Después de tres días de marcha fue avisado de que Ariovisto iba con todo su ejército a sorprender a Besanzón, plaza muy importante de los secuanos, y que había ya avanzado tres jornadas desde sus cuarteles. Juzgaba César que debía evitar con el mayor empeño que se apoderara de aquella ciudad, abastecida de todo género de provisiones y tan bien fortificada por su situación que era de fácil defensa; la envuelve casi totalmente el río Doubs, como tirado a compás,

y por donde no la baña el río -que viene a ser un espacio de solo doscientos metros-, la cierra un monte muy alto, cuyas faldas toca el río por las dos puntas. Un muro que lo rodea hace de este monte un alcázar metido en el recinto de la plaza. César, pues, marchando día y noche hacia esta ciudad, la tomó y puso guarnición en ella.

38

En los pocos días que se detuvo aquí para aprovisionarse de trigo y demás víveres -con ocasión de las preguntas de nuestros soldados-, oyeron exagerar a los galos y negociantes sobre la desmedida corpulencia de los alemanes, su increíble valor y experiencia en el manejo de las armas, y cómo en los choques habidos muchas veces con ellos ni aun osaban mirarles a la cara y a los ojos. Por ello, y de repente, cayó tal miedo sobre el ejército que angustió todos los espíritus y corazones.

Los primeros en mostrarlo fueron los tribunos y prefectos de la milicia con otros que, siguiendo desde Roma por amistad a César, agrandaban con voces lastimeras el peligro debido a su corta experiencia en los lances de la guerra. De éstos, pretextando unos una causa, y otros otra, decían tener necesidad de su vuelta a Roma y le pedían permiso para retirarse.

Muchos heridos en su orgullo, y por evitar la fama de miedosos, se quedaban, aunque no acertaban a serenar bien el semblante ni a veces a reprimir las lágrimas. Encerrados en sus tiendas o maldecían su suerte, o con sus confidentes se lamentaban de la desgracia común, y entre ellos solo se pensaba en otorgar testamento.

Con los lamentos y clamores de éstos, poco a poco, iba apoderándose el terror de los soldados más aguerridos, los centuriones y los capitanes de caballería. Los que se preciaban de menos tímidos decían no temer tanto al enemigo como al mal camino, la espesura de los bosques y la dificultad del transporte de las provisiones. Tampoco faltaba quien daba a entender a César que, cuando mandase levantar el campo y las banderas, no querrían obedecer los soldados ni llevar los estandartes de puro miedo.

39

César, en vista de tanta angustia, llamó a reunión a centuriones de todas clases y los reprendió ásperamente:

- Lo primero -les dijo-, ¿por qué se metían a elucubrar sobre el destino y objeto de su expedición? Que si Ariovisto en su consulado solicitó con tanta fuerza el favor del Pueblo Romano, ¿en qué cabeza cabía juzgar que faltase a su deber? Antes daba por cierto que conocidas sus demandas, y examinada la ecuanimidad de sus condiciones, Ariovisto no había de renunciar a su amistad ni a la del Pueblo Romano. Pero en el supuesto de que aquel hombre perdiese los estribos y viniese a luchar, ¿de qué temblaban tanto? ¿O por qué desconfiaban de su propio arrojo o de la pericia del General? Ya en tiempo de nuestros padres -continuó- se tuvo experiencias con semejantes enemigos, cuando en ocasión de ser derrotados los cimbrós y alemanes por Cayo Mario;

la victoria, según la opinión general, fue mérito no menor del ejército que del general. Una situación similar sucedió también, no hace mucho, en Italia con motivo de la guerra servil, debido a que los esclavos tenían a su favor la disciplina y pericia aprendida de nosotros, donde se pudo comprobar qué importante es la constancia pues aquéllos que desarmados llenaron al principio de terror a los nuestros, después fueron sometidos. Por último, estos alemanes son aquellos mismos a quienes los suizos han vencido en varios encuentros, no sólo en su país, sino también dentro de la Alemania misma; los suizos, digo, que no han podido contrarrestar a nuestro ejército. Si en algunos nace el miedo por la derrota de los galos, con enterarse bien de lo sucedido, podrán saber cómo Ariovisto, al cabo de muchos meses sin dejarse ver, estuvo acuartelado metido entre pantanos, viendo a los galos aburridos de una guerra tan larga y desesperanzados de poder pelear y dispersos. Los asaltó de improviso, así que los venció más con astucia y maña que por fuerza. Pero el ardid que le valió para con esa gente ruda y simple, ni aun el propio Ariovisto espera le pueda servir contra nosotros. Los que mantienen su miedo por la dificultad de las provisiones y de los caminos, manifiestan o bien que desconfían del general, o bien que quieren darle lecciones; y no hay motivo ni para lo uno ni para lo otro. Los secuanos, loreneses y lingones están preparados para suministrar trigo, y ya las cosechas están sazonadas en los campos. ¿Qué cómo será el camino? ellos mismos lo verán rápido. El decir que no habrá quien obedezca ni quiera llevar banderas no me perturba, sabiendo muy bien que, alguna vez cuando algunos jefes fueron desobedecidos por su ejército, se debió a que les faltó suerte en alguna mala situación, o por alguna extorsión producto de la codicia. Su desinterés era conocido en toda su vida, y notoria su habilidad en la guerra con los suizos. Así que iba a ejecutar sin más dilación –dijo para terminar-, lo que tenía previsto. Y la noche próxima de madrugada moveré el campamento para ver si los soldados actúan más atentos a su obligación que al miedo. Y dado el caso de que nadie me siga, estoy resuelto a marchar sólo con la legión décima, de cuya lealtad no dudo, y será la compañía de guardias.

Esta legión le debía particulares favores, y él confiaba mucho en su valor.

40

En virtud de este discurso se cambiaron maravillosamente los corazones de todos, y nació gran arrojo con vivos deseos de continuar la guerra.

La legión décima fue la primera en darle, por medio de sus tribunos, las gracias por el concepto tan positivo que tenía de ella, asegurando estar preparada para la acción. Tras ésta, las demás después por medio de sus decuriones y oficiales de primera graduación, dieron satisfacción a César protestando que jamás tuvieron ni recelo, ni temor, ni pensaron sujetar a su juicio sino al del general la dirección de la campaña.

Admitidas sus disculpas, y habiendo interrogado sobre los caminos a Diviciaco, de quien se fiaba más que de los otros galos, con un rodeo de casi cuarenta millas -para evitar llevar el ejército por lo llano-, al romper el alba, conforme había previsto, se puso en marcha. Y como no fuese obstaculizada la

marcha, al séptimo día le informaron los exploradores que las tropas de Ariovisto distaban de las nuestras veinticuatro millas.

41

Informado Ariovisto de la llegada de César le envía una embajada, ofreciéndose por su parte a la reunión antes solicitada ya que se había él acercado, y juzgaba poderlo hacer sin riesgo para su persona.

No se negó César, y comenzó a creer que Ariovisto iba entrando en razón pues de buen grado se ofrecía a lo que antes se había resistido, y concebía grandes esperanzas de que a la luz de tantos beneficios suyos y del Pueblo Romano, y oídas sus pretensiones, depondría por fin su terquedad.

Se fijó la reunión para dentro de cinco días. Mientras tanto, yendo y viniendo frecuentemente mensajeros de un campo al otro, pidió Ariovisto que César no llevase consigo a la conferencia soldados de a pie. Que viniesen ambos con guardias montadas, que de otra forma él no iría, pues recelaba de alguna sorpresa. César, que ni quería se malograra la conferencia por ningún pretexto, ni osaba confiar su persona a la caballería gala, tomó, por su seguridad, la decisión de descabalar a los jinetes galos de sus caballos, montando en ellos a los soldados de la décima legión, -de quien estaba muy satisfecho-, para disponer ante cualquier problema una guardia de toda confianza.

Cuando montaban dijo festivamente un soldado de dicha legión:

- Mucho más hace César de lo que prometió, pues prometió hacernos guardias y he aquí que nos hace caballeros.

42

Casi en medio de los dos ejércitos había una gran llanura, y en medio una colina de amplia capacidad. Aquí se vieron según lo acordado.

César colocó la legión montada a doscientos pasos de este sitio. A igual distancia se apostó Ariovisto con los suyos, pidiendo que la conferencia fuese a caballo y cada uno condujese a ella consigo diez soldados. Después de que se reunieron, César comenzó su intervención recordándole los favores que había recibido de él mismo y del Senado, como, por ejemplo, el haberle honrado con el título de rey y de amigo, y como tal le habían enviado espléndidos regalos. Distinción muy excepcional, concedida a él sin recomendación ni motivo especial, por mera decisión suya y liberalidad del Senado.

Le informó también de los antiguos y razonables pactos contraídos con los eduos; de los decretos del Senado, cuántas veces y con qué términos tan honoríficos se habían promulgado en favor de ellos. Cómo siempre los eduos, aun antes de solicitar nuestra amistad, tuvieron la primacía de toda la Galia. Le informó también que era costumbre del Pueblo Romano el procurar que sus aliados y amigos, lejos de padecer menoscabo alguno, mejoren en estimación, dignidad y grandeza. ¿Cómo, pues, se podría tolerar que los despojases de lo que había llevado a la alianza con el Pueblo Romano?

Finalmente insistió en pedir las mismas condiciones ya propuestas por sus embajadores: que no hiciese guerra a los eduos ni a sus aliados; que le devolviese los rehenes, y caso que no pudiera expulsar ningún grupo de alemanes, al menos que no permitiese que pasasen otros el Rin.

43

Ariovisto respondió brevemente a las proposiciones de César, y se extendió mucho en ensalzar sus hazañas:

- He pasado el Rin –dijo- no por propio antojo, sino a ruegos e instancias de los galos. No abandoné mi casa y familia sin esperanza bien fundada de gran recompensa. Tengo en la Galia los terrenos concedidos por los mismos naturales y los rehenes dados voluntariamente. Por derecho de conquista cobraba el tributo que los vencedores suelen imponer a los vencidos. Yo no declaré la guerra a los galos, sino los galos a mí, conspirando aunados todos y provocándole al combate; pero todas estas tropas las desbarató y venció en solo una batalla. Que si quieren otra vez probar suerte –amenazó-, está preparado para la pelea; pero si prefieren la paz, no es justo le nieguen el tributo que le habían pagado hasta entonces de su propia voluntad. Que la amistad del Pueblo Romano debía redundar en honra y ventaja suya, no en menoscabo, pues con este fin la pretendió. Que si los romanos le quitan el tributo y los vasallos renunciaría a su amistad igual que en su día la había solicitado. El conducir nuevas tropas de Alemania hasta allí era para su propia seguridad, no para la invasión de la Galia; prueba de ello era que no habían venido por propia iniciativa sino que habían sido llamados, y que su guerra no había sido ofensiva, sino defensiva. Que entró él en la Galia antes que el Pueblo Romano –precisó-; y que jamás hasta ahora el ejército romano había salido de los límites de su provincia en el sur. Pues ¿qué pretende ahora?, ¿por qué se mete en sus posesiones cuando tan suya es esta parte de la Galia, como es vuestra aquella? Que igual que él no tiene derecho a invadir nuestro territorio, del mismo modo tampoco lo teníamos nosotros para inquietarle dentro de su jurisdicción. En orden a lo que decía César sobre que los eduos por decreto del Senado gozaban el fuero de amigos, no era él tan ignorante de lo que pasaba por el mundo que no supiese que los eduos no socorrieron a los romanos en la última guerra con los alóbroges, ni los romanos a los eduos en las que habían tenido con él mismo y con los secuanos. Que debía sospechar que César, con apariencia de amistad, mantiene su ejército en la Galia con el fin de oprimirla. Que si no se retira, o saca las tropas de estos contornos –amenazó-, le tratará como a enemigo declarado, y si logra él matarle, complacerá con ello a muchos caballeros y señores importantes de Roma, que así se lo tienen asegurado sus informadores, y con su muerte se ganaría la gracia y amistad de todos éstos. Pero si se retira, dejándole libre la posesión de la Galia, se lo pagará con grandes servicios y cuantas guerras se le ofrezcan se las dará concluidas, sin que nada le cuesten.

44

Alegó César muchas razones en prueba de que no podía desistir de la empresa:

- Que tampoco era conforme a su proceder ni al del Pueblo Romano – afirmó- el desamparar unos aliados que se habían portado tan bien; ni entendía cómo la Galia fuese más de Ariovisto que del Pueblo Romano. Sabía que Quinto Fabio Máximo venció a los de Alvernia y Ruerga, si bien por indulto y gracia del Pueblo Romano no los redujo a provincia, ni los hizo tributarios. Con que si se debe atender a la mayor antigüedad, el mando romano en la Galia se funda en justísimo derecho; y si se debe respetar la decisión del Senado, la Galia debe ser libre, pues a pesar de la conquista de Roma, esta quiso que siguiese gobernándose por sus propias leyes.

45

En estas razones estaba cuando informaron a César que la caballería de Ariovisto, acercándose a la colina, venía contra los nuestros arrojando piedras y flechas.

Dejó César la conversación y se retiró con los suyos, ordenándoles no disparasen ni un tiro contra los enemigos, porque si bien estaba seguro de que con su legión escogida no tenía nada que temer de la caballería de Ariovisto, todavía no juzgaba conveniente dar ocasión a que, abatidos los contrarios, se pudiese decir que por fiarse de su palabra fueron sorprendidos a traición.

Cuando entre los soldados corrió la voz del orgullo con que Ariovisto excluía de toda la Galia a los romanos y de cómo sus caballos se habían desmandado contra los nuestros, y que con tal insulto se cortó la conferencia, se encendió en el ejército mucho mayor coraje y deseo más ardiente de pelear con el enemigo.

46

Dos días después Ariovisto despachó a César otra embajada diciendo que quería tratar con él de las condiciones entre ambas entabladas y no concluidas. Que de nuevo señalase día para la reunión, o que cuando menos, le enviase alguno de sus lugartenientes.

El reunirse con él no le pareció oportuno a César, y más cuando dos días antes no habían podido los alemanes contenerse sin disparar contra los nuestros. Enviarle de los suyos un emisario, en su opinión, era lo mismo que entregarlo a las garras de hombres más fieros que las fieras.

Consideró como más acertado valerse de Cayo Valerio Procilo, hijo de Cayo Valerio Caburo, joven muy virtuoso y apacible -cuyo padre obtuvo de Cayo Valerio Flaco los derechos de ciudadano romano-, por un lado por su lealtad y pericia en la lengua gala, siendo casi familiar de Ariovisto, y por otro por ser persona a quien los alemanes no tenían motivo para hacer daño alguno; lo envió junto con Marco Meció que anteriormente había sido huésped de Ariovisto. Les encomendó que se informasen de las pretensiones de Ariovisto y volviesen con la razón de ellas.

Ariovisto, en cuanto los vio cerca de su campamento, dijo a voces oyéndolo

todo su ejército:

- ¿A qué venís aquí? - gritó- ¿Acaso sois espías?

Y queriendo satisfacer e impresionar a sus tropas los detuvo y puso en prisión.

47

Ese día Ariovisto levantó el campamento y se alojó en la falda de un monte a seis millas del acuartelamiento de César.

Al siguiente condujo sus tropas por delante del campamento de César, y acampó dos millas más allá con el fin de interceptar los víveres que venían de los secuanos y eduos.

César, cinco días consecutivos, presentó el ejército armado y ordenadas las tropas con la intención de que si Ariovisto quisiese dar batalla no tuviese excusa.

Todos esos días mantuvo el alemán quieta su infantería dentro de su campamento, haciendo escaramuzas diariamente con la caballería.

El modo de pelear en que se habían especializado los alemanes era éste: seis mil caballos iban escoltados de otros tantos infantes, los más ligeros y bravos que los mismos de a caballo elegían personalmente, cada uno el suyo. Con éstos entraban en batalla, a éstos se acogían y éstos les socorrían en cualquier lance. Si algunos, heridos gravemente, caían del caballo aquéllos estaban allí para auxiliarlos. En las marchas forzadas y en las retiradas más rápidas, era tanta su ligereza por el continuo ejercicio, que agarrados a la crin de los caballos corrían parejos con ellos.

48

Viendo César que Ariovisto se hacía fuerte en las trincheras, para que no siguiese interceptándole los víveres, escogió lugar más oportuno a seiscientos pasos más allá de los alemanes, adonde llegó con el ejército dividido en tres escuadrones.

Al primero y segundo mandó estar preparado con las armas, al tercero encargó fortificar el campo, que, como se ha dicho, distaba del enemigo cosa de seiscientos pasos.

Ariovisto destacó al punto contra él dieciséis mil soldados ligeros con toda su caballería, y con orden de asustar a los nuestros y entorpecer sus trabajos.

Firme César en su decisión, encargó a los dos escuadrones que estaban en armas que rechazasen a aquellos, mientras el tercero se ocupaba de trabajar.

Fortificado el campamento dejó en él dos legiones con parte de sus tropas auxiliares, volviéndose al alojamiento principal con las otras cuatro legiones.

49

Al día siguiente, César, como tenía por costumbre, sacó de los dos campamentos a su ejército. Lo ordenó a pocos pasos del principal y presentó batalla al enemigo. Pero comprobado que ni aun así éste se movía, ya cerca del mediodía recogió de nuevo a los suyos a los campamentos.

Entonces, por fin, Ariovisto destacó parte de sus tropas para intentar forzar las trincheras de nuestro segundo campamento.

Se peleó con igual brío por ambas partes hasta la noche, cuando Ariovisto, dadas y recibidas muchas heridas, tocó retirada.

Indagando César por medio de los prisioneros la causa por la que Ariovisto no quería pelear, comprobó cómo cierta la costumbre de los alemanes de que sus mujeres decidieran, de acuerdo a artes adivinatorias, si convenía o no dar la batalla, y que éstas le habían dicho que los alemanes no podrían ganar si antes de la luna nueva daban la batalla.

50

Al otro día, César, dejando en los dos campamentos la guardia suficiente, colocó a las tropas auxiliares delante del segundo, a la vista del enemigo, para aparentar mayor número de soldados legionarios, ya que en realidad era inferior al de los enemigos.

Él mismo en persona, formado su ejército en tres columnas, fue avanzando hasta las trincheras contrarias. Los alemanes, entonces, con toda la fuerza salieron fuera, repartidos por tribus a distancias equidistantes entre ellas: harudes, marcómanos, tribocos, vangiones, nemetes, sedusios y suevos. Cercó todas sus tropas con carretas y carros para que ninguno tuviese esperanzas de fuga. Encima de los carros pusieron a las mujeres, las cuales, desmelenado el cabello y llorando amargamente al desfilar los soldados, les pedían que no las abandonasen al dominio de los romanos.

51

César señaló que los legados y cuestores de cada legión fueran testigos del valor con que cada soldado se portara, y empezó el ataque desde su ala derecha, por haber observado estar allí la parte más débil del enemigo. Tras esto los nuestros, dada la señal, acometieron con gran arrojo.

Los enemigos, de repente, se adelantaron corriendo para que a los nuestros no les quedase distancia suficiente para arrojar sus lanzas. Inutilizadas éstas, echaron mano de las espadas. Pero los alemanes, protegiéndose rápidamente con sus escudos conforme a su costumbre, recibieron los primeros golpes. Hubo varios de los nuestros que saltando sobre la formación del enemigo y arrancándoles a sus soldados los escudos de las manos, los herían desde arriba.

Derrotados los enemigos y puestos en fuga en su ala izquierda, daban mucho que hacer en la derecha a los nuestros por su gran cantidad. Dándose cuenta de ello Publio Craso hijo, que mandaba nuestra caballería - por no estar participando en la acción como los otros-, destacó el tercer escuadrón para socorrer a los que peligraban de los romanos.

52

Con lo cual se rehicieron, y todos los enemigos volvieron las espaldas sin acabar de huir hasta tropezar con el Rin, distante de allí poco menos de cincuenta millas, donde fueron pocos los que se salvaron, unos a nado a fuerza

de brazos y otros en canoas que allí encontraron.

Uno de éstos huidos fue Ariovisto, que hallando en la orilla del río una barquilla pudo escapar en ella. Todos los demás, alcanzados por nuestra caballería, fueron pasados a cuchillo. Perecieron en la fuga dos mujeres de Ariovisto, una de la tribu sueva que había traído consigo de Alemania, nórica la otra, hermana del rey Voción, que se la envió a la Galia por esposa. De las dos hijas de ésta una fue matada y la otra hecha presa.

Cayo Valerio Procilo, a quien sus vigilantes alemanes conducían en la huida atado con tres cadenas, fue rescatado por César tras ser alcanzados aquellos por la caballería, encuentro que para César fue de no menor gozo que la victoria misma, por ver libre de las garras de los enemigos y restituido a su poder el hombre más honrado de nuestra provincia, huésped suyo y amigo íntimo, con cuya libertad dispuso la fortuna que no faltase a esta victoria circunstancia alguna de contento y congratulaciones. Contó Procilo cómo, por tres veces en su presencia, echaron a suertes sobre si luego le habrían de quemar vivo o aplazarlo para otro momento, y que por ello a la suerte debía la vida.

Hallaron asimismo a Marco Meció y lo llevaron ante César.

53

Difundida la noticia de esta victoria en la otra parte del Rin, los suevos, que estaban acampados en la ribera trataron de volver a sus casas. Los ubios, habitantes de aquellas cercanías que los vieron huir atemorizados, persiguieron y mataron a muchos de ellos.

César, concluidas dos guerras de la mayor importancia en un solo verano - más temprano de lo que exigía la estación-, retiró su ejército a los cuarteles de invierno, entre los secuanos, y dejándolos a cargo de Labieno marchó de vuelta a la Galia Cisalpina a presidir las reuniones de la Asamblea.

LIBRO SEGUNDO

1

Teniendo César aquel invierno sus cuarteles en la Galia Cisalpina, como antes decíamos, le llegaban repetidas noticias - y también Labieno le aseguraba por cartas- que todos los belgas, los cuales según dijimos forman la tercera parte de la Galia, se conjuraban contra el Pueblo Romano dándose mutuos rehenes. Que los motivos de la conjura eran éstos: primero, el temor a que nuestro ejército, una vez sosegadas las otras provincias, se revolviese contra ellos. Segundo, la incitación de varios jefes tribales; unos, que si bien estaban disgustados por la larga presencia entre ellos de los alemanes en la Galia, tampoco veían con agrado que los romanos se acostumbrasen a invernar y vivir en ella de forma tan permanente; otros, que por su volubilidad y ligereza naturales ansiaban nuevos gobiernos; como también algunos que, siendo normal en la Galia hacerse con el poder los que pueden pagar tropas por ser más ricos, si estuvieran sujetos a nuestro mando no podrían lograrlo tan fácilmente.

2

César, a la luz de estas noticias y cartas, alistó dos nuevas legiones en la Galia Cisalpina, y a la entrada del verano envió al legado Quinto Pedio como conductor de ellas al interior de la Galia.

Él, después de comenzar a crecer la hierba, se reunió con el ejército. Desde allí encargó a los senones, y demás galos fronterizos con los belgas, que averiguasen sus movimientos y le informaran de todo.

Avisaron que se estaban haciendo reclutamientos, y que las tropas se estaban reuniendo en un lugar determinado. César, informado de esto, no tuvo ya razón para dudar y resolvió marchar contra ellos en doce días.

Tras aprovisionarse se pone en camino y, en cosa de quince días, se sitúa en la frontera de los belgas.

3

Como llegó de improviso, y más rápido de lo que nadie había previsto, la tribu de los remenses -que son los belgas más cercanos a la Galia-, le enviaron una embajada con Iccio y Antebrogio, líderes de su tribu, manifestándole que estaban a disposición del Pueblo Romano; que no habían tenido parte ni dado la más leve ocasión al alzamiento de los otros belgas. Que estaban dispuestos a darle rehenes, obedecerle, franquearle las ciudades, y suministrarle víveres y cuanto necesitase. Que todos los demás belgas se habían levantado en armas, y los alemanes de este lado del Rin se habían aliado con ellos. Que su resentimiento era tan universal y tan ciego, que no les había sido posible apartar de esta alianza ni siquiera a los sioneses, hermanos suyos y de la misma sangre, con quienes gozan de igual fuero, se gobiernan por las mismas leyes y con quienes conforman un mismo pueblo.

4

Preguntándoles César cuan numerosas y de qué fuerzas eran las tribus alzadas en armas, sacó en limpio que la mayor parte de los belgas descendían realmente de los alemanes, los cuales, tiempo atrás, atravesado el Rin, se habían establecido allí por la fertilidad del terreno echando a sus antiguos moradores los galos. Que solo ellos, en tiempos de nuestros padres, impidieron la entrada en sus tierras a los teutones y cimbrós que venían de saquear toda la Galia, y que orgullosos con el recuerdo de estas hazañas se tenían por superiores a todos en el arte militar.

Con relación a su número -según diciendo los remenses que lo sabían con fijeza como producto de su vecindad y parentesco-, conocían cuántos soldados ofrecía cada pueblo a la alianza de los belgas: los beoveses, como superan a todos en valor, autoridad y número, pueden poner en pie de guerra cien mil combatientes. De éstos han prometido dar sesenta mil de tropa escogida y pretenden el mando supremo de esta guerra.

Los suesones, sus vecinos, poseen campiñas muy grandes y fértiles, cuyo rey fue Diviciaco -el jefe más poderoso de toda la Galia-, que no sólo reinó en muchas partes de estas regiones, sino también en la Bretaña. El rey de ahora es Galba, a quien por su justicia y prudencia todos acordaron en nombrar generalísimo. Tienen los suesones doce ciudades, y ofrecen cincuenta mil combatientes.

Otros tantos los nervios, que son conocidos como los más bravos y están muy lejos. Quince mil dan los artesios; los amienses diez mil; veinticinco mil los morinos; los menapios nueve mil; los caletes diez mil; velocases y vermandeses otros tantos; los aduáticos veintinueve mil. Los condrusos, eburones, ceresos, pemanos -conocidos por el nombre común de alemanes- al parecer, hasta cuarenta mil.

5

César, infundiendo ánimo a los remenses y agradeciéndoles sus buenos oficios con palabras muy corteses, ordenó venir a su presencia a todo el Senado de aquellos y traer los hijos de los líderes por rehenes. Todo lo ejecutaron puntualmente en el plazo señalado.

César, con gran eficacia persuadiendo a Diviciaco el eduo, le convence de lo importante que es para el bien común de la República el dividir las fuerzas del enemigo para no tener que pelear con tantos al mismo tiempo. Lo cual se lograría si los eduos atacasen las tierras de los beoveses y comenzasen a quemar sus campos. Dado este consejo le despidió.

Cuando tuvo la certeza por sus espías y por los remenses de que los belgas unidos venían todos contra él, y que estaban cerca, se anticipó con su ejército a cruzar el río Aisne, donde termina el territorio remense, y allí estableció su campamento, cuyo costado quedaba defendido por las márgenes del río, con lo que las espaldas estaban a cubierto del enemigo, y asegurado el camino desde Reims y las otras ciudades para el transporte de provisiones. Protege el puente

que tenía dicho río, deja en la ribera opuesta con seis cohortes al legado Quinto Titurio Sabino, y manda fortificar los campamentos con una muralla de doce pies de alto y un foso de dieciocho.

6

Existía a ocho millas de distancia de los campamentos una ciudad de los remenses llamada Bievre que los belgas se dispusieron a atacar sobre la marcha con gran furia. No costó poco defenderla aquel día. Los belgas para derrumbar las murallas usan el mismo sistema que los galos: la cercan por todas partes con tropas y empiezan a tirar piedras hasta que ya no queda defensor alguno en las almenas. Entonces, protegiéndose con los escudos, se acercan a las puertas y abren boquete, lo que en este caso era bien fácil por ser tantos los que arrojaban piedras y flechas que no dejaban parar a hombre alguno sobre el muro.

Como la noche los forzase a desistir del asalto, el gobernador de la plaza Iccio Remense, igualmente noble que amado entre los suyos - uno de los que vinieron con la embajada de paz a César - le da aviso a éste por sus mensajeros de que si no envía socorro no pueden resistir más tiempo.

7

César, después de medianoche, destaca en ayuda de los sitiados una partida de arqueros nómadas y cretenses, y de honderos baleares, al lugar que le habían indicado los mismos mensajeros de Iccio.

Con su llegada, cuanto mayor ánimo cobraron los remenses con la esperanza cierta de defensa, tanto menos quedó a los enemigos de conquistar aquella plaza. Así que, alzado el cerco en poco tiempo, asolando los campos y pegando fuego a todas cuantas aldeas y caseríos encontraban por las inmediaciones del camino, marcharon con todo su ejército en busca del de César, y acamparon a dos millas escasas de él. La extensión de su campamento, por lo que indicaban el humo y los fuegos, ocupaba más de ocho millas.

8

César, inicialmente, en vista de un ejército tan numeroso y del gran concepto que se tenía de su valor, decidió no dar batalla. Sin embargo, con escaramuzas cotidianas de la caballería, procuraba sondear hasta dónde llegaba el brío del enemigo, como también probar el coraje de los nuestros.

Cuando se aseguró de que los nuestros no eran inferiores, comprobó que delante de los campamentos había espacio suficiente y acomodado para ordenar los escuadrones. El lugar que iban a ocupar no estaba muy elevado sobre la llanura, y tenía la parte delantera tan ancha que bastaba para formar el ejército en línea de batalla. Por las dos laderas había una bajada en pendiente y por el frente altura escasa, que imperceptiblemente iba declinando hasta confundirse con el llano.

César cerró los dos lados de la colina con fosos atravesados, cada uno de

cuatrocientos pasos de longitud, y protegiendo sus finales con fortificaciones. Plantó artillería en ellas a fin de que en el momento del combate no pudiesen los enemigos -siendo tan superiores en número- atacar por los costados y coger en medio a los nuestros.

Hecho esto, y dejadas en los campamentos las dos legiones recién alistadas para poder emplearlas en caso de necesidad, puso las otras seis delante de ellos en formación de batalla. El enemigo igualmente había sacado sus tropas y las tenía alineadas.

9

Esperaban los enemigos que nuestras tropas pasaran el río por el vado. Los nuestros estaban esperando lo mismo para echarse sobre los enemigos atascados si fuesen estos los primeros en pasar. Mientras tanto la caballería andaba de escaramuzas entre los dos ejércitos. Pero como ninguno de los dos dio muestras de querer pasar el primero, César, satisfecho con la superioridad de su caballería en estos choques, tocó a retirada.

Los enemigos de inmediato marcharon de allí al río Aisne -que según se ha dicho corría detrás de nuestro campamento-, donde, descubierto un vado, intentaron pasar parte de sus tropas con la intención de desalojar, si pudiesen, al legado Quinto Titurio de la fortificación que mandaba y destrozar el puente; o como mínimo quemar los campos de los remenses, que tanto nos ayudaban en esta guerra abasteciéndonos de provisiones.

10

César, advertido de esto por Titurio, pasa el puente con toda la caballería y la tropa ligera de los númidas, con los honderos y arqueros, y va contra ellos. Se fraguaron allí prodigios de valor; los nuestros, acometiendo a los enemigos metidos en el río, mataron a muchos y a fuerza de flechas rechazaron a los demás que, con gran valor, pretendían abrirse paso por encima de los cadáveres. Los primeros que vadearon el río perecieron rodeados por nuestra caballería.

Viendo los enemigos fallidas sus esperanzas de conquistar la plaza y el tránsito del río, observando también que los nuestros no querían pelear en sitio de poca ventaja, y ellos comenzaban a sentir escasez de alimentos, reunidos en asamblea decidieron que lo mejor era retirarse cada cual a su casa, acordando acudir de todas partes a fin de hacer la guerra con más garantías dentro de su territorio que fuera de él, y sostenerse con sus propias y abundantes cosechas.

Les movió a esta resolución, entre otras razones, la de haber sabido que Diviciaco y los eduos se iban acercando a las fronteras de los beoveses, por lo cual, en ningún caso, podían pasar más tiempo sin socorrer a los suyos.

11

Con esta determinación, partiendo hacia medianoche con gran ruido y alboroto, sin orden ni concierto, apresurándose cada cual a coger la delantera por llegar antes a casa, su marcha tuvo apariencias de huida. César, advertido

al instante del hecho por sus espías, temiendo alguna celada por no haber todavía conocido el motivo de su huida, se mantuvo inactivo con todo su ejército dentro de los campamentos.

Al amanecer, confirmada la huida por sus exploradores, envía delante toda la caballería a cargo de los legados Quinto Pedio y Lucio Arunculeyo Cota con orden de atacar la retaguardia enemiga. Al legado Tito Labieno mandó seguirlos con tres legiones, y habiendo éstas alcanzado a la retaguardia y persiguiéndolos durante muchas millas, hicieron en los fugitivos gran estrago. Los de la retaguardia, viéndose en gran peligro, hicieron frente resistiendo animosamente a las embestidas de los nuestros. Mientras tanto los de la vanguardia, que se consideraban lejos del peligro, sin que nadie los entorpeciese ni caudillo que los uniese, al oír aquel griterío y desordenadas las filas, buscaron su seguridad en la fuga.

Con eso, sin el menor riesgo, prosiguieron los nuestros matando gente todo lo restante del día, y sólo al ponerse el sol desistieron de continuar, retirándose a los campamentos según la orden que tenían.

12

César, al día siguiente, sin dar a los enemigos tiempo de recobrase del pavor y de la fuga, dirigió su marcha contra los suesones, fronterizos de los remenses, y después de un largo viaje se situó sobre la ciudad de Novo. Dudando asaltarla - aunque le decían que se hallaba sin guarnición - por tener un foso muy ancho y muy alto los muros, no pudo tomarla, aunque efectivamente eran pocos los que la defendían.

César, una vez fortificados los campamentos, comenzó a construir túneles y a preparar las piezas de artillería para derribar las murallas.

En esto todas las tropas de sesiones que venían huyendo se habían refugiado la noche anterior en la ciudad. Pero preparadas sin más tardanza las galerías formando el terraplén y levantada la artillería, espantados los galos de la grandeza de aquellas máquinas nunca vistas ni oídas, y de la celeridad de los romanos en armarlas, envían embajadores a César sobre la entrega, y a petición de los remenses alcanzan el perdón.

13

Recibidos como garantía las personas más importantes del pueblo con dos hijos del mismo rey Galba, y entregadas todas las armas, César admitió como vasallos a los suesones y marchó contra los beoveses. Los cuales, habiéndose refugiado con todas sus cosas en la fortaleza de Beauvais y estando César distante de allí poco menos de cinco millas, todos los ancianos saliendo de la ciudad con ademanes y voces le hacían señas de que venían a rendirse a discreción, pues no querían más guerra con los romanos. Asimismo, cuando César se acercó al lugar y empezó a instalar el campamento, los niños y las mujeres desde las almenas, tendidas las manos, pedían la paz a los nuestros.

14

Diviciaco, el cual después de la retirada de los belgas y despedidas sus tropas había vuelto a incorporarse con las de César, aboga por ellos diciendo:

- Que siempre los beoveses habían sido amigos fieles de los eduos –para continuar afirmando-. Que sus jefes, con difundir falsamente que los eduos esclavizados por César padecían toda suerte de maltratos y oprobios, los indujeron a separarse de ellos y declarar la guerra al Pueblo Romano. Los autores de esta trama, reconociendo el grave perjuicio acarreado a su propia tribu, se habían refugiado en Britania. Por tanto, le suplican los beoveses, y juntamente con ellos y por ellos los eduos, que los trate con su acostumbrada clemencia y benignidad. Que haciéndolo así aumentaría el prestigio de los eduos para con todos los belgas, con cuyos socorros y bienes solían mantener las guerras.

15

César, por honrar a Diviciaco y favorecer a los eduos, dio palabra de aceptar su petición y de conservarlos bajo su protección. Pero porque era una tribu poderosa, destacando entre los belgas en autoridad y número de habitantes, pidió seiscientos rehenes. Entregados éstos, junto a todas sus armas, se encaminó hacia los amienses que inmediatamente se rindieron con todas sus posesiones.

Con los amienses tienen frontera los nervios, de cuyos hábitos y costumbres César, según lo que le contaron, vino a entender: que a ningún mercader dejaban entrar ni permitían introducir vinos, ni cosas semejantes que sirven para el regalo, persuadidos de que con tales géneros se afeminan los ánimos y pierden su vigor. Siendo ellos por naturaleza bravos y fornidos, echaban en cara a los demás belgas el haberse sometido al Pueblo Romano, deshonorando la valentía heredada con la sangre. Que ellos, por su parte, declaraban no proponer ni admitir condiciones de paz.

16

Llevaba tres días de jornada César por las tierras de éstos, cuando le dijeron los prisioneros que a diez millas de sus tiendas corría el río Sambre, en cuya parte opuesta estaban acampados los nervios aguardando su llegada, unidos con los arrebatos y vermandeses - sus vecinos - a los cuales habían convencido para seguir la misma suerte en la guerra; que esperaban también tropas de los aduáticos que venían marchando. Que a sus mujeres, y demás personas inhábiles por la edad para el ejercicio de las armas, habían escondido en las lagunas, en un paraje inaccesible para ejército.

17

César, con estas noticias, envió delante algunos exploradores y centuriones a encontrar un lugar acomodado para el alojamiento de la tropa. Pero como iban en su compañía varios de los belgas conquistados y otros galos, algunos de ellos -según se averiguó después por los prisioneros- viendo el orden de la marcha de nuestro ejército en aquellos días huyeron de noche hacia los

nervios, y les avisaron de la gran distancia que mediaba entre legión y legión debido a las provisiones que seguían a cada una de ellas. Así que al llegar la primera al campo –dijeron a los jefes nervios-, quedaban muy atrás las demás, siendo muy fácil sorprenderla embarazada con la carga. Derrotada la primera legión, y perdidas las provisiones, era seguro que las siguientes no se atreverían a contraatacar.

Fue bien recibido el consejo. Los nervios, ni antes ni ahora usaron jamás la caballería para pelear, las fuerzas que utilizan son todas de infantería con el fin de atacar más fácilmente la caballería de sus pueblos fronterizos cuando hacían correrías. Cortaban y doblaban arbolitos tiernos, entretejiendo entre sus ramas zarzas y espinos a lo ancho, formando un seto que les servía de muro, y éste era tan cerrado que impedía no solo la entrada sino también la vista.

Con esta táctica, teniendo cortado el paso a nuestro ejército, consideraron los nervios que la advertencia le había sido de gran utilidad.

18

La situación del lugar elegido por los nuestros para fijar el campamento era una colina que bajaba suavemente desde la cumbre hasta el río Sambre arriba mencionado. Desde la ribera opuesta se alzaba otra colina de igual elevación enfrente a la anterior, despejada unos doscientos pasos de la falda, pero la cima era tan cerrada de vegetación que apenas podía penetrar la vista en ella. Detrás de esa maleza estaban emboscados los enemigos.

En la parte llana de la orilla del río, que tenía como tres pies de hondo, se divisaban piquetes de caballería.

19

César, colocando por delante su propia caballería, la siguió con el grueso del ejército. Pero el orden de su marcha era bien diferente del que habían informado los belgas a los nervios; pues César, debido a la proximidad del enemigo, llevaba consigo, como acostumbraba hacer, seis legiones sin más impedimentos que las armas. Después iban los equipajes de todo el ejército, escoltados por las dos legiones recién alistadas, las cuales cerraban la marcha.

Nuestros caballos, pasando el río con las tropas de honda y arco, trabaron combate con los caballos enemigos. Éstos, de repente se retiraban al bosque entre los suyos o de repente salían de él a arremeter contra los nuestros. Nuestra caballería no osaba ir tras ellos en sus retiradas más allá del campo abierto.

Las seis legiones que habían llegado primero trazaron nuestro campamento y empezaron a fortificarlo.

Cuando los enemigos escondidos en las selvas vieron los primeros equipajes de nuestro ejército -según tenían acordado entre sí-, estando de antemano bien advertidos y formados allí mismo en orden de batalla, de pronto se lanzaron con todas sus tropas dejándose caer sobre nuestra caballería. Batida y deshecha ésta sin resistencia, con velocidad increíble, llegaron corriendo hasta el río, de forma que casi a un mismo tiempo se les veía en el bosque, en el río

y en combate contra los nuestros.

Los de la colina opuesta, con igual ligereza, corrieron a asaltar nuestras trincheras y a los que trabajaban en ellas.

20

César tenía que hacerlo todo a un tiempo: enarbolar el estandarte, que es la llamada a tomar las armas; hacer sonar las cornetas; retirar los soldados de sus trabajos; llamar a los que se habían alejado en busca de alimento; ordenar al ejército; dar la contraseña y arengar a los soldados.

Pero no permitía la carencia de tiempo, ni la cantidad de cosas a atender y la llegada de los enemigos, dar salida a tantas cosas. En medio de las dificultades dos circunstancias jugaban a favor de César: una era la inteligencia y experiencia de los legionarios, que muy ejercitados en anteriores batallas, podían por sí mismos dirigir cualquier acción con tanta eficacia como sus jefes. La otra, haber ordenado César que ninguno de los oficiales se apartase de su legión durante las tareas de fortificación. Así que, vista la velocidad y la cercanía del enemigo, sin aguardar las órdenes de César, hicieron lo que convenía en esta situación.

21

César, dadas las órdenes necesarias, corriendo a exhortar a los soldados adonde les condujo la suerte, se encontró con la legión décima. Lo único que fue preciso decirles a los soldados fue que se acordasen de su antiguo valor, y sin asustarse resistiesen animosamente el empuje de los enemigos. Y como éstos ya estaban a tiro de flecha dio señal de atacar.

Partió de allí a otro flanco con el mismo fin de alentarlos; los halló peleando. El tiempo fue tan corto y los enemigos tan decididos al asalto, que no dieron tiempo a los nuestros para ponerse a cubierto, ni aun siquiera para ajustar las viseras de los yelmos y quitar las fundas a los escudos. Donde cada cual se encontraba realizando su trabajo de atrincheramiento del campo allí se detuvo -sumándose a las primeras banderas que se le pusieron delante-, por no perder tiempo de batallar mientras encontraba a los suyos.

22

Ordenado el ejército, según lo permitía la situación del lugar, la cuesta de la colina y la urgencia del tiempo -más que el arte y disciplina de la guerra-combatiendo separadas las legiones, tanto en una parte como en otra, sin poderse ver por la espesura de las barreras interpuestas de las que antes hicimos mención, no era factible que un hombre pudiese socorrer a todos a un tiempo, ni dar las órdenes necesarias, ni organizarlo todo. Por lo cual, en coincidencia de tantas cosas tan adversas, eran varios los sucesos de la suerte.

23

Los soldados de las legiones novena y décima, situados en el ala izquierda del ejército, disparando sus flechas a los artesios que tenían enfrente, los

hicieron huir rápidamente colina abajo hasta el río. Sin aliento de tanto correr, cansados, y maltrechos de las heridas, intentaron cruzar el río. Nuestras legiones, persiguiéndolos espada en mano, degollaron gran parte de ellos cuando se encontraban en dificultades dentro del río.

Los nuestros no dudaron en atravesarlo, y como los enemigos, viéndolos situados en un lugar tan peligroso, intentasen hacerles frente, renovada la pelea los obligaron a huir de nuevo.

Por el centro del campo de batalla las legiones octava y undécima, después de echar de la colina a los vermandeses, proseguían batiéndolos en las márgenes mismas del río. Como consecuencia de ello quedó sin defensa el campamento, tanto por el frente como por el costado izquierdo, estando situada en el ala derecha la legión duodécima y a corta distancia de ésta la séptima.

Los nervios, acaudillados por su general Buduognato, cerrados en un escuadrón muy apretado, atacaron unos por nuestro flanco descubierto para intentar coger en medio a las legiones y otros subieron a la parte alta del campamento.

24

Nuestros caballos, con los soldados ligeros que como ya referí iban en su compañía cuando fueron derrotados en el primer ataque de los enemigos y vinieron a protegerse dentro de las trincheras, tropezaban con los enemigos y se pusieron a huir hacia otro lado.

Las tropas auxiliares que, desde la puerta trasera del campamento en la cumbre de la colina, vieron a los nuestros pasar el río de forma victoriosa, salieron al pillaje del campamento enemigo. Cuando miraron atrás y vieron que los enemigos a su vez se habían metido en el nuestro, comenzaron a huir. En aquel momento, también empezaban a oírse las voces y gritos de los que conducían las provisiones. Así que corrían despavoridos unos por allí y otros por allá, sin orden ni concierto.

Entonces la caballería trevirense, tan ensalzada como valiente entre los galos -enviada en ayuda de César-, sobrecogida por tan malas noticias, dándonos ya por perdidos, se volvieron a su patria con la noticia de que los romanos quedaban vencidos, y su campamento y provisiones en poder de los enemigos.

Ellos lo dedujeron por estar viendo nuestro campamento cubiertos de enemigos, las legiones en apuro y poco menos que derrotadas; además de a nuestras tropas auxiliares, caballería y honderos númeras dispersos, descarriados y huyendo por donde podían.

25

César, después de haber animado a la legión décima, yendo al ala derecha vio el apuro de los suyos. Estaban tan apiñadas las banderas y los soldados de la duodécima legión, tan juntos entre ellos, que no podían manejar las armas. Estaban muertos todos los centuriones y el abanderado de la cuarta cohorte

había perdido el estandarte. Los de las otras legiones estaban o muertos o heridos, y el jefe de ellos Publio Sextio Báculo, hombre muy valeroso, herido de gravedad no podía ponerse en pie.

Los demás caían en desánimo, y aun algunos, abandonados por los que les guardaban las espaldas, desertaban de su puesto sustrayendo el cuerpo a los golpes.

Los enemigos, subiendo la cuesta de la colina, ni daban tregua por el frente ni los dejaban respirar por las alas, donde los nuestros se encontraban en riesgo extremo y sin esperanza de ser ayudados.

César, arrebatando el escudo a un soldado de las últimas filas -pues por la prisa había venido sin él-, se puso al frente, y nombrando a los centuriones por su nombre y exhortando a los demás, mandó avanzar y ensanchar las filas de soldados para que pudieran utilizar mejor las espadas.

Con su presencia recobraron los legionarios nueva esperanza y nuevos bríos, deseoso cada cual de hacer los últimos esfuerzos a la vista del general en medio de su mayor peligro. Ello hizo bajar algún tanto el ímpetu de los enemigos.

26

Advirtiendo César que la legión séptima, allí cerca, se hallaba también en gran apuro, ordenó a los tribunos que fuesen poco a poco reuniendo las legiones, y todas a una se organizasen con las banderas desplegadas ante el enemigo.

Con estas medidas, sosteniéndose ya recíprocamente los soldados sin temor a ser cogidos por la espalda, comenzaron a resistir con más ardor y a pelear con más coraje.

En esto, las dos legiones que venían escoltando las provisiones en retaguardia, informadas de la batalla, apretaron el paso y se dejaron ver por los enemigos sobre la cima de la colina.

Y Tito Labieno, que se había apoderado del campamento de los nervios, observando desde un alto la situación de los nuestros, destacó la décima legión a socorrernos. Los soldados, intuyendo la dificultad de la situación y riesgo tan grande que corrían las legiones y el general por la fuga de la caballería y las tropas auxiliares, no perdieron ni un minuto.

27

Con su llegada cambió tanto la suerte, que los nuestros, aun los más heridos apoyados sobre los escudos, renovaron el combate. Hasta los mismos cantineros, viendo en apuros a los enemigos y a pesar de estar desarmados, se atrevían contra los soldados armados. Asimismo los soldados de la caballería, con la intención de borrar con proezas la anterior ignominia de la huida, combatían en todas partes intentando superar a los soldados legionarios.

Los enemigos, reducidos al último extremo, se portaron con tal valentía que cada vez que caían las primeras líneas las ocupaban los de los puestos inmediatos, peleando sobre los cuerpos de aquellos que yacían derribados y

amontonados. Se parapetaban con ellos y nos disparaban sus flechas; recogían las que les tirábamos y las volvían a arrojar contra nosotros. Así que no es de extrañar que hombres tan intrépidos osasen atravesar un río tan ancho, trepar por una ribera tan áspera y situarse en lugar tan escarpado. Todas estas cosas, a pesar de su gran dificultad, se las facilitaba su bravura.

28

Acabó la batalla, y con ella casi toda la tribu y nombre de los nervios.

Los viejos que, según dijimos, estaban con los niños y las mujeres escondidos entre pantanos y lagunas, al conocer la desgracia, considerando que para los vencedores todo es premio y para los vencidos castigo, enviaron, de común acuerdo entre ellos, embajadores a César entregándose a su discreción. Le encarecieron la desgracia de su tribu, afirmaron que de seiscientos senadores solo quedaban tres, y de sesenta mil combatientes apenas llegaban a quinientos. A los cuales César, haciendo alarde de su clemencia para con los desgraciados y rendidos, puso el mayor empeño en dejarles en la libre posesión de sus tierras y ciudades, y mandó a las tribus fronterizas que nadie osase hacerles daño.

29

Los aduáticos, de quienes se habló ya, llegaban con todas sus fuerzas en socorro de los nervios. Oído lo sucedido en la batalla dieron rápidamente la vuelta y tomaron el camino de su casa. Abandonando las poblaciones, se retiraron con cuanto tenían a una fortaleza que gozaba de fuertes defensas naturales. Estaba rodeada por todas partes de altísimos riscos y despeñaderos, y solo por una tenía entrada sin mucha pendiente ni más ancha que unos doscientos pies, pero protegida por dos torres elevadas sobre las cuales habían colocado piedras grandes y estacas puntiagudas.

Eran los aduáticos descendientes de los cimbros y teutones. Los cuales, hace mucho tiempo, al partir para atacar nuestra provincia de la Galia e Italia, como les molestaban fardos que no podían llevar consigo los descargaron a la orilla del Rin, dejando para su defensa a seis mil de los suyos.

Los que continuaron hacia nuestra provincia de la Galia e Italia fueron derrotados por el Pueblo Romano. Aquellos seis mil se instalaron allí mismos, manteniendo durante muchos años con todos los vecinos guerras ofensivas y defensivas, habiendo llegado al fin a la paz con todos ellos por medio de un tratado.

30

Los aduáticos al comienzo de nuestra llegada hacían frecuentes salidas y escaramuzas contra los nuestros. Después, habiendo nosotros construido una valla de doce pies de alto y quince mil de perímetro, y protegiéndola con torreones de trecho en trecho, los sitiarnos. Pero cuando ya estaba preparado el terreno, inclusive formado el terraplén y vieron levantar una torre a lo lejos, comenzaron desde las almenas a hacer mofa y burla de los nuestros,

preguntando a gritos que con qué fin levantaban maquinaria tan grande y a tanta distancia, y con qué brazos o fuerzas intentaban acercar a los muros un torreón tan enorme, siendo hombres tan pequeños. La mayor parte de los galos, por ser de gran estatura, miran con desprecio la pequeñez de la nuestra.

31

Pero cuando repararon que se movía y acercaba a las murallas, aterrados del novedoso e inusual espectáculo, enviaron a César embajadores de paz diciendo lo siguiente:

- Que estaban convencidos de que los romanos guerreaban asistidos por los dioses, cuando con tanta facilidad podían dar movimiento a máquinas tan enormes y que les permite pelear tan de cerca. Por tanto, se entregaban con todos sus bienes en sus manos. Que si por dicha, usando su clemencia y mansedumbre de la que ya tenían noticia, quisiese perdonar también a los aduáticos, una sola cosa le pedían y suplicaban: que no los despojase de sus armas, pues casi todos sus vecinos eran sus enemigos y envidiosos de su poder; así que sin ellas mal podían defenderse. En tal caso les sería mejor sufrir de los romanos cualquier desdicha, que morir atormentados a manos de aquellos a quienes ellos solían dominar.

32

A esto respondió César:

- Hubiera conservado la ciudad no porque lo mereciesen, sino por ser esa su costumbre caso de haberse rendido antes de batir la muralla. Pero ya no había lugar a la rendición sin la entrega de las armas. Haría con ellos lo mismo que con los nervios, mandando a los vecinos que se guardasen de atacarlos por ser vasallos del Pueblo Romano.

Comunicada esta respuesta a los sitiados dijeron estar dispuestos a cumplir lo mandado. Arrojada gran cantidad de armas desde los muros al foso que ceñía la fortaleza, de tal manera que los montones casi tocaban con las almenas y la plataforma - a pesar de que habían escondido y reservado dentro una tercera parte, según se supo después -. Abiertas las puertas, se declaró la paz aquel día.

33

Al anochecer César ordenó cerrarlas y a los soldados que saliesen fuera de la fortaleza, para que no se desmandase alguno contra los ciudadanos. Pero estos de antemano - como se supo después - se habían conjurado, suponiendo que los nuestros, hecha ya la entrega de armas no harían guardia, o que al menos no estarían tan alerta. Así que valiéndose de las armas guardadas y escondidas, y de escudos hechos de cortezas de árbol y entretejidos de mimbre, sobre la medianoche salieron en tropel con todas sus tropas, enfilando hacia donde parecía más fácil el asalto de nuestras trincheras.

Dado con fuegos el aviso al instante por los nuestros, como César lo había previsto, acudieron allá los batallones más cercanos. Los enemigos

combatieron con tal coraje como se debía esperar de hombres reducidos a la última posibilidad, o como aquellos que basan la forma de vivir apoyados en la fortaleza de su brazo; todo ello a pesar de su posición de inferioridad frente a los defensores, que se encontraban en la muralla y las torres disparando.

Muertos cuatro mil, los demás fueron empujados a la fortaleza.

Al día siguiente, rompiendo las puertas sin que nadie pudiese resistirse, e introducida nuestra tropa, César vendió como esclavos a todos los moradores de este pueblo con sus haciendas. El número de personas vendidas, según la lista que le exhibieron los compradores, fue de cincuenta y tres mil.

34

Al mismo tiempo, Publio Craso, que había sido enviado por César con una legión a controlar a los vénetos, únelos, osismios, curiosolitas, sesuvios, aulercos y reñeses, pueblos marítimos sobre la costa del Océano, le informó de que todos quedaban sometidos al Pueblo Romano.

35

Concluidas estos objetivos y pacificada toda la Galia, fue tan célebre la notoriedad de esta guerra divulgada hasta en los países más lejanos, que las naciones transrenanas enviaban embajadores a César prometiéndole la obediencia y rehenes como garantía de lealtad. César aplazó atender a estos embajadores, citándolos al comienzo del verano siguiente, por estar preparando su partida hacia Italia y los Balcanes.

Con esto, y repartidas las legiones en los cuarteles de invierno por las comarcas de Chartres, Anjou y Tours -vecinas a los países que fueron el escenario de la guerra-, marchó de vuelta a Italia.

Por tan triunfantes sucesos, leídas en Roma las cartas de César, se mandaron hacer fiestas solemnes durante quince días; manifestación hasta entonces nunca hecha anteriormente.

LIBRO TERCERO

1

César, de camino a Italia, envió a Servio Galba con la duodécima legión y parte de la caballería a los nantuates, venagros y sioneses, que desde las fronteras de los olóbroges, lago Lemán y río Ródano se extendían hasta lo más alto de los Alpes. Su objetivo era atravesar aquel camino, cuyo paso solía entrañar mucho peligro y gran costo para los mercaderes debido a los tributos que estas tribus les obligaban a pagar.

Le dio permiso a Galba para invernar allí con la legión si fuese necesario, y éste, después de haber ganado algunas batallas, conquistado varios castillos y recibido embajadores de aquellas tribus y rehenes en garantía de la paz, acordó alojar a dos cohortes entre los nantuates, e irse él con las demás a pasar el invierno en una aldea del territorio de los venagros, llamada Octoduro, situada en una hondonada a la que seguía una llanura de corta extensión entre montañas elevadas. Como el lugar estaba dividido por un río en dos partes, en una dejó a los vencidos y destinó la otra a cuartel de las cohortes, protegiéndolo con valla y foso.

2

Pasada buena parte del invierno, y habiendo Servio Galba dado sus órdenes para el transporte de las provisiones, de pronto le informaron los espías de que los galos habían abandonado de noche la zona que les había sido concedida para vivir, y que las cimas de las montañas estaban ocupadas por numerosos miembros de las tribus de los sioneses y veragros.

Los motivos de los galos para esta impulsiva decisión de reanudar la guerra -con la que sorprendieron a la legión-, eran varios: en primer lugar, les parecía despreciable en número una sola legión, y más aun no estando completa pues se habían separado de ella dos cohortes y varios piquetes de soldados enviados a buscar víveres en distintas direcciones. En segundo lugar, y teniendo en cuenta la desigualdad del terreno, pensaban que los nuestros no podrían aguantar ni aun la primera descarga, bajando ellos con rapidez y disparando continuamente desde los montes al valle. En tercer lugar, sentían en el alma que se les hubiesen quitado sus hijos a título de rehenes y creían que los romanos pretendían apoderarse de los puertos de los Alpes, no sólo para asegurar los caminos, sino también para adueñarse de aquellos territorios y unirlos a su provincia colindante.

3

Después de haber recibido Servio Galba este aviso, sin estar todavía bien atrincherado ni aprovisionado de víveres pues, tras la victoria y la toma de rehenes en prenda, no temía ninguna sorpresa, convocó rápidamente el Consejo de guerra y puso el asunto en consulta. A la vista de un peligro tan grande e inesperado, y dado que las montañas estaban invadidas de gente

armada y que ellos no podían ser socorridos con tropas ni víveres pues los pasos estaban cerrados, algunos portavoces, dándose por vencidos, opinaban que debían abandonar las provisiones y ponerse a salvo, huyendo por los caminos que habían abierto al venir. Pero la mayoría se decantaba por dejar esa propuesta como última salida y probar suerte primero atrincherándose en los campamentos.

4

Poco después, sin apenas tiempo para disponer y ejecutar lo acordado, los enemigos, dada la señal, bajaron las laderas corriendo en tropel y arrojando piedras y flechas a las trincheras.

Al principio los nuestros, con las fuerzas intactas, se defendían vigorosamente sin perder tiro desde las barreras y cubriendo rápidamente las partes de los campamentos que peligraban por falta de defensores. Pero los enemigos tenían una ventaja: cuando unos soldados se cansaban del choque continuado los reemplazaban otros de fresco. Esto no era posible para nosotros debido al escaso número de tropas. No sólo el cansado no podía retirarse de la batalla, ni siquiera el herido podía hacerlo.

5

Alargándose el combate durante más de seis horas, y escaseando a los nuestros no solo las fuerzas sino también las armas, cargaban cada vez con más furia los enemigos. Ante nuestra debilidad, comenzaban a rellenar el foso y querer forzar las trincheras. En esta situación desesperada, el primer centurión Publio Sestio Báculo que había recibido numerosas heridas en la batalla contra los nervios, corrió a reunirse con Galba, acompañado de Cayo Voluseno -tribuno y persona de gran talento y valor-, y ambos le comunicaron que la única esperanza de salvarse estaba en salir de allí atacando por el campo enemigo.

Galba, convocando a los centuriones, da orden a los soldados de que suspendan por un momento el combate, que cojan las armas, que acumulen fuerzas, y que tras dar la señal salgan en tropel luchando por sus propias vidas.

6

Así lo hicieron: salieron de golpe por todas las puertas, sin permitir al enemigo saber qué estaba sucediendo, y mucho menos unirse. Con esto cambió la suerte. Atrapando en medio a los que ya se imaginaban dueños del campamento, fueron matándolos a diestro y siniestro, hasta acabar con más de la tercera parte de treinta mil bárbaros, que era el número de soldados que atacaron el campamento. Los restantes, atemorizados, se dieron a la fuga sin que se les permitiese parar ni en la cima de los montes.

Batidas y desarmadas las tropas enemigas, se recogieron los nuestros a sus cuarteles y trincheras.

Pasada esta refriega Galba no quiso tentar otra vez a la suerte. Lo que había sucedido era muy diferente de lo que él había imaginado sucedería en esas

tierras. Así que, sobre todo motivado por la escasez de provisiones, al día siguiente ordenó quemar todos los edificios de la ciudad y emprendió su vuelta a la provincia romana.

Sin oposición de ningún enemigo condujo sana y salva a la legión, primero a territorio de los nantuates y de allí al de los alóbroges, donde pasó el resto del invierno.

7

Después de estos sucesos todo indicaba a César que la Galia quedaba enteramente apaciguada por haber sido sojuzgados los belgas, ahuyentados los germanos y vencidos en los Alpes los sioneses. Con esa convicción partió entrado el invierno hacia los Balcanes, con el deseo de visitar también estas naciones y conocer aquellos países.

Fue entonces cuando se suscitó de repente una guerra imprevista en la Galia. Publio Craso el mozo, con la legión séptima, tenía sus cuarteles de invierno en Anjou, no lejos del Océano. Por carecer de cosechas aquel territorio envió a las ciudades costeras algunos prefectos y tribunos militares en busca de provisiones. Tito Terrasidio fue enviado a los únelos, Marco Trebio Galo a los curiosolitas y Quinto Velanio con Tito Silio a los vaneses.

8

El país de estos últimos era el más poderoso entre todos los de la costa, ya que tenían una gran flota de navíos con los que solían ir a comerciar a Britania. En la destreza y uso de la navegación aventajaban a los demás, y como eran dueños de los pocos puertos que se encontraban en aquel golfo agreste y abierto, aplicaban impuestos a cuantos por él navegaban.

Los vaneses fueron los que iniciaron las hostilidades arrestando a Silio y Velanio, con la esperanza de que Craso le devolviera sus rehenes. Contagiados de su ejemplo sus vecinos - tan rápidas e impetuosas son las resoluciones de los galos - arrestaron con el mismo objetivo a Trebio y Terrasidio, y al mismo tiempo con recíprocas embajadas conspiraron entre sí por medio de sus representantes, asegurando hacerlo todo de común acuerdo y exponerse a la misma suerte. Indujeron igualmente a las demás comunidades a querer antes conservar la libertad heredada que sufrir la esclavitud de los romanos.

Unidos a su causa rápidamente todos los de la costa enviaron a Publio Craso una embajada común, diciendo que si quería rescatar a los suyos les devolviese los rehenes.

9

Enterado César de estas noticias por Craso, como estaba tan lejos, dio orden de construir galeras en el río Loira que desemboca en el Océano, de traer remeros de la provincia y de reunir marineros y pilotos. Ejecutadas estas órdenes con gran diligencia, y en cuanto se lo permitió el clima, César fue a reunirse con su ejército.

Los vaneses y demás aliados, enterados de su llegada y reconociendo todos

ellos la gravedad del delito que habían cometido al haber arrestado y puesto en prisión a los embajadores -cuyo carácter fue siempre inviolable y respetado por todas las naciones-, conforme a la grandeza del peligro que les amenazaba, tratan de hacer los preparativos para la guerra, en especial todo lo necesario para el armamento de los navíos, muy confiados en la victoria por la ventaja del territorio.

Sabían que los caminos por tierra estaban a cada paso cortados por los pantanos, que la navegación era muy difícil por unos parajes casi impracticables, y que los puertos eran escasos. Suponían además que nuestras tropas no podrían subsistir mucho tiempo en su país por falta de víveres, y pensaban que, aunque todo les saliese mal, sus fuerzas todavía serían superiores por mar, pues los romanos ni tenían navíos ni conocimiento de los bajíos, islas y puertos de los lugares en los que tendrían que hacer la guerra. Además, no era lo mismo navegar por el Mediterráneo, entre costas, que por el océano que es tan grande y abierto.

Con estos pensamientos fortifican sus ciudades, transportan a ellas el trigo de los cortijos y reúnen cuantas naves pueden en el puerto de Vanes, convencidos de que César abriría por ahí la campaña. Se asocian con los osismios, lisienses, nanteses, ambialites, merinos, dublintes, menapios, y piden ayuda a Britania, isla situada enfrente de estas regiones.

10

Si tantas como hemos dicho eran las dificultades para hacer la guerra, no menos eran los incentivos que tenía César para emprender ésta: el atentado de apresar a los embajadores romanos, la rebelión después de haber sido vencidos, la deslealtad contra la seguridad prometida al entregar rehenes, la conjura de tantos pueblos y, sobre todo la convicción de que, si no respondiese a esto, seguirían el ejemplo otras tribus.

Por tanto, considerando que casi todos los galos eran amigos de novedades, fáciles y raudos en suscitar guerras, y que todos los hombres son por naturaleza celosos de su libertad y enemigos de la servidumbre, acordó dividir en varias partes su ejército distribuyéndolas después por las provincias, antes de que otras tribus se aliasen a los rebeldes.

11

Con este fin envió a los trevirenses -que lindaban con el Rin-, al legado Tito Labieno con la caballería, encargándole que visitase de paso a los remenses y demás belgas y los mantuviese a raya. Que si los alemanes, llamados por los belgas intentasen cruzar por la fuerza el río, se lo impidiese.

A Publio Craso, con doce cohortes de las legiones y buen número de caballos, le mandó ir a Aquitania para impedir que desde allá suministrasen ayuda a la Galia o se aliasen naciones tan poderosas.

Al legado Quinto Triturio Sabino, con tres legiones, lo envió contra los únelos, curiosolitas y lisienses para contenerlos dentro de sus fronteras.

Dio el mando de la escuadra -y de las naves que tomó prestadas de Poitu,

del Santonge y de otras tribus fieles-, al joven Décimo Bruto con orden de hacerse cuanto antes a la mar hacia Vannes, adonde marchó César mismo por tierra con la infantería.

12

Estando aquellas poblaciones situadas sobre cabos y promontorios, ni por tierra eran accesibles, ni por mar con la marea alta que se produce cada doce horas, ni tampoco con la marea baja por quedar las naves encalladas en la arena.

El flujo de las mareas hacía difícil combatirlos. Así que, a fuerza de obras, contenido el mar con diques y muelles terraplenados hasta casi emparejar con las murallas, los sitiados comprendieron que no podrían defenderse, y teniendo a mano gran número de naves se embarcaban en ellas con todas sus cosas y se refugiaban en los terrenos vecinos, donde se hacían fuertes de nuevo, logrando las mismas ventajas en la situación.

Durante gran parte del otoño lo pudieron hacer sin problema porque nuestra escuadra estaba detenida por los vientos contrarios, y era sumamente peligroso navegar por mar tan extenso y abierto, siendo tan grandes las mareas y casi ninguno los puertos.

13

La construcción y armadura de las naves enemigas se hacía de la siguiente manera: las quillas algo más planas que las nuestras, a fin de manejarse más fácilmente en la marea baja; la proa y popa muy erguidas contra las mayores olas y borrascas; el maderamen todo de roble capaz de resistir cualquier golpe de viento; los bancos, de vigas tirante de un pie de tabla y otro de canto, afianzadas con clavos de hierro gruesos como el dedo pulgar. Tenían las anclas amarradas con cadenas de hierro en lugar de cables, y en lugar de velas llevaban pieles y cueros delgados, o bien por falta de lino o por ignorar su uso, o, lo que parece más cierto, por juzgar que las velas no tendrían aguante contra las tempestades del océano y la furia de los vientos en barcos de tanta carga.

Nuestra escuadra, al lado de semejantes naves, sólo tenía ventaja en la ligereza y manejo de los remos. En todo lo demás, según la naturaleza del golfo y agitación de sus olas, nos aventajaban notablemente, pues ni los espolones de nuestras proas podían hacerles daño - tanta era su solidez -, ni era fácil que nuestros disparos alcanzasen sus cubiertas por ser tan altas. Por la misma razón estaban menos expuestas a varar. Además, cuando arreciaba el viento, aguantaban más fácilmente la borrasca y eran más estables cuando fondeaban en poca agua. Aun fondeando en seco, ningún riesgo temían de las peñas y arrecifes, al contrario que nuestras naves que estaban expuestas a todos estos peligros.

14

César se decidió a esperar la flota, viendo que si bien lograba apoderarse de los lugares nada progresaba pues no podía ni incomodar a los enemigos ni

impedirles la retirada.

Cuando ésta llegó y fue avistada por los enemigos, salieron del puerto contra ella casi doscientas veinte naves bien tripuladas y provistas de toda suerte de armas. Pero ni Bruto, jefe de la flota, ni los comandantes y capitanes de los navíos, sabían qué hacer ni cómo entrar en batalla, porque estaba visto que con los espolones no podían hacerles daño, y aun levantadas torres encima de las cubiertas, las aventajaba tanto la popa de los bajeles bárbaros que era imposible disparar bien contra ellos. Los tiros de los enemigos, por la razón contraria, nos causaban mayor daño.

Una sola cosa proyectada de antemano nos vino muy bien: ciertas hoces bien afiladas y caladas a manera de enormes guadañas. Enganchadas éstas en las cuerdas con que se ataban las velas a los mástiles, remando de boga, hacían pedazos el cordaje; con ello caían de su peso las vergas, de manera que consistiendo toda la ventaja de la marina gala en velas y jarcias, perdidas éstas, quedaban ingobernables sus naves.

Así pues, lo restante del combate dependía del valor, algo en lo que sin duda les aventajaban los nuestros; y mucho más al pelear a la vista de César y de todo el ejército, sin poder ocultar las hazañas, pues todas las colinas y cerros que tenían las vistas al mar estaban ocupadas por nuestras tropas.

15

Derribadas las velas de la manera dicha, embistiendo a cada navío dos o tres de los nuestros, los soldados concentraban sus esfuerzos en el abordaje. Los extranjeros, visto el resultado y a muchas de sus naves apresadas, no teniendo ya otro recurso, intentaron huir para salvarse. Pero apenas enderezaron las proas hacia donde las conducía el viento, de repente, éste se calmó tanto que no podían moverse ni hacia atrás ni hacia adelante.

Fue ésta una gran suerte para completar la victoria porque, persiguiéndoles los nuestros, fueron apresando las naves una por una, a excepción de unas pocas que sobreviniendo la noche pudieron llegar a tierra.

El combate duró desde las cuatro de la tarde hasta ponerse el Sol.

16

Con esta batalla se terminó la guerra de los vaneses y de todos los pueblos marítimos; pues no sólo participaron en ella todos los mozos y ancianos de algún prestigio en dignidad y gobierno, sino que trajeron también de todas partes cuantas naves había; perdidas las cuales, no tenían los demás dónde guarecerse, ni posibilidad de defender los castillos.

Por eso se rindieron con todos sus bienes a merced de César, quien determinó castigarlos de forma muy severa, con el fin de que los extranjeros aprendiesen de allí en adelante a respetar con mayor cuidado el derecho de los embajadores. Así que, condenados a muerte todos los senadores, vendió a los demás por esclavos.

17

Mientras esto pasaba en Vannes, Quinto Titurio Sabino llegó con su destacamento a la frontera de los únelos -cuyo caudillo era Viridovige, así como también de todas las tribus sublevadas-, en donde había levantado un grueso ejército.

Asimismo los ciudadanos de los aulercos, ebreusenses y lisienses habían degollado a sus senadores porque se oponían a la guerra, habían cerrado las puertas de sus ciudades y se habían aliado con Viridovige, al igual que una gran chusma de bandoleros y salteadores procedente de todas partes, los cuales tenían horror al trabajo de la labranza, prefiriendo la esperanza del pillaje y la afición a la guerra.

Sabino, que había acampado en lugar ventajoso, no salía de las trincheras dado que Viridovige, alojado a dos millas de distancia sacando cada día sus tropas afuera, le presentaba batalla. Por ello ya no sólo era despreciado Sabino por los contrarios, sino también objeto de mofa de los nuestros. A tanto llegó la sugestión de su miedo que los enemigos llegaban a aproximarse sin recelo a nuestras trincheras.

Hacía Sabino esto por juzgar que un oficial subalterno no debía exponerse a pelear con tanta gente a no ser en un sitio seguro o por alguna razón en especial. Sobre todo en ausencia del general.

18

Cuando más extendida estaba esa opinión sobre su cobardía, puso los ojos en cierto galo de las tropas auxiliares, hombre abonado y sagaz a quien con grandes premios y ofertas persuadió de que se pasase a los enemigos, dándole sus instrucciones. Este, llegado como desertor al campo de los enemigos, les informa del miedo de los romanos, de los apuros en que César se halla ante los vaneses, y de que muy pronto, levantando el campo Sabino en secreto la próxima noche, iría a socorrerle.

En cuanto oyeron esto, todos clamaron a una voz que no deberían desaprovechar la ocasión; que era preciso atacar. Varias razones los incitaban a eso: la irresolución de Sabino en los días anteriores; lo que les había dicho el desertor; la escasez de provisiones que sufrían por descuido; la esperanza de que venciesen los vaneses y, en definitiva, porque normalmente los hombres creen fácilmente lo que desean creer.

Debido a todo esto, no dejaron a Viridovige ni a los demás capitanes salir de la asamblea hasta darles consentimiento para tomar las armas e ir contra el enemigo. Conseguido éste, tan alegres como si ya tuviesen la victoria en las manos, cargados de haces con que llenar los fosos de los romanos fueron corriendo al campamento.

19

Estaba el campamento en un altozano, con una pendiente muy ligera desde el llano, y a él llegaron apresuradamente, después de correr durante casi una milla para evitar que tuviésemos tiempo de darnos cuenta. Ellos llegaron jadeando.

Sabino, animados los suyos, dio la señal que tanto deseaban. Les mandó salir en tropel por dos puertas, estando aún los enemigos con la carga auestas. La ventaja del sitio, la poca disciplina y el gran cansancio de los enemigos, así como el valor de los nuestros y su destreza adquirida en tantas batallas, fueron las causas de que los enemigos, sin resistir ni siquiera nuestra primera carga, huyesen en retirada.

Pero como iban tan desordenados, alcanzados por los nuestros que los perseguían con sus fuerzas intactas, fueron abatidos en el campo. Los demás, al margen de algunos que lograron escapar, perecieron cuando les alcanzó la caballería.

Así pues, al mismo tiempo que Sabino recibió la noticia de la batalla naval, tuvo César la de la victoria de Sabino, a quien luego se rindieron todos aquellos pueblos; porque los galos son tan briosos y valientes para iniciar guerras, como amanerados y quejumbrosos en la derrota.

20

Casi al mismo tiempo llegó Publio Craso a Aquitania que, como queda dicho, por la extensión del país y por su número de habitantes, conforma una tercera parte de la Galia. Considerando que iba a luchar donde pocos años antes el legado Lucio Valerio Preconino había perdido la vida con su ejército - y de donde Lucio Manilio, procónsul, perdidas las provisiones había tenido que huir-, juzgó que debía ser muy precavido.

Con este objetivo se proveyó bien de víveres, de tropas auxiliares y de caballos, invitando en especial a muchos militares conocidos por su valor de Tolosa, Carasona y Narbona, ciudades de nuestra provincia colindantes con dichas regiones y entró con su ejército por las fronteras de los sociates. Los cuales, en cuanto lo supieron, reuniendo gran número de tropas y su caballería -que suponía su mayor fuerza-, atacaron sobre la marcha a nuestro ejército. Primero avanzaron con la caballería. Después, rechazada ésta y yendo los nuestros en su persecución, súbitamente apareció su infantería que estaba emboscada en una hondonada; con lo cual, acometiendo contra los nuestros, renovaron la batalla.

21

El combate fue largo y duro. Los sociates, orgullosos por sus antiguas victorias, estaban convencidos de que de su valor dependía la libertad de toda la Aquitania. Los nuestros, por su parte, deseaban mostrar con hechos su esfuerzo aun en ausencia del general y sin ayuda de las otras legiones, dirigiéndolos un hombre de corta edad.

Al fin, abatidos los enemigos se dieron a la fuga muriendo muchos de ellos. Craso, que marchaba de camino, se dispuso a sitiar la capital de los sociates. Viendo que era vigorosa la resistencia armó las baterías. Los sitiados unas veces intentaban hacer salidas, otras minar las trincheras y obras, en lo cual son muy diestros los aquitanos a causa de las minas que tienen por todas partes. Pero viendo que nada les valía contra nuestra vigilancia, enviaron

diputados a Craso pidiéndole audiencia. Otorgándosela y ordenándoles entregar las armas, las entregan.

22

Estando todos los nuestros ocupados en estos compromisos, he aquí que sale por la otra parte de la ciudad su gobernador Adcantuano con seiscientos de sus fieles, a quienes ellos llaman soldurios. Su profesión es participar de todos los bienes de aquellos a cuya amistad se sacrifican mientras viven; y si a éstos les sucede alguna desgracia, la han de padecer con ellos o bien suicidarse. Jamás hubo entre éstos quien, muerto su dueño, quisiese sobrevivirle.

Habiendo hecho su salida con estos adcuatanos, los nuestros dieron la voz de alarma por aquella parte, los soldados corrieron a las armas, y después de un recio combate los hicieron retirarse adentro de nuevo. No obstante, Adcantuano corrió la misma suerte que el resto de los rehenes.

23

Craso, después de recibir las armas y los rehenes, marchó a tierras de los vocates y tarusates.

Espantados los bárbaros por ver tomada en pocos días al asedio una plaza tan fuerte - tanto por su situación como por la destreza de sus soldados - trataron, por medio de mensajeros enviados a todas partes, de aliarse, darse rehenes y reclutar gente. Enviaron también embajadores a las ciudades de la España Citerior que lindan con Aquitania, pidiendo tropas y oficiales expertos.

Una vez recibidas las ayudas emprendieron la guerra con gran orgullo y fuerzas muy considerables. Eligieron por capitanes a los que acompañaron antiguamente a Quinto Sertorio, que tenían fama de ser muy expertos en la estrategia militar.

En efecto, abrieron la campaña conforme a la disciplina de los romanos, tomando los puestos, fortificando los campamentos, y cortándonos las posibilidades de abastecimiento.

Craso se dio cuenta de que no iba a serle fácil dividir su ejército por el escaso número de sus tropas. El enemigo, mientras, se dedicaba al pillaje y a cerrarle los pasos, dejando bien asegurados sus cuarteles y dificultándoles el proveerse de víveres. Además su número iba creciendo día a día.

Así pues, Craso decidió no esperar más para entrar en batalla. Propuesta su resolución en asamblea, viendo que todos la aprobaban, decidió que atacarían al día siguiente.

24

Al amanecer hizo salir todas sus tropas, formándolas en dos cuerpos con las auxiliares en el centro, y permaneció atento a lo que hacían los contrarios. Ellos, si bien por su número y antigua gloria en las armas y a la vista de nuestras escasas tropas, se daban por seguros vencedores del combate, todavía consideraban más acertado obtener la victoria sin sangre, tomando los pasos e interceptando los víveres. Cuando empezasen los romanos a retirarse por falta

de provisiones tenían planeado dejarse caer sobre ellos aprovechando que, en plena marcha y con el peso de las cargas, se hallarían con menos bríos.

Aprobada por los capitanes galos la idea y aunque los romanos presentaron batalla, ellos se mantuvieron dentro de las trincheras. Craso, con el prestigio adquirido en haber esperado a pie firme al enemigo, había infundido temor a los contrarios y ardor a los nuestros para la pelea. Todos clamaban que ya no se debía dilatar ni un momento más el asalto de las trincheras. Así que, exhortando a los suyos y conforme al deseo de todos, marchó contra ellas.

25

Unos se ocupaban en rellenar los fosos, otros en derribar con flechas a los que montaban las trincheras; y hasta los auxiliares, en quienes Craso confiaba poco a la hora de luchar, pasaban por combatientes proporcionando piedras y armas, y trayendo pastos para el terraplén.

Se defendían los enemigos con tesón y bravura, disparando con puntería desde arriba. Pero nuestra caballería, tras rodear el campamento, avisó a Craso de que en la puerta trasera no se veía igual cuidado en la defensa y era fácil la entrada.

26

Craso, exhortando a los capitanes de caballería que animasen a sus soldados y prometiéndoles grandes recompensas, les dijo lo que habían de hacer. Ellos, según la orden, sacaron de nuestro campamento cuatro cohortes que estaban de guardia y descansadas, y las condujeron al lugar más débil de las trincheras, dando un largo rodeo para que no pudieran ser vistas por el enemigo. Como todos estaban metidos de lleno en la lucha, llegaron sin problema al lugar y entraron por él. Ya estaban dentro cuando los enemigos se dieron cuenta de lo sucedido.

Los nuestros oídos los gritos en aquella parte cobraron nuevas fuerzas, como de ordinario sucede cuando se espera la victoria. Comenzaron con mayor denuedo a batir a los enemigos, que rodeados por todas partes y perdida toda esperanza se arrojaban de las trincheras para escapar. Pero perseguidos por la caballería en aquellas amplias llanuras, de cincuenta mil hombres que según constaba habían venido de Aquitania y Cantabria, Craso apenas dejó con vida a una cuarta parte.

Ya bien entrada la noche se retiró a los cuarteles.

27

Con la noticia de esta batalla la mayor parte de Aquitania se rindió a Craso, enviándole rehenes espontáneamente. Así lo hicieron los tarbelos, los bigorreses, los precianos, vocates, tarusates, elusates, garites, los de Aux y Carona, sibutsates y cocosates. Solo algunas tribus más lejanas, confiadas en la intervención del invierno, no lo hicieron.

28

El verano se acababa. César, sin embargo, viendo que después de apaciguada toda la Galia solos los merinos y menapios se mantenían rebeldes sin haber tratado con él nunca de paz, marchó contra ellos, creyendo que sería una guerra breve.

Éstos habían determinado entrar en guerra siguiendo una estrategia muy distinta que la del resto de los galos, habida cuenta de cómo habían sido destruidas y sojuzgadas tribus muy poderosas que se habían aventurado a luchar. Estaban rodeados por grandes bosques y lagunas y se trasladaron a ellos con todos sus bienes.

César llegó a la entrada de los bosques y empezó a atrincherarse, sin que por entonces apareciese enemigo alguno. Cuando nuestra gente estaba dividida en los trabajos, de repente, salieron por todas las partes de la selva y se echaron sobre ella. Los soldados tomaron enseguida las armas y contraatacaron matando a muchos aunque, por querer seguirlos entre la densa vegetación, perdieron también a muchos de los suyos.

29

César empleó los días siguientes en rozar el bosque, formando con la leña cortada barreras opuestas al enemigo por los dos lados, con el fin de que por ninguna parte pudiesen asaltar a los soldados cuando estuvieran descuidados y sin armas. De este modo avanzaron en poco tiempo gran distancia con destreza increíble. Tanto es así que los nuestros iban a saquear sus ganados y la parte más retrasada de sus provisiones.

Ellos se emboscaron en lo más frondoso de la selva. Cuando llegaron los temporales más recios fue necesario que los romanos detuviesen su empresa, pues no podían los soldados resguardarse de las continuas lluvias en las tiendas. Así que, talados sus campos, quemadas las aldeas y caseríos, César retiró su ejército alojándolo en cuarteles de invierno, repartido por los aulercos, lisienses y demás tribus que acababan de hacer la guerra.

LIBRO CUARTO

1

Al invierno siguiente, siendo cónsules Cneo Pompeyo y Marco Craso, las tribus de los usipetes y tencteros de Alemania, en gran número, cruzaron el Rin hacia su desembocadura en el mar. La causa de su emigración fue que los suevos, con continuas guerras durante muchos años, no los dejaban vivir ni cultivar sus tierras.

Era la tribu de los suevos la más poblada y guerrera de toda Alemania. Se decía que tenían cien territorios, cada uno de los cuales contribuye anualmente con mil soldados para la guerra. Los demás se quedan en casa trabajando para ellos y para los ausentes. Al año siguiente alternan, yendo éstos a la guerra, quedándose los otros en casa. De esta forma no se interrumpen las labores de labranza y está renovada la milicia. Pero ninguno de ellos posee terreno propio, ni puede residir más de un año en su sitio. Su sustento no es tanto de pan como de leche y carne, y son muy dados a la caza.

Debido a la calidad de los alimentos, el ejercicio continuo, y el vivir a sus anchas -pues no dedicándose desde niños a oficio ni arte, en todo hacen su voluntad-, crecen muy altos y robustos. Es tanta su habitual dureza que, siendo tan intensos los fríos de estas regiones, solo se visten con pieles cortas que dejan al descubierto mucha parte de su cuerpo y se bañan en los ríos.

2

Admiten la visita de los mercaderes, pero más por tener a quien vender los despojos de las guerras que por deseo de comprarles nada. Tampoco se sirven de animales de carga traídos de fuera – al contrario que los galos que los estiman mucho y los compran muy caros -, sino que a los suyos, nacidos y criados en su territorio, aunque de mala figura y apariencia, con la fatiga diaria los hacen de elevada resistencia.

Cuando pelean a caballo se apean si es necesario y prosiguen a pie la lucha, y al tener amaestrados los caballos para no moverse del sitio ante cualquier urgencia vuelven a montar con igual rapidez. No hay cosa en su opinión de más mal gusto y menos útil que usar adornos en los caballos. Así, por pocos que sean, se atreven a luchar con cualquier número de caballos enjaezados.

No permiten el consumo de vino, por creer que con él se hacen los hombres derrochadores, laxos y enemigos del trabajo.

3

Consideran la mayor gloria de una tribu el que todos los terrenos de sus alrededores estén despoblados a lo largo de muchas leguas, como prueba de que un gran número de ciudades no han podido resistir a su furia. Y aseguran que, por una de las fronteras de la región de los suevos, no se ven sino páramos en un espacio de seiscientas millas.

Por la otra están los ubios, cuya tribu fue ilustre y floreciente entre los

alemanes. Comparados a los demás son algo más civilizados, porque frecuentan su territorio muchos mercaderes navegando por el Rin, en cuyas riberas habitan. Además, por la vecindad con los galos se han acostumbrado a sus cortesías. A estos, los suevos han intentado muchas veces, en repetidas guerras, echarlos de sus fronteras, y aunque no lo han logrado por la grandeza y buena constitución de su organización, sí les hacen pagar impuestos, los humillan y los empobrecen.

4

Semejante fue la suerte de los usipetes y tencteros arriba mencionados, los cuales resistieron también durante muchos años a las armas de los suevos. Pero al final, expulsados de sus tierras, después de haber andado tres años errantes por varios parajes de Alemania, llegaron al Rin, por la parte que habitan los menapios en cortijos y aldeas en las dos orillas del río.

Los menapios, asustados ante la llegada de tanta gente, abandonaron las construcciones de la otra orilla y apostaron en ésta sus cuerpos de guardia, sin dejar pasar a los alemanes. Éstos, después de intentarlo todo, viendo que no era posible el paso a cara descubierta por falta de barcas, ni a escondidas debido a los centinelas y guardias de los menapios, fingieron que regresaban a su patria.

Después de caminar durante tres jornadas dieron otra vez la vuelta, y desandando a caballo todo aquel camino en una sola noche, cayeron de improviso sobre los menapios cuando más despreocupados estaban; ya que habiendo comprobado sus vigías el regreso de los alemanes, habían vuelto sin recelo a las granjas de la otra orilla del Rin. Tras matarlos, se hicieron con sus barcas y cruzaron el río antes de que los menapios en esa otra orilla supiesen nada. Así que adueñados de todas sus casas, se mantuvieron a su costa durante todo lo que quedaba del invierno.

5

Enterado César del caso, y desconfiando de la volubilidad de los galos que son inconstantes en sus resoluciones y por lo común fantasiosos, decidió no confiar en ellos.

Tienen los galos la costumbre de obligar a todo pasajero a que se detenga, quiera o no quiera, y de preguntarle qué ha oído o sabe de nuevo. A los mercaderes cuando llegan a los pueblos los cerca el populacho, importunándolos para que digan de dónde vienen y qué noticias traen de otros lugares.

Muchas veces, sin más fundamento que tales rumores y cuentos, toman decisiones en asuntos de la mayor importancia, de lo que naturalmente se arrepienten muy pronto. Se dejan llevar por historias vagas, inventadas la mayor parte de las veces para complacerles.

6

Como César sabía esto, y para no permitir que se produjese una guerra aún

más peligrosa, partió hacia el ejército antes de lo que acostumbraba. Al llegar halló ser ciertas todas sus sospechas.

Algunas ciudades habían invitado por medio de sus embajadores a los alemanes a abandonar el Rin, asegurándoles que tendrían al momento todo cuanto pidiesen. Los alemanes, confiados, iban llegando más y más lejos en sus correrías, hasta entrar por tierras de los eburones y condrusos, dependientes de Tréveris.

César, tras convocar a los jefes de las tribus, decidió no darse por enterado de lo que ya sabía. Lisonjeándolos y ganándose su voluntad, les ordenó que tuviesen preparada la caballería y declaró la guerra contra Alemania.

7

Proveído de víveres y de la caballería escogida, se dirigió hacia donde se decía que estaban los alemanes.

Estando ya a pocos días de distancia de ellos enviaron al encuentro de César a sus embajadores, y le dijeron que los alemanes no querían ser los primeros en declarar la guerra al Pueblo Romano, pero que tampoco la rechazarían en caso de ser provocados. Que por tradición heredada de sus mayores debían resistir y no pedir clemencia a gobernador alguno. Que César debía saber que habían venido en contra de su voluntad desterrados de su patria. Que si los romanos querían su amistad, podría serles útil sólo con darles algunas posesiones o dejarles disfrutar de las que ya habían conquistado. Afirmaban que no reconocían a nadie superior a ellos, a excepción de los suevos, a quienes ni aún los dioses inmortales podían derrotar. Que, aparte de ellos, no había nadie en el mundo a quien no pudiesen someter.

8

A tales afirmaciones respondió César que no podía tratarles como amigos mientras no desocupasen la Galia. Que no era razonable que viniesen a ocupar tierras ajenas los que no habían podido defender las propias. Que no existían en la Galia campos baldíos para poder repartir sin causar daño, sobre todo para tanta gente; pero que les daría permiso, si querían, para establecerse en el territorio de los ubios, cuyos embajadores se hallaban allí para quejarse de los ataques de los suevos y pedirle ayuda. Y que él mismo se ofrecía a entablar el acuerdo con los ubios.

9

Los alemanes dijeron que informarían a los suyos y que volverían con la respuesta tres días después. Le suplicaron que mientras tanto no siguiese avanzando. César dijo que ni eso podía concederles; y es que había sabido que varios días antes, los alemanes, habían enviado gran parte de la caballería a desvalijar y saquear el territorio de los ambivaritos, al otro lado del río Mosa. Esperaban ahora su vuelta y por eso buscaban ganar tiempo.

10

El río Mosa nace en el monte Vauge, colindante con el territorio de Langres, y junto a un afluente del Rin llamado Vael forma la isla de Batavia. A ochenta millas de dicho monte desemboca en el océano.

El Rin tiene sus fuentes en los Alpes, donde habitan los leponcios, y discurre rápido a lo largo de muchas millas por las regiones de los nantuates, suizos, secuanos, metenses, tribocos y trevirenses. Al acercarse al océano se ramifica y rodea muchas islas grandes, la mayor parte habitadas por tribus bárbaras y violentas - entre las cuales se cree que hay gentes que se mantienen solamente de la pesca y de los huevos de las aves- hasta que finalmente, por varias desembocaduras, se une al océano.

11

Hallándose César a no más de doce millas de distancia del enemigo volvieron los embajadores, según lo acordado. Saliendo a su encuentro le rogaron encarecidamente que se detuviese. Tras la negativa de César, le pidieron que al menos enviase orden de no atacar a la caballería que estaba adelantada, y que así les diese tiempo para enviar una embajada a los ubios. Que si sus gobernantes les concedían un salvoconducto jurado, prometían acatar lo que César dispusiese. Le pidieron para ejecutar lo dicho un nuevo plazo de tres días.

César sabía bien que todo eso se urdía con el fin de que durante esos tres días volviese a tiempo la caballería de los alemanes. Aun así les respondió que aquel día no avanzaría más que cuatro millas para llegar a un paraje donde hubiese agua. Que al día siguiente volvieran a reunirse con él todos los que pudiesen y que examinaría sus pretensiones.

Envió luego orden a los capitanes que le precedían con la caballería de que no provocasen al enemigo a combate, y que si ellos fuesen provocados aguantasen la carga mientras él llegaba con el ejército.

12

Pero los enemigos, al descubrir a nuestra caballería compuesta de cinco mil hombres y siendo ellos no más de ochocientos -porque los que se habían ido a saquear al otro lado del río Mosa aún no habían vuelto-, atacaron en tropel en un solo punto, desordenando a los nuestros. Pudieron hacerlo, entre otras cosas, porque los nuestros no estaban alerta, confiados en que los embajadores alemanes acababan de despedirse de César y que ellos mismos habían solicitado la tregua.

Tras rehacerse, los enemigos, conforme a su disciplina, echaron pie a tierra y derribaron a varios caballos quitándoles las bridas. Hicieron huir al resto, infundiéndoles tal pavor, que no cesaron de correr hasta tropezar con nuestro ejército.

En esta refriega perecieron setenta y cuatro de los nuestros, entre ellos Pisón el Aquitano, varón muy fuerte y de alto linaje, cuyo abuelo, siendo líder de su tribu, logró de nuestro Senado el título de amigo. Acudiendo al socorro de su hermano rodeado por enemigos lo libró de estos; y él, derribado de su caballo

herido, se defendió mientras pudo como el mayor de los valientes. Cuando rodeado por todas partes, acribillado de heridas cayó al suelo, su hermano ya retirado del combate, arreó su caballo, se arrojó a los enemigos y también murió.

13

Después de estos hechos César no veía prudente recibir embajadas ni escuchar proposiciones de los que con engaño, mientras acordaban la paz, le hacían la guerra.

El esperar a que volviese la caballería alemana y aumentasen las tropas enemigas le parecía una locura. Además, conociendo la volubilidad de los galos, suponía el alto concepto que tendrían ya de los alemanes ante un solo combate, y no era buena idea darles más tiempo para que maquinasen conspiraciones.

Tomada esta decisión la comunicó a los legados y el cuestor, para no retrasar ni un solo día la batalla.

Quiso la casualidad que, a la mañana siguiente, viniesen a su campamento muchos alemanes con sus capataces y ancianos -de nuevo usando la alevosía y el engaño-, con la excusa de disculparse por haber quebrantado la tregua acordada el día anterior. Querían ver si, dando largas, podían conseguir una nueva tregua. César se alegró de tan buena coyuntura y mandó que los arrestasen. Sin perder tiempo levantó el campamento, haciendo que la caballería pasase a la retaguardia por considerarla intimidada por el recuerdo reciente de su derrota.

14

Repartido el ejército en tres cuerpos; con una marcha forzada de ocho millas, se plantó ante el campamento enemigo antes de que los alemanes pudiesen descubrirle. Éstos, impresionados en extremo, sin acertar a tomar consejo ni las armas, tanto por la celeridad de nuestra llegada como por la ausencia de los suyos, no acababan de decidir si sería mejor hacer frente al enemigo, defender el campamento o salvarse dándose a la fuga. Su terror se manifestaba por los clamores y por la confusión en que se desenvolvían.

Nuestros soldados, espolcados por la traición del otro día, arremetieron contra el campamento. Fue entonces cuando los que pudieron tomar las armas hicieron alguna resistencia, combatiendo entre los carros y los fardos; pero la demás turba de niños y mujeres - habían salido de sus tierras y cruzado el Rin con todos los suyos - huyeron enseguida unos tras otros, en cuya persecución envió César a la caballería.

15

Los alemanes, oyendo los gritos a sus espaldas y viendo degollar a los suyos, arrojaron las armas, abandonaron las banderas y dejaron el campamento. Cuando llegaron al lugar donde se unen el Mosa y el Rin, siendo ya imposible la huida y muy numerosas sus bajas, se precipitaron al río, donde

extenuados por el miedo, el cansancio y el ímpetu de la corriente, se ahogaron. Los nuestros, todos con vida sin faltar uno y con muy pocos heridos, se recogieron a sus tiendas, libres ya del temor de una guerra tan peligrosa, pues el número de los enemigos al principio no era menor de cuatrocientos treinta mil.

César dio a los prisioneros permiso para partir. Pero ellos, temiendo la ira y venganza de los galos cuyos campos habían saqueado anteriormente, escogieron quedarse con él y César les concedió plena libertad.

16

Terminada esta guerra contra los alemanes César decidió cruzar el Rin. Las razones eran varias, aunque la más importante, tras ver la facilidad con la que los alemanes se movían para penetrar en la Galia, era intimidarles, demostrándoles que también el ejército romano tenía medios y atrevimiento para cruzar al otro lado. A esto se le añadía que aquella parte de la caballería de los usipetes y tencteros -que antes dije habían cruzado el río Mosa con el fin de saquear y robar-, conocida la derrota de los suyos, se había retirado al otro lado del Rin a tierras de los sicambros, y se había aliado con ellos.

César requirió a los sicambros que se los entregasen como enemigos declarados suyos y de la Galia, y ellos respondieron que el gobierno romano terminaba en el Rin, y que si él se daba por agraviado cuando los alemanes, en contra de su voluntad, penetraban en la Galia, con qué razón pretendía él extender su imperio y jurisdicción más allá del Rin.

Por el contrario, los ubios, que habían sido los únicos de aquellos territorios que habían enviado embajadores a César entablando amistad y dando rehenes, le pedían con insistencia que fuese a socorrerlos, porque los suevos los tenían en graves apuros. Solicitaban que, si los asuntos de la República no se lo permitían, se dejase al menos ver con el ejército al otro lado del Rin. Creían que solo eso bastaría para remediar la situación presente y que mejoraría el futuro. Que siendo tan grande el prestigio y la fama de los romanos -incluso entre los alemanes después de la derrota de Ariovisto y esta reciente victoria-, con solo su presencia y su amistad podrían vivir seguros.

Con este objetivo le enviaron gran número de barcas para el transporte de las tropas.

17

César, por las razones ya comentadas, estaba decidido a pasar el Rin, pero hacerlo en barcas le parecía inseguro y ni siquiera conforme a su prestigio y a la del Pueblo Romano. No obstante, dado que era de suma dificultad alzar un puente sobre un río tan ancho, impetuoso y profundo, todavía estaba pendiente del éxito de la construcción para transportar o no al ejército.

Diseñó un puente de la siguiente manera: se unían entre sí cada dos pies de distancia dos maderos gruesos de pie y medio, puntiagudos en la parte inferior y del mismo largo que la profundidad del río. Metidos éstos, y encajados con ingenio dentro del río, se clavaban con mazas, no perpendicularmente como se

hacía con los postes, sino inclinados y tendidos hacia la corriente del río. Después, más abajo, a una distancia de cuarenta pies, se fijaban frente a los primeros otros dos maderos unidos del mismo modo y colocados contra el ímpetu de la corriente.

De parte a parte atravesaban vigas gruesas de dos pies, hechas a medida del hueco entre las juntas de los maderos, en cuyo intermedio eran encajadas, asegurándolas por ambos extremos con dos clavijas, las cuales, separadas y abrochadas al revés una con otra, asentaban tanto la obra y estaban tan bien realizadas, que cuando más batía la corriente, más se apretaban unas partes con otras.

Se extendían por encima los tablones a lo largo, y cubierto todo con travesaños y cañaveral, quedaba formado el suelo. Con la misma ingeniería, por la parte inferior del río, se plantaban puntales inclinados y unidos al puente, que como puntales resistían la fuerza de la corriente. Asimismo había empalizadas en la parte de arriba del puente, a cierta distancia, para que si los bárbaros con intento de arruinar el puente arrojasen troncos de árboles o barcones, se disminuyese la violencia del golpe y no pudiesen derribarlo.

18

Concluida toda la obra diez días después de haber juntado todo el material, pasó el ejército.

César, habiendo puesto vigilancia en la entrada y salida del puente, marchó contra los sicambros. Le salieron al paso embajadores de varias tribus pidiéndole la paz y su amistad, y él respondió a todos con agrado ordenando que le trajesen rehenes.

Los sicambros, en el momento en que se inició la construcción del puente, habían acordado huir, persuadidos por los tencteros y usipetes a los que habían alojado consigo. Cargando con todas sus cosas, abandonadas sus tierras, se habían guarecido en los desiertos y bosques.

19

César, tras detenerse en esas tierras unos días a quemar todas las aldeas y caseríos y segar las cosechas, se retiró al territorio de los ubios y les ofreció su ayuda en caso de que los suevos siguiesen con sus extorsiones. Pero allí descubrió que los suevos, apenas supieron por sus espías que se estaba construyendo el puente, habían convocado el consejo y enviado mensajeros hacia todas partes avisando de que abandonasen sus pueblos y pusiesen a buen recaudo en los bosques a sus hijos, mujeres y bienes. Todo hombre de armas debía acudir al mismo centro de las regiones ocupadas por los suevos, y allí esperarían la llegada de los romanos resueltos a no pelear en otra parte.

Con estas noticias César dio por cumplidas todas las cosas que le habían llevado a cruzar el Rin con el ejército. Había metido miedo a los alemanes, se había vengado de los sicambros y había liberado de la opresión a los ubios, tras solo dieciocho días al otro lado del Rin.

Como le parecía que se había granjeado suficiente prestigio y beneficios,

volvió a la Galia y derribó el puente.

20

Era ya el final del verano. En la Galia se adelanta el invierno por su situación tan al norte. Sin embargo, César intentó hacer un desembarco en Britania por estar informado de que, en casi todas las guerras de la Galia, se había proporcionado desde allí ayuda a nuestros enemigos. Aun cuando la estación no le dejase abrir campaña, todavía consideraba importante ver por sí mismo aquella isla, valorar el carácter de la gente, registrar los asentamientos, los puertos y las calas, cosas en su mayor parte ignoradas por los galos.

Ni por casualidad había quien allá navegase a excepción de los mercaderes, y ni aun éstos tenían información más allá de la costa y de las regiones situadas frente a la Galia. De hecho, después de haberlos llamado de todas partes, César no había podido averiguar ni el tamaño de la isla, ni el nombre y el número de las tribus que habitaban en ella; ni cuál era su ejército ni su destreza con las armas, ni con qué leyes se gobernaban, ni qué puertos tenían capacidad para navíos de alto bordo.

21

Para informarse previamente de todo esto envió a Cayo Voluseno, de quien se sentía muy orgulloso, dándole orden de que averiguado todo volviese con la información lo más rápido que pudiera. Mientras tanto marchó él con su ejército a tierras de los morinos, porque allí estaba el paso más corto hacia Britania.

Una vez llegado mandó reunir todas las naves de la comarca y la flota empleada el verano anterior en la guerra de Vannes. Al mismo tiempo, conocidas sus intenciones y divulgadas por los mercaderes entre los isleños, llegaron embajadores de diversas ciudades de la isla a ofrecerle rehenes y prestar obediencia al Pueblo Romano.

Les dio César audiencia y amables palabras, y exhortándolos al cumplimiento de sus promesas los despidió, enviando en su compañía a Comió Atrebatente, a quien César mismo, vencidos los de su tribu, hizo líder de ella. Era un hombre de cuyo valor, prudencia y lealtad no dudaba, y cuya reputación era grande entre la gente de Britania. Le encargó César que se introdujese en todas las ciudades que pudiese y las invitase a la alianza con el Pueblo Romano, informándoles de su pronta llegada.

Voluseno, registrada la isla hasta donde le fue posible sin haberse atrevido a desembarcar y fiarse de aquellos extranjeros, volvió al quinto día ante César con la información de lo que había observado.

22

Durante la estancia de César en aquellos lugares con el objetivo de preparar las naves, le llegaron embajadores de gran parte de los pueblos morinos a excusarse por sus anteriores rebeliones. Argumentaban que por ser extranjeros y poco familiarizados con nuestras costumbres habían hecho la guerra, y que

ahora prometían obedecer cuanto les mandase.

A César le pareció muy beneficioso el ofrecimiento, ya que ni quería dejar enemigos a sus espaldas, ni la estación le permitía emprender nuevas guerras; además, no juzgaba conveniente anteponer a la expedición de Britania el ocuparse de estas menudencias. Les mandó entregar un gran número de rehenes y hecha la entrega, les brindó su amistad.

Preparadas cerca de ochenta naves de transporte, que en opinión de César bastaban para embarcar dos legiones, repartió lo que quedaba de galeras entre el cuestor, los legados y los prefectos. Otros dieciocho buques de carga, que por tener el viento en contra estaban detenidos a ocho millas de allí sin poder llegar a puerto, los destinó a la caballería. El resto del ejército lo dejó a cargo de los legados Quinto Titurio Sabino y Lucio Arunculeyo Cota, para que lo condujesen a tierras de los menapios y a ciertos pueblos de los morinos que no habían enviado embajadores. Y encomendó la defensa del puerto a Quinto Sulpicio Rufo con la guardia necesaria.

23

Dadas estas disposiciones, con el primer viento favorable, izó velas a medianoche y ordenó desplazarse a la caballería a la parte más alta del puerto para que allí embarcase y le siguiese. Como ésta no pudo hacerlo tan rápido, César tocó antes la costa de Britania con las primeras naves, hacia la cuarta hora del día siguiente. Y observó que las tropas enemigas estaban armadas esperándoles, ocupando todos los cerros donde deberíamos desembarcar.

La playa, por su situación, transcurría tan angosta entre los montes que desde lo alto se podía disparar a la ribera sin margen de error. César no estimó esa entrada apropiada para el desembarco y se mantuvo hasta las nueve anclado y aguardando a los demás buques.

Entre tanto, convocando a los legados y tribunos les comunicó las noticias que le había dado Voluseno y las órdenes de lo que se había de hacer, advirtiéndoles que estuviesen preparados a la ejecución de cuanto fuese necesario a la menor insinuación y de inmediato. Así lo requería la disciplina militar, y más en las batallas navales, tan variables y expuestas a cambios repentinos.

Tras esto los despidió, y aprovechando el viento y la marea favorable, dada la señal levantó anclas y navegó hacia delante, tocando tierra con la flota a ocho millas de allí, en una playa vacía y despejada.

24

Pero los bárbaros, descubriendo la intención de los romanos, se adelantaron con la caballería y los carros armados que solían utilizar en las batallas, seguidos por las demás tropas, e impedían a los nuestros el desembarco.

En realidad el peligro era máximo, porque los navíos por su gran tamaño solo podían ser estables mar adentro. Por otra parte los soldados estaban en un paraje desconocido, tenían ocupadas las manos y, abrumados por el gran peso de las armas tenían a la vez que saltar de las naves, hacer pie entre las olas y

pelear con los enemigos. Éstos, en cambio, en tierra firme o en la orilla, libres para moverse y conociendo el terreno, asestaban intrépidamente sus golpes y espoleaban los caballos amaestrados.

En esta situación no todos los nuestros mostraban los bríos y el arrojo que solían tener en las batallas de tierra, acobardados porque nunca se habían visto en una clase de combate tan extraño.

25

Advirtiéndolo César, ordenó que las galeras más veloces y cuya figura en los mascarones de proa fuese más extraña para los bárbaros se separasen un poco de los buques de carga, y remando se apostasen en el costado descubierto de los enemigos, para desde allí reducirlos y alejarlos con hondas, arcos y ballestas. Eso alivió mucho a los nuestros.

Los bárbaros, atemorizados ante lo extraño de los buques, el impulso de los remos y la descarga de disparos nunca vistos, pararon y retrocedieron un poco.

Ante la todavía indecisión de los nuestros, especialmente por la profundidad del agua, el abanderado mayor de la décima legión, enarbolando el estandarte e invocando en su favor a los dioses, dijo:

- ¡Saltad soldados al agua, si no queréis ver el águila en poder de los enemigos! ¡Por lo menos yo habré cumplido con lo que debo a la República y a mi general!

Dicho esto a voz en grito, se arrojó al mar y empezó a marchar con el estandarte, recto hacia los enemigos. De inmediato, los nuestros, animándose unos a otros para no pasar por cobardes, saltaron todos a la vez del navío. Cuando vieron esto los de las naves cercanas, se echaron al agua tras ellos y se fueron acercando a los enemigos.

26

Se luchó por ambas partes con gran valor. Pero los nuestros, que no podían mantener las filas, ni hacer pie, ni seguir a sus banderas, sino que de una y otra nave se agregaban sin distinción a la primera con la que se tropezaban, se movían de forma muy confusa. Por el contrario, los enemigos tenían controlados todos los pasos, y viendo en la orilla que algunos iban saliendo uno a uno de los barcos, corriendo a caballo caían sobre ellos en medio del desembarco. Muchos les rodeaban y otros, por el flanco descubierto, disparaban flechas contra el grueso de los soldados.

Notando César el desorden, dispuso que tanto los esquifes de las galeras como las embarcaciones se llenasen de soldados y que si veían a algunos en aprieto fuesen a socorrerlos.

En cuanto los nuestros pusieron pie en tierra, seguidos después de todo el ejército, cargaron con furia contra los enemigos y los ahuyentaron; si bien no pudieron perseguirlos, debido a que la caballería no había podido seguir el rumbo y llegar a la isla. Única cosa en la que no sonrió a César la fortuna.

27

Los enemigos, perdida la batalla y después de recuperarse del susto de la huida, enviaron embajadores de paz a César, prometiendo dar rehenes y someterse a su obediencia.

Vino con ellos Comió el de Artois, de quien dije arriba que César había enviado con antelación a Britania. Aquel, al salir de la nave a comunicarles las órdenes del general, había sido detenido y encarcelado. Después de la batalla le habían puesto en libertad, y en los tratados de paz echaron la culpa del atentado al populacho, pidiendo perdón por aquel error.

César manifestó que si hubiesen enviado embajadores al Continente a pedirle la paz de ninguna forma habría entrado en guerra con ellos. Y dijo que perdonaba su error y que le trajesen rehenes. Parte se los dieron de inmediato, el resto le serían entregados en unos días por tener que traerlos desde lejos.

Mientras tanto dieron orden a los suyos de volver a sus cultivos, y los jefes concurrieron de todas partes a encomendar sus personas y ciudades a César.

28

Quedó así asentada la paz al cuarto día de su llegada a Britania. Las dieciocho naves en que se había embarcado la caballería, como se dijo, se hicieron a la mar desde el puerto superior con viento favorable. Pero estando ya tan cerca de las islas que se divisaban los campamentos, se levantó de repente tal tormenta que ninguna pudo seguir su rumbo, sino que unas tuvieron que volver al puerto de salida y otras, a punto de naufragar, fueron arrojadas a la parte inferior y más occidental de la isla.

Estas últimas, pese a haberlas anclado, seguían llenándose de agua por la furia de las olas. Así que, siendo forzoso meterlas en alta mar por la dura noche de tempestad, regresaron al Continente.

29

Por desgracia, los nuestros ignoraban que era noche de luna llena, lo que suele causar en el océano mareas muy grandes. Así que también las galeras en que César había transportado al ejército, y que estaban fuera del agua, iban a quedar anegadas con la marea alta. Al mismo tiempo, los navíos de carga anclados eran dañados por la tempestad sin que los nuestros tuviesen poder para maniobrar ni arreglarlas.

En fin, destrozadas muchas naves, quedando las demás inútiles para la navegación, sin cables, sin anclas, sin rastro de velamen, surgió, como era normal, una consternación extraordinaria en todo el ejército. Ni tenían otras naves para el reembarco, ni útiles para reparar las que había; y como todos estaban convencidos de que iban a invernar en la Galia, no se habían hecho con provisiones para el invierno.

30

Los señores de Britania, que después de la batalla habían acatado las órdenes de César, viendo la escasez en que se hallaban los romanos de caballos, naves y cosechas, y su corto número de tropas en los campamentos,

mucho más reducido de lo acostumbrado porque César había conducido a las legiones sin los equipajes, hablaron entre sí y decidieron que lo mejor sería rebelarse.

Privarían a los nuestros de víveres y alargarían de esta forma la campaña hasta el invierno, con la confianza de que, vencidos los romanos o impedido su regreso, no habría en adelante quien se atreviese a venir a inquietarlos.

De acuerdo con esto, tejida una nueva conspiración, empezaron poco a poco a escabullirse de los campamentos y a convocar en secreto a la gente del campo.

31

César, mientras tanto, aunque ignorando todavía sus conspiraciones, no dejaba de temer, vista la desgracia de la armada y el retraso en la entrega de los rehenes, que al final hiciesen lo que hicieron.

Por lo cual trataba de prepararse para cualquier acontecimiento, acarreado cada día trigo de las aldeas a los cuarteles, sirviéndose de la madera y clavazón de las naves desarboladas para arreglar las otras y haciendo traer de tierra firme las herramientas necesarias.

Con eso y la gran dedicación de los soldados en los trabajos, dado que se perdieron doce navíos, logró que los demás quedasen en buen estado para navegar.

32

Un día, habiendo enviado a la legión séptima en busca de trigo como solía hacer, y sin que hasta entonces hubiese la más leve sospecha de guerra puesto que los isleños unos estaban en sus cortijos, y otros iban y venían continuamente a nuestras tiendas, los guardias dieron aviso a César de que en la dirección en que la legión se había ido se veía una polvareda mayor de lo normal.

César, sospechando que los bárbaros habían cometido algún atentado, ordenó que fuesen con él las cohortes que estaban de guardia; que dos hiciesen el relevo y que las demás tomaran las armas y le siguiesen. Tras avanzar un buen trecho advirtió que los suyos eran atacados por los enemigos y que a duras penas se defendían, lloviendo flechas por todas partes sobre la legión apiñada.

Lo que había sucedido es que solo quedaba por recolectar una era, y los enemigos habían previsto que los nuestros irían precisamente a ésta. Se habían escondido por la noche en el bosque y a la hora en que los nuestros, separados y sin armas, se ocupaban de la siega atacaron de improviso, mataron a algunos, y a los demás, antes de que pudieran organizarse, los asaltaron y rodearon con la caballería y carros.

33

Su forma de pelear en tales vehículos es ésta: corren primero por todas partes arrojando flechas; con el espanto de los caballos y el estruendo de las

ruedas desordenan las filas, y si llegan a meterse entre escuadrones de caballería, desmontan y pelean a pie.

Los carreteros, mientras tanto, se retiran algunos pasos del campo de batalla y se sitúan de manera que si los combatientes se ven acosados por el enemigo, tienen a mano la ayuda del carro. Así unen en las batallas la rapidez de la caballería con la consistencia de la infantería.

Tienen tal dominio de la táctica, por su uso continuo, que aun por cuestras y despeñaderos hacen parar los caballos a mitad de su carrera y dar vuelta con solo una frenada. Ellos corren en pie sobre la montura y de un salto dan la vuelta al asiento.

34

Se hallaban los nuestros consternados ante la presencia de tan extraños guerreros, cuando acudió César a socorrerlos justo a tiempo. Con su llegada los enemigos se contuvieron y los nuestros se recobraron del miedo.

Satisfecho con eso, reflexionando que era poco razonable provocar al enemigo y meterse en un nuevo conflicto, se mantuvo quieto en su puesto y al rato se retiró con las legiones al campamento.

Mientras los nuestros se empleaban en las maniobras, dejaron sus trabajos de labranzas los que aún quedaban en ellas.

Se dieron un día tras otro lluvias continuas, que impedían a los nuestros la salida de sus tiendas y al enemigo los asaltos. Entre tanto, los bárbaros enviaron mensajeros a todas partes recordando el escaso número de nuestros soldados, y poniendo en valor la buena ocasión que se les ofrecía para hacerse ricos con los despojos nuestros y asegurar su libertad para siempre, si lograban expulsar a los romanos. Fue así como, en poco tiempo, reunieron un gran número de gente a pie y a caballo con los que atacaron nuestro campamento.

35

César preveía que iba a suceder lo mismo que antes; es decir, que por más que atacasen a los enemigos, éstos contraatacarían con su rapidez de movimientos. Sin embargo, aprovechando treinta caballos que Comió el Atrebatense había traído consigo, ordenó que las legiones entrasen en batalla delante del campamento.

Iniciado el combate, los enemigos no pudieron resistir durante mucho tiempo la carga de los nuestros y se dieron a la fuga. Después, corrieron en su persecución hasta cansarlos y matar a muchos. Al regreso quemaron cuantas casas encontraron y, finalmente, se retiraron a sus cuarteles.

36

Aquel mismo día llegaron mensajeros de paz de parte de los enemigos. César dobló el número de rehenes antes exigido, ordenándoles que los llevasen a tierra firme, pues acercándose ya el equinoccio no le parecía razonable exponerse a navegar en invierno con navíos en mal estado.

Por tanto, aprovechando el buen tiempo, levó anclas poco después de

medianoche y llegó con todas las naves al Continente. Sólo dos naves de carga no pudieron atracar en el mismo puerto, y fueron llevadas un poco más abajo por el viento.

37

Desembarcaron de estas naves cerca de trescientos soldados y se encaminaron al campamento. Los morinos -a quienes César dejó calmados antes de su partida a Britania-, codiciosos del pillaje, los cercaron. Al principio no eran muchos, y les intimidaban diciéndoles que entregasen las armas si querían salvar sus vidas. Pero como los nuestros, formados en círculo, consiguieron resistir, acudieron a sus gritos de auxilio cerca de seis mil hombres.

César, en cuanto tuvo noticia, envió a toda la caballería en ayuda de los suyos. Los nuestros, mientras tanto, resistieron el ataque de los enemigos y por más de cuatro horas combatieron con gran valor, matando a muchos y recibiendo pocas heridas. Pero en cuanto se dejó ver nuestra caballería los enemigos arrojaron sus armas y se dieron a la fuga. Fueron masacrados.

38

César, al día siguiente, envió al legado Tito Labieno con las legiones que acababan de llegar de Britania contra los merinos rebeldes; y éstos, sin tener donde refugiarse por estar secas las lagunas que en otro tiempo les habían servido de guarida, cayeron casi todos en manos de Labieno.

Por otra parte, los legados Quinto Titurio y Lucio Cota que habían conducido sus legiones al país de los menapios, volvieron de regreso junto a César tras haber arrasado los campos, destruido las cosechas e incendiado las casas de los que se habían escondido en la espesura de los bosques.

Dispuso César en territorio de los belgas cuarteles de invierno para todas las legiones. Sólo dos ciudades de Britania le enviaron rehenes; las demás no hicieron caso.

Por todas estas hazañas, una vez leídas las cartas de César, decretó el Senado veinte días de fiestas solemnes en muestra de agradecimiento.

LIBRO QUINTO

1

En el consulado de Lucio Domicio y Apio Claudio (año 54 a. C.), César, como solía hacer todos los años al partir desde los cuarteles de invierno hacia Italia, ordenó a los legados comandantes de las legiones construir cuantas naves pudiesen, y reparar las viejas, dándoles las medidas y forma de su construcción.

Para cargarlas rápidamente y botarlas en seco las diseñó algo más bajas que las que solemos usar en el Mediterráneo, sobre todo al observar que, debido a los continuos cambios de mareas, las olas no crecían allí tanto. También las diseñó más anchas que las nuestras, para permitir el transporte de los fardos y el ganado. Quiso que tuviesen mucho velamen, a lo que ayudó que fuesen chatas, y mandó traer los materiales de España.

Él en persona, terminadas las Cortes de la Galia Citerior, partió para los Balcanes al entender que los pirustas con sus correrías invadían las fronteras de aquella provincia. Una vez llegó allí, ordenó que las ciudades acudiesen con sus tropas a cierto lugar que les señaló.

Ante estos hechos, los pirustas le enviaron embajadores para manifestarle que nada de eso se había ejecutado de público acuerdo y que estaban dispuestos a darle total compensación por los excesos cometidos. Admitida su disculpa, César les ordenó dar rehenes, señalándoles el plazo para la entrega y avisándoles de que, en caso de no recibirlos, les haría la guerra a fuego y sangre.

Presentados los rehenes en el plazo asignado, eligió jueces que tasasen los daños y decidiesen la multa.

2

Hecho esto, y concluidas las reuniones, César volvió a la Galia Citerior y de allí al ejército.

Cuando llegó a él, recorriendo todos los cuarteles, encontró ya construidos cerca de seiscientos navíos de la forma que él había indicado, y veintiocho galeras que en pocos días se podrían botar al agua. Esto había sido posible, pese a la enorme falta de medios, debido al singular esfuerzo de la tropa.

Habiendo dado las gracias a los soldados y a los capataces, les ordenó reunir todas las naves en el puerto Icio, desde donde se navegaba con mayor comodidad a Britania atravesando un estrecho de treinta millas aproximadamente. Destinó a este fin un número adecuado de soldados, marchando él con cuatro legiones a paso ligero y ochocientos caballos contra los trevirenses, que ni venían a las reuniones, ni obedecían las órdenes y que se decía andaban acosando a los germanos transrenanos.

3

La república de Tréveris era sin comparación la más poderosa de toda la

Galia en caballería. Tenía también numerosa infantería y estaba bañada por el Rin. En ella se disputaban la primacía Induciomaro y Cingetórige. El segundo, en cuanto supo de la llegada de César y de las legiones, fue a presentarse ante él. Le aseguró que tanto él como los suyos guardarían lealtad y no renunciarían a la amistad del Pueblo Romano, y le informó de lo que pasaba en Tréveris.

Pero Induciomaro empezó a reclutar infantería y caballería, preparándose para la guerra. Puso a salvo a los que no podían entrar en batalla por su edad en la selva de las Ardenas, que desde el Rin atraviesa el territorio trevirenses hasta terminar en Reims.

Pese a todo ello, algunos de los ciudadanos más importantes, movidos por la cercanía a Cingetórige e intimidados por la llegada de nuestro ejército, se presentaron ante César y empezaron a tratar de sus intereses particulares ya que no podían mirar por los de su tribu.

Induciomaro, temiendo quedarse solo, envió embajadores a César afirmando no haber querido separarse de los suyos por ir a visitarle; que quería mantener el orden entre su gente y que el pueblo no se desmandase por falta de un jefe en ausencia de toda la nobleza. Añadió que, en efecto, el pueblo estaba a su disposición, y que él mismo en persona, si César se lo permitía, iría a ponerse en sus manos con todos sus bienes y los de su país.

4

César le mandó presentarse con doscientos rehenes. Era cierto que conocía el verdadero motivo de esas palabras y de tal cambio de intenciones, pero no quería perder en Tréveris el verano, hechos ya todos los preparativos para la expedición a Britania.

Entregados los rehenes, incluido un hijo de Induciomaro y todos sus parientes que César había pedido expresamente, le consoló aconsejándole perseverar en la palabra prometida. Pero no por eso dejó de convocar a los señores trevirenses y de reconocer su mérito en el desenlace final, destacando la importancia de que la principal autoridad entre los suyos recayese en las manos de quienes habían mostrado tan buena voluntad.

Esto le sentó muy mal a Induciomaro, que veía como su prestigio disminuía entre los suyos. Y si ya antes nos aborrecía, su odio se hizo mucho más enconado.

5

Dispuestas así las cosas, al fin, llegó César con las legiones al puerto Icio. Allí se enteró de que cuarenta naves fabricadas en tierras de los meldas no habían podido seguir su viaje debido al viento contrario, y que habían vuelto a atracar en el mismo puerto del que habían salido. Las demás estaban listas y aprovisionadas para navegar.

Se juntó allí también la caballería de toda la Galia, compuesta de cuatro mil hombres y la gente más granada de todas las ciudades, ya que César había decidido dejar en la Galia a muy pocos de lealtad comprobada y llevarse

consigo a los demás en garantía, ante un posible levantamiento en su ausencia.

6

Entre ellos estaba el eduo Dumnóriges -de quien ya hemos hablado-, al que había decidido llevar consigo principalmente porque sabía urdir planes y mandar, así como por su carisma y autoridad entre los galos. Además Dumnóriges había dicho una vez en junta general de los eduos que César le otorgaba a él el reino, algo que había ofendido gravemente a los eduos. Pero no se habían atrevido a proponer a César por medio de una embajada sus inquietudes y súplicas para lograr precisamente lo contrario. César llegó a saberlo por uno de sus invitados.

Dumnóriges intentó al principio, a fuerza de instancias y ruegos, que lo dejaran en la Galia alegando unas veces que temía al mar, otras que le disuadían ciertos malos agüeros. Visto que se le negaba el permiso por completo y que de ninguna manera podía conseguirlo, comenzó a ganarse a los nobles, a hablarles a solas y a convencerles de que no se embarcasen.

Para ello esgrimía la teoría de que no era gratuito el despojar a la Galia de toda la nobleza; que estaba clara la intención de César de conducirlos a Britania para degollarlos, no atreviéndose a hacerlo en la misma Galia. Y daba su palabra -exigiendo juramento a los demás-, de que pactarían de común acuerdo cuanto considerasen conveniente para el bien de la patria.

7

Eran muchos los que informaban de estos tratos a César, quien, por la gran estima que tenía a la tribu edua, procuraba reprimir y frenar a Dumnóriges de todas las formas posibles. Pero viéndole tan empeñado en sus despropósitos, resultó necesario advertirle que ni a él ni a la República fuese a hacerle daño.

Veinticinco días después de estar detenidos en el puerto por haberlo obligado la presencia el cierzo - viento que suele aquí reinar gran parte del año -, César mantenía a raya a Dumnóriges sin dejar de vigilar todas sus tramas.

Por fin, soplando viento favorable, mandó embarcar a toda la infantería y caballería. Cuando más ocupados estaban todos en esto, Dumnóriges, sin que César lo supiera, empezó a marchar hacia su tierra con las tropas eduas. Advertido César suspendió el embarque, y posponiendo todo lo demás, envió una buena parte de la caballería en su persecución con orden de arrestarle y, en caso de resistencia y lucha, de que le matasen juzgando que no haría en su ausencia bien las cosas quien, teniéndole presente, despreciaba sus órdenes.

Una vez alcanzado Dumnóriges comenzó a resistir y defenderse a mano armada, implorando el favor de los suyos y repitiendo a gritos que él era libre y ciudadano de una república independiente. A pesar de todo fue cercado y dado muerte según la orden. Todos los eduos de su séquito regresaron junto a César.

8

César dejó a Labieno en el Continente con tres legiones y dos mil caballos

encargados de la defensa de los puertos, del cuidado de las provisiones, y de observar los movimientos de la Galia. César, con cinco legiones y otros dos mil caballos, se hizo a la mar al ponerse el sol.

Navegó con una brisa fresca a favor, pero a eso de medianoche, calmado el viento, perdió el rumbo, y llevado por las corrientes durante un buen rato advirtió a la mañana siguiente que había dejado la costa británica a la izquierda. Entonces cambiando de rumbo, a merced de la contracorriente y de la fuerza de los remos, procuró ganar la playa que era, por lo que había observado el verano anterior, la más cómoda para el desembarco.

Fue digno de alabar en esta misión el esfuerzo de los soldados que, aun tocándoles navíos de transporte pesados, no se cansaron de remar y avanzaron parejos a los veleros.

Llegó toda la armada a la isla casi al mediodía sin que se dejara ver enemigo alguno por la costa. Y es que, según supo después César por los prisioneros, habían llegado a la playa gran número de tropas que, espantadas ante tal número de naves - que con las del año anterior y otras de particulares fletadas para sus intereses sumaban más de ochocientos navíos -, se habían retirado y metido tierra adentro.

9

El ejército desembarcó y se escogió un sitio cómodo para el campamento.

Informado César por los prisioneros sobre dónde estaban apostadas las tropas enemigas, dejó diez cohortes con trescientos caballos en la orilla para proteger las naves - en situación de poco riesgo por estar ancladas en una playa tan apacible y despejada -, nombró comandante del campamento naval a Quinto Atrio y después de medianoche partió contra el enemigo.

Habiendo caminado de noche casi doce millas descubrió a los enemigos. Éstos, avanzando con su caballería y sus carros armados hasta la ría, intentaron desde lo alto entorpecer nuestra marcha y entablar batalla. Rechazados por nuestra caballería, se protegieron en los bosques dentro de cierto lugar bien pertrechado por la naturaleza y por sus artes, construidas anteriormente debido a sus guerras domésticas. Tenían taponadas todas las vías de entrada con árboles cortados puestos unos sobre otros. Y ellos desde dentro, esparcidos por diversos lugares, impedían a los nuestros la entrada en los cercados.

Sin embargo, los soldados de la legión séptima, en formación y levantando terraplén contra el seto, lo rebasaron sin recibir más daño que algunas heridas. Cierto es que César no permitió seguir la persecución, tanto por desconocimiento del terreno como por ser ya tarde y querer que le quedase tiempo para fortificar su campamento.

10

Al día siguiente por la mañana envió sin equipaje tres partidas de infantería y caballería en persecución de los fugitivos. Poco tiempo después de la partida, estando todavía los últimos a la vista, llegaron a César mensajeros a

caballo con la noticia de que la noche anterior, debido a la tempestad que se había levantado de repente, casi todas las naves habían sido dañadas y arrojadas sobre la costa. Ni las anclas ni las amarras habían podido contenerlas, y ni marineros ni pilotos habían podido resistir la furia del huracán. Así pues, los golpes de unas naves con otras habían causado grandes daños.

11

Ante esta noticia César mandó regresar a las legiones y la caballería. Él también volvió hacia la orilla y comprobó con sus ojos lo mismo que acababa de saber de palabra y por escrito. Vio destrozadas cuarenta naves; las demás podrían arreglarse pero con gran dificultad.

César sacó de las legiones a algunos carpinteros y mandó llamar a otros de tierra firme. Escribió a Labieno para que, con ayuda de sus legiones, consiguiese todas las naves que pudiera. Él, por su parte a pesar de la elevada dificultad de la tarea, decidió por mayor seguridad sacar todas las embarcaciones a tierra y meterlas dentro del campamento. En estas maniobras empleó casi diez días, sin dejar los soldados de trabajar ni por la noche.

Sacados a tierra los buques, y fortificados muy bien los campamentos, César dejó el arsenal protegido por las mismas tropas de antes y partió otra vez al lugar de donde había venido.

En el momento de su llegada era ya mayor el número de tropas enemigas que se habían reunido allí desde todas partes. Le habían dado, de común acuerdo, el mando absoluto y responsabilidad de esta guerra a Casivelauno, cuyos territorios estaban separados de los pueblos marítimos por el río Támesis a ochenta millas de distancia del mar. Desde hacía tiempo aquel estaba en continuas guerras con esos pueblos, pero aterrados los británicos con nuestra llegada le nombraron su general y caudillo.

12

La parte interior de Britania está habitada por nativos originarios de la misma isla, según se dice. Las costas por los belgas, que llegaron aquí con el objetivo de capturar botines y crear hostilidades. Éstos conservan los nombres de las ciudades de su origen, de donde emigraron, y estableciendo su territorio por las armas empezaron a cultivar los campos como propios.

La población es infinita. Hay muchísimas casas, muy parecidas a las de la Galia, y grandes rebaños de ganado. Usan por moneda cobre o anillos de hierro de cierto peso. En medio de la isla se hallan minas de estaño, y en las costas de hierro, aunque escaso. El cobre lo traen de fuera. Hay todo género de maderas como en la Galia, menos haya y abeto. No consideran apropiado ni comer liebre, ni gallina, ni ganso, puesto que los crían para su diversión y recreo. El clima es más templado que el de la Galia, no siendo el frío tan intenso.

13

La isla es de forma triangular. Un lateral está situado enfrente de la Galia y tiene casi quinientas millas. El ángulo que forma el promontorio Canelo, donde suelen recalar las naves de la Galia, se orienta hacia el oriente, el otro inferior al sur.

El segunda lateral se orienta hacia España y al poniente, y tiene, en opinión de los expertos, setecientas millas. Hacia la otra parte se sitúa Irlanda que, según se cree, es la mitad de pequeña que Inglaterra y está a igual distancia de ella que ésta de la Galia. En medio de este estrecho está una isla llamada Man.

Se dice también que más allá se encuentran varias islas, de las cuales algunos han escrito que hacia el solsticio del invierno, durante todo el mes, es siempre de noche. Yo, por más preguntas que hice, no pude ahondar en nada de eso, aunque por la experiencia de los relojes de agua observaba que las noches eran aquí más cortas que en el Continente.

El tercer lateral está orientado al norte sin ninguna tierra enfrente, si bien su pico apunta a Alemania. Su longitud se cree que es de ochocientas millas, con lo que toda la isla viene a tener un perímetro de dos mil.

14

Entre todos los británicos los de mejor trato son los habitantes de Kent, cuyo territorio es costero. Sus costumbres se diferencian poco de las de los galos.

Los que viven tierra adentro por lo común no hacen huertos, sino que se mantienen de leche y carne, y se visten de pieles. Pero generalmente todos los británicos se pintan de color verdinegro con el zumo de gualda, y por eso parecen más fieros en las batallas. Dejan crecer el cabello y tienen afeitado todo el cuerpo menos la cabeza y el bigote.

Diez y doce hombres tienen por lo general cada mujer, en especial hermanos con hermanos y padres con hijos. Los que nacen de ellas son reconocidos como hijos de los primero que conocieron a las doncellas.

15

La caballería y los carros enemigos entablaron en el camino una recia batalla con nuestra caballería, aunque ésta llevó en todo ventaja forzándolos a retirarse a los bosques y a los cerros. Pero los nuestros fueron tras ellos con demasiados bríos, y aunque mataron a muchos perdieron también a algunos.

Los enemigos, un rato después, cuando los nuestros estaban descuidados y ocupados en fortificar su campamento, salieron de improviso del bosque y arremetieron contra los que hacían guardia delante del mismo, peleando con bravura. César envió entonces a las dos primeras cohortes de dos legiones en su ayuda y éstas hicieron alto muy cerca una de otra. Asustados los nuestros con tan extraño género de combate, rompieron ellos por el medio con extrema osadía y se retiraron sin recibir daño. Perdió la vida en esta batalla el tribuno Quinto Laberio Duro.

Al fin, con el refuerzo de otras cohortes fueron rechazados.

16

Debido a esta refriega, como sucedió delante del campamento y a la vista de todos, quedó claro que los nuestros eran poco expeditivos en el combate con estas gentes. No podían ir tras ellos cuando se rendían debido a la pesadez de las armas, ni se atrevían a desamparar sus banderas. La caballería tampoco podía actuar sin correr un gran riesgo; muchas veces ellos retrocedían a propósito para alejar a los nuestros de las legiones, y saltaban entonces a tierra desde sus carros para pelear a pie con armas diferentes.

Así que, cediesen o avanzasen los nuestros, con esta forma de pelear se encontraban siempre ante el mismo peligro. Además los enemigos nunca combatían unidos, sino separados por grandes distancias, teniendo tropas de reserva situadas de tal manera que unos a otros se ayudaban, entrando los que tenían las fuerzas intactas de refresco para remplazar a los cansados.

17

Al día siguiente los enemigos se situaron lejos de los campamentos, en los cerros, y comenzaron a plantar batalla en menor número y a realizar escaramuzas contra nuestra caballería, pero con menos bríos que antes. Pero a mediodía, habiendo César enviado tres legiones y toda la caballería con el legado Cayo Trebonio a pastar, de repente se dejaron caer por todas partes sobre los hombres más alejados de las banderas y legiones.

Los nuestros, respondiendo con fiereza, los derrotaron y no pararon de perseguirlos; hasta que la caballería, confiada en el apoyo de las legiones en retaguardia, los hizo huir precipitadamente desbaratándolos y sin darles oportunidad de rehacerse, detenerse, o saltar a los carros. Después de esta fuga, las tropas de reserva de ellos que habían salido de todas partes, desaparecieron al momento. Nunca más de allí en adelante pelearon los enemigos de poder a poder contra nosotros.

18

César, tras descubrir sus intenciones, se fue con el ejército al reino de Casivelauno en las orillas del Támesis, un río que solo se puede vadear por un lugar y con mucho esfuerzo. Una vez llegado allí vio en la orilla opuesta a muchas tropas enemigas en formación.

Los prisioneros le contaron a César que las márgenes del río estaban protegidas por estacas puntiagudas y que otras iguales estaban clavadas en lo más hondo del río, bajo el agua. Éste envió por delante a la caballería y ordenó a las legiones que le siguiesen inmediatamente.

Tanta prisa se dieron los soldados, y tal fue su coraje, que si bien solo llevaban la cabeza fuera del agua, no pudieron los enemigos resistir el ataque de las legiones y la caballería. Así que abandonaron la orilla y emprendieron la huida.

19

Casivelauno, perdida toda esperanza de contraatacar y la mayor parte de sus tropas, quedándose con cuatro mil combatientes en sus carros, iba observando

nuestro avance. A veces se apartaba un poco del camino y se ocultaba en barrancos y espesuras.

Una vez conocido el camino que íbamos a seguir, hacía retirarse a la población y al ganado de los campos a los bosques; y cuando nuestra caballería se dispersaba por las campiñas para saquearla, enviaba en todas las direcciones desde los bosques a los carros armados y la ponía en apuros, dificultando con esto que anduviese con tanta libertad.

A César no le quedaba más remedio para evitar el peligro que no permitir a la caballería alejarse de las legiones; y que el saqueo y las quemas para dañar al enemigo se hiciesen al ritmo que pudiesen llevar los soldados legionarios.

20

Los trinobantes eran la tribu más poderosa de aquella región. De allí procedía el joven Mandubracio, que abrazando la causa de César había partido a reunirse con él en la Galia. Su padre Imanuencio, siendo rey, había muerto a manos de Casivelauno, y él mismo había huido para no correr la misma suerte.

Éstos enviaron embajadores a César, prometiendo entregarse y prestar obediencia, y suplicándole que amparase a Mandubracio contra la tiranía de Casivelauno, que lo enviase de vuelta y restableciese el reino. César les ordenó entregar cuarenta rehenes y trigo para el ejército, y restituyó a Mandubracio. Ellos obedecieron al instante aprontando los rehenes pedidos y el trigo.

21

Protegidos los trinobantes, y libres de todo maltrato de los soldados, los cenimaños, segonciacos, ancálites, bibrocós y casos, por medio de sus mensajeros, se rindieron a César.

Estos le informaron de que no lejos de allí estaba la ciudad de Casivelauno, rodeada por bosques y lagunas y donde se había encerrado un buen número de personas y ganado.

Los británicos le daban nombre de ciudad a cualquier selva enmarañada protegida por valla y foso, donde suelen resguardarse para librarse de las invasiones enemigas.

César fue derecho hacia allá con las legiones. Encontró el lugar muy bien pertrechado por la naturaleza y por las obras realizadas. Pese a todo, se empeñó en asaltarlo por dos partes. Los enemigos, tras una corta resistencia, acabaron por no poder resistir el ataque de los nuestros y huyeron por el otro lado de la ciudad, acabado muchos de ellos muertos o apresados. Dentro se encontró numeroso ganado.

22

Mientras iban así las cosas en esa parte de la isla, Casivelauno envió mensajeros a la provincia de Kent, situada como se ha dicho en la zona costera y cuyas tierras gobernaban cuatro líderes: Gíngetóriga, Carnilio, Taximagulo y Segonacte, y les ordenó que atacasen con todas sus fuerzas nuestro campamento naval.

Una vez que llegaron al campamento, los nuestros salieron de él y mataron a muchos de ellos, apresando entre otros al noble caudillo Lugotórige, antes de regresar a las trincheras sin contabilizar ninguna baja.

Casivelauno, desalentado por las noticias de esta batalla, por tantos daños recibidos, por la desolación de su reino, y sobre todo por la rebelión de sus vasallos, envió embajadores a César para acordar la rendición, utilizando como intermediario a Comió el atrebatense.

César, que había decidido pasar el invierno en el continente por temor a motines repentinos en la Galia y viendo que el verano se acababa casi sin que se dieran cuenta, le ordenó dar rehenes y le exigió expresamente que no molestase más a Mandubracio ni a los trinobantes. Además estableció el tributo anual que Britania debía pagar al Pueblo Romano.

23

Recibidos los rehenes César regresó junto a la flota y halló en buen estado a las naves. Botadas éstas al agua, por ser grande el número de prisioneros y haberse perdido algunas embarcaciones en la borrasca, decidió transportar el ejército repartido en dos convoyes.

Ninguna de las embarcaciones o naves que zarparon en el primer grupo cargadas de soldados tuvo problemas. Pero de las naves que volvían del Continente hecho el primer desembarco, y de las sesenta que Labieno había mandado construir, regresaron a Britania muy pocas. Hubieron de volver a puerto.

César, tras haber esperado algún tiempo en vano y temiendo que la estación le imposibilitase la navegación por la proximidad del equinoccio, tuvo que amontonar a los soldados en los buques que quedaban disponibles en Britania y, aprovechando la situación más propicia, zarpó bien entrada la noche.

Al amanecer llegó a tierra con la escuadra sana y salva.

24

Una vez sacadas a tierra las naves César mantuvo una reunión con los galos en Samarobriva, ya que ese año la cosecha de trigo había sido muy escasa por falta de lluvia. Después distribuyó a las legiones en diversos cantones para pasar el invierno, de forma diferente a años anteriores: La primera la envió a tierra de los morinos, al mando de Cayo Fabio; la segunda a territorio de los nervios, al mando de Quinto Cicerón; la tercera a tierra de los eduos, al mando de Lucio Roscio; y ordenó que la cuarta, con Tito Labieno, invernase en el territorio de los remenses en la frontera con Tréveris.

Alojó tres más en tierras de los belgas, a cargo del cuestor Marco Craso y de los legados Lucio Munacio Planeo y Cayo Trebonio. Y envió una nueva, alistada en Italia, y cinco cohortes, a territorio de los eburones -que en su mayoría habitan entre el Mosa y el Rin sujetos al señorío de Ambiórige y Cativulco- nombrando comandantes a los legados Quinto Titurio Sabino y Lucio Arunculeyo Cota.

Repartidas de esta forma las legiones estimó que podrían proveerse más

fácilmente en la carestía. Dispuso, sin embargo, que los campamentos de todas estas legiones estuviesen a una distancia máxima entre ellas de cien millas, excepto la que había conducido Lucio Roscio hacia la tribu más quieta y pacífica: la de los eduos.

César decidió permanecer en la Galia hasta tener instaladas todas las legiones y la certeza de que los campamentos quedaban fortificados.

25

Destacaba entre los chartrenses Tasgocio, persona muy importante cuyos antepasados habían sido líderes de su tribu. César le había restituido el liderazgo en atención al valor y la lealtad singularmente diligente que había mostrado en todas las guerras.

César fue informado de que los enemigos de Tasgocio le habían matado públicamente, tras tres años gobernando, con la complicidad de muchos de los nobles. Receloso de que, por ser tantos los culpables pudiesen incitar al pueblo a rebelarse, ordenó a Lucio Planeo marchar enseguida con una de las legiones alojada en Bélgica hacia tierra de los carnutes, emplazar allí sus cuarteles de invierno y enviarle presos a los que hallase culpables de la muerte de Tasgocio.

Entretanto, todos los legados encargados del gobierno de las legiones, le avisaron de que ya estaban instalados y bien atrincherados.

26

A los quince días de estar los nuestros alojados allí, Ambiórige y Cativulco provocaron un repentino alzamiento. Instigados por los mensajeros del trevirenses Induciomaro, y tras haber salido a recibir a Sabino y a Cota a las fronteras de su reino y acarreado trigo a los cuarteles, levantaron en armas a los suyos y, sorprendiendo en el arrebató a los leñadores, avanzaron con gran cantidad de tropas a forzar nuestras trincheras.

Los nuestros cogieron al momento las armas, montaron la línea defensiva y destacaron por un ala a la caballería española, consiguiendo así la ventaja en la batalla. Los enemigos, dándola por perdida, desistieron del asalto.

En seguida gritaron, como acostumbran a hacer, pidiendo que algunos de los nuestros saliesen a negociar. Querían poner ciertas condiciones sobre algunos intereses comunes, con las que esperaban se podría resolver el conflicto.

27

Fue a tratar con ellos Cayo Arpiño, caballero romano confidente de Quinto Titurio, con el español Quinto Junio, que ya había sido enviado otras veces por César a verse con Ambiórige.

Éste les dijo que se declaraba muy agradecido por los beneficios recibidos de César. En concreto por haberle liberado del tributo que pagaba a sus vecinos los aduáticos y haberle devuelto a su hijo y a un sobrino, que habían sido tratados como esclavos tras ser enviados como rehenes a los aduáticos. Que en ese intento de asalto no había actuado ni por voluntad ni por decisión

propia, sino impulsado por su tribu. Que era su gobierno de tal particularidad que no era menor el poder del pueblo sobre él que el suyo sobre el pueblo. Y que el motivo que había tenido para la sublevación era el no haber podido mantenerse al margen de la conspiración repentina de toda la Galia. Afirmaba también que eso era fácil de probar en vista de su poco poder, ya que él no era tan necio como para creer que pudiese derrotar con sus fuerzas a las del Pueblo Romano.

Le informaba como cierto que ése era el común acuerdo de toda la Galia, y ése el día señalado para el asalto simultáneo y general a todos los campamentos de César, evitando así que las legiones pudiesen ayudarse unas a otras. Los galos no habían podido negarse fácilmente a sus compatriotas, mucho menos persiguiendo el objetivo de recuperar la libertad común.

Ambiórige dijo que ya había cumplido con ellos debido a su deuda, pero que debía atender ahora a la ley del agradecimiento. Así que, por respeto a los beneficios de César y al hospedaje de Titurio, le advertía y le suplicaba que mirase por su vida y la de sus soldados, ya que un gran batallón de alemanes venía a servir a sueldo y había cruzado el Rin. Llegarían en dos días y Ambiórige creía que sería mejor, antes de que lo supiesen los pueblos de alrededor, que sacasen de sus cuarteles a los soldados y los trasladasen junto a los de Cicerón o de Labieno, puesto que ambos estaban a una distancia de alrededor de cincuenta millas.

Él les prometía y aseguraba con juramento que les daría paso franco por su territorio, procurando con eso el bien de su propio pueblo liberándolo del alojamiento, y simultáneamente brindar un favor a César para recompensar su generosidad.

Dicho esto Ambiórige se despidió.

28

Arpiño y Junio contaron a los legados lo que acababan de oír. Estos, asustados ante la inesperada noticia, no creían que tuviesen que despreciarla aunque viniese de boca del enemigo. Sin embargo, no les parecía creíble que los eburones, gente de ningún nombre y tan poco prestigio, se atreviesen por sí mismos a declarar la guerra al Pueblo Romano.

Expusieron el tema ante el consejo donde se produjeron grandes debates. Lucio Arunculeyo, junto a varios de los tribunos y capitanes principales, creían que no se debía atropellar ni salir de los campamentos sin orden de César, y afirmaban que dentro de las trincheras se podían defender contra cualquier tropa, incluso de alemanes, por numerosas que fueran. Tenían como prueba el hecho de haber resistido con tanta potencia el primer ataque del enemigo, rechazándolo y causándole un gran daño. Alimentos no les faltaban, y creían que entre tanto llegaría ayuda de los cuarteles vecinos y de César. Para ellos no existía temeridad ni deshonor mayor que seguir el consejo del enemigo en un asunto de tanta importancia.

29

Contra esto protestaba Titurio, afirmando que sería demasiado tarde para tomar una decisión cuando el número de enemigos aumentase con la unión de los alemanes, o sucediese algún desastre en los cuarteles vecinos. Para él, el asunto exigía pronta solución y estaba seguro que César se había marchado a Italia, siendo ése el motivo por el que los chartrenses hubiesen conspirado para matar a Tasgocio y los eburones hubiesen asaltado con tanto descaro sus campamentos.

Titurio decía que él no hacía caso de las palabras del enemigo sino a la realidad de los hechos: la proximidad del Rin, la irritación de los alemanes por la muerte de Ariovisto y nuestras pasadas victorias, o la Galia encolerizada por verse después de tanto maltrato sujeta al Pueblo Romano y oscurecida su antigua gloria en las armas. Además dudaba de que Ambiórige se hubiese arriesgado a dar ese consejo sin estar seguro de sus afirmaciones. De ser esto así, lo más seguro era reunirse con la legión más cercana. Si toda la Galia se aliase con Alemania, el único remedio era no perder el tiempo. Titurio consideraba que la opción de Cota y los que estaban de su parte sólo tendría malos resultados. Aunque ahora pudiesen defenderse, durante un largo asedio el hambre sería inevitable.

30

En medio de estas discusiones, oponiéndose vivamente Cota y los primeros oficiales, Sabino dijo:

- Enhorabuena, salíos con la vuestra ya que así lo queréis -y añadió en voz alta de modo que pudiesen oírle muchos de los soldados-. No soy yo entre vosotros el que más teme a la muerte. Los presentes verán lo que han de hacer. Si sucediese algún contratiempo tú solo serás el responsable. Pero si los dejas partir, pasado mañana estarán junto a los demás en los campamentos vecinos para ser compañeros de su suerte, y no morir a hierro y hambre abandonados y apartados de los suyos.

31

Ante esto algunos se levantaron para abandonar la reunión. Los oficiales trataron de impedirlo, suplicando a ambos bandos que no lo echasen todo a perder con su discordia y obcecación. Estaban convencidos de que cualquier decisión que se tomase, tanto ir como quedarse, saldría bien si estaban todos de acuerdo. En cambio, si éste acuerdo no llegaba a producirse se daban por perdidos.

La discusión duró hasta medianoche, momento en que Cota se rindió y acabó cediendo prevaleciendo así la opinión de Sabino. Se hizo público que partirían al alba.

Pasaron el resto de la noche en vela preparando cada uno su mochila, viendo qué utensilios de los cuarteles podrían o no llevar consigo, algo que traía un peligro añadido a la marcha por la fatiga producto del desvelo nocturno de los soldados.

Llegada la mañana comenzaron su viaje formando largas filas y con

numeroso equipaje, convencidos de que no había sido un enemigo, sino su mejor amigo Ambiórige quien les había dado ese consejo.

32

Los enemigos, que debido al bullicio y al movimiento durante la noche habían descubierto nuestra partida, organizaron una emboscada en un sitio ventajoso y escondido entre el bosque, a una distancia de dos millas. Allí se encontraban vigilando el paso de los romanos, y cuando vieron que la mayor parte se había internado en lo más quebrado de aquel hondo valle, de repente, se dejaron ver por el frente y por la espalda, atacando a la retaguardia, impidiendo a la vanguardia la subida y forzando a los nuestros a combatir en el peor lugar.

33

Titurio, que nunca había imaginado tal cosa, corría de aquí para allá asustado y desordenando las filas, como un hombre azorado que no sabe la tierra que pisa; así suele suceder a los que no advierten los riesgos hasta que se hallan metidos en el lance. Por el contrario Cota, que lo había previsto y por eso se había opuesto a la partida, llevaba a cabo todo lo necesario en tal situación: llamar por su nombre a los soldados y animarlos, haciendo al mismo tiempo el oficio de capitán y soldado peleando.

Pero viendo que, al ser las filas tan largas, era muy difícil que pudiera acudir a todas partes y dar las órdenes convenientes, ordenó que los soldados soltasen las mochilas y formasen en círculo. Decisión que si bien no se puede criticar estando en semejante aprieto, tuvo un pésimo efecto, ya que desalentó la esperanza de los nuestros e infundió más coraje a los enemigos, porque les parecía que eso solo se hacía en casos extremos de temor y desesperación.

Además los soldados de la tropa desamparaban sus banderas, y cada cual iba corriendo a su manera a hacerse con las alhajas y joyas más estimadas, oyéndose solo alaridos y lamentos.

34

Mejor lo hicieron los extranjeros, porque sus capitanes ordenaron a todo el ejército que ninguno abandonase su puesto. Podían considerar como suyo todo el botín que obtuviesen de los romanos pero tenían que entender que el único medio para conseguirlo sería la victoria.

Los nuestros eran, por número y fuerza, capaces de contrarrestar al enemigo. Incluso dándose el caso de que ni el caudillo ni la fortuna los ayudara, todavía contaban con su valor para luchar por su vida. Siempre que alguna cohorte se destacaba, caían abatidos por su ala un gran número de enemigos.

Ambiórige advirtió esto y dio orden de disparar desde lejos, sin acercarse demasiado, y de retroceder dondequiera que los romanos atacasen. Teniendo en cuenta el ligero peso de sus armas y su continuo ejercicio pensaba que así no podrían recibir daño alguno. Del mismo modo, ordenó que en cuando los romanos volviesen a su formación fuesen tras ellos.

35

Ejecutada en todo punto esta orden, cuando un escuadrón nuestro abandonaba su zona de formación y atacaba, los enemigos se echaban hacia atrás rápidamente. Así conseguían que aquella parte quedase indefensa y, debido al pasillo abierto, quedara expuesta a los tiros. Al querer los romanos volver a su puesto resultaban atrapados entre los que estaban formando a la espera y los que se retiraban. Y si querían mantenerse allí, ni podían mostrar su valor ni, estando tan apiñados, esquivar los flechazos de unos y otros.

Con todo eso, a pesar de tantos contratiempos y sangre derramada, se mantenían fuertes. Y habiendo pasado gran parte del día peleando sin cesar, desde el amanecer hasta las ocho, no cometían la menor vileza.

De repente, atravesaron de parte a parte con una jabalina ambos muslos de Tito Balvencio, varón entregado y de gran prestigio, que desde el año anterior lideraba la primera centuria. Quinto Lucanio, centurión del mismo grado, combatiendo valerosamente fue a socorrer a su hijo que estaba rodeado de enemigos, y cayó muerto. El comandante Lucio Cota, mientras iba corriendo entre las líneas y azuzando a los soldados, recibió en la cara una pedrada de honda.

36

Quinto Titurio, aterrado ante estas desgracias, divisó a lo lejos a Ambiórige que andaba animando a los suyos, y decidió enviarle a su intérprete Neo Pompeyo a suplicarle que les perdonase las vidas. Él respondió a la súplica que si quería conferenciar con él podían hacerlo. En cuanto a la vida de los soldados esperaba que se pudiera convencer a su gente. Y en cuanto al mismo Titurio, daba su palabra de que no se le haría daño ninguno.

Titurio se lo comunicó al herido Cota diciéndole que, si decidía abandonar el combate y entregarse a Ambiórige, aún había esperanza de poder salvar sus vidas y las de los soldados. Cota respondió que de ningún modo iría ante el enemigo mientras le viese con las armas en la mano, cerrándose en banda.

37

Sabino se dirigió entonces a los tribunos que estaban más cerca y a los primeros centuriones, y ordenó que le siguiesen. Llegando ya cerca de Ambiórige, éste les exigió que entregasen las armas y Sabino obedeció, ordenando a los suyos que hiciesen lo mismo. Durante la reunión para tratar las condiciones de la rendición, Ambiórige alargó a propósito la conversación con el fin de cercarle poco a poco hasta matarle.

Ocurrió entonces gran algarabía y gritos descompasados, tal y como ellos suelen hacer para celebrar la victoria, echándose sobre los nuestros para desordenarlos.

Lucio Cota perdió allí mismo la vida combatiendo, y con él la mayor parte de sus soldados. Los demás se refugiaron en el campamento del que habían salido. Entre éstos, Lucio Petrosidio, abanderado mayor, que, siendo acosado

por una gran cantidad de enemigos, tiró dentro del vallado la insignia del águila defendiendo solo con su fuerza la entrada hasta que cayó muerto. Los otros, a duras penas, sostuvieron el asalto hasta la noche, durante la cual todos, desesperados, se dieron a sí mismos la muerte. Los pocos que escaparon de la batalla, metiéndose entre los bosques y por caminos extraviados, llegaron a los cuarteles de Tito Labieno y le contaron la tragedia.

38

Engreído Ambiórige con esta victoria partió sin dilación con su caballería al territorio de los aduáticos, colindantes con su reino, sin parar durante día y noche, y ordenó que le siguiese la infantería.

Solviantados los aduáticos al contarles lo que había sucedido, al día siguiente llegó hasta los nervios y les pidió que no perdiesen la ocasión de asegurar para siempre su libertad y vengarse de los romanos por los ultrajes recibidos. Les relató la muerte de dos legados y la matanza de gran parte del ejército, definiendo como muy fácil el hacer lo mismo con la legión acuartelada con Cicerón, si la cogiesen por sorpresa. Él mismo se ofreció como compañero en esta empresa.

No le fue muy difícil persuadir a los nervios. Así que, despachando de inmediato correos a los centrones, grudios, levacos, pleumosios y gordunos - que eran todos dependientes suyos-, hicieron las mayores levas que pudieron y partieron con premura a los cuarteles de Cicerón, que aún no tenía noticia de la desgracia de Titurio.

Debido a esto Cicerón no pudo prevenir que algunos soldados, esparcidos por los bosques en busca de leña y comida, fuesen sorprendidos con la repentina llegada de la caballería gala. Rodeados aquellos, una gran turba de eburones, aduáticos y nervios con todos sus aliados empezaron a combatir a la legión. Los nuestros, a toda prisa, tomaron las armas y montaron las trincheras. Costó mucho sostenerse aquel día, porque los enemigos ponían toda su esperanza en una batalla corta, confiando en que, conseguida esta victoria, para siempre quedarían vencedores.

39

Cicerón envió al instante cartas a César, ofreciendo grandes premios a los mensajeros que luego fueron hechos prisioneros por estar vigilados todos los caminos. Por la noche, con la madera acarreada para atrincherarse, levantaron ciento veinte torres con rapidez increíble y acabaron de fortificar los reales.

Al día siguiente, los enemigos los asaltaron con mayor número de gente y llenaron el foso. Los nuestros resistieron como el día anterior y así prosiguieron en los siguientes, no dejando de trabajar noches enteras incluso los enfermos y heridos.

Durante la noche se preparaba todo lo necesario para la defensa del día siguiente. Se acumulaban gran cantidad de varales quemados de raíz y de rejas. Se formaban entablados en las torres, almenas y parapetos de zarzas entretejidas. El mismo Cicerón, siendo de complexión muy delicada, no

descansaba ni un momento, ni siquiera de noche; tanto así que fue preciso que los soldados, con ruegos y clamores, le obligasen a cuidarse.

40

Los jefes y personas de autoridad entre los nervios, que tenían alguna razón de amistad con Cicerón, dijeron que querían negociar con él. Concedido el permiso repitieron la arenga de Ambiórige a Titurio: que toda la Galia estaba armada, incluso los alemanes de esta parte del Rin, y los campamentos de César, y de los demás, sitiados. Añadieron la muerte de Sabino y pusieron delante a Ambiórige, para que Cicerón no dudase de que era verdad cuanto decían. Afirmaron que sería un error esperar socorro alguno de aquellos que no podían ayudarse a sí mismos. Aclarando, no obstante, que por el amor que tenían a Cicerón y al Pueblo Romano sólo se oponían a que invernasen dentro de su país y que no querían que se acostumbraesen a eso. Que por su parte, bien podían salir libres de los cuarteles y partir seguros a cualquier otra parte.

La única respuesta de Cicerón fue que no era costumbre del Pueblo Romano recibir condiciones del enemigo armado. Que si dejasen las armas podrían servirse de su mediación y enviar embajadores a César que, debido a su bondad, seguramente lograrían lo que le pidiesen.

41

Los nervios, viendo frustradas sus ideas, cercaron el campamento con un bastión de once pies y un foso de quince. Habían aprendido esto de los nuestros con el trato de los años anteriores, y no habían dejado de tener soldados prisioneros que los instruyesen. Pero como carecían de las herramientas necesarias, se veían obligados a cortar el césped con la espada, sacar la tierra con las manos y acarrearla en los regazos.

De lo cual se podía deducir el gran número de los sitiadores; pues en menos de tres horas concluyeron una fortificación de diez millas de perímetro, y en los días siguientes, siguiendo la dirección de los mismos prisioneros, fueron levantando torres de altura igual a nuestras barreras y fabricando guadañas y galápagos.

42

Al séptimo día del cerco, soplando un viento recio, empezaron a disparar con flechas encendidas a las barracas, que según la costumbre de la Galia eran de paja. Prendió al momento en ellas el fuego, que con la violencia del viento se extendió por todo el campamento.

Los enemigos en medio de una gran algarabía, seguros ya de la victoria, fueron arrimando las torres y galápagos y empezaron a escalar el vallado. Pero fue tanto el valor de los soldados, tal su intrepidez, que sintiéndose abrasar por todas partes y bajo una horrible lluvia de saetas, viendo arder todos sus ajuares y alhajas, lejos de abandonar nadie su puesto, peleaban todos con mayor brío y coraje sin mirar atrás.

Fue muy difícil ese día para los nuestros. Si bien se consiguió hacer gran

estrago en los enemigos, por estar apiñados estos al pie del vallado mismo, sin dejar los últimos sitio para retirarse a los primeros.

Cuando cedieron un poco las llamas los enemigos aproximaron una torre hasta pegarla contra las trincheras. Los oficiales de la tercera cohorte les hicieron sitio echándose hacia atrás con todos los suyos, y con ademanes y voces empezaron a provocarlos a entrar “si eran hombres”. Pero nadie osó aventurarse. Entonces los romanos, arrojando piedras, los derribaron y les quemaron la torre.

43

Había en esta legión dos centuriones muy valerosos, Tito Pulfion y Lucio Vareno, a punto de ser promovidos al primer grado. Andaban éstos en continua competencia sobre quién debía ser elegido el mejor guerrero, disputándose la primacía. Pulfion, en el mayor ardor del combate al borde de las trincheras, dijo:

-¿En qué piensas, oh Vareno?, ¿A qué aguardas para mostrar tu valentía? Este día decidirá nuestra disputa.

Diciendo esto saltó las barreras y embistió al enemigo por la parte más fuerte. No se quedó atrás Vareno sino que, temiendo la censura de todos, le siguió a escasa distancia.

Tito Pulfion se lanzó contra los enemigos, y pasó de parte a parte a uno que se adelantó de la formación, el cual herido y muerto fue defendido con los escudos por los suyos. Todos se revolvieron contra Pulfion cerrándole el paso. Le atravesaron el escudo y quedó clavado el estoque en el cinto. Esto provocó que la vaina de su espada se atascase y no pudiese sacarla por mucho que forcejeaba, lo que facilitó que le rodeasen los enemigos.

Acudió en su defensa su rival Vareno y le ayudó en el peligro. El escuadrón centró en él sus tiros, dando a Pulfion por muerto debido a la anterior estocada. Así que Vareno, espada en mano, se arrojó sobre ellos batiéndose cuerpo a cuerpo, y matando a uno logró hacer retroceder a los demás. Pero yendo tras ellos con demasiado coraje, resbaló cuesta abajo y acabó cayendo al suelo. Pulfion, que lo vio rodeado de enemigos, corrió a liberarle.

Y al fin ambos, sano y salvo después de haber matado a muchos, regresaron al campamento cubiertos de gloria. Así la fortuna en la rivalidad y en la contienda guio a ambos, defendiendo un rival la vida del otro sin que pudiera decirse cuál de los dos merecía ser el más valeroso.

44

Cuanto más se agravaba día a día la dureza del asedio, sobre todo por ser muy pocos los defensores y estando gran parte de los soldados postrados debido a las heridas, tanto más se repetían los mensajeros enviados a César, algunos de los cuales eran apresados y asesinados a fuerza de torturas ante nuestros ojos.

Había en nuestro cuartel un hidalgo llamado Verticón, que había desertado al primer encuentro, y dado a Cicerón pruebas de su lealtad. Aquel persuadió a

un esclavo, prometiéndole la libertad y grandes recompensas, para que llevase una carta a César. El esclavo la acomodó en su lanza y, como galo atravesando entre los galos sin la menor sospecha, la puso al fin en manos de César, enterándose éste al fin del peligro que corrían Cicerón y su legión.

45

Recibida esta carta a las once de la mañana, César envía aviso al cuestor Marco Craso que tenía sus cuarteles en los belovacos, a una distancia de veinticinco millas, ordenándole que se pusiese en camino a medianoche con su legión y viniese a toda prisa. Craso partió en cuanto recibió el aviso.

Envío otro aviso al legado Cayo Fabio para que condujese su legión a la frontera de Artois, por donde él pensaba hacer su marcha.

Escribió a Labieno para que, si pudiese, se acercase con su legión a los nervios. No le pareció bien esperar al resto del ejército por hallarse más distante, y sacó de los cuarteles cercanos hasta cuatrocientos caballos.

46

A las tres de la mañana supo a través de los exploradores que Craso había llegado. Ese día caminó veinte millas. Dio el mando de Samarobriua a Craso con una legión, porque allí quedaba todo el equipaje, los rehenes, las escrituras públicas, y todo el trigo acopiado para el invierno.

Fabio, conforme a la orden recibida, sin detenerse salió al encuentro en el camino.

Labieno, enterado de la muerte de Sabino y el destrozo de sus cohortes, viéndose rodeado de todas las tropas trevirenses y temeroso de que si salía huyendo de los cuarteles no podría sostener la carga del enemigo, respondió a César informándole del gran riesgo que correría si su legión se movía. Especialmente sabiendo lo orgulloso que se mostraba el enemigo con la recién ganada victoria. Le escribió también sobre lo sucedido en tierras de los eburones y añadió que a tres millas de su cuartel estaban acampados los trevirenses con toda la infantería y caballería.

47

A César le pareció bien esa resolución. Aunque de las tres legiones con las que contaba se quedaría con dos, sin embargo apostaba su éxito a la rapidez.

Entró a marchas forzadas por tierras de los nervios. Allí le informaron los prisioneros sobre el estado de Cicerón y el aprieto en que se hallaba. Sin perder tiempo, con grandes promesas, persuadió a uno de la caballería gala para que llevase a Cicerón una carta. Iba ésta escrita en griego con el fin de que si la interceptaban los enemigos no pudiesen entender nuestros planes. Le ordena que si no puede dársela en mano la tire dentro del campamento atada a la punta de una flecha. El contenido era que pronto le vería con sus legiones, animándole a perseverar en su actual lucha.

El galo, temiendo ser descubierto, tiró el dardo según la orden. Éste, por desgracia, quedó clavado en un cubo sin descubrirlo los nuestros durante dos

días. Al tercero, reparó en él un soldado que lo cogió y lo llevó a Cicerón, quien después de leída la carta la hace pública a todos, llenándolos de un gran consuelo. Al mismo tiempo se divisaban ya las humaredas a lo lejos, con las que estaban ya seguros de la cercanía de las legiones.

48

Los galos, conocida la noticia a través de sus espías, levantaron el asedio y con todas sus tropas, que se componían de sesenta mil hombres, se lanzaron sobre César.

Cicerón, valiéndose de esta coyuntura pidió a Verticón -aquel galo antes mencionado-, que le llevase otra carta a César, encargándole que haga el viaje con toda cautela y diligencia. Decía en la carta cómo los enemigos, alzando el sitio, habían vuelto contra él todas las tropas.

Recibida esta carta cerca de la medianoche, César la compartió con los suyos y los motivó a la lucha.

49

Al día siguiente muy temprano movió su campamento, y a cuatro días de marcha descubrió a las tropas enemigas que asomaban por detrás de un valle y de un arroyo. Resultaba muy arriesgado combatir con tantos en un lugar tan poco ventajoso. No obstante, informado ya de que Cicerón estaba libre del asedio y que por tanto no era necesario apresurarse, hizo alto y se atrincheró lo mejor que pudo en relación a las características del terreno. Aunque su ejército ocupaba bien poco terreno -apenas era de siete mil hombres y sin ningún equipaje-, todavía lo redujo a menos espacio, estrechando todo lo posible las calles entre las tiendas con el objetivo de parecer aún más despreciable ante el enemigo. Asimismo, envía por todas partes a exploradores para descubrir el sendero más seguro por donde cruzar aquel valle.

50

Este día, sin hacer nada más que alguna ligera escaramuza de la caballería junto al arroyo, unos y otros estuvieron quietos en sus puestos. Los galos, porque aguardaban mayores refuerzos que aún no se habían juntado. César, por si pudiese con muestras de temor atraer al enemigo a esa zona del valle y entrar en batalla sin variar de terreno delante de las trincheras, para así, explorada la ruta, pasar el valle y el arroyo con menor riesgo.

A la mañana siguiente la caballería enemiga se acercó al campamento y se enzarzó con la nuestra. César le ordenó retirarse dentro del campamento y al mismo tiempo mandó alzar más la empalizada, tapiar las puertas y ejecutar todo esto con gran atropello y apariencia de miedo.

51

Creyendo el engaño, los enemigos movieron su ejército y se colocaron en mal sitio. Y viendo a los nuestros retirarse más allá de las mismas barreras, avanzaron aún más arrojando desde todas partes flechas al interior de las trincheras. A voz en grito anunciaron por todos los rincones que cualquiera,

fuese galo, fuese romano, tenía libertad antes de la hora tercia para pasarse a su campamento. Que después de ese plazo no habría más recurso. Y llegó a tanto su menosprecio que, creyendo no poder forzar las puertas tapiadas sólo en apariencia con una somera capa de adobes, empezaron unos a querer golpear el cercado con las manos y otros a llenar los fosos.

Entonces César, abiertas todas las puertas, hizo una salida y soltando a la caballería puso enseguida en fuga a los enemigos, con la suerte que ni uno solo planteó la menor resistencia. Así que mató a muchos de ellos y desarmó a todos.

52

César no se atrevió a seguir la persecución por los bosques y pantanos existentes, viendo que la pérdida del enemigo ya era grande.

Sin daño alguno de sus tropas se reunió ese mismo día con Cicerón. Observó con asombro los torreones, galápagos y fortificaciones de los enemigos. Y pasada revista a la legión se dio cuenta de que la mayor parte de los hombres estaban heridos, lo que daba cuenta de en qué conflicto se habían visto y con qué valor habían actuado.

Hizo a Cicerón y a sus soldados los merecidos elogios. Saludó por su nombre uno a uno a los centuriones y tribunos, de cuyo singular valor estaba bien informado por Cicerón.

Los prisioneros le confirmaron la desgracia de Sabino y Cota. Al día siguiente, en presencia del ejército, dio cuenta de ello con todo detalle, consolando y animando a los soldados. Les dijo que debían sufrir con paciencia ese descalabro únicamente ocasionado por culpa y temeridad del comandante, y que quedaba vengado por beneficio de los dioses inmortales y de su propio valor. Que a los enemigos se les aguaría tan pronto el gozo como quedaría remediado para ellos el motivo de tanto sufrimiento.

53

La noticia de la victoria de César llegó con increíble rapidez a través de los remenses a Labieno. Estando a cincuenta millas de los cuarteles de Cicerón, donde César entró después de las nueve, se oyó antes de medianoche a la puerta del campamento el alborozo de los remenses, que aclamaban la victoria con felicitaciones a Labieno.

Divulgada esta noticia entre los trevirenses, Induciomaro, que había decidido asaltar el día siguiente el campamento de Labieno, huyó aquella noche con todas sus tropas a Tréveris.

César hizo que Fabio volviese con la legión a sus cuarteles de invierno, mientras él, con tres de ellas, decidió invernar en las inmediaciones de Samarobriua en tres emplazamientos distintos.

Debido a tantas sublevaciones en la Galia, juzgó oportuno mantenerse al frente del ejército todo aquel invierno; ya que tras la noticia de la derrota de Sabino, casi todos los pueblos de la Galia barajaban la guerra, enviando mensajes y embajadas por todas partes con el fin de averiguar cómo pensaban

los otros y dónde se iniciaría la rebelión.

Tenían sus reuniones a deshoras, de noche y en parajes ocultos; y no hubo día en todo aquel invierno que no requiriese la intervención de César, recibiendo continuos avisos de los planes y rebeliones de los galos. Uno de ellos se lo comunicó el legado Lucio Roscio, a quien había dado el mando de la legión decimotercera. Éste le dijo que los pueblos llamados armóricos habían levantado un gran ejército con el fin de atacarle, y que se encontraban ya tan solo a ocho millas de sus cuarteles cuando habían decidido retirarse, tras recibir noticias de la victoria de César. Se habían retirado tan apresuradamente que parecía más una huida que una retirada.

54

César, sin embargo, convocó ante su presencia a los principales de cada nación. Y metiendo miedo a unos, dándoles a entender que conocía todos sus planes, y amonestando a otros, mantuvo a raya a gran parte de la Galia.

Aun así, los de Sens, una de las tribus más importantes entre los galos en poder y autoridad, intentaron unidos matar a Cavarino, a quien César había nombrado como su rey. Su hermano Moritasgo lo era ya cuando César había llegado a la Galia, y antes lo habían sido también sus abuelos. Fue Moritasgo quien planeó el asesinato y se dio a la fuga después. Lo persiguieron hasta echarle de su casa y de su reino y enviaron una embajada a César con el fin de disculparse. Cuando éste ordenó que comparecieran ante él las autoridades de esa tribu no le obedecieron.

Tanta impresión causó en estos bárbaros el ejemplo de los autores de la rebelión, y cambió tanto sus voluntades, que excepto eduos y remenses, a quienes César siempre trató con distinción – a los primeros por su antigua y constante lealtad al Pueblo Romano y a los segundos por su buen hacer en la guerra presente – casi no quedó ciudad de quien podernos fiar. Lo que bien mirado quizá no debería causar sorpresa, ya que una nación considerada superior a todas en gloria militar, además de haberla perdido, sentía en el alma verse súbdita de los romanos.

55

Lo cierto es que Induciomaro y los trevirenses emplearon todo el invierno en enviar embajadas a la otra parte del Rin, ganarse a los pueblos y prometer recompensas, asegurándoles que los nuestros eran muy pocos, pues estaba destrozada la mayor parte del ejército. Aun así, no pudieron persuadir a ningún alemán a pasar el Rin, respondiendo todos que habiéndoles salido mal ya dos veces, en la guerra de Ariovisto y en la trasmigración de los feneceros, no querían aventurarse a una tercera.

A pesar de estas negativas, Induciomaro empezó a reunir gente entre los suyos y de los pueblos colindantes, a aparejar caballos y a ganarse con grandes promesas a los bandidos y proscritos de la Galia. Con estas maneras se había granjeado tanto prestigio en la Galia que le llegaban embajadas de todas partes, tanto de tribus como de particulares, solicitando su gracia y amistad.

56

Cuando él vio que le buscaban, que los de Sens y de Chartres se sentían despechados por el remordimiento de su atentado, que los nervios y aduáticos se armaban contra los romanos, y que no le faltarían tampoco cohortes de voluntarios si salía a campaña, convocó una junta general de gente armada.

Ésa es la costumbre de los galos cuando se disponen a emprender una guerra. Obligan por ley a todos los muchachos a que se presenten armados, y al que llega el último, a la vista de todos los presentes, lo descuartizan.

En esa junta Induciomaro hizo declarar enemigo de la patria y confiscar todos los bienes de Cingetórige, su yerno y cabeza del bando contrario, el cual, como se ha dicho, siempre se mantuvo fiel a César.

Dada esa orden informó a la Junta cómo había sido llamado por las tribus de Sens y de Chartres, y de otras ciudades de la Galia. E informó que pensaba dirigir hacía allí su marcha a través del territorio remense saqueando sus campos, no sin antes forzar los cuarteles de Labieno.

Para todo eso dio sus instrucciones.

57

Labieno, situado en una posición bien fortificada tanto por el terreno como por las construcciones llevadas a cabo, no sentía que ni él ni su legión estuviesen en peligro. Estaba pendiente, eso sí, de no perder ocasión de una buena batalla. En consecuencia, informado por Cingetórige y sus allegados del discurso de Induciomaro en la Junta, envió mensajeros a los pueblos colindantes pidiendo soldados a caballo, que viniesen sin falta ese mismo día.

Entre tanto Induciomaro, prácticamente a diario, giraba alrededor del campamento con toda su caballería, bien para observar el lugar, bien para trabar conversación, o simplemente para inspirar miedo. Los soldados, al pasar, solían disparar sus flechas dentro del perímetro. Labieno tenía a los suyos encerrados en las trincheras y procuraba por todos los medios aumentar en el enemigo la percepción de que tenían miedo.

58

Induciomaro continuó día tras día insultando al campamento, con más y más vileza. Labieno, reunido ya todo el cuerpo de caballería de la comarca lo introdujo con sigilo una noche, disponiendo con cautela las guardias y manteniendo dentro quietos a los suyos, de tal manera que no hubo forma de que los trevirenses averiguaran lo que estaba sucediendo.

Induciomaro se aproximó al día siguiente al campamento como hacía todos los días. Su caballería hizo descarga de flechas y con grandes ofensas desafiaron a nuestro campamento. Los nuestros permanecieron callados ante todo eso, y ellos, cuando les pareció oportuno, al caer el día se retiraron dispersos y sin orden. Fue entonces cuando Labieno soltó toda la caballería por dos puertas, con la orden expresa de matar a Induciomaro, sin herir a nadie más hasta ver a este muerto. Dándose a la fuga los enemigos asustados no

quería Labieno perder el tiempo con otros y permitir que Induciomaro aprovechara la ocasión y escapara. Prometió gran recompensa al que lo matara, y destacó parte de la legión para apoyar a la caballería.

La fortuna favorece el plan de Labieno, pues yendo todos solo detrás de Induciomaro fue hecho preso al vadear un río y matado, y su cabeza traída como trofeo al campamento. La caballería, a su vuelta, persiguió y mató a todos cuantos pudo.

Con esta noticia las tropas armadas de eburones y nervios se dispersaron, y después de este suceso, César logró mantener más sosegada la Galia.

LIBRO SEXTO

1

César temía, debido a varios indicios, que se produjese una revolución aún mayor en la Galia, así que trató de reclutar nuevas tropas por medio de sus legados Marco Silano, Cayo Antistio Regino y Tito Sertio. Pidió asimismo al procónsul Cneo Pompeyo, que en esos momentos por tareas de la república se hallaba cerca de Roma, ordenase a los soldados que había alistado en la Galia Cicalpina tomasen sus banderas y se reuniesen con él.

César juzgaba muy importante para los años venideros que la Galia entendiese la grandeza del poder de Roma; que si sufría alguna derrota en la guerra, no sólo era capaz de vengarla pronto sino también de sobreponerse a ella.

En efecto, Pompeyo satisfizo la petición de César tanto como valedor del bien público como buen amigo, y los legados reunieron enseguida tres legiones completas que lograron conducir antes de que se acabase el invierno. Se dobló así el número de cohortes que habían muerto dirigidas por Titurio, dejando ver hasta donde llegaba la disciplina y la fuerza del Pueblo Romano.

2

Muerto Induciomaro, como se ha dicho, los trevirenses dieron el mando a sus parientes. Éstos no perdieron ocasión de solicitar ayuda a los alemanes y de ofrecerles dinero. No pudiendo persuadir a los vecinos fueron tierra adentro. Ganándose el favor de algunos, hicieron que los pueblos prestasen juramento y para garantizar la paga les dan rehenes, aliándose con Ambiórige.

Una vez que César viendo por todas partes preparativos de guerra, y supo que los nervios, aduáticos y menapios se habían aliado con los alemanes de esta parte del Rin y todos armados; observó también a los de Sens aliándose con chartreses y rayanos, y que los alemanes eran instigados con repetidos mensajes de los trevirenses, decidió salir cuanto antes a campaña.

En consecuencia, sin esperar al final del invierno, entró por tierras de los nervios al frente de las cuatro legiones más cercanas. Antes de que éstos pudiesen darse cuenta o escapar, tomó gran cantidad de animales y personas y los repartió entre los soldados, saqueó sus campos y los obligó a entregarse y darle rehenes. Concluida con brevedad esta empresa envió a las legiones a los cuarteles de invierno.

3

Llegada la primavera César llamó a los líderes de la Galia, tal como había planeado, y asistieron todo menos los de Sens, de Chartres y Tréveris. Convencido de que tal proceder era igual a rebelarse y declarar la guerra, para demostrar que todo lo relegaba a esto, trasladó la reunión a París.

Su distrito colindaba con el de Sens y en el pasado ambos habían estado unidos, pero César creía que no habían formado parte de la conjura.

Ordenado el traslado de la reunión, César se puso en camino hacia Sens el mismo día acompañado de las legiones. Avanzando durante largas jornadas llegó allí.

4

En cuanto Acón, autor de la conjura, conoció su llegada ordenó que todos se recogiesen en la fortaleza. Mientras se disponían a ello, y antes de poder llevarlo a cabo, llegó la noticia de la llegada de los romanos. Así que se vieron forzados a cambiar de idea y enviaron embajadores a disculparse frente a César, usando a los eduos – sus antiguos protectores - como mediadores.

César, a petición de estos, les perdonó de buena gana y admitió sus disculpas, conocedor de que se debía emplear el verano en la guerra inminente y no en discusiones. Les impuso una multa de cien rehenes, que entregó a los eduos en custodia. También los de Chartres le enviaron embajadores y rehenes, valiéndose de la intercesión de los remenses - sus protectores – y recibieron la misma respuesta de César.

César dio por concluida la reunión y ordenó a las ciudades aportar gente para la caballería.

5

Sosegada esta parte de la Galia, toda la atención de César se centró en la expedición contra los trevirenses y Ambiórige.

Dio orden a Cavarino de que le siguiese con la tropa de Sens para evitar los enfrentamientos que podrían originarse debido al enfado de éste, o al odio que se había granjeado de sus ciudadanos. Arreglado esto, y estando seguro de que Ambiórige no se arriesgaría a una batalla, César intentaba averiguar cuáles eran sus intenciones.

Los menapios, vecinos de los eburones y cercados por lagunas y bosques, eran los únicos que nunca habían negociado la paz con César. Ambiórige tenía con ellos derecho de alojamiento y también había contraído amistad con los alemanes por medio de los trevirenses. A César le pareció buena idea privarle ante todo de esos recursos, no fuese a ser que desesperado se refugiase entre los menapios o se viese obligado a unirse con los alemanes de la otra parte del Rin. Para ello César envió a Labieno el equipaje de todo el ejército, escoltado por dos legiones, y partió él con cinco a marcha ligera contra los menapios. Éstos, sin conseguir reunir a su ejército, confiados en la seguridad de su emplazamiento, se refugiaron entre los setos y los lagos con todos sus bienes.

6

César mandó construir enseguida unas barcazas y, repartiendo sus tropas con el legado Cayo Fabio y el cuestor Marco Craso, atacó por tres partes, quemó casas y aldeas, y obtuvo una gran cantidad de ganado y de prisioneros. Estas pérdidas forzaron la rendición de los menapios, que le enviaron embajadores pidiendo la paz.

César, una vez recibida la compensación en rehenes, les dijo que los trataría

como enemigos si acogían en su territorio a Ambiórige o a alguno de sus legados.

Resueltas estas cosas, dejó en tierras de los menapios a Comió el de Artois con su caballería para mantenerlos a raya, y él tomó el camino hacia Tréveris.

7

Los trevirenses, con un gran ejército de infantería y caballería, se disponían a atacar por sorpresa a Labieno, que con solo una legión invernaba en su comarca. Estaban ya solo a dos jornadas de él cuando tuvieron noticia de las dos legiones que había enviado César. Debido a eso, acamparon a quince millas de distancia y decidieron esperar a la ayuda de Alemania.

Labieno, adivinando las intenciones del enemigo y esperando que el valor de los suyos les facilitaría pelear con ventaja, dejó cinco cohortes custodiando el equipaje, y él, junto a otras veinticinco y un buen grupo de caballería, marchó contra el enemigo. A solo una milla de distancia de estos fortifica su campamento.

Mediaba entre Labieno y los enemigos un río de difícil paso y de riberas escarpadas. Ni él pensaba atravesarlo, ni creía que los enemigos fuesen a hacerlo. Crecía en éstos la esperanza de recibir ayuda pronto y ante ello Labieno dijo en público:

- Por supuesto que corren rumores de que los alemanes están cerca. No quiero poner en peligro ni a mí mismo ni a mi ejército, así que mañana al amanecer levantaré el campamento.

Enseguida dieron cuenta de esto al enemigo. Como había tantos galos en la caballería, algunos, llevados por el sentimiento tribal, favorecían esa causa.

Labieno, por la noche, llamando a los tribunos y centuriones principales, les descubrió lo que pensaba hacer. Con el fin de confirmarles a los enemigos sus sospechas de que los romanos tenían miedo, ordenó mover las tropas con mayor estruendo y alboroto del que éstos acostumbraban. De esta forma hizo que la marcha tuviese apariencia de huida. Y eso es justo de lo que avisan los espías al enemigo antes del alba, situado ya muy cerca de nuestras tiendas.

8

No bien había nuestra retaguardia partido de las trincheras cuando los galos acordaron no dejarnos huir. Les parecía que no necesitaban ya esperar la ayuda de los alemanes estando tan intimidados los romanos, e iba contra su honor el no atreverse a batir a un puñado de hombres, fugitivos y cargados, disponiendo ellos de tanta gente.

En conclusión, atravesaron el río y entablaron batalla en un lugar muy desfavorable. Labieno, que lo había adivinado, siguiendo adelante con su plan avanzó lentamente hasta tenerlos a todos en esta parte del río. Entonces, envió por delante a las tropas que cargaban el equipaje, y se dirigió desde un montículo al resto de las tropas en formación:

- He aquí, soldados, la ocasión que tanto habéis deseado. Tenéis al enemigo situado en un lugar donde no puede revolverse. Mostrad ahora bajo mis

órdenes la entrega de la que ya habéis dado tantas pruebas a nuestro César. Pensad que él se halla aquí presente y os está mirando.

Dicho esto ordenó a la infantería cargar contra el enemigo, y destacó a parte de la caballería para resguardar el equipaje, cubriendo con el resto de ella los flancos del ejército.

Los nuestros, de repente, lanzando un gran alarido dispararon sus flechas contra los enemigos; los cuales, cuando de forma inesperada vieron venir contra ellos las banderas desplegadas de los que suponían fugitivos, no pudieron ni siquiera resistir la primera carga y se dieron a la fuga en el primer choque huyendo hacia los bosques más cercanos. Labieno, sin embargo, los atacó con su caballería, matando a muchos, apresando a varios, y recuperando el país en pocos días.

Los alemanes que venían en su ayuda, conocida la derrota, volvieron a sus casas. Y fueron tras ellos los parientes de Induciomaro que, como autores de la rebelión, abandonaron su patria. Su señorío y gobierno recayó en Cingetórige que, como hemos dicho, siempre se mantuvo leal a los romanos.

9

César, cuando llegó a Tréveris después de la expedición en tierra de los menapios, decidió cruzar el Rin. Lo hizo debido a dos razones: la primera, porque los alemanes habían enviado ayuda a los trevirenses; la segunda, para que Ambiórige no consiguiese que le diesen asilo en sus tierras.

Con este fin dio orden de levantar un puente un poco más arriba del lugar por donde había transportado el ejército la última vez. Los soldados, conocedores ya de la planta y la forma de construcción que debían seguir, a los pocos días, y gracias a su esmero, dieron por concluida la obra.

César, dejando una buena guardia en el puente por el lado de Treveris para evitar cualquier sorpresa, hizo cruzar al resto de las tropas y la caballería.

Los ubios, que antes le habían dado rehenes y jurado obediencia, le envían embajadores para aclarar que ellos no habían acudido a ayudar a los trevirenses ni violado su palabra. Por tanto, le suplicaban encarecidamente que no los maltratase ni los incluyese en el mismo saco que al resto de alemanes, castigando a inocentes por culpables. Asimismo, ofrecían nuevos rehenes si César los requería.

Investigado el hecho, se comprobó que fueron los suevos los que enviaron la ayuda. Así pues, César concedió a los ubios su perdón y se informó sobre los caminos por los que podía entrar en Suevia.

10

A los pocos días le avisaron los ubios de que los suevos estaban reuniendo a todas las tropas en un lugar, obligando a las tribus en deuda con ellos a que acudiesen con sus soldados de infantería y caballería. En respuesta, César ordenó hacer acopio de cosechas y asentó su campamento en un lugar ventajoso. Mandó a los ubios recoger su ganado y todos sus bienes de los campos al poblado, esperando que los suevos, gente ruda y sin disciplina, se

decidirían a pelear debido a la escasez de alimentos, aunque la batalla se presentase desfavorable.

Asimismo encargó a los espías que averiguasen todo lo que sucedía en Suevia. Éstos así lo hicieron y, después de algunos días, trajeron la noticia de que los suevos, desde que habían confirmado la llegada de los romanos, se habían retirado con todas sus tropas regulares y auxiliares tierra adentro, al último de sus confines.

Allí se extiende una selva interminable llamada Bacene, que oficia como frontera natural entre los suevos y queruscos, y los defiende recíprocamente para que no se hagan mal ni daño los unos a los otros. A la entrada de esta selva habían decidido los suevos esperar a los romanos.

11

Como la ocasión es propicia, no está fuera de lugar describir las costumbres de la Galia y Alemania y las diferencias que hay entre ambas naciones.

En la Galia no sólo las tribus, partidos y distritos están divididos en bandos, sino también cada familia. De estos bandos son cabezas los que, a juicio de los demás, tienen fama de ser los hombres de mayor autoridad. A su buen juicio se confían las decisiones y deliberaciones sobre todos los asuntos. Esto lo establecieron, en mi opinión, sus ancestros con el fin de que ningún plebeyo negase su apoyo a los poderosos, pues quien es cabeza de partido no permite que sus leales sean oprimidos o calumniados; si así no lo hiciese perdería todo el crédito entre los suyos. Esta práctica se observaba en el gobierno de toda la Galia, cuyas provincias están divididas en dos facciones.

12

Cuando César llegó a la Galia de una facción eran jefes los eduos, y los secuanos de la otra. Éstos, reconociéndose inferiores porque desde la antigüedad los eduos los sobrepasaban en autoridad y en número de súbditos, se aliaron con los alemanes, y Ariovisto los ganó para su causa a costa de grandes obsequios y promesas.

Así pues, ganadas varias victorias y degollados todos los nobles eduos, llegaron a tener tal fuerza que les quitaron gran parte de los súbditos y les obligaron a dar como rehenes a los hijos de las personas importantes, y a jurar solemnemente que nunca emprenderían acciones en perjuicio de los secuanos. Además se hicieron con una parte del territorio colindante que habían ocupado por la fuerza, así como con la soberanía de toda la Galia. Ésta fue la causa que obligó a Diviciaco ir a Roma para pedir la ayuda del Senado, aunque no la obtuvo.

Con la llegada de César cambió la fortuna. Se le restituyeron a los eduos sus rehenes, recobraron sus antiguos súbditos y adquirieron otros nuevos debido al favor de César, ya que éstos veían que los que se aliaban con los eduos mejoraban de condición y de gobierno. Distinguidos y privilegiados en todo los eduos, perdieron los secuanos la soberanía.

Les sucedieron los remenses que, por enemistades venidas de lejos no

podían llevarse bien con los eduos, y que procuraron proteger a los secuanos con todo su empeño. Así consiguieron mantener su dignidad. La situación, al final, era que los eduos gozaban sin disputa el primer lugar, y el segundo era de los remenses.

13

En la Galia la gente se divide en varios tipos de clases. Los plebeyos, que son considerados esclavos que no pueden tomar sus propias decisiones ni son jamás admitidos en las asambleas públicas. Los demás súbditos, normalmente viéndose endeudados o agobiados con el peso de los tributos y la tiranía de los poderosos, se dedican al servicio de los nobles, que con ellos ejercen los mismos derechos que los señores con sus esclavos.

Además de estos existen dos clases específicas: la de los druidas y la de los caballeros. Los primeros atienden al culto divino, ofrecen los sacrificios públicos y privados e interpretan los misterios de la religión. A su escuela concurre gran número de jóvenes a instruirse y es grande el respeto que se les tiene. Ellos son los que sentencian casi todos los pleitos generales y particulares. Si se comete algún delito, si sucede alguna muerte, si hay discusión sobre una herencia o sobre lindes, ellos son los que deciden. Ellos determinan los premios y los castigos, y cualquier persona, pública o privada, que no acata su sentencia es excomulgada, la pena más grave para los galos. Los excomulgados son considerados impíos y delincuentes; todos se apartan de ellos, rehuendo su presencia y su conversación para no contaminarse. No se les hace justicia por más que la pidan ni se les confía ningún cargo honroso.

Todos los druidas están presididos por otro con autoridad suprema. Una vez muere éste le sucede quien aventaja a los demás en riqueza y apoyos. En caso de haber muchos en igualdad de condiciones, se hace la elección por votos de los druidas, y aún cabe la posibilidad de que se disputen la primacía por las armas. En cierta estación del año los druidas se congregan en el país de Chartres -tenido por centro de toda la Galia-, en un lugar sagrado. Aquí concurren todos los que tienen pleitos y se someten a sus juicios y decisiones.

Se cree que tal ciencia fue inventada en Britania y trasladada de allí a la Galia. Aun hoy en día los que quieren conocerla a fondo van por lo general allá a estudiarla.

14

Los druidas no suelen ir a la guerra, ni pagan tributos como los demás. Están exentos de la milicia y de todas las cargas municipales. Con el atractivo de tantos privilegios son muchos los que se dedican a esta profesión; unos por inclinación propia, y otros por deseo de sus padres y parientes. Se dice que allí aprenden gran número de versos y que pasan a menudo veinte años en este aprendizaje.

No tienen permitido escribir lo que aprenden; sin embargo, en los negocios públicos y particulares se sirven de caracteres griegos. Por dos causas, creo yo, han establecido esta ley: porque ni quieren divulgar su doctrina, ni tampoco

que los estudiantes, confiando en los escritos, descuiden el ejercicio de la memoria; lo que suele suceder a muchos que teniendo a mano los libros, se relajan en el ejercicio de aprender y retener las cosas en la memoria.

Se esmeran sobre todo en convencer de la inmortalidad de las almas y su trasmigración de unos cuerpos a otros, cuya creencia juzgan ser de gran aliciente para el valor por desterrar el temor a la muerte. Otras muchas cosas discuten y enseñan a la juventud acerca de los astros y sus movimientos, de la grandeza del mundo y de la tierra, de la naturaleza de las cosas, del poder y soberanía de los dioses inmortales.

15

La segunda de estas clases es la de los caballeros. Éstos salen a campaña siempre que lo pide el caso u ocurre alguna guerra. Antes de la llegada de César eso ocurría casi todos los años, ya fuese para defenderse o para atacar. Cuanto más noble y rico es un caballero, mayor es el acompañamiento que lleva de asistentes y criados, lo cual es un distintivo único de su grandeza y poder.

16

Toda la Galia es supersticiosa en extremo; y es por esta causa que los que padecen enfermedades graves, o se hallan en batallas y peligros, sacrifican hombres o hacen voto de sacrificarlos. Para estos sacrificios se valen del consejo de los druidas, convencidos de que no se puede aplacar la ira de los dioses inmortales con el fin de conservar la vida de un hombre si no se hace la ofrenda de la vida de otro. Por ley pública tienen regulados los sacrificios de esta especie.

Otras veces forman ídolos colosales de mimbres entretejidos, cuyo interior llenan de hombres vivos, y pegando fuego a los mimbres, rodeados ellos de llamas, rinden el alma. En su opinión los sacrificios de ladrones, salteadores y otros delincuentes son los más gratos a los dioses, si bien a falta de éstos no dudan en sacrificar inocentes.

17

Su principal devoción es al dios Mercurio, de quien tienen muchísimas imágenes. Le adoran por ser el inventor de todas las artes, por ser guía de los caminos y viajes, y le atribuyen una gran virtud para los beneficios económicos y para el comercio.

Después de éste son sus dioses Apolo, Marte, Júpiter y Minerva, por los cuales sienten lo mismo que las demás naciones: que Apolo cura las enfermedades, que Minerva es maestra de las manufacturas y máquinas, que Júpiter gobierna el cielo y Marte preside la guerra. A éste, cuando entran en batalla, suelen ofrecer en voto los despojos del enemigo.

Los animales que sobran del saqueo son sacrificados; lo demás lo amontonan en un lugar. En muchas ciudades se ven cúmulos de estas ofrendas en lugares sagrados. Rara vez hay quien se atreva, despreciando a la religión,

esconder algo de lo que cogió o hurtar lo depositado, ya que semejante delito se castiga con pena de muerte atroz.

18

Presumen los galos de tener todos por padre a Plutón, y dicen que ésta es una tradición de los druidas. Por esta razón hacen el cómputo del tiempo no por días, sino por noches; y así, en sus cumpleaños, en los principios de meses y años, siempre la noche precede al día. En las demás cosas se diferencian en particular de otras naciones en que los hombres no permiten que sus hijos sean presentados públicamente hasta alcanzar la edad adecuada para la milicia; y es un deshonor para un padre tener a su lado a su hijo en público siendo todavía un niño.

19

Los maridos, a la dote recibida de su mujer, añaden la misma cantidad de la hacienda propia tras una tasación previa. Todo este caudal se administra en conjunto y se depositan sus beneficios. El que sobrevive al otro queda en posesión de todo el capital con los bienes gananciales del tiempo del matrimonio.

Los maridos son dueños absolutos de la vida y muerte de sus mujeres, al igual que la de sus hijos. Al morir algún padre de familia de la clase noble se reúnen los parientes, y si hay algún motivo de sospecha sobre su muerte someten a la mujer bajo tortura como si fuese esclava; si resulta culpada, le quitan la vida con fuego y torturas muy crueles.

Los entierros de los galos son a su modo magníficos y suntuosos, quemando con ellos todas las cosas que a su parecer amaban más en vida, incluso los animales. Y no hace mucho tiempo que solían, acabadas las exequias de los difuntos, echar con ellos en la misma hoguera a sus siervos y criados más queridos.

20

Las tribus más acreditadas por su buen gobierno, tienen por ley inviolable que si alguien escucha de las tribus vecinas algún rumor o voz pública relativa a su tribu, lo declare al magistrado sin contárselo a nadie más. La experiencia enseña que muchas veces las personas poco consideradas y sencillas se asustan con falsos rumores, cometen desatinos, y, en base a ellos, deciden en asuntos de la mayor importancia. Los magistrados callan lo que les parece, y lo que juzgan conveniente se lo proponen al pueblo. Del gobierno solo se puede hablar en la Asamblea.

21

Las costumbres de los alemanes son muy diferentes. Ni tienen druidas que hagan oficio de sacerdotes ni realizan sacrificios. Sus dioses son solos aquellos que ven con los ojos y cuyos beneficios aprecian con sus sentidos, como el sol, el fuego y la luna. De los demás no tienen noticia.

Pasan toda la vida entre la caza y ejercicios militares. Desde niños se acostumbran al trabajo y al sufrimiento. Los que por más tiempo permanecen castos se llevan la palma entre los suyos. Creen que así se crece en estatura, fuerza y brío. El desvirgarse antes de los veinte años es para ellos una gran infamia, y es algo que no se puede ocultar, porque hombres y mujeres se bañan sin distinción en los ríos y se visten con pequeñas pieles y lanas, dejando desnuda gran parte del cuerpo.

22

No se dedican a la agricultura, y la mayor parte de su alimentación se reduce a leche, queso y carne. Ninguno tiene propiedades ni herencia fija, sino que los alcaldes y gobernantes cada año señalan a cada familia, o parientes que conforman una unidad, el número de hectáreas de cierto lugar según les parece, y al año siguiente los obligan a mudarse a otro sitio.

Esto lo justifican con muchas razones: no sea que encariñados con el territorio dejen la milicia por la labranza; o que traten de ampliar sus límites y que los más poderosos echen a los más débiles de su propiedad; o que fabriquen casas demasiado cómodas para protegerse del frío y del calor, o que se introduzca el apego al dinero, cuna de rencillas y discordias. En resumen, para que la gente humilde esté contenta con su suerte viéndose igual en bienes a los más poderosos.

23

Los pueblos juzgan su gloria por estar rodeados de páramos muy vastos, asolados por todos los puntos cardinales. Juzgan ser gran prueba de valor que los pueblos colindantes ya vencidos les cedan el campo y que ninguno ose asentarse cerca de ellos. Además así se consideran más seguros, olvidándose del miedo a un ataque sorpresa.

Cuando una nación sale a la guerra, ya sea defensiva u ofensiva, nombran a un jefe de ella con derecho de vida y muerte sobre todos. En tiempos de paz no hay un gobernador sobre toda la nación; sólo en cada provincia y partido los más sobresalientes administran a los suyos justicia y deciden los pleitos.

Los robos hechos en territorio ajeno no se tienen por censurables, sino que se valoran al decir que sirven para ejercitar a la juventud y desterrar el ocio. Si es que alguna de las personas importantes se ofrece en la asamblea a ser capitán, invitando a los que quieran seguirle, se alzan en pie los que aprueban la empresa y a la persona, y prometen acompañarle. El pueblo los vitorea, y los que no lo hacen son mirados como desertores y traidores, quedando para siempre desacreditados.

No permiten violar a los forasteros; los que van a sus tierras por cualquier motivo gozan de salvoconducto y son respetados por todos, y no hay para ellos puerta cerrada ni mesa que no les invite.

24

En la antigüedad los galos eran más valientes que los alemanes y les

declaraban guerras. Por la multiplicación de su población, y la estrechez de su país, enviaban colonias al otro lado del Rin.

Así fue como los galos se apoderaron de los campos más fértiles de Alemania en los contornos de la selva Hercinia – a la que Eratóstenes y algunos griegos llamaban Orcinia – y fundaron allí pueblos, donde hasta el día de hoy habitan con gran fama de justicia y gloria militar, hechos ya al rigor y pobreza de los alemanes, así como a sus ropas y alimentación.

A los galos la cercanía del mar y el comercio ultramarino los surte de muchas cosas de confort y regalo. Así que acostumbrados sin inmutarse a experimentar la superioridad de los contrarios, y a ser vencidos en muchas batallas, en estos momentos ni ellos mismos se comparan en valor a los alemanes.

25

La selva Hercinia, que se ha mencionado arriba, tiene de ancho nueve largas jornadas. No se puede explicar de otra manera pues los galos no tienen medidas de caminos. Comienza en la frontera de los suizos, nemetes y rauracos, y paralela al Danubio se extiende por sus orillas hasta las fronteras de los dacos y anartes. Desde allí gira a la izquierda por regiones apartadas del río, y por ser tan extensa entra en los territorios de muchas naciones.

No hay hombre de la Alemania conocida que asegure haber llegado al comienzo de esta selva, aun después de haber andado sesenta días de camino, o que, al menos, sepa dónde nace. Se sabe que en ella habitan varias razas de fieras nunca vistas en otras partes. Las más extrañas y notables son las que siguen.

26

En primer lugar hay cierto buey parecido al ciervo, de cuya frente entre las dos orejas sale un cuerno más elevado y recto que los conocidos. En su punta se esparcen varias ramas muy anchas a manera de palmas. La hembra tiene el mismo tamaño, figura y cornamenta del macho.

27

Otras fieras que habitan allí se llaman alces, semejantes en la forma y en la variedad de la piel a los corzos. Es verdad que son algo más grandes y carecen de cuerno, y que por tener las patas sin uniones ni articulaciones no se acuestan para dormir, ni pueden levantarse o valerse por sí mismos si por casualidad caen a tierra. Los árboles les sirven de apoyo, se arriman a ellos y así, un poco reclinados, descansan.

Observando los cazadores por las huellas cuál suele ser la guarida, socavan en aquel paraje el tronco, o asierran los árboles de tal manera que a simple vista parezcan firmes. Cuando los alces vienen a reclinarse en su apoyo acostumbrado, con el propio peso, derriban los árboles endebles y caen junto con ellos. Entonces los atrapan.

28

La tercera raza es la que llaman uros, los cuales vienen a ser algo menores que los elefantes. Tienen el aspecto, el color y la figura de toros, y es grande su bravura y rapidez; sea hombre o bestia, en cuanto ven un bulto atacan. Los cazan con hoyos y trampas.

Con estas tareas se curten los jóvenes, siendo la caza del uro su principal ejercicio. Los que matan más ejemplares, presentando como prueba los cuernos al público, reciben grandes aplausos.

No es posible domesticar ni amansar a los uros aunque se atrapen siendo crías. La grandeza, figura y encaje de sus cuernos se diferencia mucho de la de nuestros bueyes; aquellos, trabajados con diligencia, los bañan de plata y les sirven de copas en los más espléndidos banquetes.

29

Después que César se enteró, por medio de los exploradores ubios, de cómo los suevos se habían retirado a los bosques, decidió no ir tras ellos. Temía la falta de trigo porque los alemanes, como apuntamos antes, no se preocupan de labrar los campos.

Sin embargo, para contener a los bárbaros con el miedo que inspiraba su vuelta y no poner en riesgo el avance de sus tropas auxiliares, una vez pasado de nuevo el Rin con el ejército César hizo derribar doscientos pies del lado del puente que terminaba en tierra de los ubios, y en la otra punta levantó una torre de cuatro pisos, poniendo en ella para guardia y defensa del puente doce cohortes. Quedó así bien pertrechado este puesto bajo gobierno del joven Cayo Volcacio Tulo.

César, cuando ya sus planes iban madurando y de camino hacia la tierra de Ambiórige, envió delante a Lucio Minucio Basilo con toda la caballería por la selva Ardena, la mayor de la Galia que discurre durante más de quinientas millas a lo largo de las orillas del Rin y las fronteras de los trevirenses, hasta territorio de los nervios. Para intentar que con la celeridad de la marcha y la coyuntura del tiempo pudiese lograr alguna ventaja, César le previno que no hiciesen fuegos en los campamentos, con el fin de que no se viese desde lejos señal alguna de su llegada. Y anunció que pronto le seguiría.

30

Ejecutada por Basilo la orden y realizada con diligencia, contra todo pronóstico, sorprendió a muchos en medio de sus labores y, gracias a las indicaciones de éstos, llegó muy rápido al lugar donde se decía estaba Ambiórige con una parte de la caballería.

En todo vale mucho la suerte y aún más en la guerra. Pues igual que fue una suerte grande para Basilo cogerle descuidado y desprevenido, y ver a aquellos hombres antes de que supiesen nada de su llegada, no fue menor suerte la de Ambiórige pudiendo escapar después de ser despojado de toda la caravana de carros y caballos que tenía consigo.

Su fortuna estuvo en que sus compañeros y sirvientes detuvieron por un

momento el ímpetu de nuestra caballería dentro del recinto de su palacio, el cual estaba cercado por un matorral como suelen estarlo las casas de los galos, ya que para defenderse del calor del verano buscan la frescura de arboledas y ríos. Así pues, mientras los demás peleaban, uno de sus criados le trajo un caballo y Ambiórige huyó, perdiéndose de vista en el bosque.

La fortuna mostró su gran poder metiéndole y sacándole del peligro.

31

Se duda de si Ambiórige prescindió de reunir sus tropas a propósito por haber creído que no serían necesarias, o si por falta de tiempo y nuestra repentina llegada no pudo hacerlo convencido de que venía detrás el resto del ejército.

Lo cierto es que envió después en secreto mensajeros por todo el país avisando de que se salvaran como pudiesen. Unos se refugiaron en la selva Ardena, otros entre las lagunas inmediatas; los cercanos al océano en los islotes que suelen formar los esteros. Muchos, abandonada su patria, se pusieron con todos sus bienes en manos de las gentes más extrañas.

Cativulco, líder de la mitad de la tribu de los eburones y cómplice de Ambiórige, agobiado por su vejez, no pudo aguantar las exigencias de la guerra ni de la fuga. Renegando de Ambiórige, autor de la conjura, se envenenó con zumo de tejo, del que hay gran abundancia en la Galia y en Alemania.

32

Los senos y condrusos, descendientes de los alemanes situados entre los eburones y trevirenses, enviaron embajadores a César, suplicándole que no los contase entre los enemigos, ni creyese ser igualmente culpables a todos los alemanes habitantes de esta parte del Rin; que ellos ni se habían mezclado en esa guerra, ni favorecido el partido de Ambiórige. César, averiguada la verdad a través de los prisioneros, les ordenó que si les pedían asilo algunos eburones fugitivos se los entregasen. Y con esta condición les dio palabra de no molestarlos.

Luego distribuyó el ejército en tres partes, e hizo conducir los equipajes de todas las legiones a un castillo llamado Atuatica, situado en medio de la tierra de los eburones, donde Titurio y Arunculeyo habían pasado el invierno. César eligió este sitio, además de por el resto de comodidades, por estar aún en pie las fortificaciones del año anterior, ahorrándole trabajo a los soldados. Para la escolta del equipaje dejó a la legión decimocuarta, una de las tres alistadas últimamente y traídas de Italia, y por comandante a Quinto Tulio Cicerón con doscientos hombres a caballo a sus órdenes.

33

Tras la división del ejército, César dio orden a Tito Labieno de marchar con tres legiones hacia las costas del Océano colindantes con los menapios. Envío,

con otras tantas, a Cayo Trebonio a saquear la región adyacente a los aduáticos, y él, con las tres restantes, decidió ir en busca de Ambiórige que, según le decían, se había retirado hacia el río Sambre, con parte de la caballería, donde se junta este río con el Mosa al final de la selva Ardena.

Al partir prometió volver al cabo de siete días, momento en que se cumplía el plazo de entrega del trigo que sabía se debía a la legión que quedaba en el campamento. Encargó a Labieno y Trebonio que, si buenamente podían, volviesen ese mismo día con ánimo de comenzar otra vez la guerra, conferenciando entre ellos primero y averiguando las intenciones del enemigo.

34

El enemigo, como antes dijimos, ni había reunido sus tropas, ni estaba fortificado en alguna ciudad o lugar de defensa, sino que tenía por todas partes desperdigada a su gente. Cada cual se guarecía donde hallaba esperanza de asilo y de salvar su vida; en la hondonada de un valle, en la espesura de un monte o entre lagunas impracticables.

Estos parajes eran conocidos sólo por los nativos y era necesario mantener gran cautela, no para resguardar al grueso del ejército, que ningún peligro podía temer de hombres despavoridos y dispersos, sino por respeto a la seguridad de cada soldado, de la que dependía en parte la conservación de todo el ejército. Siendo así que por la codicia del pillaje muchos se alejaban demasiado, y la variedad de los senderos desconocidos les impedía el marchar juntos.

Si César quería de una vez exterminar a ese grupo despreciable de hombres forajidos, era preciso destacar varias partidas de la tropa desmembrando el ejército. Si mantenía las cohortes formadas según la disciplina militar de los romanos, la situación misma sería la mejor defensa para los bárbaros. Pero a éstos no les faltaba osadía para armar emboscadas y cargar contra los nuestros si los veían separados.

Como fuese, en tales circunstancias se tomaban todas las precauciones posibles, procurando siempre evitar el daño propio más que insistir en el ajeno, aunque todos ardían en deseos de venganza.

César envió mensajeros a todas las ciudades vecinas con el cebo del botín tras el saqueo a los eburones, queriendo exponer más la vida de los galos en aquellos laberintos que la de sus soldados; e intentando también que no quedase ni rastro ni memoria de tal clase de gente, en castigo de su alevosía. Fue mucha la gente que acudió de todas partes en su busca.

35

Así estaban las cosas en tierras de los eburones justo en vísperas del día séptimo, plazo en que César había prometido que volvería junto a la legión que guardaba el equipaje. En esta ocasión se pudo ver cuánta fuerza tiene la fortuna en los lances de la guerra.

Deshechos y atemorizados los enemigos no quedaba ni una partida que ocasionase el más leve recelo. Corrió como la pólvora entre los alemanes del

otro lado del Rin la noticia de la posibilidad del saqueo de los eburones, y como el resto se sintieron invitados al botín. Los sicambros, próximos al Rin, que habían dado asilo, como se ha dicho, a los tencteros y usipetes fugitivos, reunieron dos mil caballos y pasando el río en barcas y balsas, treinta millas más abajo del sitio donde estaba el puente romano y la guardia puesta por César, entraron por las fronteras de los eburones. Capturaron a muchos de los que huían descarriados, junto a grandes rebaños de ganado que ellos codician mucho. Cebados en la presa, siguieron avanzando sin detenerse por lagunas y selvas, como gente criada en guerras y conflictos. Preguntaron a los cautivos donde estaba César y les respondieron que no muy lejos, y con él todo su ejército.

- ¿Para qué os cansáis en correr tras este ruin y mezquino botín, cuando os podéis hacer muy ricos sin mucho esfuerzo? En tres horas podéis estar en Atuática, donde han almacenado los romanos todas sus riquezas. La guardia es tan pequeña que ni consigue cubrir el muro. No hay ni uno que ose salir del cercado – les aseguró uno de los cautivos.

Los alemanes, en cuanto oyeron esto, pusieron a buen recaudo el botín conseguido y partieron directos al castillo, llevando como guía a su consejero.

36

Cicerón, durante los días anteriores y siguiendo las órdenes de César, había contenido con el mayor cuidado a los soldados dentro del campamento, sin permitir que saliese de la fortaleza ni siquiera un cantinero. Pero al séptimo día, desconfiando de que César cumpliera su palabra de volver, destaca cinco cohortes a recoger cosecha en las tierras vecinas que sólo distaban del campamento una colina. Lo hizo por haber oído que César se había alejado mucho, y porque no tenía la menor noticia de su vuelta. Provocado también por los rumores de algunos que calificaban su tesón como asedio, pues no les era permitido ni dar un paso fuera del campamento sin temer alguna desgracia. Además, en un espacio de solo tres millas estaban acuarteladas nueve legiones con un gran cuerpo de caballería, mientras que los enemigos estaban dispersos y casi reducidos a la nada.

Muchos soldados de otras legiones se habían quedado enfermos en otro campamento. De éstos, aproximadamente trescientos ya recuperados, fueron también enviados con su bandera. Tras ellos fue, obtenido el permiso, una gran caravana de mercaderes que se hallaban en el campo con su gran recua de mulas.

37

Justo cuando todos estos llegaban al campamento de Cicerón asoman los alemanes a caballo y a carrera abierta, los cuales, viniendo en formación, forcejean para irrumpir por la puerta auxiliar de dicho campamento. Debido a la interposición de los bosques no fueron avistados por nadie hasta que ya estaban sobre nosotros, de tal forma que los mercaderes, que tenían sus tiendas allí cerca, no tuvieron tiempo de meterse dentro.

Sorprendidos los nuestros se asustaron, y a duras penas los centinelas resistieron la primera carga. Los enemigos se abalanzaron por todas partes por si pudiesen encontrar entrada por alguna. Los nuestros, con gran esfuerzo, defendieron las puertas, ya que sabían que las esquinas estaban bien protegidas por su situación y por las fortificaciones.

Corrieron desconcertados, preguntándose unos a otros por la razón de aquel tumulto. No acertaron ni dónde acudir con las banderas ni a qué parte agregarse.

Algunos afirmaban que el campamento había sido tomado; otros que habían degollado al ejército, incluido el general; otros, que los bárbaros vencedores habían caído sobre ellos. La mayoría se imaginaba nuevos malos presagios, recordando vivamente la tragedia de Cota y Titurio que allí mismo habían muerto. Estupefactos todos del espanto, los bárbaros se reafirmaron en su opinión de que no había dentro una guardia de provecho, como había dicho el cautivo, y pugnaron por abrir brecha animándose unos a otros a no desaprovechar una oportunidad tan grande.

38

Se había quedado enfermo en el campamento Publio Sestio Báculo, ayudante mayor de César, de quien hemos hecho mención en las batallas anteriores, y hacía ya cinco días que estaba sin comer. Perdida toda esperanza de su vida y de la de todos salió desarmado del pabellón y, viendo a los enemigos encima y a los suyos en sumo peligro, arrebató las armas al primero que encontró y se plantó en la puerta. Le siguieron los centuriones del batallón que hacían la guardia y juntos sostuvieron por un rato la lucha. Desfalleció Sestio atravesado por heridas graves y, con gran pena, lo retiran del combate en brazos, desmayado pero vivo. Debido al tiempo ganado con esta acción, los demás recobran el ánimo y ya se atreven a dejarse ver en las barreras y aparentar defensa.

39

Entre tanto, nuestros soldados, a la vuelta del forrajeo oyeron el griterío. La caballería se adelantó y reconoció lo grande que era el peligro, pero sobrecogidos de terror no encontraron lugar seguro para ellos. Como todavía eran novatos y sin experiencia en el arte militar, volvieron su atención al tribuno y a los capitanes para ver qué les ordenaban. No había ninguno lo suficientemente valiente que no estuviese angustiado con los sucesos.

Los bárbaros descubrieron a lo lejos los estandartes y, en un primer momento, desistieron en el ataque creyendo que regresaban las legiones que por informe de los prisioneros suponían más distantes. Pero después, visto su corto número, arremetieron por todas partes.

40

Los mercaderes subieron corriendo a un montículo cercano. Una vez allí, se dejaron caer entre las banderas y los pelotones de soldados que, ya

intimidados, con eso se asustaron aún más.

Unos opinaban que estando tan cerca del campamento deberían arrojar sobre él en formación triangular. De esa manera, si algunos cayesen, al menos los demás podrían salvarse. Los otros no querían moverse de la colina dispuestos a correr todos la misma suerte.

No aprobaban esta última opción los viejos soldados que habían ido también con su bandera en compañía de otros. Así que, animándose unos a otros y capitaneados por Cayo Trebonio su comandante, penetraron por el medio de los enemigos y todos sin excepción entraron en el campamento. Los mercaderes y jinetes corriendo tras ellos por el camino abierto, amparados en el valor de los soldados, se salvaron igualmente.

Por el contrario, los que se quedaron en el cerro como novatos, ni perseveraron en el propósito de hacerse fuertes en aquel lugar ventajoso, ni supieron imitar el vigor y actividad que vieron haber sido tan de provecho a los otros, sino que intentando refugiarse en el campamento se metieron en un barranco.

Algunos centuriones, que del grado inferior de otras legiones habían sido promovidos por sus méritos al superior, por no mancillar el honor antes ganado en el ejército, murieron peleando valerosamente. Gracias a la entrega de éstos, intimidados los enemigos, una parte de los soldados llegó contra toda esperanza sin heridas a los reales. La otra, rodeada por los extranjeros, pereció.

41

Los alemanes, perdida la esperanza de apoderarse del campamento y viendo que los nuestros ponían pie dentro de las trincheras, se retiraron al otro lado del Rin con el botín guardado en el bosque. Pero el terror de los nuestros, aun después de la retirada de los enemigos, duró tanto que cuando al caer la noche Cayo Voluseno llegó con la caballería enviado para darles la noticia de la próxima llegada de César con todo el ejército, nadie lo creía.

Tan atolondrados estaban por el miedo que, sin escuchar razones, se obcecaban en decir que, destrozada toda la infantería, solo la caballería había podido salvarse pues los alemanes nunca hubieran intentado el asalto estando el ejército en pie. Solo la presencia de César pudo, al fin, serenarlos.

42

Una vez que César volvió, haciéndose cargo de lo que había pasado en la batalla, sólo les reprendió por una cosa: que se hubiesen destacado las cohortes que debían estar de guardia en el campamento. No había habido ningún motivo por el que aventurarse, e hizo esta reflexión:

- Si la fortuna tuvo mucho que ver en el inesperado ataque de los enemigos, mucho más propicia se mostró con ellos al haber podido rechazarlos estando ya casi dentro del campamento.

Sobre todo era de admirar que los alemanes, que habían salido de sus tierras con el fin de saquear las de Ambiórige, diesen por casualidad con el campamento de los romanos y le viniesen a hacer a él el mayor beneficio que

podiera desear, pues le dio motivo para castigarlos y evitar futuras agresiones.

43

Partiendo César de nuevo a enfrentarse a los enemigos, envió por todas partes a un gran número de tropas a las ciudades cercanas. Quemaban cuantos cortijos y caseríos encontraban, entrando a saco en todos los lugares. Las cosechas no sólo fueron destruidas por tanta muchedumbre de hombres y bestias, sino también por causa de la estación y de las lluvias que echaron a perder lo que pudo quedar, de tal manera que los que por entonces se refugiaban, una vez retirado el ejército, se veían obligados a perecer de pura miseria.

Con tanta caballería dividida en piquetes, con presencia en todas partes, la situación llegó a tal término que los prisioneros afirmaban no solo haber visto huir a Ambiórige, sino tenerle todavía a la vista con la esperanza de alcanzarle. A costa de grandes esfuerzos muchos que pensaban ganarse con eso la estima de César, hacían más de lo que estaba a su alcance por capturarlo. Y siempre a punto de prenderle, dudando de su identidad, erraban en el golpe definitivo, escapándoseles de entre las manos en los escondrijos, matorrales y espesuras; favorecido por la oscuridad de la noche, huyendo a diversas regiones y parajes sin más guardia que la de cuatro caballeros a los que únicamente osaba confiar su vida.

44

Asolada de tal forma la campaña César recogió su ejército, deducidas dos cohortes enviadas a la ciudad de Reims, donde llamando a reunión a la Galia, trató en ella la causa del complot de los senones y chartreses. Allí pronunció sentencia de muerte contra el príncipe Acón, que había sido el líder de la rebelión, ejecutándola según la costumbre romana.

Algunos, por temor a la justicia, se ausentaron. Y habiéndolos proscritos, alojó dos legiones para aquel invierno en tierra de Tréveris, dos en Langres, y las otras seis en Sens -todas provistas de provisiones-, partiendo para Italia a participar en las acostumbradas Asambleas.

LIBRO SÉPTIMO

1

Una vez pacificada la Galia, César partió como había decidido hacia Italia para presidir la Asamblea. Allí se enteró de la noticia de la muerte de Publio Clodio. Sabiendo asimismo que, por decreto del Senado, todos los muchachos de Italia estaban siendo alistados en las legiones, dispuso, a su vez, hacer reclutamientos en la provincia bajo su mando.

Esas noticias se difundieron por la Galia Transalpina y se exageraron con invenciones de cosecha propia de los galos, llegando a decir que César no podía unirse al ejército, en caso de nuevos conflictos, por hallarse entretenido con los problemas políticos de Roma. Debido a esto, los que ya desde hacía un tiempo estaban disconformes con el dominio del Pueblo Romano, empezaron con mayor libertad y osadía a plantearse una nueva guerra.

Los líderes se citaron a reunión en montes y lugares retirados. Se quejaban de la muerte del príncipe Acón y llegaban a la conclusión de que algo así podría sucederle a ellos mismos; y también se lamentaban de la general adversidad de la Galia. No existían premios ni recompensas que no prometiesen al primero que levantase su bandera y arriesgase su vida por la libertad de la patria. Entre otras cosas decían:

- Mientras la conspiración permanezca en secreto se ha de intentar que César no pueda llegar hasta su ejército. Esto es fácil, porque ni las legiones en ausencia del general se atreverán a salir de los cuarteles, ni el general puede reunirse con las legiones sin escolta. En conclusión, más vale morir en campaña, que dejar de recobrar nuestra antigua gloria militar y la libertad heredada de nuestros mayores.

2

Expuestas estas razones los chartreses decidieron tomar la responsabilidad y declarar la guerra, prometiendo exponerse a cualquier peligro por el bien común. Y para no descubrir el secreto, dándose y recibiendo ese mismo día rehenes, pidieron jurar sobre las banderas -la ceremonia más sagrada para ellos- que no serían abandonados por los demás una vez iniciada la guerra.

En efecto, entre los aplausos de los chartreses, todos los presentes prestaron juramento. Decidido el día del inicio de la sublevación, se despidió la reunión.

3

Llegado ese día los de Chartres, acaudillados por Cotuato y Conetoduno -dos hombres con tendencia a los excesos -, hecha la señal, partieron a Genabo y mataron a los ciudadanos romanos que residían allí por negocios comerciales. Entre ellos al noble caballero Cayo Fusio Cota, que por mandato de César cuidaba de las provisiones. Tras ello robaron sus pertenencias.

Al instante corrió la voz por todas las tribus de la Galia, porque siempre que sucede alguna cosa escandalosa o importante la pregonan por los campos y los

caminos. Los primeros que la oyeron pasaron a otros la noticia, y éstos, de boca en boca, la fueron comunicando a los más cercanos. Lo sucedido en Genabo al salir el sol, se supo en la frontera del territorio de los alvernos, a ciento setenta millas de distancia, tres horas antes de anochecer.

4

De la misma forma, Vercingetórige, joven muy poderoso cuyo padre fue Celtilo - el mayor príncipe de toda la Galia muerto a manos de su propio pueblo por querer hacerse rey - convocó a sus seguidores y los amotinó fácilmente. Pero en cuanto supieron sus intenciones, se armaron contra él y fue expulsado de Gergovia por su tío Gobanición y los demás nobles que desaprobaban esa sublevación.

Vercingetórige no se acobardó ante esto, sino que recorrió los campos ganando para su causa a los desvalidos y a los delincuentes. Aunado este grupo, se hizo con el apoyo de cuanta gente de los pueblos encuentra en su camino. Los exhortó a tomar las armas en defensa de la libertad y, debido a la gran cantidad de gente que consiguió convencer, echó de la ciudad a sus rivales, que poco antes le habían echado a él de ella.

Se proclamó rey de los suyos y envió embajadores a todas las tribus, pidiendo a todos ser leales. Enseguida ganó para su bando a los de Sens, a los de París, de Poitú, Cuera, Turena, a los aulercos, limosines, a los de Anjou y demás habitantes de la costa. Todos unánimemente le nombraron generalísimo.

Valiéndose de esta autoridad absoluta exigió rehenes de todas estas tribus y ordenó que acudiesen a él en el futuro con cierto número de soldados. A cada una de las provincias les asignó una cantidad de armas y el tiempo exacto para fabricarlas. Y, sobre todo, se aseguró de proveerse de caballos.

En su forma de gobernar se aunaban una gran desconfianza con una extrema severidad. A fuerza de castigos hizo que le obedeciesen los que no acababan de tomar su partido. Por delitos graves los culpables eran condenados al fuego y a todo género de torturas; por faltas ligeras, se les cortaban las orejas o se les sacaba un ojo, devolviéndolos a sus casas como escarmiento y ejemplo para los demás del rigor de sus castigos.

5

Debido al miedo ante semejantes suplicios se formó en breve un numeroso ejército. Vercingetórige destacó con parte de él a Lucterio de Cuerci, hombre sumamente valiente, a Ruerga, y él partió a Berri.

Los bierrienses, sabedores de su inminente llegada, pidieron ayuda a los eduos -sus protectores-, para poder resistir al enemigo más fácilmente. Los eduos, de acuerdo con los legados a quienes César tenía encomendado el ejército, les enviaron como ayuda algunos regimientos de infantería y caballería. Éstos, una vez que llegaron al río Loira que separa las tierras de los bierrienses de las de los eduos, se detuvieron en la orilla varios días sin atreverse a cruzarlo, y finalmente dieron vuelta a casa. La excusa que dieron a

los legados de su regreso fue el temor que habían tenido a una traición de los berrienses, ya que habían sabido que estaban conjurados con los alvernos para cogerlos justo en el momento en que cruzasen el río. Si lo hicieron por el motivo que alegaron a los legados y no por su propia deslealtad, no me parece bien asegurarlo porque es verdad que no me consta.

Los berrienses, en cuanto se retiraron los eduos, se aliaron con los alvernos.

6

César, informado en Italia de estas noticias, y viendo que los asuntos en Roma habían mejorado ostensiblemente debido al buen hacer de Cneo Pompeyo, se puso en camino hacia la Galia Transalpina.

Una vez llegó allí halló muchas dificultades para disponer el modo en que se reuniría con su ejército. Si mandaba venir a las legiones a la Provenza sabía que se tendrían que abrir camino espada en mano en su ausencia; y si él iba solo hacia el ejército, no le parecía muy sensato fiar su vida a los galos aunque en esos momentos parecían estar en paz.

7

Entre tanto, Lucterio el de Cuerci, que había sido enviado a tierras de los rodenses, los ganó para el bando de los alvernos. Desde allí pasó a tierras de los nitióbriges y gábalos, y de ambas tribus obtuvo rehenes. Reforzadas así sus tropas se dispuso a irrumpir en la Provenza por la zona de Narbona.

César, una vez advertido de sus intenciones, decidió que lo más acertado era ir directo a Narbona. Entrando en la ciudad serenó a sus gentes y puso guardia en el territorio de los rodenses que pertenecía a la Provenza, así como en tierras de los volcas arecómicos, los tolosanos y en los alrededores de Narbona, fronterizos con los enemigos. Asimismo envió parte de las milicias provinciales y las reclutas venidas de Italia al territorio de los helvios, colindante con el de los alvernos.

8

Dadas estas órdenes, y reprimido ya el avance de Lucterio que había dado vuelta al considerar arriesgado el ataque a nuestros fortines, César dirigió su marcha al territorio de los helvios. Y aunque la montaña Cebena, que separa la tribu de los alvernos de la de los helvios, le atajaba el paso cubierta de gran cantidad de nieve por ser entonces el momento más duro del invierno, César consiguió abrirse camino a través de dos metros de nieve, con gran trabajo y cansancio de los soldados, hasta penetrar las fronteras de los alvernos.

Cogidos éstos por sorpresa, porque se creían defendidos por el monte como si se tratase de un muro impenetrable – como prueba de ello tenían que ni un solo hombre había descubierto jamás una senda en la montaña –, César dio orden a la caballería de recorrer aquellos campos a rienda suelta, llenando de terror a los enemigos.

La noticia de estos hechos volaron a través de repetidos mensajeros hasta Vercingetórige, y todos los alvernios lo rodearon espantados y le suplicaron

que mirase por sus posesiones y que no permitiese que fuesen destrozadas por los enemigos, viendo volverse en su contra toda la guerra.

Vercingetórige se rindió al final ante las súplicas y levantó el campamento de Berri, encaminándose hacia tierras de los alvernios.

9

César, tras permanecer dos días en ese territorio y previendo lo que iba a hacer Vercingetórige, para reclutar nuevas tropas y caballos se ausentó del ejército y entregó el mando al joven Bruto, con el encargo de emplear la caballería en saqueos por todo el país y diciéndole que él haría lo posible para volver a los tres días.

Una vez ordenado esto, y partiendo a todo correr, entró en Viena cuando menos le esperaban los suyos. Se encontró allí con la nueva caballería que había llegado mucho antes a esta ciudad, y sin parar día y noche, por las fronteras de los eduos, marchó a tierras de los de langres donde internaban las legiones, para prevenir cualquier conspiración que los eduos intentasen urdir llevados por el amor a su libertad.

Tras llegar envió órdenes a las demás legiones y las reunió a todas en un sitio, antes de que los alvernios pudiesen tener noticia de su llegada. Después de que Vercingetórige fue informado de ella, volvió de contramarcha con su ejército a Berri, desde donde pasó a sitiar a Gergovia, población de los hoyos, que les había sido concedida por César con dependencia de los eduos, cuando los había vencido en la guerra contra los suizos.

10

Este sitio daba mucho que pensar a César, porque si mantenía en cuarteles a las legiones el tiempo que faltaba para el fin del invierno, temía que la Galia entera se revelase debido a la rendición de los tributarios de los eduos, viendo que los amigos de César no hallaban en él protección alguna. Si las sacaba de los cuarteles antes de tiempo se exponía a carecer de víveres, por lo difícil que sería el traslado del ejército.

En todo caso, le pareció un mal menor sufrir todas esas incomodidades antes que permitir que con tal agravio se perdiese la buena voluntad de todos sus aliados.

De acuerdo con esta decisión pidió a los eduos que se encargasen de la conducción de alimentos, y dio aviso anticipado de su llegada a los boyos, alentándolos a mantenerse fieles y a resistir vigorosamente el asalto de los enemigos.

Dejó en Agendico dos legiones con el equipaje de todo el ejército y partió hacia la tribu de los boyos.

11

Al día siguiente César llegó a Velaunoduno, castillo de los senones, y decidió sitiarlo para no dejar a su espalda un enemigo que impidiese la llegada de alimentos para el ejército.

A los dos días lo tenía rodeado; al tercero, saliendo de la fortificación comisarios a negociar la rendición, les ordenó rendir las armas, sacar fuera a los caballos y dar seiscientos rehenes. Encomendó la ejecución de todo ello a Cayo Trebonio, su legado, y él, para no perder nada de tiempo, partió hacia Genabo, ciudad de los chartreses.

Éstos, que acababan en ese momento de recibir las noticias del cerco de Velaunoduno, y creyendo que César avanzaría más despacio, reclutaban tropas para formar guardia en Genabo. Allí llegó César dos días después y acampó enfrente de su campamento, dejando para el día siguiente el ataque pues ya era tarde. Ordenó a los soldados que preparasen todo lo necesario; y debido a que el puente del río Loira estaba contiguo al muro, temiendo que amparados en la noche huyesen los sitiados, mandó que dos legiones vigilaran armadas.

Efectivamente, los genabeses, hacia la medianoche, salieron de la ciudad en silencio y empezaron a cruzar el río. De esto fue avisado César por sus espías y quemando las puertas metió dentro a las legiones que por orden suya estaban alerta. Así se apoderó del castillo, librándose muy pocos enemigos de ser apresados, porque lo estrecho del puente y de las sendas dificultaban la huida a un número tan grande de gente.

César saqueó y quemó la ciudad, dando los despojos a los soldados. Después cruzó con ellos el río Loira y entró en el país de Berri.

12

Cuando Vercingetórige supo de la llegada de César levantó el cerco y salió a su encuentro. César había pensado asaltar Neuvy, fortaleza de los berrienses situada en el camino, pero llegaron a ella embajadores a suplicarle que les concediese el perdón y les dejase con vida. Por acabar este asunto con el mismo método que tanto le había valido en todas sus empresas, César les ordenó entregar las armas, los caballos y dar rehenes.

Entregada ya por éstos una parte, y negociando lo demás los centuriones con algunos soldados dentro de la ciudad para el reconocimiento de las armas y de las bestias, se dejó ver a lo lejos la caballería enemiga que venía delante del ejército de Vercingetórige.

Al momento en que la divisaron los sitiados, con la esperanza de recibir ayuda, empezaron a gritar, tomaron las armas y cerraron las puertas, cubriendo rápidamente la muralla. Los centuriones que estaban dentro, conociendo por el alboroto de los galos que maquinaban algo, desenvainaron las espadas, atravesaron las puertas y se pusieron a salvo con los suyos.

13

César destacó su caballería y esta trabó batalla con la enemiga. Y a punto de ganarla, los reforzó con cuatrocientos caballos germanos que tenía consigo desde el principio. Los galos no pudieron aguantar su furia, y dándose a la fuga se retiraron al ejército con numerosas bajas.

Una vez ahuyentada la caballería los sitiados volvieron a sentirse atemorizados. Condujeron presas ante César a las personas que habían

alborotado a la plebe y se rindieron.

Tras esto, César se puso en marcha hacia la ciudad de Avarico, la de mayor población y mejor fortificada de Berri, y dueña de unos campos muy fértiles. Tenía la confianza de que, conquistada ésta, fácilmente se haría dueño de todo aquel territorio.

14

Vercingetórige, escarmentado ante tantos golpes seguidos recibidos en Velaunoduno, Genabo y Neuvy, llamó los suyos a reunión, y así les habló:

- Es preciso cambiar por completo de planes –dijo-. Debemos centrarnos en quitar a los romanos el forraje y alimentos. Esto será fácil por la gran cantidad de caballos que tienen y por la estación del año en que estamos, ya que la hierba no está todavía lista para segarse. A la fuerza van a tener que dispersarse por los cortijos en busca de forraje y así, diariamente, podremos abatirlos con nuestra caballería. Para conservar la vida –continuó diciendo- debemos menospreciar las propiedades y las comodidades; por ello debemos quemar las aldeas y las casas que haya en los alrededores de Boya, hasta donde parezca que los enemigos van a llegar para conseguir el forraje. Nosotros tendremos de sobra, pues la gente del territorio donde nos batimos contra ellos nos abastecerá. Los romanos no podrán soportar la carestía y se alejarán de sus tiendas tomando enormes riesgos. Así que lo mismo será matarlos por las armas que privarlos de su alimento, sin el cual no podrán ir a la guerra. Además, conviene quemar los lugares que no estén seguros ante una invasión, bien por su enclave o por sus fortificaciones, para evitar que nuestra gente deserte y también que los romanos se surtan de provisiones y de bienes. Si esto os parece duro y doloroso, mucho más debe pareceros el cautiverio de vuestros hijos y mujeres, y vuestra propia muerte; cosas que ocurrirán si perdemos la guerra.

15

Todos aplaudieron estos consejos, y en un solo día prendieron fuego a más de veinte ciudades en Berri. Lo mismo hicieron las demás tribus. No se veían sino incendios por todas partes; y aunque esto les causaba gran dolor, se consolaban con que, teniendo casi por segura la victoria, muy pronto recobrarían lo perdido.

Trataron en una reunión si convendría quemar o defender la ciudad de Avarico. Los berrienses se echaron a los pies del resto de galos, suplicando que no los forzasen a quemar esa ciudad con sus propias manos. Argumentaban que era la más hermosa de casi toda la Galia, fortaleza y ornamento de su tribu. Decían que su defensa era fácil por el enclave del lugar, estando rodeada por casi todas partes por un río y una laguna, con sólo una entrada muy estrecha.

Se les otorgó su petición, oponiéndose al principio Vercingetórige y después cediendo, movido por sus ruegos y por la lástima que le inspiró el populacho. Y la protegieron con tropa valiente y escogida.

16

Vercingetórige, a paso lento, fue siguiendo las huellas de César y acampó en un lugar defendido por lagunas y bosques, a quince millas de Avarico. Allí le informaban sus espías puntualmente, y a todas horas, de lo que se hacía en Avarico y daba las órdenes correspondientes. Acechaba todas nuestras salidas en busca de forraje, y viendo a algunos dispersos que por necesidad se alejaban, arremetía y les causaba grandes contratiempos. Los nuestros procuraban tener la mayor cautela, variando las horas de sus salidas y las veredas que tomaban.

17

César asentó su campamento enfrente de aquella parte de la ciudad que no estaba defendida por el río ni por la laguna. Tenía, como se ha dicho, una subida estrecha, así que César empezó a construir un terraplén, armar las baterías y levantar dos torres de asalto con ruedas, porque la situación impedía cercarla.

Preguntaba continuamente a los hoyos y a los eduos acerca de las provisiones que le habían prometido, pero le ayudaban más bien poco. Los eduos porque no hacían diligencia alguna; los hoyos porque no podían, siendo como eran poca gente y sin medios. Los romanos estaban consumiendo rápidamente lo que tenían.

El ejército se vio abocado a una suma escasez de víveres por la escasa ayuda de los hoyos, la negligencia de los eduos y los incendios de las granjas, hasta tal punto que durante varios días los soldados carecieron de pan. Para no morir de hambre tuvieron que traer de muy lejos carne para alimentarse.

Pese a todo no se les escapó ni una palabra menos digna de la majestad del Pueblo Romano y de las pasadas victorias, sino que, hablando César a las legiones en medio de sus penurias, y ofreciéndose a levantar el cerco si les parecía intolerable aquel trabajo, todos a una voz le pidieron que no lo hiciese; ya que tantos años habían militado bajo sus órdenes sin la menor baja, no dejando jamás sin terminar una empresa comenzada; desistir ahora del asedio emprendido sería para ellos el mayor deshonor. En su opinión era mejor sufrir todas las miserias del mundo, que dejar de vengar la muerte alevosa que habían dado los galos a los ciudadanos romanos en Genabo.

Estas mismas razones se las daban los legionarios a centuriones y tribunos para que se las expusiesen a César.

18

Arrimadas ya las torres al muro, César supo por medio de los centuriones que Vercingetórige, una vez agotado su forraje, había movido su campamento más cerca de Avarico; y que él mismo en persona con la caballería y los volantes, acostumbrados a pelear al estribo de los caballos, se había dirigido a toda velocidad hacia el lugar donde pensaba que los nuestros irían a forrajear al día siguiente.

Ante esta noticia César marchó a medianoche con sigilo y llegó por la mañana al campamento de los enemigos. Éstos, que habían sido avisados por los espías, escondieron los carros y el cargamento entre la maleza del bosque, estableciendo todas sus tropas en un lugar alto y despejado.

César ordenó al momento apartar a los menos hábiles y preparar las armas.

El enemigo estaba situado en una colina que se elevaba suavemente desde la llanura. La rodeaba casi por todas partes una laguna de no más de cincuenta pies de ancho. Allí, destruidos los puentes, se hacían fuertes los galos confiados en la ventaja del sitio. Divididos por tribus tenían apostadas sus guardias en todas las zonas de vadeo y en las rocas que asomaban de la laguna, con la firme resolución de cargar contra los romanos atascados en el agua si intentaban atravesarla. De tal manera que quien viese la cercanía de su posición pensaría que se disponían a pelear casi en igualdad de condiciones; pero quien reparase en la desigualdad del sitio, se daría cuenta de que todo no era más que apariencia y falsa ostentación.

Los romanos se sentían indignados al tener al enemigo a la vista, en actitud desafiante y a tan corta distancia, y clamaban a César por la señal de ataque. César les respondió:

- ¿Cuánto daño se produciría, y a cuántos soldados valerosos costaría la vida esta victoria sin poderlo remediar? Ya que vosotros os mostráis tan dispuestos a cualquier peligro por mí, yo sería el hombre más ingrato del mundo si no estimase vuestra vida más que la mía.

Contentando así a los soldados, se retiró con ellos ese mismo día al campamento y prosiguió preparando lo que faltaba para el ataque a la ciudad enemiga.

19

Vercingetórige, cuando volvió con los suyos, fue acusado de traidor por varios motivos: haber acercado el campamento galo tanto a los romanos, por haberse ido con toda la caballería, por haber dejado a todo el ejército sin líder, y por haber causado con su partida que los romanos viniesen raudos contra ellos aprovechando tal momento. No les parecía creíble que todo ese conjunto de cosas hubiesen ocurrido por casualidad sin ninguna traición de por medio. Y le acusaron de querer ser más rey de la Galia por la gracia de César que por decisión de los suyos. A tales acusaciones respondió él de esta forma:

- Si partí fue por falta de forraje y a instancias de vosotros mismos. Me acerqué a los romanos –continuó diciendo- porque estaba seguro de la ventaja que me daba el lugar, bien resguardado. La caballería de nada hubiese servido en aquellos pantanos y fue empleada de forma muy útil en nuestro destino. No di el mando a nadie al partir a propósito, ya que temía que se arriesgase a combatir por instigación de la chusma. Os veo a todos prestos a la batalla por vuestra excesiva comodidad y el poco aguante para el trabajo. Si los romanos vinieron por casualidad, dad gracias a la fortuna. Si alguien los invitó, dádselas a ése. Observándolos desde lo alto pudisteis enteraros de su escaso número y valor; no se atrevieron a combatir y se retiraron vergonzosamente al

campamento. Nada más lejos hay de mi intención que pretender el reino de mano de César, lo tengo en la mía con esta victoria. Yo y todos los galos la damos por cierta. Os perdonaré, pese a todo, si pensáis más en honrarme que en recibir de mí la libertad y la vida. Y para que veáis que digo la pura verdad, escuchad a los soldados romanos.

20

Entonces sacó unos prisioneros que había capturado pocos días antes en las dehesas, muertos de hambre y encadenados, que de antemano habían sido instruidos sobre lo que tenían que responder. Afirmaron ser soldados legionarios y haber huido de los cuarteles forzados por el hambre y la pobreza, por si podían encontrar por esos campos un pedazo de pan o de carne. Que todo el ejército romano estaba sumido en la misma miseria; que no había quien pudiera tenerse en pie, ni sufrir tantas desgracias, y que el general estaba decidido a levantar el cerco si la ciudad no se rendía en los próximos tres días.

- Todo esto – dijo con firmeza Vercingetórige – le debéis al que ahora acusáis de traidor, por cuya estrategia, sin costaros una gota de sangre, veis a un ejército tan poderoso como el romano casi muerto de hambre. Y si huyen vergonzosamente a buscar asilo, he previsto también que no lo hallen en ninguna parte.

21

Todos le vitorearon y, batiendo las armas como suelen hacerlo en señal de que aprueban las razones del que habla, repitieron a voces que Vercingetórige era un capitán consumado; que ni se debía dudar de su lealtad, ni que pudiera dirigirse mejor la guerra. Ordenaron que diez mil hombres escogidos entrasen en la ciudad, no juzgando conveniente fiar la libertad de todos solo en los bierrienses. De la conservación de esta fortaleza dependía, en su opinión, la seguridad de la victoria.

22

Los galos, siendo como son gente en extremo mañosa y hábil para imitar y ejecutar las invenciones de otros, copiaban nuestras habilidades militares justificando en ellas el valor singular de nuestros soldados. Unas veces con lazos corredizos robaban a los sitiadores las hoces, y en cuanto las tenían sujetas, tiraban de ellas hacia dentro con ciertos instrumentos. Otras veces, desbarataban con excavaciones el vallado de nuestros campamentos. En esto son muy diestros por los grandes minerales de hierro que tienen, para cuya extracción han ideado y usan todo tipo de máquinas.

El muro estaba protegido por torres de tablas cubiertas de pieles. Además de esto, con salidas continuas de día y de noche, o arrojaban fuego a las trincheras o sorprendían a los soldados ocupados en las maniobras. Y cuando subían nuestras torres sobre el terraplén, que día a día se iba levantando, otro tanto alzaban las suyas trabando postes con postes. También atacaban nuestras trincheras, impidiendo a los que las excavaban acercarse a las murallas, con

vigas quemadas y puntiagudas derretidas con aceite o con piedras de carbón grueso.

23

La estructura de todas las murallas de la Galia viene a ser ésta: se extienden en el suelo vigas de una pieza, rectas y pareadas a dos pies de distancia entre sí, y se enlazan por dentro con otras atravesadas, llenando de paja los huecos. La fachada es de gruesas piedras encajonadas. Colocado esto y hecho todo un cuerpo, se levanta otra de la misma forma y a distancia paralela, de modo que nunca se toquen las vigas sino que queden separadas por trechos iguales con la interposición de las piedras bien ajustadas. Así prosigue la construcción hasta que el muro tenga una altura adecuada.

Éste, por una parte, no es desagradable a la vista debido a la variedad con que alternan vigas y piedras, unas y otras en línea recta paralela sin perder el nivel. Pero, por otra parte, es muy útil para la defensa de las ciudades porque las piedras resisten al fuego, y la madera protege de las baterías; y como está por dentro asegurada con las vigas de una pieza a lo largo de cuarenta pies, ni se puede romper ni desunir.

24

En medio de tantos problemas, del frío y de las lluvias continuas que duraron toda esta temporada, los soldados superaron las adversidades a fuerza de incesante trabajo, y en veinticinco días construyeron un terraplén de madera de trescientos treinta pies de ancho y ochenta de alto.

Cuando este ya casi tocaba con el muro de la ciudad y César, según costumbre, velaba sobre la obra metiendo prisa a los soldados para que no se interrumpiese ni un segundo el trabajo, repararon en que humeaba el terraplén por haberlo minado los enemigos poco antes de medianoche, y que al mismo tiempo, oyéndose los gritos por encima de las almenas, empezaban a salir los galos por las puertas de una y otra parte de las torres.

Unos arrojaban desde las murallas antorchas y materias combustibles al terraplén, otros, aceite hirviendo y cuantas resinas existen para alimentar el fuego, de tal forma que apenas se podía decidir adonde se acudiría primero o qué cosa pedía una solución más urgente. Pese a todo, debido a lo precavido que era César que siempre tenía dos legiones alerta delante del campamento y otras dos empleadas a turnos en los trabajos, se logró al instante que unos impidiesen las salidas y que otros retirasen las torres y apagasen el fuego del terraplén, y que todos los del campamento llegasen a tiempo para combatir el incendio.

25

Pasada la noche se luchaba por todas partes. En los enemigos crecía más y más la esperanza de la victoria, sobre todo al ver quemadas las cubiertas de las torres de las que estaba dotado nuestro terraplén; y, también, por ser tan difícil que nosotros fuésemos en ayuda de los soldados más expuestos a cuerpo

descubierto, mientras que ellos enviaban sin cesar gente de refresco a los suyos.

Considerando que toda la suerte de la Galia dependía de aquel momento, sucedió ante nuestros ojos una cosa que, por ser tan memorable, he creído no debo omitir. Un galo que en la puerta del castillo tiraba el fuego contra nuestras torres por medio de las balas de sebo y pez que le iban pasando de mano en mano, fue atravesado por una lanza corta en el costado y cayó muerto por un legionario. Uno de sus compañeros, saltando sobre el cadáver, prosiguió haciendo lo mismo. Muerto este segundo, de otro golpe semejante, le sucedió el tercero y al tercero el cuarto, sin que faltase quien ocupase sucesivamente aquel puesto, hasta que apagado el incendio, y rechazados por completo los enemigos, se puso fin al combate.

26

Convencidos los galos con tantas experiencias de que nada les salía bien, tomaron al día siguiente la resolución de abandonar la ciudad por consejo y mandato de Vercingetórige. Como su intento era hacerlo en el silencio de la noche esperaban ejecutarlo sin pérdidas considerables, porque el campamento de Vercingetórige no estaba lejos de la ciudad, y una extensa laguna que había de por medio los resguardaba de los romanos en la retirada.

Una vez llegada la noche dispusieron la partida. Pero salieron de repente las mujeres de la ciudad corriendo por las calles y postradas a los pies de los suyos, entre lágrimas y sollozos, les suplicaron que ni a ellas ni a los hijos comunes, incapaces de huir por su natural fragilidad, los entregasen al furor enemigo. Pero viéndolos obstinados en su decisión – porque por lo general ante un peligro extremo puede más el miedo que la compasión – empezaron a dar voces y a hacer señas a los romanos avisándoles del intento de fuga. Los galos, asustados, desistieron de la tentativa temiendo que la caballería romana les cerrase los caminos.

27

Al día siguiente, adelantada la torre y perfeccionadas las baterías conforme César lo había planeado, cayó una fuerte lluvia. César se aprovechó de este incidente que le parecía oportuno para sus objetivos, ya que había notado algún descuido en los centinelas galos apostados en las murallas, y ordenó a los suyos que aparentasen desidia en las maniobras, confesándoles su intención.

Llamando a las legiones, que ocultas en las trincheras estaban preparadas para recoger de una vez la recompensa de la victoria a tantos trabajos, propuso premios para los que primero escalasen el muro de la ciudad y dio la señal de asalto. De inmediato los soldados volaron desde todas partes, y al momento cubrieron la muralla.

28

Los enemigos, sobresaltados ante algo tan imprevisto, expulsados del muro

y de las torres, se reagruparon en el interior de la ciudad y en sitios espaciosos con ánimo de pelear formados si por algún lado los atacaban. Pero viendo que nadie bajaba al llano, sino que los romanos se amontonaban en las propias murallas, y temiendo no hallar después por donde escapar, arrojaron las armas y corrieron en tropel al último barrio de la ciudad.

Allí unos encontraron la muerte a manos de la infantería, al no poder llegar a las puertas por lo apretado del gentío; otros, después de haber salido, fueron aniquilados por la caballería. Ningún romano se preocupaba del pillaje. Encolerizados todos por la matanza de Genabo y por los trabajos que había supuesto el sitio, no perdonaban ni a viejos, ni a mujeres, ni a niños. Baste decir que de cuarenta mil personas se salvaron apenas ochocientas que, al primer rumor de asalto, echaron a huir y se refugiaron en el campamento de Vercingetórige.

Éste, sintiéndolos llegar ya muy entrada la noche y temiendo algún alboroto por su presencia y la compasión de su gente, los acogió con reservas. Dispuso que saliesen a su encuentro personas de su confianza y los líderes de cada tribu y que los separasen allí, llevándose cada cual a los suyos para alojarlos en los cuarteles correspondientes, según la división por tribus hecha desde el principio.

29

Al día siguiente, convocando a todos, Vercingetórige los consoló hablando así:

- No os atemoriceis ni apesadumbreis demasiado ante este infortunio. Los romanos no vencieron ni por valor ni por las armas, sino con cierto ardid y destreza en el modo de asaltar una ciudad, que nosotros desconocíamos. Se equivocan los que piensan que todos los acontecimientos de la guerra les han de ser favorables –afirmó con convicción-. Yo mismo siempre he dicho que no debería conservarse Avarico, vosotros sois testigos. La imprudencia de los berrienses y la condescendencia mal entendida de los demás han ocasionado este daño. Muy pronto yo lo resarciré con creces. Con mi diligencia uniré a las provincias de la Galia que hasta ahora no nos han apoyado y formaré una liga general que no tendrá parangón. De hecho, casi la he concluido. Entretanto, es razonable que por amor a la libertad de todos no os neguéis a fortificar el campamento para resistir con mayor facilidad los asaltos repentinos del enemigo.

30

Su discurso no fue mal recibido por los galos, sobre todo viendo que después de una derrota tan grande no había decaído su ánimo, ni se había escondido, ni se avergonzaba de aparecer en público. Además opinaban que aventajaba a todos en adivinar y prevenir las cosas; ante el peligro había opinado que se quemase Avarico y que después se abandonase.

Así que, al contrario de otros generales a quien los casos adversos disminuyen el prestigio, el de Vercingetórige aumentaba más cada día después de aquel desafortunado suceso. Creyendo en su palabra esperaban atraer a las

demás tribus de la Galia.

Ésta fue la primera vez que los galos encerraron el ejército tras un fortín. Habían quedado tan consternados que, siendo como son enemigos del trabajo, estaban determinados a sufrir cuanto se les ordenase.

31

No menos esfuerzos empleaba Vercingetórige en cumplir la promesa de aliar consigo a las demás tribus, ganando a sus jefes con obsequios y promesas. Para este fin se servía de los sujetos leales que, con palabras halagüeñas o muestras de amistad, fuesen los más hábiles en granjearse las voluntades.

A los habitantes de Avarico, refugiados en su campamento, los proveyó de armas y ropa. Y, para completar los regimientos diezmados, pidió a cada ciudad un cierto número de soldados, declarando cuántos y en qué día se los debían presentar en el campamento. También ordenó buscar a todos los ballesteros, abundantes en la Galia, y que se los enviaran. Con tales disposiciones, en breve, quedó restaurado lo perdido en Avarico.

En ese momento Teutomato, hijo de Olovicon rey de los nitióbriges, cuyo padre había merecido de nuestro Senado el nombre de amigo, se unió a Vercingetórige con un gran cuerpo de caballería suya y de Aquitania.

32

César, con la parada de muchos días en Avarico y el gran acopio de trigo y demás alimentos que allí encontró, compensó a su ejército el esfuerzo y las miserias.

Acabado ya casi el invierno, cuando la misma estación invitaba a salir a campaña, César estaba resuelto a ir contra el enemigo por si pudiese, o bien sacarle fuera de las lagunas y bosques, o bien forzarle cercándolo. Se encontró entonces con una embajada solemne de los líderes eduos suplicándole que amparase a su nación en las circunstancias más críticas. Los eduos se veían en gran peligro porque, siendo una antigua costumbre suya nombrar anualmente un solo magistrado que con férrea potestad gobernase, usurpaban el gobierno en ese momento dos hombres, pretendiendo cada uno que su elección era la legítima.

Uno de ellos era Convictolitan, muchacho joven, de buena reputación y gran prestigio. El otro Coto, de muy antiguo linaje, hombre asimismo muy poderoso y con larga parentela, cuyo hermano Vedeliaco había tenido el año anterior el mismo cargo.

Toda la nación estaba en armas. El gobierno y el pueblo divididos en dos bandos, en favor de cada uno de ellos. Y los embajadores afirmaban que si la lucha seguía adelante sería inevitable una guerra civil, siendo César, con su diligencia y autoridad, el único que podía atajarla.

33

César, si bien tenía en cuenta el perjuicio que sufriría si interrumpía la guerra y se alejaba del enemigo, conocía también cuántos males suelen

derivarse de las discordias y juzgó necesario prevenirlos. Quería impedir que una tribu tan ilustre, tan unida con el Pueblo Romano y a la que él siempre había favorecido y honrado, acabase sumida en una guerra civil, y que el bando que se considerase más débil pudiese pedir ayuda a Vercingetórige.

Según las leyes de los eduos el magistrado supremo no tenía permitido salir de su circunscripción; así que César, para no contravenirlas, quiso ir él mismo allá, y en Decisa convocó al senado eduo y a ambos rivales.

Congregada allí casi toda la nación, César fue informado por declaraciones secretas de varias personas de que Vedeliaco había proclamado a su hermano como sucesor, pese a las leyes eduas prohibían, no solo nombrar magistrados a dos miembros de una misma familia viviendo ambos, sino también tener un cargo en el gobierno. Así pues, depuso a Coto del gobierno y se lo adjudicó a Convictolitan, nombrado legalmente por los sacerdotes conforme a la costumbre de los eduos, asistiendo a la ceremonia los magistrados inferiores.

34

Concluido este arbitraje, César pidió a los eduos que olvidasen las contiendas y desacuerdos, y dejando todo eso atrás sirviesen a la guerra que estaba sucediendo, seguros de recibir el premio merecido una vez conquistada la Galia. Les dijo que le enviasen cuanto antes toda la caballería y diez mil hombres de infantería, para ponerlos en diversos lugares salvaguardando los alimentos.

César dividió la infantería en dos partes: envió cuatro legiones a Labieno para que las condujese a las ciudades de Sens y de París, y él mismo marchó a tierra de los alvernos llevando seis a Gergovia, río Alier abajo. De la caballería dio una parte a Labieno y otra se quedó con él.

Sabedor Vercingetórige de esta marcha, cortando todos los puentes del río, empezó a avanzar por la orilla opuesta.

35

Estaban los dos ejércitos a la vista, acampados casi frente a frente, y apostadas tropas en altozanos para impedir a los romanos hacer un puente por donde pasar al otro lado. César se estaba viendo obligado a no poder hacer nada durante la mayor parte del verano a causa del río, que generalmente no se podía vadear hasta el otoño.

Para evitar este inconveniente, trasladó el campamento hacia un pequeño bosque situado enfrente de uno de los puentes cortados por Vercingetórige. Al día siguiente se ocultó con dos legiones, formadas con la cuarta parte de las cohortes de cada legión, de tal manera que las demás siguiesen pareciendo las seis legiones completas. Las envió, como solía con todo el equipaje por delante, ordenándoles que avanzasen todo lo que pudiesen. Y cuando le pareció que ya habían tenido tiempo de acampar, empezó a restaurar el puente roto con las mismas estacas que por la parte inferior todavía estaban en pie. Acabada la obra con rapidez, transportadas sus dos legiones a la otra orilla y delineado el campo, mandó venir a las demás tropas.

Vercingetórige, sabido lo sucedido, y para no verse obligado a pelear en desventaja, se anticipó alejándose durante largas jornadas.

36

César levantó el campamento, y a los cinco días llegó a Gergovia en persecución de los galos. Allí, después de una ligera escaramuza de la caballería, y estudiada la situación de la ciudad –fundada en un monte muy empinado por todas partes y de subida escabrosa –, desconfió de poder tomarla por asalto. No quiso emprender el cerco hasta estar surtido de víveres.

Vercingetórige asentó su campamento cerca de la ciudad, sobre el monte. Colocó a las tropas de cada tribu separadas a una distancia igual una de las otras y ocupó todos los cerros de aquella cordillera. Allí donde alcanzaba la vista se vislumbraban las posiciones galas con preocupación por nuestra parte. Cada día, al amanecer, convocaba a los líderes de las diversas tribus que había nombrado consejeros, para consultar con ellos y para ejecutar lo que fuese necesario; y no pasaba casi ningún día sin poner a prueba el coraje y el valor de los suyos mediante alguna escaramuza contra los nuestros de caballería, mezclados con los arqueros.

Había enfrente de la ciudad un talud en la misma falda del monte, muy bien protegido, que una vez lo ocupasen los nuestros – la guardia sobre él no era muy fuerte – parecía fácil cortar a los enemigos la mayor parte del abastecimiento de agua y las salidas libres al forraje.

César, en el silencio de la noche, salió del campamento, expulsó a la guardia enemiga del talud antes de que pudiese llegarle ayuda y se apoderó del puesto, poniendo en él dos legiones. Después abrió dos trincheras de doce pies para que sirviesen de comunicación entre ambos campamentos y que los soldados pudiesen ir de uno a otro, aunque fuese en solitario, sin miedo a un ataque.

37

Mientras esto pasaba en Gergovia, Convictolitan el eduo, a quien había adjudicado César el gobierno de su tribu, sobornado por los alvernos se confabula con ciertos jóvenes, entre los cuales sobresalían Litabico y sus hermanos nacidos de sangre noble. Les prometió parte de la recompensa diciéndoles:

– Recordad que nacisteis libres y para mandar a otros. Es solo la nación edua la que impide la batalla indudable de toda la Galia. Solo por respeto se contienen los demás. Con nuestro cambio de bando los romanos no tendrían sitio en la Galia donde asentarse –afirmó con convicción-. Yo no he recibido beneficio alguno de César, simplemente la justicia estaba de mi parte, pero en cualquier caso aprecio más la libertad de todos nosotros que los favores del romano. ¿Qué razón hay para que los eduos en sus guerras vayan a pelear junto a César y que los romanos no tengan que aceptar al poder de los eduos?

Los jóvenes fueron persuadidos sin dificultad, no tanto por las palabras de su magistrado como por la esperanza del premio. Hasta llegaron a ofrecerse como los primeros ejecutores del plan. Sólo dudaban de cómo hacerlo; no

esperaban que los eduos entrasen en esa guerra sin alguna justificación aparente.

Se determinó que Litabico fuese como capitán de los diez mil hombres que se enviarían a los romanos, encargándose de conducirlos; y que sus hermanos se adelantasen para verse con César. Establecen asimismo el plan de las demás operaciones.

38

Litabico, al frente del ejército, y estando como a treinta millas de Gergovia, convocó de improviso a su gente y les dijo sollozando:

-¿Adónde vamos, soldados míos? –exclamó apesadumbrado-. Toda nuestra caballería y la nobleza entera acaba de ser asesinada por los romanos. Los príncipes, Eporedórige y Virdomaro, calumniados como traidores sin ser escuchados, han sido condenados a muerte. Informaos mejor de los que han escapado de la matanza, que yo, con el dolor de la pérdida de mis hermanos y de todos mis parientes, ya no puedo hablar más.

Se presentaron entonces los que él tenía bien aleccionados sobre lo que tenían que decir, y con sus aseveraciones confirmaron en público cuando había dicho Litabico: que muchos caballeros eduos habían sido asesinados por los romanos acusados de pactos secretos con los alvernos, y que ellos mismos habían podido ocultarse entre el gentío y librarse así de la muerte.

Los eduos clamaron a una sola voz, pidiendo a Litabico que mirase por sí mismo.

-¡Como si el caso necesitase deliberación!- exclamó él-. No nos queda otra solución que ir directos a Gergovia y unirnos a los alvernos. ¿No está claro que los romanos, después de una traición tan alevosa, están afilando las espadas para matarnos? Por tanto, si somos hombres, vamos a vengar la muerte de tantos inocentes y acabemos de una vez con esos asesinos.

Dijo esto mientras con el dedo señalaba a los ciudadanos romanos que, por mayor seguridad, viajaban en su compañía.

Al momento les quitaron una enorme cantidad de trigo y otros alimentos, y los mataron de forma cruel a base de torturas. Después Litabico despachó mensajeros por todo el territorio eduo y los amotinó con la misma calumnia del asesinato de los líderes y los nobles, incitándoles a que imitasen su ejemplo en la venganza de tales injurias.

39

Venía entre los caballeros eduos, por llamamiento expreso de César, Eporedórige, joven muy noble y de alta jerarquía en su patria; y con él Virdomaro, de igual edad y valía aunque de linaje inferior, a quien César, por recomendación de Diviciaco, había elevado sus orígenes humildes a la máxima grandeza.

Éstos se disputaban la primacía, y en aquel pleito sobre la magistratura habían echado el resto, uno apostando por Convictolitan y el otro por Coto.

Eporedórige, conociendo la trama de Litabico, se la descubrió a César casi a

media noche. Y le rogó que no permitiese que por la mala conducta de aquellos jóvenes, los eduos se rebelasen contra el Pueblo Romano; algo que sucedería sin duda si tantos millares de hombres llegasen a reunirse con los enemigos. Pues ni los parientes se desentenderían de sus vidas ni la nación edua podría menospreciarlos.

40

César, que siempre se había esmerado en favorecer a los eduos, tomando todas las cautelas ante esta noticia, sin detenerse sacó del campamento a cuatro legiones sin impedimentas y a toda la caballería. Debido a la prisa no tuvo tiempo a reducir a menor espacio los cuarteles, pues el asunto no podía retrasarse. Dejó al legado Cayo Fabio con dos legiones de guardia en el campamento.

Después de ordenar que arrestasen a los hermanos de Litavico, descubrió que un poco antes habían huido hacia los campamentos enemigos. Pidió a los soldados que los siguiesen entendiendo que el camino podría resultar pesado, pero siendo grande la urgencia todos fueron de buena gana. Una vez avanzadas veinticinco millas, avistaron el ejército de los eduos. La caballería salió disparada deteniéndolos e impidiendo su marcha, cumpliendo la orden de César de no matar a ninguno de ellos.

A Eporedórige y Virdomaro, a quienes los eduos daban por muertos, César dio orden de mostrarse a caballo y saludar a los suyos por su nombre. Con esa evidencia quedó al descubierto el engaño de Litavico. Los eduos levantaron las manos en señal de rendición y depusieron las armas, pidiendo misericordia por sus vidas.

Litavico, con sus seguidores – que según el fuero de los galos juzgan alevosía desamparar a los jefes aún en la mayor desventura – se refugió en Gergovia.

41

César, después de haber advertido por cartas a los eduos de que gracias a él vivían los que hubiese podido matar por justicia, concedió tres horas de la noche de reposo al ejército antes de volver a Gergovia.

A mitad de camino, unos hombres a caballo enviados por Fabio, le traen la noticia del gran peligro en el que se habían visto. El campamento había sido asaltado por el enemigo con todas sus fuerzas; de inmediato enviaba gente de refresco a los que se iban cansando, sin dejar respirar a los nuestros que, debido a lo espacioso del campamento, se veían obligados a estar todos fijos en su puesto. Los heridos eran muchos por la gran cantidad de flechas y dardos de todo tipo que lanzaban, aunque contra esto les habían sido de mucha utilidad las baterías. Fabio, a su partida, dejando solo dos puertas, había tapiado las demás y añadido nuevos pertrechos al vallado preparándose para el asalto del día siguiente.

En vista de ello, César, seguido con gran entrega por los soldados, llegó al campamento antes de salir el sol.

42

Así estaban las cosas en Gergovia mientras los eduos, recibido el primer mensaje de Litabico, sin más ni más, e instigados unos por la codicia, y otros por la rabia y la temeridad, –vicio natural de esta gente que cree cualquier rumor como algo cierto–, se hicieron con los bienes de los romanos, a los que mataron o convirtieron en esclavos. Convictolitan atizó el fuego, encendiendo más el furor del populacho, para que empeñado en la rebelión se avergonzase de volver atrás.

Hicieron salir de Chalons a escondidas a Marco Aristio, tribuno de los soldados que iba a reunirse con su legión; y obligaron a lo mismo a los comerciantes de la ciudad para asaltarlos de improviso en el camino, despojándolos de todo su cargamento. A los que se resistieron los cercaron de día y de noche, y habiendo muerto mucha gente por ambas partes, pidieron que les enviasen en ayuda un mayor número de gente armada.

43

En cuanto les llegó la noticia de que toda su gente estaba en poder de César corrieron a excusarse a Aristio, diciendo que nada de aquello se había hecho por mandato público. Ordenaron que se hiciese pesquisa de los bienes robados, confiscaron los de Litavico y sus hermanos, y enviaron embajadores a César con orden de disculparse, todo ello con el fin de recuperar a los suyos. Pero envueltos ya en la traición, y bien contentos con la ganancia del saqueo del que se beneficiaban muchos, además de temerosos del castigo, deciden mover clandestinamente el botín y a sobornar con él a los mensajeros de las demás tribus.

César no ignoraba nada de esto, pero aun así respondió con gentileza a los enviados a su presencia que la poca consideración y ligereza del pueblo no le llevaban a tener un mal concepto de la tribu edua, ni que tampoco disminuiría ni un ápice su benevolencia para con los eduos.

Él, por su parte, temiendo mayores revoluciones en la Galia y para no ser sorprendido en medio de todas las tribus galas, estaba pensando en la manera de retirarse de Gergovia y reunir todo el ejército; de tal manera que su retirada, ocasionada por el miedo a la rebelión, no tuviese apariencia de huida.

44

Cuando estaba pensando acerca de esto se le presentó la ocasión de entablar una batalla favorable. Yendo a reconocer los trabajos del campo menor, reparó que la colina ocupada por los enemigos estaba sin tropas, cuando durante los días anteriores apenas se había podido divisar debido a la muchedumbre que la cubría. Sorprendido, César preguntó sobre el motivo a los desertores que cada día pasaban en bandadas a su campamento. Todos coincidían en afirmar lo que César ya había averiguado a través de sus espías: que la pendiente de aquella cordillera estaba casi llena, pero por donde comunicaba con el otro lado de su sitio era frondosa y estrecha. Así que temían perder aquel puesto convencidos

de que si los romanos, dueños de uno los echaban del otro, se verían a la fuerza acorralados y sin poder salir por ninguna parte al forraje. Por eso Vercingetórige los había llamado a todos a reforzar aquel sitio.

45

En consecuencia, César mandó ir allá a varios piquetes de caballería a medianoche para que corriesen y metiesen ruido por todas partes. Al amanecer ordenó sacar del campamento muchas recuas de mulos sin aparejos, y a los arrieros correr alrededor de la colina como si fuesen diestros jinetes. Mezcló con ellos a algunos soldados de caballería, para alargar más las cabalgadas y que aparentasen mayor número, ordenándoles caracolear y meterse todos en un mismo lugar. Esta maniobra se veía desde la plaza enemiga, ya que tenían a la vista nuestro campamento, aunque a tanta distancia no podían bien distinguir el verdadero motivo.

César destacó una legión por aquel cerro y, a pocos pasos, la situó en la bajada oculta en el bosque. La sospecha creció en los galos y fueron a defender aquel puesto todas las tropas. Viendo César evacuado el campamento enemigo, cubriendo los emblemas de los suyos y plegadas las banderas hizo desfilar poco a poco los soldados, para que no fuesen descubiertos por los enemigos, del campo mayor al menor. Entonces descubrió sus intenciones a los legados comandantes de las legiones.

Sobre todo les encargó que controlasen a los soldados, no fuese que por las ganas de pelear o la codicia del pillaje se adelantasen demasiado, y les puso al tanto de cuánto podía incomodarles lo tupido del sitio, que solo se podía solucionar con la rapidez, siendo ése un asunto de inteligencia más que de fuerza.

Dicho esto dio la señal, simultáneamente que a mano derecha por otra subida ve avanzar a los eduos.

46

El muro de la ciudad estaba a mil doscientos pasos de la llanura y en el principio de la cuesta yendo en línea recta. Todos los rodeos que se daban para suavizar la pendiente alargaban el camino. En la mitad de la montaña, en sentido horizontal, los galos habían construido con piedras grandes un muro de dos metros, para impedir nuestros asaltos; y mientras la parte inferior de la montaña estaba desocupada, la superior hasta tocar el muro de su asentamiento, estaba toda sembrada de municiones y de tropa armada.

Nuestros soldados, una vez dada la señal, llegaron corriendo al muro y asaltándolo se apoderaron de tres recintos distintos, con tanto ímpetu que Teutomato, rey de los nitióbriges, fue sorprendido en su pabellón durmiendo la siesta y medio desnudo. Apenas pudo escapar, herido su caballo a manos de los soldados que saqueaban las tiendas.

47

César, ya que había conseguido su objetivo, mandó tocar retirada y la legión

décima, que iba en su compañía, se detuvo. A los soldados de las otras legiones, que no habían oído el sonido de la trompeta a causa de un gran valle intermedio, los tenían controlados los tribunos y legados conforme a las órdenes de César. Pero excitados ante la esperanza de una rápida victoria, la huida de los enemigos y los buenos sucesos de las batallas anteriores, ninguna empresa se antojaba tan dura que su valor no pudiese resistir. Así que no desistieron en su avance hasta tropezar con las murallas y la puerta de la ciudad.

Los alaridos resonaban por todas partes, tanto que los de los barrios más alejados, asustados ante el repentino alboroto, creyeron que los enemigos estaban dentro de la ciudad y echaron a huir corriendo. Las mujeres arrojaban desde las almenas sus galas y joyas y, con los pechos descubiertos y los brazos abiertos, suplicaban a los romanos que las perdonasen, y no hiciesen como en Avarico donde no habían respetado ni a mujeres ni a niños. Algunas, colgadas en los muros, se entregaban a los soldados.

Lucio Fabio, centurión de la legión octava, a quien se oyó decir ese mismo día que se sentía estimulado por los premios que se habían dado en Avarico, no pensaba consentir que otro escalase antes que él dicho muro. Así que, tomando a tres de sus soldados y con su ayuda, escaló la muralla y dándoles después la mano los fue subiendo uno a uno.

48

Mientras tanto los enemigos que, como se dijo antes, se habían reunido en el lado opuesto de la ciudad para protegerla, oyendo el primer alboroto y espoleados varias veces por los continuos avisos de toma de la ciudad, corrieron hacia el frente en tropel con la caballería.

Conforme iban llegando se detenían al pie de la muralla y aumentaban el número de los combatientes. Reunidos ya muchos en la defensa, las mujeres que poco antes pedían benevolencia a los romanos volvieron hacia los suyos las plegarias y, desgreñado el cabello al uso de la Galia, les pusieron a sus hijos delante.

El combate era desigual para los romanos, tanto por el lugar como por el número. Además, cansados de correr y de tanto pelear, les resultaba difícil combatir contra los que venían de refresco con las fuerzas enteras.

49

César, viendo la desigualdad en el combate y que las tropas de los enemigos iban aumentando, preocupado por los suyos, envió orden al legado Tito Sestio, a quien había encargado la custodia de los campamentos menores, de que sacase enseguida a algunas cohortes. Tito Sestio las apostó en la ladera de la montaña, hacia el ala derecha de los enemigos, con el fin de que si expulsasen a los nuestros por ese flanco pudiesen combatirles cuando viniesen enfurecidos tras ellos.

César, adelantándose un poco con su legión, vigilaba esta maniobra.

50

Se entabló el choque cuerpo a cuerpo con gran rivalidad; los enemigos, confiados en el lugar ventajoso y en su mayor número; los nuestros, solo en su valentía. De repente, por el costado abierto de los nuestros, aparecieron los eduos destacados por César por la ladera derecha para distraer al enemigo. Éstos, al llevar armas iguales al resto de galos, espantaron terriblemente a los nuestros creyéndolos enemigos; y aunque los veían con el hombro derecho desarmado -que solía ser la contraseña de gente de paz-, los soldados creían que se trataba de una estratagema de los contrarios para engañarlos.

En ese momento el centurión Lucio Fabio, y los que tras él habían subido a la muralla, fueron rodeados por los enemigos y dados muerte, tirándolos muro abajo. Marco Petreyo, centurión de la misma legión, queriendo romper las puertas se vio rodeado por la muchedumbre y, dando por perdida su vida debido a las numerosas heridas, se volvió a los suyos diciendo:

–Ya que yo no puedo salvarme con vosotros, por lo menos aseguraré vuestra vida que yo he puesto en riesgo por amor a la gloria. Vosotros aprovechad la ocasión para ponerlos a salvo.

Dicho esto se arrojó en medio de los enemigos, mató a dos y apartó a los demás de la puerta, mientras los suyos intentaban ayudarle.

–En vano – dijo – intentáis salvar mi vida. Ya me faltan la sangre y las fuerzas. Por tanto, iros de aquí mientras aún hay tiempo, a incorporaros a la legión.

Así peleando, poco después, cayó muerto dando a los suyos la vida.

51

Los nuestros, acorralados por todas partes, perdidos cuarenta y seis centuriones, fueron rechazados de allí. Y cuando los galos los siguieron de forma precipitada, la décima legión, que estaba de refuerzo en lugar menos incómodo, los detuvo. En ayuda de esta legión llegaron las cohortes de la decimotercera, que al mando de Tito Sestio sacadas del campamento menor estaban apostadas en lugar ventajoso.

Las legiones, en cuanto pisaron el llano, se pusieron en formación de batalla contra el enemigo. Vercingetórige retiró de las faldas de la montaña a los suyos hacia el interior de las trincheras. Ese día murieron poco menos de setecientos hombres nuestros.

52

Al día siguiente César convocó a todos y reprendió la temeridad y el desenfreno de los soldados, que, por su propia voluntad habían decidido hasta dónde se debía avanzar o lo que se debía hacer, sin haber obedecido al toque de retirada ni haber podido ser contenidos por los tribunos y legados. Les explicó cuánto daño acarrearía la mala situación, y recordó como ejemplo lo que él mismo había hecho en Avarico, donde aunque había sorprendido al enemigo sin caudillo y sin caballería, quiso renunciar a una victoria segura antes de sufrir ningún contratiempo en la batalla, por pequeño que éste fuese,

debido a lo impenetrable que era el sitio.

También les mostró admiración por su valentía, ya que no se habían acobardado ni ante la férrea defensa del campamento, ni por la altura de la montaña, ni por la fortaleza de la muralla; aunque seguía desaprobando su exceso de libertad y arrogancia al suponerse más inteligentes que su general en la manera de vencer y dirigir las batallas. César no apreciaba menos la docilidad y la obediencia en un soldado, que la valentía y la grandeza de ánimo.

53

Después de esta reprimenda añadió por último, para reconfortar a los soldados, que no se desanimasen ni atribuyesen al valor del enemigo las desgracias originadas por las dificultades del lugar. Y firme en su resolución de partir, movió el campamento y ordenó las tropas en un lugar más oportuno.

Aun así, Vercingetórige no bajaba al llano. Después de una escaramuza ventajosa de nuestra caballería, retiró el ejército a sus cuarteles. Al día siguiente sucedió lo mismo, y creyendo que eso bastaría para humillar el orgullo de los galos y alentar a los suyos, tomó el camino de los eduos. Los enemigos, sin embargo, siguieron sin moverse. Así que al tercer día, reparado el puente del Alier, César hizo cruzar al ejército.

54

Inmediatamente los dos eduos, Viridomaro y Eporédorice, le hacen saber que Litavico con toda su caballería había ido a sobornar a los eduos, y que estaría bien que se anticipasen ambos para confirmar su fe en la nación.

Como César, después de tantas experiencias, conocía bien la deslealtad de los eduos, y aunque estaba seguro de que si ellos dos iban allí se apresuraría la rebelión, no quiso negarles el permiso para que no creyesen que les estaba ofendiendo o que daba muestras de miedo. Al despedirse, les recordó en pocas palabras cuánto le debían los eduos, y cuán abatidos los había encontrado cuando hubo de auxiliarles: forzados a no salir de los castillos, despojados de sus cosechas, robadas todas sus haciendas, cargados de tributos, y sacándoles rehenes por la fuerza y con sumo desprecio; y a qué grado de fortuna los había llevado, ya que no solo habían recobrado su antiguo estado, sino que nunca se habían visto con tanto poder y prestigio. Tras recordarles todo esto los despidió.

55

En Nevers, fortaleza de los eduos fundada sobre el río Loira en un buen emplazamiento, tenía César alojados a todos los rehenes de la Galia, las cosechas y la caja militar con gran parte de los equipajes suyos y del ejército; también estaban los numerosos caballos comprados en Italia y España, que debido a la guerra había enviado a los eduos. Allí llegaron Eporédorice y Viridomaro, y se informaron del estado de las cosas en la tribu edua.

Litavico había sido acogido por los eduos en Bibracte, ciudad edua de las

más importantes; Convictolitan el magistrado, y gran parte de los gobernantes se habían unido a él, y de común acuerdo habían enviado embajadores a Vercingetórige para negociar la paz y la alianza. Así que Eporedórige y Virdomaro decidieron no desperdiciar la oportunidad.

Asesinados los guardias de Nevers, junto a todos los comerciantes y visitantes, repartieron entre sí el dinero y los caballos. A los rehenes de los pueblos los enviaron a Bibracte, a manos del magistrado. Al castillo le prendieron fuego, para que no se aprovecharan de él los romanos, sabiendo que ellos no podrían defenderlo. Cogieron el trigo que podían transportar y el resto lo echaron a perder en el río o quemándolo. Ellos mismos empezaron a reunir tropas por la comarca, a poner guardias y centinelas en las orillas del Loira, y a saquear toda la campiña con la caballería para meter miedo a los romanos e intentar dejarles sin víveres, o impedir su paso a la Provenza cuando se viesen obligados a la retirada.

Les confirmaba sus esperanzas la crecida del río, que corría tan caudaloso debido a las nieves derretidas, y que parecía imposible de vadear por cualquier parte.

56

Enterado César de estas cosas, determinó darse prisa para que si al construir puentes se viese obligado a pelear, lo hiciese antes de que aumentasen las fuerzas enemigas. El ir a la Provenza –nuestra provincia- no tenía pensado hacerlo ni aún en el último de los casos, pues lo disuadían la deshonra y la vileza del hecho, así como la interposición de las montañas Cebenas y la dureza de los caminos.

César deseaba con ansias ir a reunirse con Labieno y sus legiones. Así que, a marchas forzadas sin parar día y noche, llegó cuando menos se le esperaba a orillas del Loira. La caballería halló una zona de vadeo que, en el momento de urgencia que se encontraban, resultaba aceptable. Los brazos y los hombres quedaban fuera del agua lo suficiente para sostener las armas.

Puesta en orden la caballería para romper el ímpetu de la corriente, y desconcertados en cuanto les vieron los enemigos, el ejército cruzó sano y salvo. Allí encontraron en la campiña trigo y abundancia de ganado. Abastecido el ejército, se dispusieron a marchar de vuelta a Sens.

57

Mientras esto pasaba en el lado de César, Labieno, habiendo dejado en Agendico para cuidar del equipaje a los reclutas recién venidos de Italia, marchó con cuatro legiones a París, ciudad situada en una isla del río Sena.

Ante la noticia de su llegada acudieron muchas tropas de las comarcas cercanas, cuyo mando ostentaba Camulogeno Aulerco, que pese a su edad muy avanzada había sido nombrado para ese cargo por su singular inteligencia en el arte militar. Éste había observado que había allí una extensa laguna que comunicaba con el río y suponía un gran obstáculo para la entrada en la ciudad. Así que se situó en el borde para tratar de impedir el paso a los

nuestros.

58

Labieno, en un primer momento valiéndose de plataformas, intentó cubrir la laguna con zarzas y madera para hacer un camino. Pero viendo la dificultad de esta empresa, movió sus tropas y llegó a Meudon, ciudad de los seneses asentada en otra isla del Sena, igual que París.

Allí cogieron cincuenta barcas y unieron rápidamente unas con otras. Se metieron en ellas los soldados, ante el asombro de la poca gente que les rodeaba porque la mayor parte se había ido a la guerra, así que se apoderaron de la ciudad sin resistencia.

Restaurado el puente que días atrás habían quebrado los enemigos, cruzó el ejército y empezó a marchar hacia París río abajo.

Los enemigos, enterándose de esto por medio de los fugitivos de Meudon, mandan quemar París y cortar sus puentes, y, dejando la laguna, acampan en las orillas del río frente a París y del campamento de Labieno.

59

Corrían rumores acerca de la retirada de César lejos de Gergovia, al igual que del alzamiento de los eduos y de la dichosa revolución de la Galia. Los galos en sus corrillos afirmaban que César, cortado el paso del Loira y forzado por el hambre, iba huyendo hacia la Provenza. Los beoveses ante esto, creyendo en la rebelión de los eduos y siendo desde siempre muy poco leales, comenzaron a reunir gente y hacer claramente preparativos para la guerra.

Labieno, viendo que las cosas habían cambiado, decidió que era preciso seguir un plan distinto al que se había propuesto. Ya no pensaba en conquistas ni en provocar al enemigo a batalla, sino en cómo retirarse con su ejército sin la pérdida de Agendico; ya que por un lado le amenazaban los beoveses -muy famosos en la Galia por su valor-, y por el otro le aguardaba Camulogeno con sus tropas armadas. Además, un río muy caudaloso cerraba el paso de las legiones al cuartel general donde estaban los equipajes. En vista de tantas dificultades, el único recurso era encomendarse a su coraje.

60

En efecto, llamando al anochecer a consejo animó a todos ejecutar sus órdenes con diligencia y maña. Repartió a cada caballero romano una de las barcas traídas de Meudon, y tres horas después de anochecer los mandó salir en ellas con sigilo río abajo y aguardarle a cuatro millas de allí.

Dejó como guardia del campamento a las cinco cohortes que le parecían menos aguerridas, y a las otras cinco de la misma legión ordenó que se pudiesen en marcha río abajo a medianoche, metiendo mucho ruido. Procuró también coger unas canoas, las cuales, agitadas con gran estrépito de remos, hizo dirigir hacia el mismo lugar.

Él, poco después, moviéndose en silencio con tres legiones, va derecho al lugar donde había enviado las barcas.

61

Cuando llegó allí, los exploradores enemigos, distribuidos por todas las orillas del río, fueron sorprendidos por los nuestros a causa de una recia tempestad que se levantó de repente. Una hora después fue transportada la infantería y la caballería mediante las construcciones que los romanos habían realizado para este efecto.

Al romper el día, casi al mismo tiempo, llegaron noticias al enemigo del extraordinario alboroto que se producía en el campamento de los romanos: que un grueso escuadrón iba marchando río arriba, que allí mismo se sentía estruendo de remos y que un poco más abajo transportaban en barcas a los soldados.

Con estas noticias, creyendo que las legiones pasaban en tres divisiones y que aturridos ante la sublevación de los eduos se habían puesto a huir, dividieron también ellos sus tropas en tres tercios. Dejaron uno de guardia frente a su campamento, destacaron una partida pequeña hacia Meudon que fue siguiendo paso a paso a nuestras naves, y al resto del ejército lo dirigieron hacia Labieno.

62

Al amanecer los nuestros ya habían desembarcado y se divisaban las tropas enemigas.

Labieno dio la señal de atacar, después de haber pedido a los soldados que se acordasen de sus antiguos esfuerzo y de tantas victorias ganadas, y recordándoles que César, bajo cuyo mando habían vencido innumerables veces a los enemigos, los estaba mirando.

Al primer encuentro por el ala derecha, donde la séptima legión peleaba, los enemigos son derrotados y puestos en fuga. Por la izquierda, que cubría la legión duodécima, habían caído a tierra las primeras filas de los enemigos atravesados por las lanzas, pero los demás se defendían vigorosamente sin haber uno que diese señales de querer huir.

El mismo general de los enemigos, Camulogeno, acudía a todas partes animando a los suyos. Pero sin estar aún decidida la victoria, los tribunos de la legión séptima se enteraron de la brava resistencia en el ala izquierda, y atraparon y atacaron a los enemigos por la espalda. Tampoco entonces se movió ninguno de su puesto, sino que cogidos todos en medio, murieron y con ellos también Camulogeno.

Las tropas de reservas que tenían apostadas frente a los reales de Labieno, ante la noticia de la batalla, corrieron a socorrer a los suyos y tomaron una colina, pero no pudieron aguantar la carga cerrada de los vencedores. Así que mezclados en la huida con los suyos, los que no se salvaron en las selvas y montes, fueron aniquilados por la caballería.

Concluida esta acción, Labieno volvió a la ciudad de Agendico donde había quedado el equipaje de todo el ejército. Desde allí, con todas sus tropas, fue a reunirse con César.

63

Conocido el levantamiento de los eduos se intensificó más la guerra. Iban y venían mensajeros por todas partes. Dedicaron el resto de sus fuerzas, autoridad y dinero a sobornar al resto de las tribus. Con el suplicio de los rehenes, confiados a su custodia por César, aterraron a los indecisos. A Vercingetórige le rogaron que fuese a tratar con ellos el plan de operaciones. Logrado esto, trataron de hacerse con el liderazgo. Y puesto el asunto en manos de la justicia, se convoca reunión de toda la Galia en Bilbracte.

Se congregaron allí un gran número de hombres de todas partes de la Galia. La decisión se tomaría por mayoría de votos. Todos, sin faltar uno, eligieron por general a Vercingetórige.

No asistieron a la reunión los remenses, langreses, ni trevirenses. Los dos primeros, por razón de su amistad con los romanos; los trevirenses, por vivir lejos y estar muy mezclados con los alemanes, lo que también había sido la causa de que no apareciesen en toda la guerra y se mantuviesen neutrales.

Los eduos sintieron en el alma el haber perdido la jefatura que anhelaban. Se quejaron del revés de la fortuna y comenzaron a echar de menos la benevolencia de César hacia ellos. Pero ya metidos en guerra, no tuvieron valor para separarse de los demás. Eporedórige y Virdomaro, muchachos con grandes aspiraciones, se sometieron de mala gana a Vercingetórige.

64

Éste, no fiándose, exigió rehenes de los demás pueblos señalándoles un plazo para la entrega. Mandó que acudiesen ante él todos los soldados a caballo hasta reunir quince mil hombres, y dijo que se contentaría con la infantería que hasta entonces había tenido. Su intención no era aventurarse a dar batalla, sino impedir a los romanos las salidas a las cosechas y los pastos, cosa muy fácil teniendo tanta caballería. Pidió que se echasen a perder las cosechas y se quemasen las haciendas, a cambio de conseguir para siempre el dominio y la independencia.

Decretadas estas cosas dio orden a los eduos y segusianos, que limitaban con la Provenza, de proveerle de diez mil infantes y más de ochocientos soldados de caballería. Nombró capitán de éstos a un hermano de Eporedórige y le ordenó atacar por tierra de los alóbroges. Por otra parte, envió a los gabalos, y los albornos de los alrededores, contra los helvios; asimismo a los de Ruerga y Cuerci contra los volcas arecómicos.

Y al mismo tiempo no perdió ocasión de ganar en secreto, con emisarios y mensajeros, el favor de los alóbroges, cuyos ánimos sospechaba estaban aún resentidos debido a la guerra anterior. A los líderes les promete dinero, y a la tribu la posesión de toda la provincia.

65

Para prevenir todas estas estrategias estaban alerta veintidós cohortes, formadas de las milicias que el legado Lucio César tenía distribuidas por todas

partes.

Los helvios, adelantándose a pelear con los pueblos limítrofes, fueron abatidos, muriendo, entre otros muchos, el príncipe de su tribu Cayo Valerio Donatauro, hijo de Caburo. Se vieron forzados a encerrarse dentro de sus fortalezas.

Los alóbroges, poniendo guardias a cada intervalo de los pasos del Ródano, defendieron con gran entrega y eficiencia sus fronteras.

César, reconociendo la superioridad de la caballería enemiga y que, por estar tomados todos los caminos, ningún socorro podía esperar de la Provenza y de Italia, los buscó en Alemania, en aquellas tribus con las que años atrás había sellado la paz. Les pidió soldados a caballo con auxiliares ligeros, habituados a pelear entre ellos. Una vez que llegaron, se observó que sus caballos no eran útiles para la guerra, así que César tomó otros de los tribunos y demás caballeros romanos -así como de los soldados veteranos-, y los repartió entre los jinetes alemanes.

66

Mientras tanto se unieron las tropas de los enemigos, llegadas desde tierra de los alvernos, con la caballería que había mandado reclutar de toda la Galia.

Vercingetórige, al pasar César por las fronteras de Langres a territorio de los sequenos para estar en mejores condiciones de poder defender la Provenza, acampó con todo el grueso de su ejército como a diez millas de los romanos, fraccionados en tres divisiones. Y llamando a reunión a los jefes de caballería les dijo así:

– Ha llegado el tiempo de la victoria. Los romanos van huyendo a la Provenza y desamparan la Galia –afirmó-. Si esto nos basta para quedar libres por ahora, no es suficiente para vivir en paz y sosiego de aquí en adelante, pues volverán con mayores fuerzas y jamás dejarán de inquietarnos. Ésta es la mejor ocasión de acabar de una vez por todas los planes en marcha –continuó diciendo-. Si la infantería sale a defenderles no podrán proseguir el viaje; si deciden seguir para salvar sus vidas, lo que parece más probable, abandonando el equipaje, quedarán privados de las cosas más necesarias y deshonorados. De la caballería enemiga, ninguno de nosotros duda que no habrá ni un solo jinete que ose dar un paso fuera de sus cuarteles. Os prometo que tendré ordenadas las tropas delante del campamento y aterrorizaré a los enemigos.

Los caballeros, aplaudiéndole, añadieron que debían todos jurar solemnemente que no darían acogida ni permitirían que volviesen a ver a sus hijos, sus padres, o esposa, aquellos que no atravesasen dos veces a caballo las filas de los enemigos.

67

Se aprobó la propuesta y todos fueron obligados a jurar de esta forma. Al día siguiente, dividida la caballería en tres cuerpos, se presentaron dos por ambos flancos y el tercero comenzó a cortar el paso por el frente.

Al primer aviso, César también dio orden de que su caballería, en tres

divisiones, avanzase contra el enemigo. Y dio comienzo un combate general. Se detuvo la marcha y se amontonó el equipaje en medio de las legiones.

Donde quiera que los nuestros fueran perdiendo o se veían más acosados, César estaba encima luchando allá con todas sus fuerzas. Con eso paraban los enemigos, y con el aliento de los refuerzos se rehacían los nuestros. Al final, los alemanes por el ala derecha, ganando un repecho, derrotaron a los enemigos y mataron a muchos persiguiéndolos en su huida hasta el río donde había acampado Vercingetórige con la infantería.

En cuanto éstos lo vieron, temiendo ser cogidos en medio, huyeron sin orden ni concierto, y la escabechina fue general.

Tres de los eduos más nobles fueron presentados a César: Coto, general de la caballería, el competidor de Convictolitan en el último nombramiento de magistrados; Cavadlo, que después de la rebelión de Litabico dirigía la infantería; y Eporedórige, que antes de la llegada de César había sido caudillo en la guerra de los eduos contra los saqueos.

68

Desbaratada toda la caballería, Vercingetórige recogió sus tropas según las tenía ordenadas delante del campamento, y sin detenerse se dirigió hacia Alesia, ciudad muy fortificada de los mandubios, mandado recoger luego el equipaje y transportarlo detrás de él.

César, puestos a resguardo los suyos en una montaña cercana con la escolta de dos legiones, los persiguió durante todo el día, matando cerca de tres mil hombres de la retaguardia enemiga, y al día siguiente asentó su campamento cerca de Alesia.

Reconocida la situación de la ciudad, y amedrentados los enemigos con la derrota de la caballería en la que habían puesto sus mayores esperanzas, César alentó a los soldados al trabajo y empezó a planear el asalto formal de Alesia.

69

Estaba esta ciudad fundada en la cumbre de un monte muy elevado, de manera que parecía inexpugnable a no ser que se pudiese cercar. Dos ríos bañaban por ambos lados el pie de la montaña. Delante de la ciudad se extendía una llanura de casi tres millas de largo. Por todas las demás partes la rodeaban varias colinas de gran altura.

Por debajo de la muralla toda la parte oriental del monte estaba cubierta por tropas galas, defendidas por un foso y una cerca de seis pies de alto. Las trincheras trazadas por los romanos ocupaban once millas de perímetro. Los cuarteles estaban asentados en lugares convenientes, robustecidos con veintitrés fortines, donde nunca faltaban durante el día cuerpos de guardia contra cualquier asalto repentino. Por la noche se aseguraba con centinelas y buenas protecciones.

70

Comenzada la batalla los caballos se empantanaban en aquel valle que se

alargaba entre colinas a lo largo de tres millas, como hemos dicho. Se peleaba con sumo esfuerzo por ambos bandos. Estando los nuestros en apuros, César destacó en su ayuda a los jinetes alemanes, y puso delante del campamento a las legiones para impedir una súbita irrupción de la infantería contraria.

Con la ayuda de las legiones se avivó el coraje de los nuestros. Los enemigos, huyendo a toda prisa, se atropellaban unos a otros debido a su gran número, y se quedaron atrapados en las puertas de la ciudad que eran demasiado estrechas. Los alemanes los espolearon todavía más hacia las fortificaciones e hicieron una gran matanza.

Algunos, apeándose, probaron a saltar el foso y la cerca. César ordenó avanzar a las legiones que estaban delante del campamento, y eso causó gran turbación en los galos que estaban dentro de las fortificaciones. Creyendo que venían derechos a ellos todos se alarmaron. Desconcertados, algunos entraron en tropel en la ciudad. Vercingetórige mandó cerrar las puertas para que no quedase sin defensa el campamento.

Habiendo matado a muchos, y apresado un buen número de caballos, nuestra caballería alemana se retiró del campo de batalla.

71

Vercingetórige, antes de que los romanos acabasen de atrincherarse, tomó la resolución de enviar de noche toda la caballería, diciéndoles al partir:

– Id cada uno a vuestra patria y forzad a unirse a la guerra a todos los que estén en edad.

Les recordó también todo lo que había hecho por ellos, y les exigió que tuviesen en cuenta su vida y que no lo abandonasen a la saña cruel de los enemigos, para ser despedazado con torturas después de haber defendido tanto la paz de todos.

–Por poco que os descuidéis –dijo–, veréis perecer conmigo a ochenta mil combatientes, los mejores de la Galia. A nosotros solo nos quedan víveres para treinta días, que podrán durar alguno más si recortamos las raciones.

Con estos encargos despidió a la caballería con sigilo antes de la medianoche, saliendo por la parte que aún no estaba terminada de nuestro vallado. Después ordenó que le trajesen todo el trigo, castigando con pena de muerte a quien no le obedeciese, y repartió por cabeza las reses recogidas en abundancia por los mandubios. El pan también lo evaluó y lo fue distribuyendo poco a poco. Y a todas las tropas acampadas delante de la ciudad las metió dentro.

Tomadas estas decisiones se dispuso a aguardar refuerzos de la Galia y proseguir así la guerra.

72

Informado César de estos proyectos por los desertores y prisioneros, decidió formar de esta manera las líneas:

Cavó un foso de veinte pies de ancho con los bordes proporcionados, de manera que el suelo fuese igual en anchura al borde. Todas las otras

fortificaciones las erigió a una distancia de cuatrocientos pies de ese foso, para evitar los ataques sorpresivos o nocturnos del enemigo, o de día los disparos contra los soldados que estuviesen trabajando en las obras, ya que había abarcado por necesidad tanto espacio y no era fácil defender con soldados todas las zonas.

Después de este espacio intermedio abrió don zanjás, de quince pies de ancho y de igual altura. La interior la llenó de agua, traída del río por sitios llanos y bajos. Tras éstas levantó el terraplén y una barricada de doce pies, protegida con su parapeto y almenas con grandes horquillas con forma de asta de ciervo, sobresalientes entre las juntas de la empalizada para estorbar al enemigo la subida. Todo el terraplén lo rodeó de cubos, distantes entre sí ochenta pies.

73

Era necesario ir al mismo tiempo a cortar madera, buscar trigo y construir obras tan grandes, dividiendo las tropas que a veces se alejaban demasiado del campamento. Y los galos no perdían ocasión de interrumpir nuestros trabajos, haciendo salidas de la ciudad con gran furia y por varias puertas.

Así pues, a las obras planeadas, César trató de añadir nuevos elementos para poder defender las trincheras con menos gente. Con este fin cortó troncos de árboles, o ramas muy fuertes, lijadas y bien afiladas las puntas, que se hincaban en largas fosas de cinco pies de profundidad. Afianzados desde su pie para que no pudiesen ser arrancados, sacaban las puntas sobre el follaje. Estaban colocados en cinco hileras, tan unidos y enlazados entre sí, que quien allí entrase se empalaría en aquellos afilados espolones a los que daban el nombre de cepos. Delante de éstos se cavaban unos hoyos en diagonal de tres pies de profundidad, que poco a poco se iban estrechando hacia abajo. Aquí se metían estacas de los grosores de un muslo, afiladas y quemadas sus puntas, de modo que no asomasen del suelo más de cuatro dedos. Con el fin de asegurarlas, y que no se moviesen, cada pie se calzaba con tierra, y para ocultar el engaño se tapaba la boca del hoyo con mimbres y ramas. Ocho eran las hileras de este tipo de defensas, distantes entre sí tres pies -que llamaban lirios por la semejanza y el tamaño de un pie-, rodeadas de púas de hierro, sembradas cada cierto trecho por todas partes.

74

Concluidas estas cosas, siguiendo las veredas más asequibles que pudo según la calidad del terreno y abarcando catorce millas, César dio indicaciones de cómo se tenían que hacer otras fortificaciones semejantes, esta vez en el lado opuesto a los enemigos, para que ni aun siendo mucha gente -si llegase el caso de su retirada-, pudiesen incomunicar las protecciones de las trincheras. Y también ordenó que todos hiciesen provisión de pan y heno para treinta días, para que no se viesen obligados a salir de los campamentos en momentos de peligro.

Mientras estaban así las cosas en Alesia, los galos, en una reunión de líderes convocada para preparar el ataque desde el exterior contra los romanos, tomaron una decisión contraria a lo que pretendía Vercingetórige. Acudirían en ayuda de este, pero no querían que todos los que estuviesen en edad de combatir se alistasen, sino que cada tribu contribuyese con un número determinado de gente. Temían que con la confusión de tanta chusma no les fuese posible refrenar ni distinguir a los suyos, ni tampoco hallar forma de abastecerse.

A los eduos y a sus aliados los segusianos, ambivaretos, aulercos branovices y branovíos les exigieron una cuota de treinta y cinco mil hombres; igual número a los alvernos y a sus vasallos, que solían ser los eleuteros de Caors, los gabalos y velaunos; a los sens, los sequanos, los de Berri, del Santonge, de Rodes, de Chartres, doce mil; a los beoveses, diez mil; otros tantos a los lemosines; ocho mil cada uno a los de Poitiers, de Turs, París y helvios; a los de Soisons, a los amienses, los metenses, los perigordenses, nervios, morinos, nitióbriges, cinco mil; otros tantos a los aulercos de Maine; cuatro mil a los de Artois; a los belocases, lisienses, eulercos eburones cada uno tres mil; a los rauracos y boyos, treinta mil; seis mil a todas las comarcas de la costa del Océano, llamadas en su lenguaje armóricas, a las que pertenecen los cornuaille, de Renes, los ambibaros, caletes, osismios, vaneses y unelos.

De todos éstos solo los beoveses rehusaron contribuir con su cuota, diciendo que querían hacer la guerra a los romanos por sí mismos y como les pareciese, sin depender de nadie. No obstante, a ruego de Comió y por su amistad, enviaron dos mil hombres.

76

Este Comió era el mismo que en años anteriores había hecho leales e importantes servicios a César en Britania, por cuyos méritos habían declarado libre a su tribu y le habían restablecido sus fueros y leyes, poniendo bajo su jurisdicción a los morinos. Pero fue tan universal la conspiración de toda la Galia con la finalidad de defender su libertad, y recuperar su antigua gloria militar, que ningún freno les suponían ni los beneficios recibidos ni las obligaciones de amigos; sino que todos, con todo su corazón y con todas sus fuerzas, se armaban para esta guerra en la que se contaban ocho mil caballos y cerca de doscientos cuarenta mil soldados de infantería.

Se hizo la reunión del ejército y la revista general en las fronteras de los eduos, nombrándose los capitanes. Se entregó todo el peso del gobierno a Comió el de Artois, a los eduos Virdomaro y Eporedórige, a Vergasilauno Alverno, primo de Vercingetórige, y se nombraron consejeros varones escogidos de todas las tribus.

Excitados todos, y llenos de confianza, iban camino de Alesia. No había nadie entre ellos que pensase que alguien se atrevería a soportar su ataque al ver tan numeroso ejército. Y más aun estando los romanos rodeados entre dos fuegos: las salidas que podían hacer las tropas de la ciudad, y tantas tropas de

caballería e infantería que llegaban desde fuera.

77

Pero los sitiados de Alesia ignoraban todo lo que habían planeado los eduos desde el exterior para rescatarlos.

Pasado el plazo en el que esperaban recibir ayuda y consumidos todos los víveres, se reunieron en consejo para encontrar un remedio a sus desventuras.

Entre las propuestas, unos se inclinaban por entregarse, otros a efectuar un ataque mientras se hallasen con fuerzas. Pero la propuesta de Critoñato fue inaudita por su bárbara crueldad. Éste, había nacido en Albernia; era de noble linaje y considerado como un hombre de gran autoridad. Dijo:

– No quiero ni repetir el parecer de aquellos que llaman entregarse a la más infame servidumbre. Para mí esos no son ciudadanos ni deben ser admitidos a este consejo –expresó con energía-. Hablo para aquellos que aconsejan el ataque, aquellos cuyo dictamen a juicio de todos vosotros parece más a la altura de la hidalguía de nuestro valor heredado. Yo no considero valor sino flaqueza el no poder sufrir un poco de carestía. Es más fácil hallar a quien con agrado se ofrece a la muerte que a quien sufra con paciencia el dolor. Yo por mí aceptaría esta decisión por lo mucho que aprecio el honor –afirmó-, si viese que con ella solo se arriesgase nuestra vida. Pero antes de tomar una decisión miremos un momento a la Galia que tenemos ocupada en conseguirnos ayuda. ¿Cuál pensáis que sería la consternación de nuestros allegados y parientes al ver tendidos en la tierra a ochenta mil ciudadanos, y tener por fuerza que pelear entre sus mismos cadáveres? No queráis, os ruego, privar del auxilio de vuestro brazo a los que por salvar vuestras vidas han arriesgado las suyas – continuó diciendo-; ni arruinar a toda la Galia condenándola a perpetua esclavitud por vuestra desconsideración y temeridad, o mejor diré, por vuestra cobardía. ¿Acaso dudáis de su lealtad y firmeza porque no han venido en el plazo señalado? ¿Creéis que los romanos se afanan tanto en hacer aquellas líneas de circunvalación por mero entretenimiento? Si no podéis tener noticias de ellos, porque están cerradas todas las vías, recibid el anuncio de su inminente llegada de los mismos enemigos, que con el temor de ser atacados por detrás y por sorpresa no cesan de trabajar día y noche. Me diréis, ¿entonces qué aconsejas tú? Que se haga lo que ya hicieron nuestros mayores en la guerra de los cimbrós y teutones, bien diferente de ésta. Ellos, sitiados y agobiados por semejante necesidad, se sustentaron con la carne de la gente que a su parecer era inútil para la guerra, para no rendirse ante los enemigos. Aunque no tuviéramos ejemplo de esto, yo juzgaría muy loable el darlo por amor a la libertad que disfrutarían nuestros descendientes. ¿Y qué tuvo que ver aquella guerra con ésta? Los cimbrós, saqueada toda la Galia y tras grandes matanzas, al fin salieron de nuestras tierras y marcharon a otras, dejándonos nuestros fueros, leyes, posesiones y nuestra libertad. Pero los romanos, ¿qué otra cosa pretenden o quieren, por envidia de nuestra gloria y superioridad experimentada en las armas, que usurparnos las posesiones y las ciudades, y sentenciarnos a una eterna servidumbre, ya que nunca le pusieron

otro precio a esta guerra? Y si ignoráis qué sucedió a las tribus lejanas, ahí tenéis a la Galia del sur, que convertida en provincia suya, cambiado su gobierno y sujeta a su tiranía, gime bajo el yugo de su perpetua servidumbre.

78

Contados los votos decidieron que los inútiles por sus achaques o su edad abandonasen la ciudad, y que se intentase todo antes de seguir el consejo de Critoñato. Pero si no quedase más remedio, si tardase la ayuda, se siguiese dicho consejo, antes que admitir condición alguna de rendición o de paz.

Los mandubios, a los que habían recibido en la ciudad, fueron arrojados fuera con sus hijos y sus mujeres. Los cuales, acercándose a las trincheras de los romanos, deshechos en lágrimas, les pedían entre ruegos que les diesen un pedazo de pan y serían sus esclavos. Pero César, poniendo guardias en las barreras, no los dejó entrar en su campamento.

79

Entre tanto Comió y los demás comandantes llegaron con todas sus tropas a los alrededores de Alesia, y ocupada la colina de afuera, acamparon a media milla de nuestras fortificaciones. Al día siguiente, sacando la caballería del campamento, cubrieron todo aquel valle que, como se ha dicho, tenía tres millas de largo, y colocaron la infantería detrás de ese sitio en las pendientes.

Todas las miradas de Alesia estaban en el campamento. Vista la llegada de la ayuda, se buscaron unos a otros y se dieron la enhorabuena rebosando todos de alegría. Salieron entonces armados de punta en blanco y se plantaron delante de la ciudad. Llenaron de zarzas y tierra el foso inmediato, disponiéndose para el ataque y cualquier otro trance.

80

César distribuyó el ejército por los dos lados de las trincheras, de tal manera que cada soldado en batalla pudiese conocer y guardar su puesto, y sacó fuera a la caballería con orden de atacar, solo, cuando él diera la orden.

Desde nuestros campamentos, que ocupaban los cerros de toda la cordillera, se veía el campo de batalla y todos los soldados podían observar lo que sucedía.

Los galos habían mezclado entre los caballos a arqueros y auxiliares con armas ligeras, para que los protegiesen al retroceder y contuviesen el ímpetu de los nuestros. Debido a esto, varios fueron heridos sin esperarlo y se iban retirando del combate. Los galos, animados por la ventaja de los suyos y viendo a los nuestros atrapados por la muchedumbre, atizaban con gritos y alaridos el coraje de los suyos por todas partes, tanto los sitiados como las tropas auxiliares. Como estaban a la vista de todos y no se podía encubrir acción alguna bien o mal hecha, a los unos y a los otros les daba bríos no solo la búsqueda de la gloria sino el temor de la deshonra.

La batalla continuó desde mediodía hasta ponerse el sol con la victoria muy igualada. Entonces, los alemanes cerrados en pelotones, arremetieron de golpe

y rechazaron a los enemigos, y su huida causó la persecución y la muerte de los arqueros galos. Entre tanto, los nuestros persiguieron por todas partes a los fugitivos hasta sus campamentos y no les dieron tiempo a rehacerse.

Los que habían salido fuera de la ciudad, perdida la esperanza de la victoria, se recogieron adentro muy disgustados.

81

Un día estuvieron los galos sin pelear, empleándolo en recolectar cañaveras, escalas y garfios. Salieron a medianoche a escondidas del campamento y se fueron aproximando a la línea de circunvalación, y de repente profiriendo unos gritos, que servían a los sitiados de Alesia como señal para el ataque, comenzaron a disparar con hondas, saetas y piedras para derribar las barreras de los nuestros, mientras preparaban los demás instrumentos para el asalto. Al mismo tiempo Vercingetórige, oyendo el griterío, dio la voz de alarma y sacó a su ejército de la ciudad.

De los nuestros cada cual corrió al puesto que de antemano le había sido señalado en las trincheras, donde con hondas arrojaban piedras de una libra de peso y con balas de plomo alejan al enemigo.

Los golpes dados y recibidos eran a ciegas debido a la oscuridad de la noche y a los muchos tiros de las baterías. Pero los legados Marco Antonio y Cayo Trebonio, encargados de la defensa de la parte donde creían que estaba el mayor peligro para los nuestros, iban destacando en su ayuda soldados de refresco de los fortines de otros lugares.

82

Mientras los galos disparaban desde lejos sus tiros causaban más efecto, pues eran muy numerosos. Pero cuando se fueron acercando a nuestras líneas, o se clavaban en las trampas que habíamos colocados, o cayendo en los hoyos quedaban empalados en las estacas, o morían atravesados desde las barreras y torres con los agujones.

En fin, recibidas desde todas partes muchas heridas y sin poder abrir una brecha, al amanecer los galos tocaron retirada por miedo a ser cogidos desde el flanco por nuestras tropas.

Los de la ciudad, tras haber empleado mucho tiempo ocupados en manejar las máquinas preparadas por Vercingetórige para el asalto y en cegar los primeros fosos, se enteraron de la retirada de los suyos antes de haberse acercado ellos a nuestras fortificaciones. Así que volvieron a la ciudad sin hacer nada de provecho.

83

Rechazados y vencidos dos veces los galos deliberaron sobre lo que convenía hacer. Consultaron con los exploradores de la Galia y se informaron a través de ellos sobre la posición y las fortificaciones de nuestro campamento en lo alto.

Había por el lado septentrional una colina que los nuestros no habían podido

cercar por su enorme perímetro. Se habían visto forzados a fijar sus cuarteles en un sitio más desigual y un poco marginal. Los custodiaban los legados Cayo Antistio Regino y Cayo Caninio Rehilo con dos legiones.

Explorados los caminos, los jefes enemigos eligieron cincuenta y cinco mil combatientes de las tropas de aquellas tribus que tenían la mayor fama de valientes, y acordaron entre sí en secreto la estrategia de ataque. Determinaron que éste se produciría al mediodía y nombraron como líder de la partida a Vergasilauno Alverno, uno de los cuatro generales pariente de Vercingetórige.

Salieron de su campamento a primera hora de la noche y terminaron su marcha cerca del amanecer. Se ocultaron detrás del monte y ordenaron a los soldados que descansasen sobre el campamento antes mencionado; y a la misma hora la caballería empezó a desfilar hacia las trincheras del llano, y el resto del ejército a formar delante de sus tiendas.

84

Vercingetórige, divisando desde el alcázar de Alesia a los suyos, salió de la ciudad llevando consigo zarzas, puntales, grúas, hoces y las demás baterías construidas para forzar nuestras trincheras. Irrumpieron al mismo tiempo por todas partes e hicieron todos los esfuerzos posibles. Donde veían algún sitio menos defendido allí se abalanzaban. Los soldados romanos tenían dificultades con tantas fortificaciones y tantos ataques simultáneos, no siéndoles fácil acudir al mismo tiempo a lugares tan distintos.

Al terror de los nuestros contribuyeron los gritos que sintieron a sus espaldas durante el combate, midiendo su peligro por el orgullo ajeno. Así es: las cosas distantes causan por lo general mayor impresión en el corazón de los hombres.

85

César observaba desde lo alto cuanto pasaba y enviaba refuerzo a los que estaban en peligro. Unos y otros tenían claro que ésa era la ocasión en que se debía echar el resto. Si los galos no forzaban las trincheras se darían por perdidos. Los romanos con la victoria esperaban poner fin a todo su trabajo.

Su mayor peligro eran los campamentos en alto, atacados como hemos dicho por Vergasilauno. Un pequeño repecho ganado favoreció mucho a los contrarios. Desde allí unos arrojaban flechas y otros avanzaban cubriéndose con sus escudos. Cuando unos se agotaban, los sustituían otros de refresco. Las escaleras de madera, que todos a una echaban contra la empalizada, facilitaba el paso a los galos e inutilizaba los refugios que tenían tapados con tierra los romanos.

Ya no podían más los nuestros, faltos de armas y de fuerzas.

86

En vista de esto César destacó en su ayuda a Labieno con seis cohortes. Le ordenó que si dentro no podía resistir el ataque, rompiese afuera arremetiendo con sus tropas, pero que solo lo hiciese como último recurso. César mismo fue

recorriendo las demás líneas, pidiendo a todos que no desfalleciesen, que aquél era el día y la hora de recoger el fruto de tantos esfuerzos.

Los de la ciudad, desconfiando de abrir brecha en las trincheras del llano debido a su enorme extensión, treparon a lugares altos, donde pusieron su artillería. Con la lluvia de flechas derribaron de las torres a los defensores, con máquinas y zarzos allanaron el camino y con las hoces destruyeron nuestra estacada y los parapetos.

87

César destacó primero al joven Bruto con seis cohortes, y tras él al legado Fabio con otras siete. Por último, él mismo en persona, cuando se endurecía más la pelea, acudió con nuevos refuerzos.

Reconducido el combate y rechazados los enemigos, corrió a unirse con Labieno. Sacó del fortín inmediato cuatro cohortes y ordenó a una parte de la caballería que le siguiese, y a otra que, rodeando la línea de circunvalación, acometiese por la espalda al enemigo.

Labieno, viendo que ni la empalizadas ni fosos bastaban para contener la furia de los contrarios, juntó treinta y nueve cohortes, que por suerte se le presentaron de los baluartes más cercanos, y dio parte a César de lo que pensaba ejecutar. César fue a toda prisa para hallarse presente en la batalla.

88

No bien hubo llegado, fue reconocido por la vistosa capa que solía vestir en las batallas. También fueron vistos los escuadrones de caballería y el cuerpo de infantería que venía tras él siguiendo sus órdenes –pues se veía desde lo alto del campamento lo que pasaba en la bajada de esa cuesta–, y los enemigos entablaron combate.

Se alzaron desde ambas partes las voces en grito, y respondieron en eco con igual clamor desde la muralla y las fortificaciones. Los nuestros, habiendo disparado sus flechas, echaron mano de la espada.

De repente nuestra caballería cayó sobre la espalda del enemigo. En ese momento avanzaron las otras cohortes, y los enemigos se dieron a la fuga, pero en la huida se encontraron con la mencionada caballería.

La matanza fue grande. Sedulio, caudillo y príncipe de los limosines, fue liquidado. Vergasilauno, apresado vivo mientras huía. Setenta y cuatro banderas fueron presentadas a César, y muy pocos de tan gran número vuelven ilesos al campamento.

Los galos de la ciudad, viendo el estrago y la derrota de los suyos, desesperados por salvarse, retiraron sus tropas.

Una vez conocido esto, los galos que habían venido en ayuda de Alesia no esperaron más y abandonaron el campamento. Y tal fue la cosa, que si no hubiesen estado los nuestros agotados de tanto correr a reforzar los puestos y del trabajo de todo el día, no habrían dejado hombre con vida.

Sobre la medianoche, destacada la caballería, dio alcance a su retaguardia prendiendo y matando a muchos. Los demás huyeron a sus tierras.

89

Al día siguiente Vercingetóriges convocó a su gente en Alesia, y les dijo:

–No he emprendido esta guerra por mi propio interés sino en defensa de la libertad de todos. Pero ya que es forzoso ceder ante la fortuna, estoy dispuesto a que me sacrificuéis, matándome o entregándome vivo a los romanos para satisfacerles.

Enviaron mensajeros a César, y éste les ordenó entregar las armas y a los líderes de cada tribu. Puso su pabellón en un baluarte delante del campamento y allí se le presentaron los generales. Vercingetóriges fue entregado. Arrojaron las armas a sus pies, y César, conservando a los eduos y alvernos, a fin de valerse de ellos para recuperar a sus tribus, da a los demás cautivos como botín a los soldados.

90

Hecho esto, partió hacia territorio de los eduos y éstos se rindieron. Allí recibió a los mensajeros de los alvernos, que se ofrecieron a obedecerle en todo. César les mandó entregar un gran número de rehenes y restituyó cerca de veinte mil prisioneros a los eduos y alvernos.

Envió a las legiones a los cuarteles de invierno. A Tito Labieno mandó ir con dos y la caballería a tierras de los secuanos, dándole por ayudante a Marco Sempronio Rutilo. A Cayo Fabio y a Lucio Minucio Basilo alojó con dos legiones en territorio remense, para defenderlos de toda invasión contra los cercanos beoveses. A Cayo Antistio Regino envió a los ambivaretos; a Tito Sestio a los berrienses; a Cayo Caninio Rebilio a los rodenses, cada uno con su legión. A Quinto Tulio Cicerón y a Publio Sulpicio acuarteló en Chalóns y Macón, ciudades de los eduos a orillas del río Arar, para el depósito y la conducción del trigo. César decidió pasar el invierno en Bilbracte.

Conocidos todos estos sucesos por cartas de César, se ordenó celebrar fiestas en Roma durante veinte días.

LIBRO OCTAVO

Este libro no fue escrito por César; lo hizo Aulo Hircio, un ayudante de aquel. Es por ello que no lo incluimos, ya que esta obra trata de los escritos de Julio César.

No obstante, para facilitar al lector los hechos que sucedieron de forma lógica y secuenciada, hacemos un resumen de este libro octavo, pues es el que enlaza el final de la Guerra de las Galias con el comienzo de la Civil.

Al concluir la victoria sobre Vecingetórige en Alesia, que César nos ha contado en el libro séptimo, éste se quedó un año más en la Galia para liquidar los restos de la revuelta. Lo hizo con una severidad que no era habitual en él, pues siempre se mostró generoso con el adversario vencido. Pero una vez infligido el castigo con la supresión de los jefes de dicha revuelta, volvió a sus métodos de clemencia y comprensión. Y así, dosificando la mano dura con la caricia, convirtió a los galos en un pueblo respetuoso y amante de Roma; tanto es así que en ningún momento futuro, ni siquiera durante la guerra civil -donde una parte de Roma luchaba contra la otra y no tenían ningún yugo que los tuviese sujeto-, intentaron rebelarse. A partir de entonces, César les fue otorgando la ciudadanía y los galos fueron sintiéndose ciudadanos de la nación romana. Tiempo más tarde darían notables emperadores al Estado.

El origen de la guerra civil estuvo en que el poder político de la República lo acaparaba, desde siglos atrás, una aristocracia que se había ido transformando con el tiempo en estúpida, depredadora y corrupta, la cual dominaba el Senado. Dicha clase aristocrática, por intentar no ceder ninguno de sus privilegios terminaría perdiéndolos todos y fue eliminada. Diez y ocho siglos más tarde –durante la Revolución francesa- se repetiría el mismo fenómeno, solo que esta vez los revolucionarios, en vez de tener a la cabeza un César, tuvieron a un mediocre sanguinario como Robespierre; pero el origen de la decadencia de esas dos sociedades y del conflicto surgido de dicha decadencia es el mismo: eran sociedades controladas por una egoísta aristocracia que copaba todo el poder el cual lo entendía legitimado por razones de cuna. Dicha clase aristocrática, en su ceguera, ni siquiera fue capaz de advertir que por no ceder parte de sus privilegios perdería incluso la vida.

En Roma, la guerra civil se inicia cuando los aristócratas, que controlaban el Senado, comienzan a ver con gran alarma la inmensa popularidad del procónsul vencedor de los galos, y por ello iniciaron una serie de subterfugios legales para intentar desprestigiarlo y desposeerle del poder.

La Asamblea del Pueblo, que apoyaba a César, se oponía una y otra vez a los decretos arbitrarios del Senado, el cual intentaba arrebatarse a César las prerrogativas del cargo, negándose, incluso, a aceptar la propuesta de éste de que, en todo caso, le fuesen aplicadas idénticas medidas legales a Pompeyo – su antiguo aliado y amigo, que ahora se había convertido en el brazo armado

de los aristócratas-. En resumen, César mostró su disposición a dejar sus poderes siempre que su homólogo Pompeyo hiciese lo mismo simultáneamente. El Senado dijo que no.

Como él mismo cuenta en sus Comentarios de la Guerra Civil, viendo la imposibilidad de llegar a un acuerdo, y que iban a por él, reunió junto al río Rubicon a la legión decimotercera. Habló con los soldados, llamándoles compañeros como siempre hacía. Les explicó la situación; les advirtió que si cruzaban aquel río todos serían declarados proscritos por el Senado, y que estaban a las puertas de comenzar una guerra donde no habría saqueos, pues sería contra otros romanos. Los legionarios, ante aquel líder que les conducía de esfuerzo en esfuerzo y de victoria en victoria, dijeron unánimemente que adelante, que irían a donde César les mandase. Cuando éste les dijo también que, por ahora, no podría pagarles, los soldados pusieron sus ahorros a disposición del ejército. Solo uno desertó: el legado Tito Labieno para ponerse al lado de Pompeyo, del que era pariente.

Resueltas sus dudas, César cruzó el río Rubicón con una sola legión, exclamando: “¡la suerte está echada!”

Como puedes leer a continuación, ahí comenzó una incruenta marcha desde el norte de Italia hacia Roma y después al sur de la península, mientras seguía enviando mensajeros a Pompeyo en busca de un acuerdo que evitara la guerra civil.

“Las ciudades se abren ante él y le saludan como a un dios”, contaría Cicerón en sus escritos.

Pero dejemos que nos lo cuente César:

COMENTARIOS DE LA GUERRA CIVIL CAYO JULIO CÉSAR

LIBRO PRIMERO

1

Después de que Fabio entregó a los cónsules la carta de César, costó mucho conseguir que éstos la leyesen en el Senado. Ni siquiera tras pedírselo los tribunos del pueblo se consiguió que hiciesen la propuesta debido a su contenido, y sólo expusieron la parte referente a la República.

Lucio Lentulo, uno de los cónsules, prometió no desamparar al Senado y a la República, siempre que decidiesen votar con resolución y entereza; pero que si decidían escuchar a César y congraciarse con él, como lo habían hecho hasta ese momento, tomaría su decisión de forma unilateral, sin respetar la autoridad del Senado. Añadió además que, en ese caso, él también sabría granjearse el favor y la amistad de César.

Escipión se pronunció en los mismos términos, afirmando que Pompeyo estaba dispuesto a no abandonar la República si encontrase apoyo en el Senado; pero que si éste se mostraba indeciso y volátil, no obtendría su ayuda por mucho que la pidiese.

2

Esta postura que mantenía el Senado de Roma, estando Pompeyo con legiones a sus puertas, parecía salir de su boca.

Algunos dieron una opinión más moderada. Fue el caso de Marco Marcelo, que se esforzó en convencerles de que no se debía tratar en el Senado lo concerniente a la República antes que se hiciesen levadas por toda Italia y estuviesen armados los ejércitos. De esa forma, bajo su protección, el Senado podría de forma libre y segura decretar lo que mejor pareciese.

Marco Calidio insistía en que Pompeyo fuese a sus provincias para evitar la posibilidad de la escisión. En su opinión, César temía que Pompeyo le había exigido que le devolviese dos legiones –las que este había enviado a las Galias a César- nada más que para servirse de ellas personalmente y tener esas tropas a su disposición en Roma. Así opinaba también Marco Rufo, que, un discurso un poco distinto, coincidía en lo esencial con Calidio.

Se opuso violentamente a éstos Lucio Lentillo –cónsul nombrado con el apoyo de los aristócratas-, obstinándose en que no iba a permitir, ni siquiera para ser sometida a votación en el Senado, la propuesta de Calidio. Marcelo, aterrado ante las injurias, cambió de parecer. Y así, intimidada la mayoría por la agresividad del cónsul, el miedo al ejército estacionado por Pompeyo cerca de Roma y las amenazas de los amigos de este, apoyaron de mal grado el pronunciamiento de Escipión. Éste dictaminaba que César debía abandonar en cierto lugar a todo su ejército, y si no lo hacía sería declarado enemigo de la

República.

Se opusieron a ello Marco Antonio y Quinto Casio, tribunos de la Asamblea del pueblo, y al momento protestaron ante el Senado. Como respuesta se pronunciaron amenazas violentas por parte de los partidarios de Pompeyo, y quienes se explicaban con mayor contundencia y agresividad, recibían los mayores aplausos de los enemigos de César.

3

Despedido por la tarde el Senado, Pompeyo llamó a todos los senadores. Alabó el ardor de unos, confirmándolos en su puesto para más adelante, y despreció la indiferencia de otros, animándoles a ser más combativos. Muchos soldados veteranos de Pompeyo fueron invitados a venir para recibir premios y ascensos, y también se llamó a soldados de las dos legiones entregadas por César. Roma se llenó de soldados.

Cayo Curión pidió a los tribunos del pueblo que mantuviesen la legalidad en las Cortes. Todos los amigos de los cónsules, los parientes de Pompeyo y los enemigos de César entraron en el Senado. Ante sus gritos y su presencia, los cobardes se amedrentaron; y aunque algunos mantenían sus dudas, la mayor parte quedó privada del derecho de votar libremente.

El censor Lucio Pisón y el pretor Lucio Roscio se ofrecieron para ir a reunirse con César e informarle de todo, para lo que piden seis días de permiso. Hubo más peticiones de que se enviasen mensajeros a César y le declarasen la voluntad del Senado.

4

A todo esto, los representantes de la Asamblea se manifestaron en contra de las propuestas en el Senado de Escipión y Catón, oponiéndose al voto del Cónsul. A Catón le movía su antigua enemistad con César; a Lentulo, sus numerosas deudas y la expectativa de comandar ejércitos y provincias, y con ellas hacerse con sus riquezas, presumiendo ante los suyos de ir a convertirse en otro Sila si ostentaba todo el poder.

A Escipión le incitaba la esperanza de conseguir algún mando de provincia y el generalato de los ejércitos. Estaba convencido de que Pompeyo lo repartiría con él por razón de su parentesco. No le impulsaba menos el temor a las investigaciones que la Asamblea pudiese hacer sobre comportamientos suyos anteriores, la adulación y la vanidad, tanto las propias como las del resto de los hombres poderosos que en aquel tiempo eran dueños de la República y de los tribunales.

Pompeyo, inducido por los enemigos de César y por no compartir con un segundo cónsul su poder y sus competencias, había renunciado por completo a la amistad de aquel y se había reconciliado con los enemigos que ambos compartían desde que habían emparentado. Abochornado por el deshonor de haberse quedado en Roma con las dos legiones que César le había devuelto - que estaban destinadas a Asia y a Siria-, con el fin de sostener su poder y su predominio, estaba decidido a solventar el asunto con las armas.

5

Debido a estas causas, todo se hizo de prisa y equivocadamente. Ni se dio tiempo a los partidarios de César para informarle de lo que pasa, ni se le permitió a los tribunos de la Asamblea cuidar por su seguridad. A éstos, ni siquiera se les permitió protestar – el último derecho que Sila les había dejado –, sino que al séptimo día se vieron obligados a pensar en su seguridad, cuando en tiempos atrás los tribunos más rebeldes no solían temer por su cargo.

Se recurrió a un decreto del Senado que no se había promulgado jamás, por atrevidos que fuesen los promulgadores, a no ser en las mayores desgracias de Roma y en casos realmente desesperados. Decía así:

«Velen los cónsules, los pretores, los tribunos del pueblo y los procónsules de la jurisdicción de Roma para que la República no sea dañada.»

Estos edictos se publicaron el siete de enero. De tal manera que, a los cinco días de haber comenzado Lentulo su consulado, sin dejar pasar los dos días de audiencia pública, se reunió el Senado y se firmaron los decretos más violentos y rigurosos contra César y contra los tribunos de la Asamblea, quienes ostentaban la mayor representación.

Los tribunos huyeron al momento de Roma y se refugiaron junto a César, quien estaba por entonces en Rávena, esperando respuesta a sus propuestas. Tenía la esperanza de que aún se diese un giro razonable y pudiesen arreglar sus diferencias en paz.

6

Pocos días después se convocó al Senado fuera de Roma. Pompeyo confirmó lo mismo que había declarado por boca de Escipión: que alababa el valor y la constancia del Senado. Hizo alarde de sus fuerzas, diciendo que tenía a su mando diez legiones; y por otra parte, afirmó que sabía con certeza que las tropas estaban disgustadas con César, y que éste no las convencería de que se pusiesen de su parte y le siguiesen.

En cuanto a otros asuntos, se propuso al Senado que se hiciesen levas por toda Italia; que Fausto Sila fuese en calidad de pretor a Mauritania y que le diesen a Pompeyo dinero del erario Público. Se propuso también que el rey de Juba fuese reconocido como aliado y amigo, pero Marcelo afirmó que él no lo permitiría en esas circunstancias. En lo tocante a Fausto, se opuso el tribuno Filipo.

Para los demás asuntos se elaboraron decretos del Senado donde se entregaba la gestión de varias provincias a sujetos sin representación alguna y sin respetar lo establecido en la Ley; dos de las provincias eran consulares y las otras pretorias. A Escipión le tocó Siria, y la Galia a Lucio Domicio. Filipo y Marcelo, por amaño de algunos particulares, no fueron incluidos en las listas ni entraron en el sorteo.

A las demás provincias se enviaron pretores sin esperar, como prevé la Ley y la costumbre, a que se informase al pueblo de su elección, y a que realizada

la ceremonia oficial, una vez ofrecidos sus votos, se pusiesen en camino. Los cónsules se fueron de Roma, cosa antes nunca vista, y los particulares fueron por la ciudad camino al Capitolio con guardias armados, contra toda costumbre. Por toda Italia se alistó gente; se mandó contribuir con armas, se sacó dinero de las ciudades exentas de impuestos y se robó de los templos, violando los derechos humanos y divinos.

7

Una vez recibidas estas noticias, César convocó a sus soldados y les contó el daño que le estaban haciendo sus enemigos. Se quejó de que habían renunciado a su amistad por envidia y celos de su gloria, y de que habían envilecido a Pompeyo, cuya honra y poder César siempre había buscado y promovido. Se quejó también del mal ejemplo que se había introducido en la República, aboliendo a mano armada el derecho de los tribunos que se había establecido en los años anteriores. Sila antaño, aunque los había despojado de toda autoridad, les había dejado al menos el derecho a protestar con libertad; Pompeyo, que parecía haberlo restituido, les había quitado ahora todos los privilegios de los que antes gozaban, incluso el de protestar.

En la historia de Roma las veces que se había decretado que los magistrados velasen para que la República no sufriese daño – palabras y decreto que siempre alarman al Pueblo Romano – había sido debido a la promulgación de leyes peligrosas, por la violencia de algunos tribunos o la sublevación del pueblo, cuando este, hace siglos, se había apoderado de los templos y las colinas; escándalos muy viejos ya, y purgados en su día con los castigos a Saturnino y a los Gracos. Ahora no se había hecho, ni tan siquiera pensado, algo así. No se había promulgado ninguna ley, ni se había planeado nada con el pueblo, ni promovido ninguna sedición.

Así pues, César les pidió que defendiesen el prestigio y el honor de su general, bajo cuyas órdenes habían servido a la República de manera encomiable durante nueve años, ganando numerosas batallas y pacificando a toda la Galia y a Alemania.

Los soldados de la legión decimotercera que se hallaban presentes – a éstos los había llamado al principio de la revuelta, antes de reunir a los demás – respondieron todos a una que estaban preparados para vengar las ofensas a su general y a los tribunos del pueblo.

8

Seguro de la lealtad de sus soldados, César partió con ellos a Rímini, y allí se encontró con los tribunos de la Asamblea que asustados venían huyendo de Roma a ponerse bajo su protección. Llamó a las demás legiones, que estaban en los cuarteles de invierno, y ordenó que le siguieran.

Allí llegó Lucio César el joven, cuyo padre era legado de César. Éste, después de haber comunicado el asunto de su comisión, declaró que tenía unos encargos de parte de Pompeyo que le había dado en secreto. Pompeyo quería justificarse con César, para que éste no tomase como un desaire personal lo

que él hacía por amor a la República. Pompeyo afirmaba que siempre había preferido el bien común a sus intereses personales, y que César de la misma forma, por su propio honor y respeto a la República, debía abandonar su empeño y su cabezonería, sin ensañarse con sus enemigos; no fuese a ser que, haciéndoles daño, dañase aún más a la República.

En el mismo tono añadió algunas cosas más, excusando siempre a Pompeyo. Casi de lo mismo le habla el pretor Roscio, como si César estuviese escuchando al propio Pompeyo.

9

Aunque todo eso parecía que no servía de nada para lavar las injurias que había recibido, César decidió no desaprovechar la ocasión de tener a dos hombres que podrían comunicarle a Pompeyo todo cuanto él quisiese. Así que les pidió a los dos que, ya que se habían encargado de hablarle de parte de Pompeyo, no se negasen a llevarle su respuesta, a cambio de poder evitar, con muy poco esfuerzo, grandes enfrentamientos y sobresaltos a Italia.

Y éste fue su mensaje:

– El honor de la República siempre ha sido mi primera preocupación, pues la aprecio más que a mi vida. Lo que realmente me duele es que mis enemigos, con ofensas e injurias, me hayan despojado del apoyo del pueblo romano y que me hayan hecho ir a Roma privado del gobierno de medio año, contraviniendo la orden de que se contase conmigo en mi ausencia para el primer nombramiento de cónsules. Pese a todo, por amor a la República, he sobrellevado con paciencia este ataque a mi honor y derecho. Aún después de haber escrito al Senado para que todos dejaran las armas, ni eso se me concedió. Por toda Italia se hacen levadas, se retienen dos de mis legiones que me quitaron con la excusa de hacer la guerra en Asia, y la ciudad está en armas. ¿Para qué todos estos planes si no es para buscar mi ruina? Aun así me adaptaré y aceptaré todo por el bien de la República. Que Pompeyo se vaya a sus provincias y los dos renunciaremos a nuestras tropas. Que Italia deje las armas y Roma se libre de temores. Que haya libertad en la Asamblea, y que el Senado y el Pueblo romano gobiernen la República. Y para que todo se cumpla con mayor facilidad y en condiciones seguras, que se confirme con un juramento. Puede acercarse Pompeyo o podéis permitirme ir a mí allá. Una vez que los dos nos entreguemos, se arreglarán las tensiones.

10

Aceptado el encargo, Roscio llegó a Capua con Lucio César, donde halló a los cónsules y a Pompeyo. Expuso las demandas de César y ellos, después de debatir el asunto, entregaron la respuesta por escrito, enviándola a través de los mismos mensajeros, y que decía así:

“Que César vuelva a la Galia, salga de Rímini y devuelva las tropas. Si así lo hace, Pompeyo se irá a España con sus legiones de allí. Mientras tanto, hasta tener pruebas de que César aceptará esas condiciones, ni los cónsules ni Pompeyo interrumpirán las levadas”

11

Era una sinrazón manifiesta pretender que César saliese de Rímini y volviese a su provincia, mientras Pompeyo mantenía las provincias y las legiones ajenas; o querer que César licenciase a sus tropas, mientras él las seguía reclutando; o prometer que dejaría el gobierno sin determinar un plazo para marcharse. De esa manera, Pompeyo podría perfectamente mantenerse sin moverse en Italia, aun habiendo terminado el consulado de César, sin faltar a su palabra o sin quedar como traidor.

Sobre todo, al no haber dado ni siquiera la posibilidad de reunirse entre ellos, cerraba la puerta a toda esperanza de paz. Así pues, César destacó desde Rímini a Marco Antonio con cinco cohortes a la ciudad de Arezo, mientras él se quedó en Rímini con dos, haciendo levás. Y protegió a las ciudades de Pésaro, Fano y Ancona con sendas cohortes.

12

Mientras estaba encargándose de estos asuntos, César fue informado de que el pretor Termo había ocupado con cinco cohortes la ciudad de Gubio y la estaba fortificando, pese a que él tenía a todos los ciudadanos de su parte. César envió allí a Curión con tres cohortes que tenía en Pésaro y Rímini.

Ante la noticia de su llegada, Termo sacó las cohortes de la ciudad y se retiró, enfadado con la actitud de sus habitantes. Sus propios soldados le abandonaron por el camino para volver a sus casas. Y Curión fue recibido en Gubio con suma alegría por todos.

Al conocer estas noticias, César, satisfecho de la lealtad de los pueblos, sacó de los campamentos a las cohortes de la legión decimotercera y partió a Osimo, ciudad muy fortificada que defendía Accio con algunas cohortes de guardias; y donde algunos senadores nacidos en aquellos alrededores estaba haciendo levás por toda la comarca.

13

Al enterarse de la llegada de César, el alcalde de Osimo se presentó en persona ante Accio Varo y le dijo:

–A nosotros el pueblo nos corresponde tomar esta decisión, y el resto de ciudadanos no están dispuestos a soportar que se le cierren las puertas de la ciudad a César, capitán general por tantas hazañas y beneficios a la República. Así pues, te pedimos que tengas en cuenta su reputación y el peligro que representa el pueblo si se revela contra ti.

Impulsado Accio Varo por ese razonamiento, sacó de la ciudad a la guardia que había metido en ella y huyó.

Le alcanzaron algunos de los soldados de las primeras filas de César y le obligaron a detenerse. Cuando llegaron a enfrentarse, a Varo le abandonaron los suyos; algunos de los cuales se retiraron a sus casas, mientras que los demás fueron a rendirse ante César. Junto con ellos fue detenido Lucio Pupio, centurión de la primera fila, con cuyo grado había servido antes en el ejército

de Cneo Pompeyo.

César, después de haber alabado a los soldados de Accio, dio libertad a Pupio y las gracias a los ciudadanos de Osimo, prometiéndoles tener en cuenta sus servicios.

14

Cuando se publicaron en Roma estas noticias, sobrevino de pronto un gran temor. Tanto es así que el cónsul Lentulo, que se dirigía a sacar dinero del erario público para dárselo por orden del Senado a Pompeyo, escapó de la ciudad, dejando abiertas las arcas del Estado, porque se había extendido el falso rumor de que César estaba en camino y su caballería se encontraba a las puertas de la misma Roma.

Detrás del cónsul se fueron su compañero Marcelo y los demás magistrados. Cneo Pompeyo, que había partido de Roma el día anterior, iba de camino hacia las legiones entregadas por César, que estaban alojadas por orden suya en los cuarteles de invierno de Pulla.

Se suspendieron las levas dentro de Roma. Los pompeyanos en ninguna parte se consideraban a salvo. En Capua empezaron a respirar y a volver en sí del susto, reclutando a gente de los colonos que por la Ley Julia se habían establecido allí.

A los gladiadores que César tenía en esta ciudad, Lentulo los adiestró en la esgrima y, tras sacarlos a la plaza, les dio la libertad. Tras repartir caballos entre ellos, les ordenó que le siguiesen; aunque después, advertido por los suyos de lo mal que le parecía eso a todo el mundo, los distribuyó como guardias entre las familias importantes de la comarca de Campania.

15

César, pasando de largo por Osimo, recorrió la comarca fronteriza de Ancona, siendo recibido con los brazos abiertos por todos los gobernantes de aquellas ciudades, y su ejército fue abastecido de todo lo necesario. Incluso de Cingoli, lugar fundado y edificado por Labieno, le llegaron diputados ofreciéndose a servirle con total afecto en cuanto les ordenase. César les mandó entregar soldados y se los dieron.

En ese momento la legión duodécima se reunió con César. Él ya con dos legiones a su mando, partió hacia Ascoli. La defendía Lentulo Espinter con diez cohortes; pero al enterarse de la llegada de César abandonó la ciudad. Cuando quiso llevarse consigo a sus tropas a la fuerza, desertaron gran parte de los soldados.

Avanzando con los pocos que se habían quedado, se encontró con Vibulio Rufo que había sido enviado por Pompeyo a Ancona para mantenerla de su parte. Informado Vibulio por Lentulo sobre el estado de las cosas en esa región, se quedó con sus soldados y le despachó.

Organizó de paso en la comarca todas las tropas que pudo con las levas hechas por Pompeyo, entre las que recogió a seis cohortes de Ulcile Hirro que venían huyendo de Camerino, donde habían estado apostadas como guardia.

Con éstas completó trece; y con todas ellas, tras grandes jornadas de viaje, consiguió reunirse con Domicio Aenobarbo en Corfinio, y le dio la noticia de que César estaba cerca con dos legiones.

Domicio, por su parte, había formado veinte cohortes de Alba, de los marseleses, peliños, y otros países vecinos.

16

César, después de haber tomado Ascoli y expulsado a Lentulo, ordenó buscar a los soldados desertores de éste e hizo levas. Tras detenerse un día para proveerse de víveres, fue derecho a Corfinio.

A su llegada, cinco cohortes destacadas de la ciudad por Domicio estaban derribando un puente a tres millas del enclave. Pero tras entablar un choque con los exploradores de César, fueron expulsados del puente y tuvieron que retirarse a la ciudad.

César hizo cruzar el puente a las legiones y asentó su campamento junto a la muralla.

17

En cuanto Domicio vio esto, escribió a Pompeyo a Pulla para pedir ayuda, con mucha urgencia, a través de unos mensajeros del país a quienes prometió grandes recompensas. Su carta decía así:

“Sería fácil rodear a César entre los dos ejércitos una vez tomados los desfiladeros, y cortarle el acceso a los víveres. Si Pompeyo no acude en nuestra ayuda, yo mismo, y más de treinta cohortes y un gran número de senadores y caballeros romanos están a punto de perderse para tu causa”.

Al mismo tiempo, animando a los suyos, armó la artillería en los muros, y señaló a cada uno el puesto que debía de proteger en la defensa de la ciudad. Ofreció públicamente a los soldados, de sus propias posesiones, cuatro yardas de tierra por cabeza, aumentando en proporción a su grado a los centuriones y voluntarios.

18

Recibió César aviso de que los ciudadanos de Sulmona – ciudad a una distancia de Corfinio de siete millas – estaban a su servicio; pero se oponían a ello Quinto Lucrecio, senador, y Accio Felino, que con siete cohortes de guardia defendían la plaza. Envió entonces allá a Marco Antonio con cinco cohortes de la legión séptima.

Los sulmonenses, una vez que avistaron nuestras banderas, abrieron las puertas, y, todos a una, vecinos y soldados, salieron con aclamaciones al encuentro de Antonio. Lucrecio y Accio se descolgaron del muro, y éste pidió a Antonio que le dejase ir adonde estaba César. Antonio, el mismo día de su partida, volvió de regreso con las cohortes. César unió estas cohortes a su ejército, dejando a Accio libre.

Los tres primeros días César los empleó en atrincherarse muy bien y en acarrear trigo de los lugares vecinos, mientras llegaban hasta él el resto de sus

tropas. A lo largo de esos tres días se le unieron la legión octava y veintidós cohortes de las nuevas alistadas en la Galia, y aproximadamente trescientos caballos remitidos por el rey Norico. Debido a su llegada, César forma otro campamento al otro lado de la ciudad y lo deja al mando de Curión.

Durante los días siguientes emprendió el sitio formal de la ciudad, cercándola con una línea de contención de torreones y cubos. Cuando ya estaba concluida la mayor parte de la obra, regresaron los mensajeros que Domicio había enviado a Pompeyo.

19

Domicio, leído la respuesta y escondiendo su contenido ante la junta, afirmó que Pompeyo vendría pronto a socorrerles, y los animó a no decaer en su ánimo y a preparar lo necesario para la defensa de la ciudad. Solo desveló la verdad a unos pocos confidentes suyos, antes de decidir que huiría.

Pero el semblante de Domicio no estaba acorde con sus palabras. Mostraba una mayor turbación y desaliento que en los días anteriores, y no dejaba de hablar en secreto con los suyos a fin de aconsejarse, huyendo de las reuniones y de las gentes. Así que no pudo ocultar ni disimular más su engaño.

Pompeyo le había escrito así:

“No voy a arriesgarme a perderlo todo. Domicio, tú no estás en Corfinio por mi consejo o mi voluntad. Así que, si te hayas en problemas, ven a mi campamento con toda tu gente”

Lo cual ya no era posible, debido al cerco que había construido César.

20

Una vez que se divulgó el intento de huida de Domicio, los guardias se amotinaron a la hora de la siesta y por boca de sus tribunos, centuriones y las personas con más prestigio de su clase, comentaban unos a otros:

“César nos tiene bloqueados. Las líneas y las fortificaciones están a punto de concluirse. Nuestro capitán Domicio, por cuyo aliento y promesas nos hemos quedado aquí, trata de huir abandonándolo todo. Así que nosotros debemos cuidar de nosotros mismos”.

Los habitantes de Corfinio al principio no se mostraron de acuerdo y lo que hicieron fue apoderarse de la parte del castillo que creían mejor fortificada. Llegó a tanto el desencuentro que estaban a punto de llegar a las manos y decidir por las armas el asunto. Sin embargo, poco después, por medio de interlocutores enviados de ambas partes, fueron informados de lo que ignoraban: de los planes de Domicio sobre la fuga.

Ya todos unánimemente de acuerdo sacaron en público a Domicio, le cercaron y le pusieron guardia, y enviaron aviso a César por medio de algunos de los suyos diciendo que estaban dispuestos a recibirle y obedecerle, y a entregarle vivo a Lucio Domicio.

21

César recibió con agrado a los enviados y los mandó de vuelta

encargándoles que guardasen bien las puertas y los muros de la ciudad.

Juzgaba ser de suma importancia el apoderarse cuanto antes de la misma y trasladar la guardia a su campo, para evitar algún cambio de opinión, o que cobrasen de nuevo esperanza en la victoria debido a regalos o a falsos rumores; pero recelaba de introducir a la tropa y que en la oscuridad de la noche la ciudad fuese saqueada. Muchas veces en la guerra de un instante a otro se suceden grandes revoluciones.

Él, por su parte, distribuyó los soldados en las trincheras; no por partes, como solía hacer en otras ocasiones, sino poniendo guardias y centinelas de manera que unos al lado de otros, ocupasen toda la línea. A los tribunos y prefectos los mandó patrullar, con orden no sólo de impedir cualquier salida de las tropas sino también cualquier huida furtiva de los individuos. Y es verdad que no hubo ninguno tan indolente y perezoso que reposase ni un momento aquella noche.

Así de grande era la expectación de todos, distraídos en varios pensamientos según la variedad de afectos, sobre cuál sería la suerte de los corfinienses, cuál la de Domicio, cuál la de Lentulo, cuál la de los otros. En resumen, se preguntaban qué destino tendría cada uno.

22

Cerca del amanecer Lentulo Espinter habló desde la muralla a nuestros centinelas y guardia, diciendo que quería, si se le permitía, ir a ver a César. Cuando se le dio licencia, le abrieron las puertas de la ciudad, pero no se separaron de su lado los soldados de Domicio hasta que fue presentado ante César.

Trató de su indulto con él y le suplicó que le perdonase, trayéndole a la memoria su antigua amistad y confesando haber recibido de César grandísimos beneficios, como el haber sido por su intercesión admitido en el colegio de los pontífices, el haber ascendido de pretor a gobernador de España, y el haberle favorecido en la pretensión del consulado. César cortó su arenga hablando así:

– Yo no he salido de la provincia que tengo bajo mi mando para hacer mal a nadie, sino para defenderme de los agravios de mis enemigos. También para restituir el poder a los tribunos de la Asamblea desterrados injustamente, y para poner al pueblo romano y a mí mismo en libertad, pues aquel está oprimido en estos momentos por una camarilla de unos pocos.

Alentado por sus palabras, Lentulo le pidió permiso para volver a la ciudad y hablar a todos de su generosidad y perdón. Esperaba que fuese un motivo de consuelo y esperanza para los demás, ya que algunos estaban tan atemorizados que pensaban en darse muerte. Conseguido el permiso, se despidió.

23

Al amanecer, César ordenó que se le presentasen los senadores con sus hijos, los tribunos militares y los caballeros romanos. De la clase de los senadores estaban Lucio Domicio y Publio Lentulo Espinter, Lucio Vibulio

Rufo, Sesto Quintilio Varo cuestor y Lucio Rubio; un hijo de Domicio y varios jóvenes, junto a un gran número de caballeros romanos y de los regidores que de otras ciudades había hecho venir Domicio.

A todos ellos, puestos en su presencia y sin permitir que los soldados los maltratasen ni de obra ni de palabra, les recrimina que no le hayan correspondido tras concederles grandes beneficios, y los deja ir libres. Y por no parecer más reacio a perdonar a las personas que al dinero, restituyó a Domicio los ciento cincuenta mil doblones de oro que los dos jurados de Corfinio le habían presentado. Si bien constaba que ese dinero era público, dado por Pompeyo para las pagas.

A los soldados de Domicio ordenó que le jurasen fidelidad y ese mismo día, después de siete detenidos en Corfinio, levantó el campamento. Tras avanzar una jornada entera por tierras de los marrucinos, frentanos y larinases, entra en Pulla.

24

Pompeyo, enterado de lo sucedido en Corinio, partió de Lucera a Canosa, y de allí a Bríndisi. Ordenó que de todas partes viniesen las tropas recién alistadas a unirse con las suyas. Armó a los esclavos y a los jinetes, y les dio caballos; con éstos formó un escuadrón de trescientos hombres.

El pretor Lucio Manlio se retiró de Alba huyendo con seis cohortes; de Terracina huyó el pretor Rutilio Lupo con tres, las cuales, alcanzando a ver de lejos la caballería de César comandada por Bivio Curio, abandonaron al pretor y volvieron las banderas hacia Curio, pasándose a su bando.

Asimismo, en las siguientes jornadas, algunas partidas de soldados cayeron en manos de la infantería de César, otras en manos de su caballería. Encontraron en el camino a Cneo Magio de Cremona, ingeniero de Pompeyo, y se lo llevaron preso a César, quien lo envió a Pompeyo con el siguiente mensaje:

“Ya que hasta ahora no ha sido posible encontrarnos y yo he de ir a Bríndisi donde tú te encuentras, por el interés de la República y del bien común te pido que hablemos. No es posible arreglar las cosas a distancia mediante terceras personas, es más fácil cuando se tratan en una conferencia personal en la que se airean todas las condiciones.”

25

Habiendo enviado a Magio con este encargo, César llegó a Bríndisi con seis legiones, cuatro veteranas y las demás formadas con nuevos reclutas completadas sobre la marcha, ya que las cohortes de Domicio las había enviado de Corfinio a Sicilia.

En Bríndisi se enteró de que los cónsules habían embarcado hacia Dirraquio –ciudad de Albania- con gran parte del ejército, quedándose Pompeyo con veinte cohortes. Pero César no pudo averiguar si era cierto que se quedaba con el fin de conservar ese puerto, haciéndose con ello más fácilmente dueño del mar Adriático y poder hacer la guerra desde ambas orillas; o si se había

detenido por falta de navíos.

Así que César, sospechando que lo que intentaba era abandonar Italia, trató de impedirle la salida y el uso del puerto de Bríndisi trazando las obras siguientes: en lo más estrecho de la garganta del puerto, en la parte de ambas orillas donde era menos profundo el mar, hizo construir un muelle y un dique. Después, donde la gran profundidad impedía apuntalar el dique, colocó contra el muelle dos líneas de barcas chatas de treinta pies de perímetro. Las aseguró en las cuatro esquinas con otras tantas anclas para que no se moviesen con las olas.

Asentadas estas primeras barcas, unió a ellas de la misma manera otras de igual tamaño. Las cubrió con tierra y con paja, para que las tropas pudiesen entrar y correr sin obstáculos por ellas a manera de un puente. Y por la parte del frente y los costados las protegió con vallas y parapetos.

Cada cuatro barcas erigió una torre de dos alturas para defenderlas con mayor comodidad del ímpetu de los navíos contrarios y de los incendios.

26

Para contrarrestar estas medidas, Pompeyo armó unos grandes navíos de transporte que había cogido en el puerto y levantó en ellos torres de tres alturas, llenándolas de numerosas baterías y toda suerte de armas arrojadas, disparándolas contra las obras de César tratando de romper la línea de barcas y desbaratar los diques.

Todos los días había escaramuzas, peleando desde lejos con hondas, arcos y otras armas arrojadas. Aunque es cierto que César, aún en medio de esas operaciones, no abandonaba sus intentos de llegar a un acuerdo, y aunque le extrañaba que Magio, enviado con su oferta de diálogo a Pompeyo, no volviese con una repuesta, y sus intentos de negociar estaban atrasando sus planes y empresas, todavía creía que debía persistir en alcanzarlo.

Así pues, César envió al legado Caninio Rebilio, amigo y familiar de Escribonio Libón, para que hablase con él y le pidiese que mediase en la paz, y sobre todo que apoyase su intento de reunirse con Pompeyo. César quería transmitirle su enorme confianza en que, si esta reunión tenía lugar, se desistiría de la guerra siguiendo unas condiciones muy razonables; además, a Libón le tocaría gran parte de la gloria y el honor si mediante su empeño y su eficacia se abandonaban las armas.

Libón, después de haber hablado con Caninio, fue a dar parte a Pompeyo. Y en un plazo muy corto envió como respuesta que, como estaban ausentes los cónsules, no se podía sin ellos negociar un acuerdo.

En vista de esto, César decidió no dar un paso más hacia una negociación que había intentado tantas veces en vano, y decidió pensar sólo en la guerra.

27

A los nueve días, cuando César tenía construida ya casi la mitad de su obra, volvieron a Bríndisi, enviadas por los cónsules, las naves que habían transportado a Dirraquio la primera parte del ejército. Pompeyo, o bien porque

le imponían respeto las obras de César, o porque ya desde el principio había decidido abandonar Italia, en cuanto llegaron las naves dispuso el embarque de sus tropas.

Con el fin de impedir con mayor facilidad el asalto de la ciudad por César, Pompeyo hizo tapiar las puertas, cerrar las calles y plazas, cortar las entradas con zanjas clavando en ellas vigas y estacas agudas, y allanar el suelo con zarzos delgados y tierra, no fuera a ser que entrasen por la fuerza en el momento justo de su partida. Cerró asimismo con vigas muy grandes y puntiagudas dos caminos abiertos que llevaban por el exterior del muro hacia el puerto.

Tras tomar estas precauciones, mandó embarcar en silencio a las tropas y apostó de trecho en trecho sobre la muralla y las torres a algunos soldados voluntarios, y también arqueros y honderos, con la intención de hacerlos retirarse a su señal, cuando ya estuviese embarcado todo el ejército. Con ese fin dejó en lugar seguro embarcaciones ligeras.

28

Los ciudadanos de Bríndisi, agraviados por las extorsiones a que los habían sometido los soldados de Pompeyo y por los ultrajes de éste, estaban de parte de César. Tan pronto como supieron de la partida de Pompeyo, mientras éstos andaban de arriba abajo ocupados en preparar el viaje, no dejaron de hacer señas desde los terrados. Fue así como César fue advertido y dio la orden de preparar escalas y armar a los soldados, para no perder la oportunidad de ejecutar el ataque.

Pompeyo se hizo a la mar en plena noche. Los que habían quedado de guardia en la muralla fueron avisados con la señal acordada, y por senderos conocidos corrieron a embarcarse. Los soldados de César escalaron los muros, pero se detuvieron al ser avisados por los vecinos de que tuviesen cuidado con las empalizadas ciegas y las zanjas encubiertas. Guiados a través de un largo rodeo, llegaron a puerto, donde, metidos en barcas y en chalupas, apresaron dos navíos cargados de tropas pompeyanas que habían encallado en los diques de César.

29

César, aunque sabía que la solución más fácil para acabar cuanto antes este asunto era formar una escuadra y perseguir a Pompeyo antes de que se reforzase con ayuda de ultramar, temía invertir en esto mucho tiempo, ya que Pompeyo se había llevado todas las naves y le había imposibilitado, por el momento, hacerse con medios para seguirle.

Solo quedaba esperar a que viniesen embarcaciones de lugares más lejanos, como la Galia, la Marca de Ancona y el Estrecho. Pero eso, en el momento del año en que se encontraban, sería largo y dificultoso. César no quería que en ese tiempo Pompeyo se asegurase las tropas veteranas y las de las dos Españas, las cuales tenía a su disposición debido a los enormes favores que le había concedido antes; ni que tampoco se hiciese con tropas auxiliares o de

caballería, o que en su ausencia inquietase a la Galia o Italia.

30

Abandonando por el momento la idea de perseguir a Pompeyo, César decidió ir a España.

Dio orden a los representantes de todas las ciudades que le diesen naves y se preocupasen de enviárselas a Bríndisi. Envió con una legión al legado Valerio a Cerdeña; a Curión con tres y con poderes de pretor a Sicilia, ordenándole que, una vez hubiese sosegado esa provincia, fuese inmediatamente a África.

Por los pompeyanos, gobernaba Cerdeña Marco Cota, y Sicilia, Marco Catón. El gobierno de África le había tocado a Tuberón. Los de Caller, al oír la elección de Valerio, aún antes de que éste partiese de Italia, se adelantaron a expulsar de la ciudad a Cota. Él, amedrentado, viendo alzarse contra sí a toda la provincia, huyó de Cerdeña a África.

Catón se estaba encargando en Sicilia de reparar las galeras viejas y en pedir a las ciudades otras nuevas; hacía levadas de ciudadanos romanos en la Lucania y el Abruzzo por medio de sus oficiales, y exigía de las ciudades cierto número de hombres de infantería y caballería. En cuanto se enteró de la llegada de Curión se quejó en junta pública de la siguiente forma:

– He sido abandonado y vendido por Pompeyo, quien hallándose desprovisto de todo, ha emprendido una guerra innecesaria. Y eso que cuando el Senado y yo mismo le preguntamos sobre este punto, aseguró que estaba preparado.

Hecha en público esta queja, se escapó de la provincia para reunirse en Albania con Pompeyo.

31

Con ambos gobiernos vacantes, llegaron con sus ejércitos Valerio a Cerdeña y Curión a Sicilia.

Tuberón, a su llegada a África, encontró al mando de la provincia a Accio Varo. Éste, según se ha dicho, perdidas cerca de Osimo sus cohortes, había pasado de inmediato a África y por su propia voluntad se había apoderado del gobierno vacante en nombre de Pompeyo. Había formado con levadas dos legiones, algo que le había resultado fácil debido al conocimiento que tenía de la gente y del país; Accio Varo había gobernado pocos años antes aquella provincia, antes de ser promovido a pretor.

32

César, después de esto, repartió los soldados por los pueblos vecinos para que descansasen el tiempo que restaba, y él en persona fue a Roma.

Convocado el Senado relató los despropósitos de sus enemigos. Hizo ver cómo él no había pretendido ningún poder extraordinario, sino que esperando el plazo legal para pretender el consulado, se había contentado con lo que a ningún ciudadano se le negaba. Que a pesar de las contradicciones de sus enemigos y de la fiera oposición de Catón – que con sus usuales y extensos

razonamientos trataba de alargar el asunto – los diez tribunos habían decretado que se contase con él para el cargo de cónsul, aun estando ausente, siendo cónsul en ese momento el mismo Pompeyo. El cual, si desaprobaba el decreto, ¿cómo permitió que se publicase? Y si lo aprobó, ¿por qué impidió la aplicación de la voluntad del pueblo?

Les expuso su pesadumbre al haberle pedido que abandonase a sus tropas, lo cual redundaba en el menoscabo de su honor. Y les mostró la sinrazón de los contrarios al proponerle condiciones que ellos mismos no querían aceptar para sí mismos, estando dispuestos antes a echar todo a perder que dejar el mando.

Hizo hincapié en la injusticia de quitarle las legiones, en el violento e irregular proceder contra los tribunos de la Asamblea, en las condiciones propuestas por su parte y las reuniones que deseó con ahínco, pese a serle negadas una y otra vez. Y les rogó que tomasen a su cargo la República y le ayudasen a gobernarla; que si sentían temor a tomar la decisión, él no les haría daño y se encargaría de todo. También insistió en la necesidad de enviar embajadores a Pompeyo para tratar la negociación.

No le importaba lo que Pompeyo había dicho poco antes en el Senado: que aquellos a quienes se envían embajadores son reconocidos por este hecho como superiores, y queda de manifiesto el miedo de quien los envía. Para César ésas eran palabras de un ánimo frágil y apocado. Lo que él quería, como había procurado siempre hacer en todas sus iniciativas, era defender la justicia y equidad.

33

El Senado aprobó el envío de embajadores, pero no encontraba quien quisiese ir. El motivo principal de rechazar este cometido era el miedo, porque Pompeyo, al despedirse de Roma, había dicho en el Senado que a los que se quedasen en Roma los consideraría también seguidores de César.

Así se malgastaron tres días inútilmente. Mientras tanto, los enemigos de César sobornaron al tribuno Lucio Mételo para que fuese dilatando la conclusión del asunto y pusiese trabas a todas las demás cosas que se había propuesto hacer.

César descubrió esta trama, y sin querer perder más tiempo, desaprovechados ya varios días, se fue de Roma sin haber hecho nada de lo que había pensado hacer y entró en la Galia Ulterior.

34

Una vez allí, fue informado de que Pompeyo había enviado a España a Vibulio Rufo, a quien pocos días antes, preso en Corfinio, el mismo César había dejado libre; también fue informado que Domicio había partido a tomar posesión de Marsella con siete galeras fletadas por particulares en la isla de Giglio y Cala de Cosa, que había cargado esas naves con sus siervos, libertos y gente del campo; que Pompeyo había enviado por delante a los diputados de Marsella, jóvenes del máximo honor en aquella ciudad, ordenándoles al partir de Roma que no prefiriesen los favores más recientes de César a los que ya

anteriormente habían recibido de él mismo.

Debido a estas órdenes los marselleses habían cerrado las puertas a César y llamado en su ayuda a los albicos, gente bárbara, que eran sus aliados desde tiempos antiguos y vivían en las montañas de Marsella. Habían hecho acopio de trigo de la comarca y de todas sus villas, y también habían puesto en la ciudad talleres de armas, habiendo reparado los muros, los navíos y las puertas.

35

César hizo llamar a quince de los líderes de Marsella, y les aconsejó así:

– No seáis vosotros, marselleses, los primeros en declarar la guerra. Deberíais seguir antes el ejemplo de toda Italia que rendiros a la voluntad de un solo hombre.

Añadió otras varias razones que le parecían apropiadas para sosegar sus ánimos. Los diputados informaron a la Junta sobre esta reunión y volvieron a César con esta respuesta del Senado marsellés:

– Bien sabemos que el pueblo romano está dividido en dos facciones. Pero no es de nuestra competencia decidir cuál de las dos es la mejor. Los jefes de dichas facciones son Cneo Pompeyo y Cayo César, protectores de nuestra ciudad. El primero nos ha dado las tierras de los volcas, arecómicos y helvios; y el segundo nos ha adjudicado la Galia conquistada y nos ha aumentado las rentas del fisco. Así que, siendo iguales los beneficios recibidos de ambos, debe ser igual nuestra correspondencia. No daremos ayuda a ninguno de los dos contra el otro, ni le daremos acogida en la ciudad o en los puertos.

36

Mientras se sucedían estas peticiones y respuestas, Domicio llegó con sus navíos a Marsella y le recibieron dentro, dándole el gobierno de la ciudad y dejando a su voluntad la dirección de la guerra.

Siguiendo sus órdenes enviaron embarcaciones a diversos lugares para embargar todos los navíos mercantes que se hallaban por la costa y traerlos al puerto. Se aprovecharon de sus clavos, su madera y sus pertrechos para armar y reforzar a los otros. Depositaron en un almacén público todo el trigo que encontraron, y los demás géneros y provisiones los reservaron para el momento del sitio, en el caso de que éste sucediese.

César, irritado ante tales injurias, mandó venir a tres legiones a Marsella y trató de disponer bastidas y galerías para invadir la ciudad. También ordenó fabricar doce galeras en Arles, las cuales fueron construidas y armadas treinta días después de haber cortado la madera, y conducidas a Marsella, donde César las puso al mando de Decio Bruto, dejando a cargo de Cayo Trebonio el sitio de la ciudad.

37

A la vez que disponía y ejecutaba estas cosas, César envió por delante a España al legado Cayo Fabio con tres legiones que invernaban en Narbona y

sus alrededores, dándole orden de que sin tardanza fuesen a ocupar los puertos de los Pirineos, custodiados en ese momento por el legado pompeyano Lucio Afranio; hizo que le siguiesen las legiones que invernaban más lejos. Fabio, tan pronto como se le hizo el encargo, desalojó la guardia pompeyana de los puertos pirenaicos y, avanzando a largas jornadas, marchó sobre el ejército de Afranio.

38

Con la llegada de Vibulio Rufo, enviado como se ha dicho a España por Pompeyo, los tres legados de éste, Afranio, Petreyo y Varrón, recibieron instrucciones para la guerra. El primero gobernaba con tres legiones la España Citerior, el segundo desde la sierra de Cazorla hasta el Guadiana con dos legiones, y el tercero con otras dos desde el Guadiana, el territorio de los vetones y Portugal. Acordaron entre sí que Petreyo viniese con todas sus tropas desde Portugal, pasando por tierras de los vetones, a reunirse con Afranio. Y que Varrón tomase a su cargo con sus legiones la defensa de toda la España Ulterior.

Petreyo exigió a toda Portugal caballos y ayuda, como lo hizo Afranio de los celtíberos y los cántabros, y de todos los extranjeros que habitaban las costas. Una vez que Petreyo reunió lo que necesitaba, marchó a toda prisa por tierra de los vetones- zona actual de Castilla y León- a reunirse con Afranio.

Unidos, deciden de común acuerdo comenzar la campaña en Lérica debido a las ventajas del sitio.

39

Eran tres, como hemos mencionado antes, las legiones de Afranio y dos las de Petreyo, sin contar unas ochenta cohortes de soldados españoles; además de las cohortes de la España Citerior que usaban escudos normales, y las de la Ulterior que utilizaban escudos de cuero. En caballería aproximadamente cinco mil caballos procedentes de una y otra provincia española.

César había enviado por delante a sus legiones a España, y seis mil soldados de infantería, tres mil de caballería y tropas auxiliares que le habían servido en todas las guerras pasadas, además de otros tantos escogidos por él mismo en la Galia después de haber llamado de cada ciudad a los más nobles y valientes de todos. Entre éstos venía la flor de Aquitania y de las montañas colindantes con la Provincia Romana.

Como había corrido el rumor de que Pompeyo pensaba pasar a España con sus legiones por Mauritania, y que lo haría muy pronto, César tomó dinero prestado de los tribunos y centuriones, y lo distribuyó entre los soldados. Con esto logró dos cosas: comprometer en su bando a los oficiales debido a su préstamo, y ganar la voluntad de los soldados con el donativo.

40

Fabio, con cartas y mensajes, procuraba sondear los ánimos de los pueblos

vecinos. Había hecho dos puentes en el río Segre, a cuatro millas de distancia uno del otro. Por ellos enviaba a los hombres en busca de forraje, porque los que había en su orilla del río se habían consumido en los primeros días.

Eso mismo estaban haciendo los capitanes del ejército pompeyano, y eran continuas por ambas partes las escaramuzas de la caballería.

Un día, siguiendo la costumbre diaria, salieron dos legiones de Fabio para escoltar a los que iban en busca de forraje y cruzaron el río, siguiéndolas el equipaje y toda la caballería. De pronto, un repentino huracán y un enorme aguacero destrozaron el puente y quedó atrapada una gran parte de nuestra caballería. Petreyo y Afranio se dieron cuenta de ello, debido a los residuos y los zarzos que llevaba el río. Así que Afranio hizo cruzar cuatro legiones y a toda la caballería el puente que tenía junto a la ciudad y a su campamento, y fue al encuentro de las legiones de Fabio.

Avisado de su inminente llegada, Lucio Planeo, quien las dirigía, toma un altozano apremiado por la necesidad, y las hace formar dando dos frentes a la batalla, para que la caballería enemiga no pudiese rodearle.

De esta forma, combatiendo con menor número de hombres, contuvo los ataques de las legiones y caballería enemigas. Con la caballería en pleno combate, unos y otros avistaron a lo lejos los estandartes de dos legiones que Cayo Fabio enviaba por el otro puente en ayuda de los nuestros, sospechando que los comandantes contrarios se aprovecharían de la ocasión y el favor de la fortuna para sorprender a los nuestros, tal y como había sucedido. Con el refuerzo de las legiones cesó la pelea, y cada cual se retiró con sus tropas a sus respectivos campamentos.

41

Dos días después llegó César al campamento con novecientos caballos que había reservado para su guardia. Por la noche mandó reedificar el puente que la tempestad había desbaratado y que aún estaba sin reparar.

Él mismo en persona, enterado de la situación del lugar, dejó para defensa del puente y del campamento seis cohortes con todo el equipaje, y al día siguiente, formando su ejército en tres columnas, tomó camino a Lérica. En cuando avistó el campamento de Afranio dio la voz de alto y se quedaron allí un rato empuñando armas, presentando batalla en el llano. Afranio, cayendo en la provocación, sacó sus tropas y se apostó en medio de una colina debajo de sus trincheras.

César, viendo que no era intención de Afranio entrar en batalla, decidió armar sus tiendas a cuatrocientos pasos de la falda del monte. Y para evitar que los soldados fuesen sorprendidos e interrumpidos en sus trabajos, no quiso que se hiciese el muro de estacas, que sobresaldría y sería visto desde lejos, sino que ordenó abrir un foso de quince pies por la parte frontal, y por los laterales que daban al campamento enemigo. El primer y segundo escuadrón se mantenían armados, formados como al principio, y el tercero, escondido a sus espaldas, iba trabajando. Así se acabó la obra antes de que Afranio se diese cuenta de que fortificaban su campamento.

42

Al anochecer César metió a las legiones dentro de ese foso, y en él pasó la noche con las armas preparadas. Al día siguiente mantuvo al ejército dentro del foso; pero teniendo en cuenta que tendrían que ir a buscar la madera muy lejos, dio indicaciones para una nueva obra. Asignó cada uno de los lados del campamento a una de las legiones para que se encargaran de atrincherarlo construyendo fosos del mismo tamaño del primero. A las demás legiones las puso en orden de batalla, preparadas contra el enemigo.

Afranio y Petreyo, para meter miedo y estorbar los trabajos, sacaron a sus tropas al pie del monte y provocaron a la pelea. Pero ni siquiera eso hizo que César interrumpiese la obra, confiando en las tres legiones y en el obstáculo del foso. Ellos, sin detenerse mucho ni alejarse de la falda del cerro, recogieron las tropas a los cuarteles.

Al tercer día, César guarneció el campamento con empalizada de estacas y mandó trasladar las cohortes de Fabio y los equipajes que allí había dejado.

43

Entre la ciudad de Lérida y el collado próximo donde Petreyo y Afranio estaban atrincherados, había un llano de trescientos pasos, y casi en mitad de éste se hallaba una colina algo elevada. César esperaba ocuparla y fortificarla muy bien para cortar el paso de los enemigos hacia la ciudad, al puente y a las provisiones almacenadas en la fortaleza.

Con esta esperanza sacó del campamento a tres legiones y las colocó en formación en los lugares oportunos, haciendo que las primeras filas de una legión avanzasen corriendo a ocupar aquella colina. Observando este movimiento, las cohortes que hacían guardia en el campamento de Afranio fueron destacadas a toda prisa por un atajo para ganar ese mismo puesto.

Se armó la batalla. Pero, como los hombres de Afranio habían llegado antes, rechazaron a los nuestros, y al llegar los refuerzos los obligaron a huir y a retirarse.

44

La manera de pelear de los contrarios era ésta: arremetían con gran furia; intrépidos en ganar posiciones, no se preocupaban mucho de guardar sus filas y combatían desunidos y dispersos; cuando se veían en apuros, no tenían problema en echarse atrás y abandonar el terreno. Se habían acostumbrado a esta forma de combate peleando con los portugueses y otros extranjeros, como sucede habitualmente que al soldado se le peguen las costumbres de los países donde ha envejecido.

El hecho es que los nuestros quedaron desconcertados porque no estaban acostumbrados a semejante forma de pelear. Así que creyeron que iban a ser rodeados por los costados al descubierto al verlos avanzar corriendo cada uno por su lado, cuando ellos, al contrario, sabían que debían guardar las filas y no apartarse de las banderas ni desamparar el puesto ocupado sin un motivo

grave. Desordenados los cabecillas, la legión de aquella ala flaqueó y se retiró a un montículo cercano.

45

César, viendo a su escuadrón huyendo despavorido –cosa nunca antes vista– animó a los suyos y les envió de refuerzo a la legión novena. Ésta consiguió reprimir al enemigo que iba persiguiendo a los nuestros con furia, y les obligó a dar media vuelta y retirarse hacia Lérída hasta ampararse debajo de sus muros.

Pero los soldados de la legión novena, debido al demasiado ardor con el que quisieron vengar el anterior desaire, corrieron de forma incauta tras los enemigos y se encontraron en un lugar desfavorable, penetrando hasta la falda del monte sobre el que había sido fundada la ciudad. Al querer retirarse de allí, los enemigos cargaron contra ellos desde arriba.

El lugar era escarpado y con pendiente por ambos lados. A lo ancho solo cabían en él tres cohortes en escuadrón, que ni podían ser ayudadas por los lados ni amparadas en la lucha por la caballería. Por la parte que daba a la ciudad había una pendiente menos pronunciada de aproximadamente cuatrocientos pasos. Por ahí debía producirse la retirada de los nuestros, después de que su fogosidad mal calculada los llevase tan adelante.

El sitio donde peleaban era igualmente peligroso por su estrechez, como porque situados en la falda de la montaña eran blanco fácil y certero para los enemigos. Sin embargo, con grandes muestras de valor y sacrificio, resistían la carga. Los enemigos iban ampliando su número, destacando continuamente cohortes de refresco del campamento que cruzaban la ciudad para relevar a los más cansados. Eso mismo tenía que hacer César para retirar a los cansados y reemplazarlos con tropas de refresco.

46

Este combate duró cinco horas. Pero los nuestros, viéndose cada vez más agobiados por la muchedumbre, y habiendo acabado ya todas sus flechas, arremetieron espada en mano y cuesta arriba contra las cohortes pompeyanas. Derribando algunos, obligaron a los demás a retirarse.

Una vez que hicieron retroceder a las cohortes hasta el pie de la muralla, e incluso a parte de ellas hasta dentro de la ciudad debido al temor que les habían infundido, los nuestros aseguraron la retirada. La caballería, bien apostada al pie de la pendiente, trepó con bríos hasta la cima y corriendo entre los dos escuadrones hizo más expedita y segura la retirada de los nuestros.

Así fueron varios enfrentamientos de la batalla. En el primer encuentro cayeron de los nuestros alrededor de setenta hombres, entre ellos Quinto Fulgino comandante de los piqueros de la legión decimocuarta, que de soldado raso había subido a este grado por sus señalados méritos. Los heridos fueron más de seiscientos. De los contrarios murió Tito Cecilio, centurión de la primera fila y también cuatro capitanes con más de doscientos soldados.

47

Unos y otros creyeron haber ganado esa batalla. Los de Afranio, porque todos les habían señalado como inferiores y habían aguantado mucho tiempo peleando cuerpo a cuerpo y resistiendo el empuje de los nuestros, apoderándose los primeros de la colina que había sido objeto de la refriega y causando la retirada de los nuestros en el primer choque. Los de César porque, siendo menos en número y encontrándose en desventaja sobre el terreno, habían aguantado durante cinco horas el combate, habían escalado la montaña espada en mano y habían desalojado a los contrarios de su posición ventajosa, forzándolos a huir y meterse en la ciudad.

Al final los enemigos fortificaron el alto por el cual se había combatido con grandes protecciones y pusieron en él un cuerpo de guardia.

48

Dos días después de estos hechos surgió un contratiempo repentino: sobrevino un temporal tan fuerte que no se habían visto nunca antes en esos parajes aguaceros mayores. Derritiéndose la abundante nieve de las montañas de los Pirineos, el río se desbordó y en un solo día se llevó por delante los dos puentes construidos por Cayo Fabio, lo que ocasionó graves problemas al ejército de César.

El campamento estaba, como se ha dicho antes, entre los ríos Segre y Cinca, ambos intransitables a lo largo de treinta millas, por lo que se vieron obligados a permanecer en ese reducido espacio. Las ciudades que habían mostrado su apoyo a César no podían suministrar provisiones. Tampoco podían volver los que se habían marchado en busca de forraje, detenidos por los ríos, ni llegar al campamento los grandes convoyes que venían de Italia y de la Galia.

Era la estación más complicada del año; el trigo no había crecido y las provisiones de los pueblos estaban bajo mínimos, porque Afranio había conducido a Lérida casi todo el grano antes de la llegada de César. Si algo había quedado, César ya lo había consumido. El ganado, que podría en parte suplir la falta de cereales, las ciudades cercanas lo habían alejado por miedo a la guerra. Los que se internaban en busca de heno y pan eran perseguidos por los cazadores portugueses y los adargueros de la España Citerior, conocedores de la tierra y a quienes les resultaba muy fácil pasar a nado el río por ser costumbre de todos ellos hacerlo al llevar odres al campo.

49

El ejército de Afranio, por el contrario, estaba proveído de todo en abundancia. Tenía mucho trigo acumulado y traído hacía tiempo, otro tanto que se iba trayendo de toda la provincia y gran cantidad de forraje. Todo esto se lo facilitaba sin ningún riesgo el puente de Lérida y los territorios todavía intactos de la otra parte del río, inaccesibles por completo para César.

50

Las crecidas duraron muchos días. César intentó restaurar los puentes, pero

ni el caudal del río se lo permitía, ni le dejaban hacerlo las cohortes de los contrarios apostadas en la ribera. Impedirlo les era fácil, tanto por la violencia y la altura del agua, como porque desde todas las márgenes asestaban tiros contra un único sitio muy estrecho. A César se le hacía muy difícil apuntalar la obra sobre un río rapidísimo y a la vez ponerse a cubierto de los tiros.

51

Afranio se enteró de que los grandes convoyes dirigidos a César habían hecho alto a la orilla del río. En ellos venían arqueros de Rodas y caballería de la Galia con muchos carros y grandes equipajes, como era costumbre de los galos; y además, seis mil hombres de toda clase con sus familias, sin ningún orden ni subordinación, ya que cada uno se gobernaba a su manera y todos caminaban sin recelo, conforme a la libertad de tiempos pasados y lo transitables que eran los caminos. Venían muchos nobles, hijos de senadores y caballeros, diputados de las ciudades y también legados de César. Y todos estaban detenidos a causa de la crecida de los ríos.

Afranio, con el fin de sorprenderlos, marcha de noche con toda la caballería y tres legiones, y ataca de improviso con la caballería por delante. Sin embargo, los jinetes galos se ordenaron enseguida y entablaron batalla, y siendo pocos aguantaron contra muchos, mientras las armas fueron iguales. Pero en cuanto vieron avanzar las banderas de las legiones, perdiendo a parte de sus hombres, se retiraron a los montes vecinos.

Que ocurriese este choque dio vida a los nuestros, porque aprovechándose de él se pudieron retirar a las alturas. Perdieron la vida ese día cerca de doscientos arqueros, algunos caballos y pocos gastadores, así como parte del equipaje.

52

Con todos estos sucesos se encarecieron los suministros, como suele suceder no sólo por la carestía presente, sino también por el miedo a la que vendrá.

Se vendía el celemín de trigo (4,5 kl) por cincuenta dineros, y los soldados estaban enflaquecidos por la falta de pan. Las incomodidades crecían día a día, y en tan poco tiempo cambiaron tanto las cosas y la suerte, que los nuestros carecían de las cosas más necesarias, mientras los enemigos tenían de todo en abundancia, creyéndose por ello superiores.

César, a falta de cereales, pedía ganado a las ciudades aliadas. Y enviaba a los pueblos más lejanos comerciantes, intentando por todos los medios posibles remediar la necesidad que les acuciaba.

53

Afranio, Petreyo y sus amigos escribían a los suyos sobre todas estas cosas a Roma, presumiendo y exagerándolas aún más de lo que eran. Se divulgaban muchas falsas noticias, de tal manera que la guerra se daba casi por concluida y César derrotado.

Una vez publicadas en Roma estas cartas y noticias, fue grande la presencia

de la gente en la casa de Afranio, para darle la alegre enhorabuena. Muchos partían de Italia hacia donde estaba Pompeyo en Albania; unos para ser los primeros en mostrar la satisfacción; otros para que no se dijese que habían estado esperando al desenlace de la guerra o que habían llegado los últimos de todos.

54

Estando tan mal las cosas –todos los caminos estaban tomados por los soldados y la caballería de Afranio, resultando imposible reparar los puentes– César ordenó a los suyos fabricar barcas de la misma manera de las que habían visto usar años antes en Britania.

Primero se hacía la quilla y el armazón de madera ligera, y el resto del casco se tejía con mimbres y se cubría con cuero. Una vez que estuvieron concluidas, las hizo conducir de noche en carros veintidós millas más allá del campamento, para que allí los soldados cruzasen el río en ellas. Así consiguió hacerse por sorpresa con un ribazo contiguo a la orilla, y los fortificó antes de que lo advirtiesen los enemigos.

Envió allí una legión y comenzando a construir el puente desde las dos orillas a la vez, lo concluyó en dos días. Así abrió paso seguro a su campamento para los convoyes y para los que se habían alejado en busca de provisiones. Y empezó a dar disposiciones sobre éstas.

55

El mismo día hizo cruzar a gran parte de la caballería; la cual, asaltando a los forrajeadores pompeyanos que andaban desperdigados sin cuidado ni sin temor, se apoderó de gran número de ganado y de hombres. Las tropas se dividieron en dos partes: una encargada de custodiar las provisiones, y la otra para defenderse y rechazar a los que llegaban.

A una partida enemiga que se separó del grupo y se adelantó de forma incauta, le cortaron la retirada y la destrozaron por completo. Así que, los nuestros sin perder un solo hombre volvieron por el mismo puente cargados con el botín.

56

Mientras esto sucedía en Lérida, los marsellese, de acuerdo con Lucio Domicio, ayudaron con diecisiete galeras al enemigo, once de ellas cubiertas. Las acompañaron con muchos bajeles menores para asustar con el número a nuestra escuadra. Embarcaron en ellas un gran número de arqueros y no menos de ciudadanos álbicos, de quienes se ha hecho antes mención, convenciéndolos con premios y promesas.

Domicio pidió naves para su propio uso y las llenó de libertos y esclavos que había conducido en su compañía. Tripulada así su armada, partieron con gran confianza contra nuestras embarcaciones, a las que comandaba Decio Bruto y que estaban en una isla frente a Marsella.

57

Era mucho menor el número de las naves de Bruto, pero llevaban a bordo a los hombres más valientes, escogidos de entre todas las legiones, cabecillas y centuriones, que se habían ofrecido voluntariamente para esta acción.

Se habían provisto de arpones y garfios, y estaban armados con gran cantidad de flechas, lanzas y demás armas arrojadas. Con todo ello, una vez que avistaron al enemigo, salieron del puerto a enfrentarse con los marselleses.

El combate fue porfiado. No eran menos valientes que los nuestros los albicos, gente feroz, huraña y bien aguerrida. Además, como acababan de salir de Marsella, conservaban fresco el recuerdo de las promesas que les habían hecho. Los esclavos, también gente indómita, estimulados por la esperanza de la libertad, procuraban quedar bien delante de los ojos de sus dueños.

58

Los marselleses, por su parte, valiéndose tanto de la ligereza de sus bajeles como de la pericia de sus pilotos, eludían el golpe de los nuestros cuando eran atacados, y en cuanto podían adentrarse en el mar, extendiendo más la línea, ponían todo su empeño en rodear a los nuestros para atacar con varias naves a una, e intentaban arrollar nuestros remos atravesando rápidamente junto a nuestras bordas. Cuando era inevitable arrimarse, sustituían con la fiereza de los montañeses la destreza de los pilotos y las maniobras.

Los nuestros tenían marineros menos experimentados y pilotos menos hábiles -sacados de los navíos mercantes- que ni siquiera conocían los términos de marinería. Se añadía a eso lo pesadas que eran sus naves, porque habían sido hechas a toda prisa con madera verde y no podían moverse con tanta rapidez. Se encontraban en apuros; así que a la mínima ocasión de pelear mano a mano lo hacían sin miedo, incluso con una sola nave contra dos, aferrándose y enzarzándose con ambas al mismo tiempo. Peleaban por las dos bandas e incluso saltaban dentro de las naves enemigas; hasta que tras una gran matanza de albicos y esclavos echaron parte de los navíos a pique, apresaron a otros con su tripulación y a los demás pompeyanos los obligaron a refugiarse en el puerto.

Ese día perdieron los de Marsella nueve naves, incluidas las apresadas.

59

Tras recibir César la noticia de este suceso, y acabado ya el puente, cambiaron las cosas.

Los enemigos, intimidados por el valor de nuestra caballería, no osaban correr tan libremente por el campo. Unas veces, sin apartarse mucho del campamento para tener fácil la retirada, forrajeaban dentro de ese espacio tan pequeño; otras, dando un gran rodeo, evitaban el encuentro de los piquetes apostados. Incluso había ocasiones en las que tras recibir algún daño o con solo ver de lejos a la caballería, dejaban su cargamento y huían.

Al final abandonaron el forraje durante varios días y, de forma bastante inusual, iban de noche a buscarlo.

60

Mientras tanto, los de Huesca y los de Calahorra agregados a su jurisdicción, enviaban diputados a César ofreciéndose a obedecerle. Así lo hicieron también los de Tarragona, Jaca y los de Vich, y poco después los ilergetas, cercanos al Ebro. A todos ellos César les pidió que acudiesen a él con tropas. Ellos se lo prometieron, y después de reunir caballería por todas partes se la llevaron al campamento.

Una vez que esto ocurrió, una cohorte de ilergetas que estaba con los pompeyanos, al enterarse de la determinación que había tomado su provincia, alzó los estandartes del puesto en el que hacían guardia y se pasaron al bando de César.

En muy poco tiempo cambió mucho el estado de las cosas. Se concluyó el puente, cinco ciudades principales se declararon aliadas, fluyeron las provisiones y se desvanecieron los rumores que aseguraban que Pompeyo llegaba con sus legiones a través de Mauritania para ayudar a los suyos. Muchas comunidades de las más lejanas renunciaron a la amistad de Afranio y abrazaron la causa de César.

61

Así pues, con el ánimo perturbado de los contrarios y habiendo visto un sitio adecuado para hacerlo, César decidió abrir muchas zanjas de treinta pies de profundidad para evacuar por ellas parte del río Segre y así hacerlo vadeable. Quería evitar el tener que destacar siempre a la caballería y hacerla dar un rodeo por el puente.

Estando a punto de concluirlos, Afranio y Petreio comenzaron a sentir un gran temor a ser totalmente privados de los víveres debido a la gran ventaja que les llevaba la caballería de César; así que decidieron dejar esa provincia y trasladar la guerra a la Celtiberia. A esta resolución contribuía también que las ciudades de allí que se habían opuesto a los avances de Sertorio en la antigua guerra pasada, habían sido vencidas y respetaban el nombre del vencedor - Pompeyo-, aunque éste estuviese ausente. Y las que siempre habían estado al servicio de Pompeyo le amaban por todos los beneficios recibidos; sin embargo, el nombre de César era menos conocido entre los extranjeros. Así que prometían grandes refuerzos de tropas de caballería e infantería, y pensaban en prolongar la guerra en sus tierras hasta el invierno.

Tomada esta decisión ordenaron coger barcas por todo el Ebro y conducir las hasta Mequinenza. Esta ciudad estaba en la orilla del Ebro, a veinte millas de su campamento. Allí dispusieron formar un puente con barcas y, haciendo cruzar a dos legiones el río Segre, fortificaron un campamento con un vallado de doce pies de altura.

62

César averiguó a través de los exploradores las intenciones de los enemigos. Mediante el continuado trabajo de sus soldados, día y noche, vaciando el río

tenía ya previsto que la caballería, si bien con algunas dificultades y molestias, pudiese y osase vadear el río. La infantería, con el agua hasta el cuello, no podía cruzarlo debido al gran caudal y a la fuerte corriente.

Pese a todo, casi al tiempo mismo que llegó la noticia de que el puente sobre el Ebro estaba a punto de ser concluido, se encontró un vado en el Segre.

63

En vista de esto los soldados de Afranio creyeron que debían acelerar la marcha. Así que dejando dos cohortes auxiliares para la defensa de Lérida, cruzaron con todas las tropas el río Segre y fueron a unirse con las dos legiones que habían pasado unos días antes.

A César no quedaba más remedio que ir con la caballería incomodando y atacando el ejército de los contrarios, ya que la marcha del suyo por el puente no podía realizarse sin dar un gran rodeo, mientras que ellos podían llegar al Ebro por un camino más corto.

La caballería cruzó el río por la zona de vadeo y, dado que Petreyo y Afranio habían levantado el campamento a medianoche, se dejó ver de repente encima de la retaguardia de los enemigos. Atacaron para dividirla y rodear a los rezagados, poniéndola en apuros y deteniendo su marcha.

64

Al amanecer, desde las colinas cercanas a nuestro campamento, se podía ver cómo los nuestros ponían en aprietos a las últimas filas de las tropas enemigas. Unas veces la retaguardia se detenía y se quedaba cortada; otras veces contraatacaban a los nuestros, acometiendo con las cohortes unidas y los rechazaban. Pero cuando daban la vuelta los nuestros volvían a perseguirlos.

En vista de esto los soldados se reunían por todo el campamento en corrillos y se quejaban de que se dejase escapar al enemigo de nuestras manos, y que de esa forma se alargase la guerra. Corrían hacia los centuriones y los tribunos suplicando que le hiciesen saber a César que no tenía por qué recelar del peligro o de su entrega, que estaban preparados y que se ofrecían a vadear el río por donde lo había hecho la caballería.

Movido César por sus peticiones y su insistencia, y aunque temía exponer al ejército al riesgo de cruzar un río tan caudaloso, decidió intentar el vadeo y hacer la prueba. Pese a todo, mandó apartar de las compañías a los soldados que, por falta de ánimo o de fuerzas, no parecían poder servir en esta acción. Los dejó en el campo con una legión y sacó con rapidez a las demás. Poniendo en ambos sentidos de la corriente a un gran número de caballos hizo pasar al ejército por el medio. Algunos soldados, arrastrados por la violencia del río, son detenidos y ayudados por la caballería logrando que no se ahogase ninguno.

Una vez que el ejército cruzó sin ninguna baja, César ordenó sus tropas y empezó a marchar en formación de tres columnas, y fue tanta la entrega de los soldados que, a pesar de haber dado un rodeo de seis millas y haber tardado mucho en vadear el río, antes de las tres de la tarde pudieron alcanzar a los

enemigos que habían salido a medianoche.

65

Cuando Afranio y Petreyo los reconocieron a lo lejos, asustados, se hicieron con las posiciones más altas y ordenaron formar a la tropa para la batalla. César hizo descansar a la suya en el llano, para no hacer que llegase cansada al combate. Pero al intentar los enemigos proseguir su viaje continuó en su persecución y les obligó de nuevo a detener la marcha. Así que ellos, por pura necesidad, acamparon antes de lo que tenían pensado.

A poca distancia de allí había unos montes que cinco millas más adelante iban a dar a unos senderos escabrosos y estrechos. En su interior querían refugiarse los enemigos para librarse de la caballería de César y, cerrando con guardias las gargantas, impedirnos el paso. De esa manera cruzarían ellos el Ebro sin ningún riesgo ni temor. Pero, rendidos tras el combate de todo el día y el cansancio del camino, lo dejaron para el día siguiente.

César, mientras tanto, asentó el campamento en un montículo cercano.

66

Alrededor de la medianoche nuestra caballería apresó a algunos que se habían alejado de su campamento en busca de agua. César averiguó a través de ellos que los generales enemigos iban a irse a escondidas. Así que mandó dar la señal de partir y levantar el campamento. Los enemigos oyeron el griterío y, temiendo verse obligados a pelear de noche y con su cargamento auestas, o que la caballería de César los detuviese en los desfiladeros, suspendieron la marcha y se mantuvieron dentro del campamento.

Al día siguiente Petreyo salió del mismo con parte de la caballería a reconocer el terreno. Lo mismo hace César, que envía a Decidió Saja con un piquete a reconocer el campo. Los dos vuelven a los suyos con el mismo informe de la situación: las primeras cinco millas eran una llanura, luego aparecían las sierras y los montes, y quien se hiciese primero con esos desfiladeros cerraría el paso al enemigo sin dificultad.

67

Petreyo y Afranio reunieron al Consejo para tratar este asunto y se deliberó acerca del momento en que se debía partir. La mayoría optaba por esperar a que se hiciese de noche, ya que creían que así podrían llegar a las gargantas antes de ser descubiertos. Otros, después de lo que había ocurrido la noche anterior en el campamento de César, consideraban imposible ocultar la salida. Sabían que por la noche la caballería de César recorría los alrededores y que tenía controlada todas las posiciones y los caminos.

Además querían evitar las batallas nocturnas porque, cuando la guerra es civil, el soldado una vez sobrepasado por el miedo suele moverse más por sus instintos que por el juramento que ha prestado. Por el contrario, a plena luz del día, ésa sería causa de tremenda vergüenza a ojos de todos, y mucho más delante de los tribunos y los centuriones, lo cual servía de freno y también de

estímulo a los soldados.

Así pues, bien mirado todo, era necesario partir a la clara luz del día, ya que si se recibía algún daño se podría al menos, salvando a la mayoría del ejército, hacerse con la posición que pretendían. Este dictamen prevaleció en el consejo y se determinó marchar al amanecer del día siguiente.

68

César, bien informado sobre los senderos, al despuntar el alba sacó a todas las tropas del campamento y, dando un gran rodeo, las va guiando sin seguir una ruta fija.

Como los caminos que iban al Ebro y a Mequinenza estaban cerrados por el campamento enemigo, tuvo que atravesar valles muy hondos e irregulares. En muchos lugares las rocas escarpadas dificultaban la marcha, siendo forzoso pasar de mano en mano las armas y que los soldados, ayudándose unos a otros, hiciesen sin ellas el camino.

Pero ninguno rehusaba ese trabajo con la esperanza de poner fin a la guerra si lograban cerrar el paso del Ebro al enemigo, y así impedir que tuviesen acceso a los víveres.

69

Al principio los soldados de Afranio salían corriendo alegres de su campamento al verlos y les gritaban que por no tener que comer huían y volvían a Lérida. En realidad el camino no llevaba al destino que ellos decían, sino que parecía encaminarse en dirección contraria. Sin embargo, los comandantes no se cansaban de aplaudir su decisión de haberse quedado en el campamento, y se reafirmaban aún más en su opinión viendo a los soldados de César en pleno viaje, sin bestias ni cargamento, previendo que no podrían resistir el hambre por mucho tiempo.

Pero cuando los vieron torcer poco a poco hacia la derecha, y se dieron cuenta que los primeros iban rodeando su campamento, no hubo nadie tan necio ni tan vago que no juzgase necesario salir de inmediato de las trincheras a detenerlos. Así que tocaron la alarma y todas las tropas, menos algunas cohortes que dejaron de guardia, salieron directas en dirección al Ebro.

70

Todo su empeño estaba en tomar la delantera y ocupar primero las gargantas y montes. A César le retrasaba lo dificultoso de los caminos, y a las tropas de Afranio la caballería de César que iba en su persecución.

La verdad es que los de Afranio se hallaban reducidos a tal estado que si llegaban los primeros a los montes, como pretendían, se salvarían a sí mismos pero no podrían salvar el equipaje de todo el ejército ni las cohortes dejadas en el campamento; de ningún modo podrían socorrerlos interponiéndose entre ellos el ejército de César.

César llegó el primero, y bajando de la sierra a campo raso ordenó en él sus tropas para la batalla. Afranio, viendo a su retaguardia molestanda por la

caballería y delante de sí al enemigo, halló para su suerte un montículo e hizo alto en él.

Desde allí destacó cuatro cohortes de escuderos hacia el monte que a vista de todos resultaba el más alto, ordenándoles que fuesen a todo correr a ocuparlo. Su intención era la de pasar él allí con todas sus tropas y, cambiando de ruta, encaminarse por las montañas a Mequinenza.

Al dirigirse los escuderos hacia el monte la caballería de César los vio y se lanzó contra ellos impetuosamente. No pudieron resistir su furia ni siquiera un momento, sino que cogidos en medio, a la vista de ambos ejércitos, fueron masacrados.

71

Ésa era una buena ocasión de concluir gloriosamente la empresa. El propio César reconocía que el ejército contrario no podía contraatacar, atemorizado ante la enorme derrota que acababa de sufrir, y todavía menos estando rodeado por la caballería en un campo de batalla llano y despejado.

Todos se lo pedían: legados, centuriones, tribunos corrían juntos a rogarle que no detuviese la batalla, que todos los soldados estaban dispuestos; al contrario que los de Afranio que en muchas cosas habían dado muestras de su temor, pues no habían socorrido a los suyos, ni habían bajado del montículo. No se habían sabido defender de la caballería y no estaban guardando filas, todos hacinados con sus banderas en un mismo lugar. Le aseguraban a César que si tenía dudas sobre la desventaja de su posición, sin duda aparecería la oportunidad de luchar en lugares igualados, pues Afranio acabaría abandonando el suyo, donde sin agua no sería capaz de subsistir.

72

César había albergado la esperanza de poder acabar con el asunto sin combate ni derramar sangre de los suyos, tras haber cortado el abastecimiento a los contrarios. ¿Qué objeto tenía, incluso en el caso de obtener la victoria, perder a alguno de los suyos? ¿Para qué exponer a ser heridos a soldados tan leales? Y sobre todo, ¿para qué tentar a la suerte, siendo no menos propio de un general el vencer con la estrategia militar que con la espada? Le causaba también compasión la muerte que preveía de tantos ciudadanos y quería conseguir sus objetivos sin sacrificar sus vidas.

Pero esta opinión de César la desaprobaba la mayoría. Incluso los soldados decían sin recato en las conversaciones que si se dejaba pasar tan buena oportunidad de vencer ellos no querrían pelear más tarde, por más que César lo pidiese. Pero él persevera en su determinación, y se desvía un poco de aquel sitio para ocasionar menos recelo a los contrarios.

Petreyo y Afranio, valiéndose de la coyuntura, se retiraron al campamento. César, apostando guardias en las montañas y cerrando todos los pasos hacia el Ebro, se atrinchera lo más cerca que puede del campamento enemigo.

73

Al día siguiente, los jefes de los enemigos, muy contrariados al haber perdido toda esperanza de aprovisionarse y de su viaje al río Ebro, debatían sobre lo que se debía hacer.

Tenían dos opciones: el camino de vuelta a Lérida, o el camino hacia Tarragona. Estaban deliberando sobre ello cuando tuvieron aviso de que sus aguadores estaban siendo molestados por nuestra caballería. Así que decidieron sacar a varios piquetes de caballería y a patrullas de tropas auxiliares, entremezclando cohortes de las legiones, y empezaron a construir una trinchera desde el campamento hasta el agua, para poder ir a sacarla a cubierto sin que fuese necesario poner cuerpos de guardia.

Petreyo y Afranio se reparten la vigilancia de la obra. Para su ejecución tuvieron que alejarse del campamento un buen trecho.

74

Ante su ausencia los soldados, con entera libertad para poder expresarse, se acercaron sin reparo y preguntaron por los conocidos y paisanos que tenían en el campamento de César. Antes que nada dieron a todos las gracias por haberles perdonado la vida el día anterior, habiéndolos visto muertos de miedo. Después indagaron sobre si su general era de fiar y si podrían ponerse en sus manos, y lamentaron no haberlo hecho desde el principio en vez de tomar las armas en contra de sus amigos y parientes.

Alentados por estas charlas le pidieron al general su palabra de que conservaría las vidas de Petreyo y Afranio, para que no creyesen que habían planeado alguna traición o que habían vendido a los suyos. Con este salvoconducto prometieron ir luego y enviaron ante César a los principales centuriones como embajadores de paz.

Mientras tanto, se invitaban y obsequiaban los amigos y parientes de ambos bandos, pasando unos al campamento de los otros, de modo que parecía que de los dos campamentos se había formado uno solo.

Muchos tribunos y centuriones vinieron a ponerse en manos de César. Lo mismo hicieron varios señores españoles a quienes ellos habían llamado y tenían en el campamento como rehenes. Éstos preguntaban por sus conocidos y huéspedes, para conseguir a través de ellos ser presentados y recomendados a César. Hasta el joven hijo de Afranio, utilizando como intermediario al legado Culpicio, trataba con César sobre su libertad y la de su padre.

Todo eran alegrías y parabienes. Unos porque se veían ya libre de peligros, los otros porque se había acabado todo sin derramar ni una gota de sangre. César recogía ahora los frutos de su serenidad y su decisión fue alabada por todos.

75

Advertido Afranio de lo que pasaba dejó la obra empezada y se retiró al campamento, dispuesto, según parecía, a sufrir con ánimo y tranquilidad cualquier acontecimiento. Pero Petreyo no se rindió tan pronto. Armó a sus criados y con éstos, con la guardia española y algunos jinetes extranjeros

favorecidos por él y que solía tener consigo para su protección, apareció de repente en las trincheras; cortó las conversaciones de los soldados, echó a los nuestros del campamento y mató a cuantos cayeron en sus manos.

Los demás se unieron entre sí y, asustados ante aquel inesperado peligro, terciaron los capotes y desenvainaron las espadas; así se defendieron contra los soldados de escudo y a caballo, confiados en la cercanía del campamento, adonde se fueron retirando al amparo de las cohortes que hacían guardia en las puertas.

76

Tras esto Petreyo recorrió llorando las tiendas. Llamó por su nombre a los soldados, y les rogó que no quisiesen entregarse, ni entregar a su ausente general Pompeyo a manos de sus enemigos.

Los soldados acudieron al pretorio. Petreyo les pidió a todos que jurasen no abandonar ni ser traidores al ejército ni a los capitanes, ni tomar decisiones por sí mismos sin consentimiento de sus jefes. Él mismo juró el primero y luego Afranio, a quien obligó a hacerlo de igual manera. Les siguieron los tribunos y los centuriones, y tras ellos los soldados presentados por centurias. Y ordenaron por bando que cualquiera que tuviese oculto a algún soldado de César lo descubriese.

A los entregados los degollaron públicamente en el pretorio. Pese a todo, la mayoría ocultó a sus huéspedes y por la noche los dejaron escapar por la trinchera. Pero el terror impuesto por los jefes, la crueldad del suplicio y la obligación del nuevo juramento cortó toda esperanza de rendición en ese momento y cambió el ánimo de los soldados, llevando las cosas al punto de partida de la guerra.

77

César ordenó buscar con la mayor diligencia a los soldados enemigos que habían entrado en su campamento para hablar con los suyos, y que se los enviaran. Es verdad que algunos tribunos y centuriones se habían quedado por voluntad propia y César les hizo después grandes honores. Promovió los centuriones a mayores grados, y a los caballeros romanos los reintegró en el cargo de tribunos.

78

Los de Afranio padecían ahora escasez de forraje y agua. Las legiones tenían alguna porción de trigo, porque habían recibido la orden de sacar suficiente cantidad de Lérida para veintidós días. A los escuderos y auxiliares les faltaba de todo, tanto por su escasez de medios para aprovisionarse como por sus cuerpos poco acostumbrados a llevar carga. Así pues, cada día se pasaban muchos de ellos al bando de César.

Era grande el aprieto en el que se hallaban. Y la solución más acertada de las dos propuestas parecía ser la de volver a Lérida, porque allí habían dejado un poco de trigo y también esperaban que el tiempo les ayudase a encontrar

una solución a su problema. Tarragona estaba muy lejos, y en un viaje tan largo podían presentarse muchos contratiempos.

Tomada la decisión de volver a Lérida levantaron el campamento.

César, destacando por delante a la caballería para que fuese atacando a su retaguardia y complicase la marcha, los va siguiendo con las legiones. A cada instante la retaguardia tenía que hacer frente a nuestra caballería.

79

El modo de pelear era el siguiente: un escuadrón volante cerraba la retaguardia pompeyana, y si el camino era llano hacían muchas paradas. Cuando tenían que subir algún monte, la propia dificultad del terreno los libraba del peligro, pues los que iban delante cubrían desde arriba la subida de los otros. En la pendiente de algún valle o la bajada de alguna cuesta llegaban sus problemas; los que se habían adelantado ya no podían ayudar a los que venían detrás, y nuestra caballería disparaba contra ellos desde lo alto.

Así que cuando llegaban a esos lugares ordenaban con gran urgencia que, dada la señal, las legiones se detuviesen y rechazasen vigorosamente a nuestra caballería. En cuanto la hacían retirarse todos se ponían a correr ladera abajo de los valles, y no paraban hasta llegar al monte más cercano, donde se detenían.

Muy lejos estaba de ayudarles su caballería que, aunque muy numerosa, estaba aterrada después de sus choques pasados, y tenían que llevarla en medio de las tropas y defenderla ellos mismos. Ningún jinete podía dispersarse sin ser apresado por la caballería de César.

80

Peleano de esta forma la marcha era lenta y perezosa, y hacían continuas paradas en falso para ayudar a los suyos. Eso sucedió tras haber avanzado cuatro millas. Después de haber sido atacados con furia por la caballería, hicieron alto en un monte elevado y allí, sin descargar el equipaje, fortificaron su campamento solo por el lado que encaraba al enemigo. Cuando advirtieron que César había fijado su campamento, armado las tiendas y enviado a forrajear a la caballería, arrancaron súbitamente a las seis horas del mismo día, y, esperando ganar tiempo durante la ausencia de nuestra caballería, comenzaron a marchar.

Viendo esto, César sacó a las legiones y fue tras ellos, dejando algunas cohortes para la custodia del equipaje. Dio contraorden a la caballería y a los forrajeros, y ordenó que a la hora décima le siguiesen los demás. La caballería volvió enseguida del forraje, y se entabló un recio combate en la retaguardia. Tanto, que por muy poco no se dieron a la fuga y fueron asesinados muchos soldados e incluso algunos oficiales pompeyanos.

El ejército de César ya estaba encima de ellos.

81

Finalmente, sin poder encontrar un sitio cómodo para atrincherarse ni

tampoco proseguir la marcha, se vieron obligados a acampar en un lugar lejos del agua y peligroso por su situación. Pero César, por las mismas causas indicadas antes, no los provocó a la batalla y aquel día no permitió armar las tiendas con el fin de que todos estuviesen preparados para perseguirles, bien arrancasen de noche o de día.

Ellos, reconociendo la mala situación del campamento, emplearon toda la noche en alargar las fortificaciones, construyéndolas enfrente de las de César. En lo mismo gastaron el día siguiente de la mañana a la noche. Pero, a la vez que iban avanzando en la obra y aumentando el campamento, se iban también alejando más del agua, remediando los males presentes con otros males.

En la primera noche nadie salió del campamento en busca de agua. Al día siguiente, aparte de la guardia dejada en el campamento, sacaron al resto de las tropas en busca de agua, pero ninguna al forraje. César prefería que, humillados por estas calamidades y reducidos a la desesperación, se vieran obligados a rendirse que derramar sangre peleando. Así que trató de rodearlos con una trinchera y con un foso, con el fin de impedirles más fácilmente esas salidas repentinas a las que creía que iban a recurrir por necesidad.

Ellos, en parte obligados por la falta de forraje, en parte por seguir su viaje más cómodo, ordenaron matar a todos los animales de carga.

82

En estas maniobras y construcciones emplearon dos días. Al tercero ya estaba la circunvalación muy adelantada. Los enemigos para impedirla, dando la señal, a eso de las ocho de la mañana sacaron las legiones y formaron en batalla debajo de las trincheras.

César hizo suspender los trabajos, mandó reunir toda la caballería y formó a las tropas para la batalla. Dar muestras de rehusar el combate, contra el espíritu de los soldados y el prestigio de todos, le causaría un gran perjuicio.

Pese a todo, por las razones dichas anteriormente, no quería entrar en combate. Sobre todo considerando que, debido a la estrechez del terreno, aunque derrotasen a los contrarios la acción no sería decisiva. Los campamentos distaban entre sí no más de dos millas. Dos terceras partes de ellas las ocupaban las tropas, quedando una sola para la batalla. Y cuando se diese ésta, la cercanía de los campamentos ofrecería rápido asilo a la fuga de los vencidos.

Por eso César estaba decidido a defenderse en el caso de que le atacasen, pero no a ser el primero en atacar.

83

El ejército de Afranio estaba dividido en dos cuerpos: uno formado por las legiones quinta y tercera, y otro de reserva compuesto por tropas auxiliares.

El de César estaba dividido en tres partes. La primera línea de cada una estaba formada por cuatro cohortes de la quinta legión; la segunda por tres cohortes de las tropas auxiliares; y la tercera por tres legiones distintas. Las tropas de honda y arco ocupaban el centro, y la caballería cubría los costados.

Dispuestos de esta forma cada uno creía lograr su objetivo: César el de no pelear salvo verse forzado, y el otro el de impedir los trabajos de César. Sin embargo, en ese momento no hubo mayor problema que el de mantenerse ordenados ambos ejércitos hasta la puesta del sol, y entonces retirarse cada uno a su campamento.

Al día siguiente, César se dispuso a concluir las fortificaciones que había empezado. Y ellos a intentar vadear el río Segre. César lo advirtió e hizo cruzar el río a los alemanes armados de manera ligera y a una parte de la caballería, y destruyó en la orilla a diferentes cuerpos de guardia.

84

Al final viéndose totalmente sitiados, los caballos cuatro días sin comida, ellos mismos sin agua, ni leña ni pan, piden una negociación y que, a ser posible, no fuese en presencia de los soldados. Negando esto último César, y concediéndoles el hablar si querían, pero en público, le entregaron en prenda al hijo de Afranio.

Se reunieron en un lugar señalado por César. Y estando los dos ejércitos presentes, con la mayor reverencia y sumisión, dijo Afranio:

– Ni yo ni mi ejército debemos ser reprendidos por haber permanecidos fieles a nuestro general Pompeyo. Pero ya hemos cumplido con nuestro deber y hemos pagado un alto precio, habiendo padecido la falta de todas las cosas. Sobre todo ahora, que nos vemos como fieras acorraladas, privados de agua y sin resquicio para la salida. Nuestros cuerpos ya no pueden aguantar el dolor ni nuestro ánimo la ignominia. Así que nos confesamos vencidos. Si hay lugar para la misericordia, rogamus y suplicamos que no nos obliguéis a padecer la pena del último suplicio.

85

César respondió:

– No hay nadie menos apropiado para los lloros y las penas. Todos los demás hemos cumplido con nuestra obligación: yo no habiendo querido pelear, aun teniendo las ventajas del ejército, el lugar y el tiempo. Mis soldados, que pese a recibir la ofensa y la muerte cruel de manos de los tuyos, salvó a los del campo contrario que estaban en sus manos. Tus soldados, que vinieron por sí mismos a tratar la rendición, pensando en hacer buenas obras en favor de los suyos. Así que toda clase de personas han intentado la paz. Pero vosotros –continuó César-, siendo los líderes, habéis despreciado la paz, violado los tratados y las treguas, asesinado a unos hombres desarmados y engañados con palabras amistosas. Así que ahora experimentáis lo que por lo general suele suceder a los hombres demasiado tercos y arrogantes: al final se ven obligados a solicitar con ansia lo que poco antes han rechazado. Pero no por eso pienso aprovecharme del abatimiento en el que os halláis, o de mis circunstancias favorables para aumentar mi fuerza. Quiero que despidáis a los ejércitos que tantos años habéis mantenido contra mí. Porque ésa es la causa de que se hayan enviado a España seis legiones, y se haya alistado aquí la

séptima, y formado tantas y tan poderosas armadas y escogido capitanes expertos en la guerra. Nada de eso se ha ordenado para pacificar España, ni para la utilidad de una provincia que tras tanto tiempo en paz no necesitaba ninguna ayuda. Todos estos preparativos iban dirigidos contra mí. Contra mí se forjan generalatos de nuevo cuño, haciendo que yo mismo a las puertas de Roma gobierne la República, y en mi ausencia retenga tantos años dos provincias de las más belicosas. Contra mí se ha alterado el orden de la sucesión de los cargos oficiales, enviando al gobierno de las provincias no ya, como siempre, a los que acaban de ser pretores y cónsules, sino a los que logran el favor y el voto de unos pocos senadores. Contra mí no vale la excusa de la edad avanzada, destinándome a comandar ejércitos o personas que han cumplido los años de servicios en las guerras pasadas. A mí no se me otorga lo que a todos los generales se ha concedido siempre, que acabadas felizmente sus empresas vuelvan a sus casas y dejen las armas por algún empleo honorífico, o por lo menos sin infamia. Todo esto lo he sufrido hasta ahora con paciencia y así pienso sufrirlo de ahora en adelante. No es mi intención quedarme con el ejército que quiero que dejéis vosotros. Quiero que salgáis de la provincia y licenciéis a vuestras tropas. Yo no le haré daño a nadie. Ésta es la única y final condición para la paz.

Esta última proposición satisfizo mucho a los soldados, como se pudo entender por sus gestos. Temían todos alguna desgracia tras ser vencidos y sin embargo habían conseguido el retiro sin pretenderlo. De hecho, suscitándose algunas diferencias acerca del lugar y el tiempo en que debía hacerse, todos a una desde las líneas donde estaban asomados, pedían con gritos y ademanes que los licenciasen en ese momento. No se fiaban en que se cumpliesen las promesas si se dejaba para más adelante.

Después de algunos debates entre ambas partes, finalmente se resolvió que los soldados que tenían domicilio y posesiones en España fuesen licenciados al cabo de una hora, y los demás en cuanto llegasen al río Varo. Se acordó que no se les haría daño y que César no obligaría a ninguno por la fuerza a alistarse bajo sus banderas.

86

César prometió proveerles de trigo desde entonces hasta la despedida. Añadió también que si alguno había perdido cosas que estuviesen en poder de sus soldados, les serian restituidas; el valor de esas cosas, tasadas por su justo precio, se lo pagó en dinero a los soldados. En todos los pleitos que hubo después entre los soldados acudían voluntariamente ante César para que dirimiese la solución.

Petreyo y Afranio, como las legiones casi amotinadas clamaban por su paga y ellos decían que el plazo aún no se había cumplido, pidieron el arbitrio de César. Unos y otros quedaron contentos con la solución que éste dio.

Licenciada en aquellos dos días casi la tercera parte del ejército, César ordenó que dos de sus legiones fuesen delante y las otras detrás, de manera que unas se alojasen a corta distancia de las otras. Encomendó esta misión al

legado Quinto Fusio Caleño que, conforme a sus órdenes, hizo el viaje desde España hasta la ribera del Varo, donde fue despedido el resto del ejército de Afranio.

LIBRO SEGUNDO

1

Mientras esto pasaba en España, el legado Cayo Trebonio encargado del cerco de Marsella empezó a formar terraplenes, galerías y bastidas por dos partes; una que quedaba cerca del puerto y del arsenal, y otra hacia el lugar por el que entraba el camino de los que venían de la Galia y España, cerca de aquel brazo de mar que comunicaba con la ría del Ródano.

De la ciudad de Marsella tres partes están bañadas por el mar y solo la cuarta unida a tierra. Y de esta última, el espacio que ocupa el alcázar, fuerte por su naturaleza y un valle muy hondo, hacen que el asedio sea muy largo y difícil.

Para ejecutar las obras Cayo Trebonio hizo venir de la Provenza un gran número de mulos y obreros, y traer mimbres y otros materiales. Conseguidos éstos, levanta un terraplén de ochenta pies de alto.

2

La ciudad, sin embargo, desde tiempo atrás estaba bien surtida de todo género de pertrechos de guerra, y tantas máquinas de combatir que no había protección alguna que pudiese resistir su ataque. Entre otros instrumentos había unas vigas de doce pies y puntas de hierro, que arrojadas con grandes ballestas, penetrando por cuatro capas de mimbre llegaban a clavarse en la tierra. Ésa era la razón de que la cubierta de las galerías fuese de vigas unidas del grosor de un pie; y así cubierto, paso a paso, se iba extendiendo el terraplén.

Para igualar el terreno avanzaba por delante un galápago de sesenta pies, construido asimismo con maderos muy duros y protegido con todo tipo de medios contra los tiros de fuego y las piedras. Pero la enormidad de las obras, la altura de la muralla y de las torres, y el ataque de las baterías, retrasaban la ejecución de todas nuestras operaciones.

Aparte de eso, los marselleses hacían continuas salidas de la ciudad y pegaban fuego al terraplén y a los fortines, aunque los nuestros eludían fácilmente sus ataques y les hacían retirarse a la ciudad con numerosas bajas.

3

Durante ese tiempo, Lucio Nasidio, enviado por Pompeyo en ayuda de Lucio Domicio y de los marselleses con una escuadra de dieciséis navíos -de los cuales algunos tenían el espolón de bronce- pasó el faro sin advertirlo Curión y llegó al puerto de Mesina. Como las personas principales y los senadores de esta ciudad habían huido debido al miedo, cogió del arsenal una nave uniéndola a las suyas, para proseguir rumbo a Marsella.

Envió discretamente un barco por delante para que diese aviso a Domicio y a los marselleses de su llegada, pidiéndoles con persuasión que, uniendo sus fuerzas navales a las suyas, se animasen a enfrentarse otra vez a la escuadra de

Bruto.

4

Los marselleses, después del desastre pasado, habían sacado del arsenal un número igual de naves viejas, las habían restaurado y armado con suma diligencia. Tenían un gran número de marineros y pilotos, y juntando también barcos de pescadores para que los remeros estuviesen resguardados de los tiros, los habían cubierto y llenado de arqueros y máquinas de combatir.

Preparada de esta manera su armada, empujados por los ruegos y las lágrimas de los ancianos, de las madres de familia y de las muchachas para que ayudasen a la patria, se embarcan con tantos bríos y confianza como en la batalla naval anterior. Y es que es defecto común de nuestra naturaleza que nos infundan más confianza o temor las cosas que aún no conocemos ni hemos experimentado. La llegada de Lucio Nasidio llenó al pueblo de esperanza y de valor.

En conclusión, siguiendo un viento favorable, salieron del puerto y se reunieron con Nasidio en Torendas, en el castillo de los marselleses. Allí ordenaron sus naves y se lanzaron de nuevo al combate, concertando el plan de operaciones. Se encarga el ala derecha a los marselleses y a Nasidio la izquierda.

5

A ese mismo lugar dirigió Bruto su flota, aumentando el número de sus naves. A las construidas por César en Arles, se unieron las seis que había apresado a los marselleses, las cuales había carenado y equipado de todo lo necesario en días anteriores. Así que, pidiendo a los suyos que no temiesen ser derrotados por los mismos a los que habían vencido anteriormente, se dirige hacia ellos lleno de esperanza y de coraje.

Se podía ver desde el campamento de Trebonio, y desde todas aquellas alturas, cómo los que se habían quedado dentro de la ciudad, los mozos, los ancianos y las mujeres con sus hijos, alzaban ruegos dirigiendo las manos al cielo desde los cuerpos de guardia o desde la muralla; o bien iban en procesión a los templos de los dioses inmortales y, postrados ante sus imágenes, rezaban por la victoria.

No había nadie entre ellos que no creyese que su suerte dependía de lo que ocurriese aquel día. Y es que toda la juventud, y los más distinguidos de todas las edades, habían sido nombrados expresamente y recibido grandes ruegos para que embarcasen. De modo que si la suerte les era adversa, veían que no les quedaría nadie más a quien pedir ayuda; pero si vencían, esperaban conservar la ciudad, bien con sus propias fuerzas o bien con la ayuda que les llegaría.

6

Iniciada la batalla los marselleses dieron muestras de gran valor. Tenían muy presentes los ruegos que acababan de recibir de los suyos y peleaban con tal

ahínco, como si no fuesen a tener otra ocasión de entregar todo su esfuerzo. Y los que se hallaban durante la refriega a punto de perder su vida, recordaban que su muerte no hacía más que anticiparse un poco a la de los demás ciudadanos, a quienes les esperaba la misma desgracia si la ciudad era tomada.

Descompuesta poco a poco la línea de nuestras naves, los pilotos enemigos lograban manejar con total pericia las suyas. Si alguna vez los nuestros atrapaban con arpones algún navío, corrían desde todas partes a defender del peligro a los suyos. Tampoco los albicios, que venían con ellos, se mostraban cobardes en la lucha cuerpo a cuerpo, ni eran menos valientes que los nuestros. Además, una lluvia de flechas disparadas desde las pequeñas barcas, caía de forma inesperada sobre los nuestros ocupados en el combate, recibiendo muchas heridas.

Dos galeras divisaron a la nave capitana de Decio Bruto, fácil de distinguir por su pabellón, y se lanzaron contra ella a toda velocidad por ambos costados. Pero Bruto, habiendo previsto el ataque, hizo tanto esfuerzo con los remos y con las velas, que en breve pudo adelantarlas. Las naves enemigas arrojadas por inercia entre ellas, dieron de forma tan brusca una contra la otra que ambas quedaron sumamente afectadas. Incluso una, roto su espolón, quedó totalmente destruida.

Al ver esto las naves de la flota de Bruto que estaban cerca las atacaron con ferocidad, y pronto las echaron a pique.

7

Las naves de Nasidio no sirvieron, sin embargo, para nada, pues abandonaron enseguida el combate. Y es que el no tener su patria a la vista, ni las peticiones de sus parientes, les hacía evitar poner sus vidas en riesgo. Tanto es así que de su flota no faltó ninguna nave. De la flota de los marselleses cinco naves fueron echadas a pique, cuatro apresadas, y una consiguió escapar con las de Nasidio, alcanzando después las costas de la España Citerior. Otra de las que había resistido fue enviada a Marsella con la noticia de la derrota.

Al acercarse a la ciudad fue al instante rodeada por todo el pueblo, que había acudido en tropel para informarse. En cuanto supieron las noticias prorrumpieron en tales llantos que parecía que en ese mismo momento el enemigo estaba entrando en la ciudad. Pero, no por ello, los marselleses fueron menos diligentes en conseguir cuanto era necesario para la defensa de la ciudad.

8

Los soldados legionarios que trabajaban en obras del cerco a la derecha de la ciudad cayeron en la cuenta, al ver las frecuentes salidas de los enemigos, que podía serles de gran utilidad construir al pie de la muralla una torre de ladrillo que les sirviese de baluarte y refugio.

Al principio la habían construido baja y pequeña, para impedir los asaltos repentinos. En ella se refugiaban, se defendían cuando eran atacados con mayor violencia, y de ella salían corriendo a rechazar y perseguir al enemigo.

Su extensión era de treinta pies de perímetro y de cinco el ancho de las paredes. Pero después, la experiencia, que acompañada de la inteligencia de los hombres es la maestra de todas las cosas, les enseñó que podía ser de gran ventaja si se daba altura a la torre. Lo que se realizó de la manera siguiente:

9

Una vez que la torre fue alzada hasta el primer piso echaron el tablado encajándolo en las paredes, de tal manera que los remates de las vigas quedasen metidos en ellas para que no sobresaliese nada en lo que pudiese prender el fuego.

Después de este tablado continuaron levantando las paredes de ladrillo cuanto lo permitía la altura de reparos y parapetos. Encima de este segundo cuerpo de pared pusieron en cruz dos vigas sin que saliesen las puntas fuera de ella, para afianzar sobre ellas los maderos que iban a ser el techo de la torre. Sobre las vigas se extendieron dichos maderos, asegurados con travesaños.

Las puntas de los maderos sobresalían de la pared para tener donde colgar algunas defensas para ponerse a cubierto, y rechazar los ataques mientras proseguían levantando las paredes. Ese piso lo sellaron con ladrillos y argamasa para protegerlo del fuego de los enemigos. Tendieron encima colchones para que las armas arrojadas no rompiesen el entablado, ni las piedras arrojadas deshiciesen el enladrillado.

Colocaron también tres esteras de esparto de la longitud de las paredes y cuatro pies de ancho, las cuales ataron extendidas hacia las tres caras que miraban al enemigo y a las puntas de los maderos que sobresalían alrededor de la torre. Sabían por experiencia que en este tipo de cubiertas no podían penetrar las lanzas ni ninguna otra arma arrojada.

Cuando concluyeron esta parte de la torre y quedó bien cubierta y defendida de los ataques del enemigo, fueron arrimando los andamios a las otras obras. Empezaron desde la primera altura a levantar con la grúa el techo de la torre, levantándolo tanto como daban de sí las esteras que colgaban por las paredes.

Cubiertos y resguardados por el techo y las esteras, iban fabricando las paredes de ladrillo. Después, levantando el techo con la ayuda de las grúas, hacían sitio para continuar la construcción. Cuando llegaba el momento de hacer otro piso, colocaban bien las vigas como en el primero, dejando los remates dentro de las paredes, y desde ese piso levantaban el techo y las esteras.

De esta manera, a cubierto, sin heridos ni peligro alguno, construyeron hasta seis alturas, dejando troneras abiertas en la construcción donde les pareció oportuno para disparar las armas.

10

Cuando se aseguraron de que desde esta torre podían defender bien las obras que se hiciesen alrededor, trataron de construir una larga pasarela de setenta pies con maderos gruesos, que se prolongase desde la torre de ladrillo hasta la torre y la muralla de los enemigos.

Lo hicieron de esta manera: primero asentaron en el suelo dos vigas de igual longitud a una distancia una de la otra de cuatro pies; a ellas fijaron dos postes de cinco pies, unidos con travesaños que formaban el caballete donde se iban a colocar las vigas para techar la pasarela; pusieron sobre él vigas de dos pies de canto, uniéndolas con cintos y clavos; en el remate de las vertientes del techo fijaron listones cuadrados de madera, de cuatro dedos, para contener los adobes que cubrirían la pasarela.

Terminada así la obra de forma arqueada, y perfeccionada con la posición de las vigas afianzadas en los travesaños, la cubrieron con adobe y argamasa para defenderla del fuego que pudiesen arrojar desde la muralla. Sobre el adobe tendieron pieles para que no se deshiciese con el agua que los enemigos vertían por los canales. Y para que las pieles no recibiesen daño del fuego ni de las piedras las cubrieron con jergones.

Todo este gran aparato lo terminaron al pie de la misma torre y a cubierto. Y aprovechando que los sitiados estaban desprevenidos, echaron al agua los navíos, poniendo rodillos debajo de ellos, y arrimaron la estructura a la muralla quedando pegada a ella.

11

Los sitiados, espantados al enterarse, movieron con palancas los peñascos más grandes que pudieron y los echaron a rodar muro abajo sobre la pasarela. La firmeza de la madera resistió el golpe; cuando las piedras caían sobre él resbalan en su cubierta.

Viendo esto cambiaron su plan. Llenaron barriles de brea y resina y, pegándoles fuego, los echaron a rodar desde el muro a la pasarela. Éstos resbalaron también por el techo y cayeron al suelo; los nuestros los apartaron con varas y ganchos para que no prendiesen fuego a la obra.

Mientras tanto, los soldados que estaban debajo de la pasarela, iban socavando con palancas las piedras que sostenían la torre de los enemigos. La estructura era defendida por los nuestros desde la torre de ladrillo con flechas y artillería, barriendo a los enemigos del muro y de las torres, sin darles opción a la defensa.

Cuando ya habían quitado muchas piedras de los cimientos de la torre más cercana, cayó de repente al suelo uno de sus muros y el otro quedó vencido, amenazando con derrumbarse.

12

Los enemigos se asustaron ante la pérdida repentina de la torre. Turbados ante el inesperado fracaso, consternados al considerarse dejados de la mano de los dioses y atemorizados ante el saqueo inminente, todos a una, sin armas, con actitud suplicante, salieron en tropel por la puerta y se rindieron con humildad ante los legados de nuestro ejército.

Ante ese espectáculo se suspendió el ataque. Los soldados, dejando los trabajos, acuden llevados por la curiosidad a mirar y a escuchar. En cuanto los enemigos llegaron ante los legados se echaron a sus pies y suplicaron que

aguardasen a la llegada de César. Daban a su ciudad por conquistada tras la torre arruinada y desistían de su defensa. Así que, en cuanto llegase César, si ellos faltaban a su palabra, podrían sin ninguna objeción ni impedimento saquearla.

Tenían claro que si la torre terminara cayendo no podrían contener la entrada de los soldados a sangre y fuego en la ciudad por la esperanza del pillaje, y la asolarían. Éstas y otras muchas cosas expusieron ante los nuestros, como hombres prudentes, entre lágrimas y lloros.

13

Los legados, ablandados por la situación, retiraron de sus trabajos a los soldados y desistieron del ataque, contentándose con dejar centinelas en las obras. Se concedió por compasión una especie de tregua hasta la llegada de César. Ni ellos ni los nuestros dispararon un tiro.

Como si el asunto estuviese concluido todos relajaron las precauciones. Y es que César había dado órdenes muy claras por carta a Trebonio de que no permitiese que se entrase por la fuerza en la ciudad; no fuese a ser que los soldados, incitados por la rebelión, por haberse visto menospreciados, o debido al largo trabajo que habían realizado, matasen a los jóvenes marselleses tal y como habían amenazado que harían.

Costó bastante convencerlos de que no asaltasen la ciudad, y se lo tomaron muy mal pensando que si fuese por Trebonio ni siquiera se habría sitiado Marsella.

14

Pero los enemigos, sin respeto a la palabra dada, andaban buscando el tiempo y la oportunidad para cometer una traición. La encontraron unos días más tarde, cuando los nuestros estaban entregados al descanso a la hora de la siesta; cuando unos se habían retirado cansados, y otros, debido al trabajo de tantos días, se habían echado a dormir en medio de las trincheras, con las armas alejadas de su lado.

Los marselleses, de repente, salieron a todo correr por las puertas de la ciudad y, favorecidos por un viento fuerte, prendieron fuego a las construcciones. Las llamas fueron rápidamente esparcidas por el viento y ardieron al mismo tiempo el terraplén, los parapetos, los galápagos, la torre y las baterías. Todo quedó reducido a cenizas antes de que los nuestros pudiesen darse cuenta de lo que sucedía.

Los soldados, perturbados ante esa desgracia imprevista, agarraron las primeras armas que encontraron, saltaron desde el campamento y arremetieron contra el enemigo. Pero los disparos de las saetas y tiros desde la muralla opuesta cubrieron la retirada de los enemigos, que consiguieron llegar hasta debajo del muro y plantar fuego a la pasarela y a la torre de ladrillo.

Así, debido a la mala fe de los enemigos y la violencia del viento, se arruinó en un instante el trabajo de muchos meses.

Lo intentaron de nuevo los marselleses al día siguiente, ya que soplaba el

mismo viento, y aún con mayor confianza salieron con ímpetu a pelear junto a otra torre y el terraplén, arrojando mucho fuego. Pero los nuestros, así como antes habían aflojado por completo su empeño, ahora, escarmentados con el desastre del día anterior, tenían bien previsto todo lo necesario para la defensa.

Así que, matando a muchos, hicieron retirarse a los demás a la ciudad sin haber logrado su objetivo.

15

Trebonio trató de resarcir lo perdido con un mayor esfuerzo de los soldados. Éstos habían visto malogrados tantos trabajos y prevenciones suyos, y sentían en el alma que se había hecho burla de su valor al haber violado la tregua a traición.

Como no les quedaba lugar de donde sacar la madera porque habían cortado y conducido al campamento todos los árboles de alrededor, decidieron hacer un terraplén de nueva invención, nunca antes visto. Estaba formado por dos muros de ladrillo que tenían seis pies de ancho y tenía un terrado casi igual al anterior de madera. En el espacio intermedio de los muros, porque lo frágil del material parecía requerirlo, insertaron pilares con vigas atravesadas que daban solidez; y todo el tablado se cubrió con mimbres y los mimbres con adobes.

Los soldados, cubiertos por el muro a ambos lados, por el techo desde arriba y por el parapeto por delante, llevaron a cabo la obra sin estar en peligro. Fueron muy eficientes en su ejecución, y mediante la ingeniería y su sacrificio, se resarcó pronto la pérdida de una labor de muchos días.

Se dejaron puertas en el muro, en los lugares que parecían más apropiados para las salidas.

16

Los enemigos, en cuanto vieron tantas cosas tan bien reparadas –que no creían que pudiesen construirse en tampoco tiempo–, con la eficiencia y el trabajo de varios días, se dieron cuenta de que ya no había lugar a la traición ni al ataque, ni les quedaba manera de hacer daño con las armas a los soldados, o con fuego a las construcciones.

Reconocieron que, de la misma manera, podríamos cercar a la ciudad con el muro y las torres por la parte que comunicaba con la tierra, de tal manera que no se les dejaría estar en pie en sus almenas, pues el nuevo terraplén era un alcázar más alto que sus mismas murallas. Desde él podrían los nuestros tirar flechas y anular sus baterías, de las que habían esperado grandes cosas.

Además, sabían que a igualdad de condiciones, de muro a muro y de torre a torre, no podían equipararse en valor a los nuestros.

Así que recurrieron a las primeras condiciones de la rendición.

17

Poco antes, Marco Varrón, al comienzo de su mando como gobernador en la España Ulterior, sabiendo cómo iban las cosas en Italia y desconfiando del partido de Pompeyo, hablaba de César con gran estima, diciendo:

– Por haber sido nombrado por Pompeyo en mi cargo tengo la obligación de servirle, pero no debo menos a César. No ignoro cuál es la obligación de un oficial subalterno, cuál es mi poder, ni tampoco la opinión favorable de la provincia hacia César.

Era un tema que salía en todas sus conversaciones, sin declararse seguidor de ninguno de los dos partidos. Pero después de saber que César estaba en Marsella, de la unión de Petreyo y Afranio, y de las numerosas tropas auxiliares que se les habían unido; que toda la Provincia Citerior se había decantado por ellos y se prometían grandes cosas; y de las gran carestía que estaban experimentado los cesarianos en Lérida, empezó a cambiar de opinión y tomar partido por el bando al que parecía le sonreía más la fortuna.

Todo esta impresión la había deducido por lo que Afranio por carta le contaba de forma exagerada y manipuladora.

18

Entonces, Marco Varrón hizo levas por toda la provincia; a dos legiones completas añadió treinta cohortes auxiliares. Acopió gran cantidad de trigo para enviar una parte a los marselleses y otra a Petreyo y Afranio. Ordenó a los gaditanos construir diez galeras e hizo fabricar otras tantas en Sevilla. Además, hizo conducir todo el dinero y las joyas del templo de Hércules a Cádiz, poniendo allí de guardia a seis cohortes sacadas de la provincia y como gobernador a Cayo Galonio, caballero romano y amigo de Domicio, al que había enviado allí para negociar una herencia.

Todas las armas de particulares y públicas las depositó en casa de Galonio. Éste pronunció varios discursos insolentes contra César, proclamando repetidas veces desde su tribuna que César había sido vencido y que muchos de sus soldados habían pasado a las banderas de Afranio. Decía que todo esto lo sabía por noticias veraces y testigos fidedignos.

Los ciudadanos romanos de aquellas provincias se asustaban al oírlo. Les obligaron a ofrecer para soporte de la República un donativo de once millones de sestercios y veinte mil fanegas de trigo. A las ciudades que se sospechaba favorecían a César se les exigían mayores impuestos. Y si alguien en esas ciudades censuraba el gobierno de Roma, Marco Varrón les confiscaba sus bienes, y pasaba por allí con la tropa pronunciando sentencia contra los particulares y forzando a toda la provincia a prestar juramento de fidelidad a sí mismo y a Pompeyo.

Finalmente, cuando llegó a sus oídos lo que había sucedido últimamente en la España Citerior, se preparó para la guerra. Había pensado hacerla así: irse con dos legiones a Cádiz y embarcarlas allí en las naves, junto con los cereales, porque entendía que toda la provincia apoyaba a César. Una vez bien provistos de naves y alimentos dentro de la isla, creía que no sería difícil prolongar la guerra.

César, aunque muchos asuntos urgentes le reclamaban en Italia, estaba resuelto a no dejar ningún resquicio de guerra en España, conociendo muy

bien los enormes favores que Pompeyo había hecho a la España Citerior y la cantidad de partidarios que allí tenía.

19

Así que, habiendo enviado a la España Ulterior dos legiones con Quinto Casio -tribuno del pueblo-, él partió con seiscientos caballos a grandes jornadas. Antes había dictado una provisión por la que mandaba que en un determinado día compareciesen ante él en Córdoba los magistrados y regidores de todas las ciudades.

Promulgado este edicto por toda la provincia, no hubo ciudad que no enviase a algunos de sus representantes a Córdoba, ni ciudadano romano con cierta distinción que no acudiese en el día señalado. El propio gobierno de Córdoba, haciendo uso de su autoridad, cerró las puertas a Varrón, puso guardias y centinelas en las murallas y en las torres, y a dos cohortes que pasaban por allí casualmente, las retuvo para defensa de la plaza.

En esos mismos días los ciudadanos de Carmona, la ciudad más fuerte de toda la provincia sin comparación, echaron a las tres cohortes que Varrón había introducido en el castillo.

20

Varrón, por esto mismo, se daba más prisa para llegar cuando antes con las legiones a Cádiz, antes de que le cortasen el viaje por tierra y mar. Cuando ya había avanzado parte del camino recibió cartas de Cádiz con la noticia de que, una vez se había conocido el edicto de César, los regidores de Cádiz, junto a los oficiales mayores de las cohortes que allí hacían guardia, habían acordado echar de la ciudad a Galonio y conservar la isla y la ciudad leales a César. Así era la férrea voluntad de la provincia hacia él.

Con este acuerdo exigieron a Galonio que saliese de la ciudad voluntariamente, y mientras pudiese hacerlo sin riesgo. Y le dijeron que si no lo hacía ellos tomarían medidas. Galonio, atemorizado, se había marchado de Cádiz.

Ante estas noticias, una de las dos legiones, llamada Vernácula, levantó las banderas del campamento principal de Varrón ante sus propios ojos y se marchó a Sevilla, alojándose en la ciudad y en sus pórticos sin hacer mal a nadie. Este hecho fue tan bien acogido por los ciudadanos romanos afines a César que los hospedaron en sus casas con todas las atenciones posibles.

Varrón, intimidado ante tales sucesos, cambió de ruta y se propuso ir a Itálica, pero los suyos le avisaron de que las puertas estaban cerradas. Entonces, finalmente, viéndose arrinconado por todas partes, envió un mensaje a César para decirle que estaba dispuesto a entregar su legión a quien él ordenase. César envió a Sesto César con orden de que se la entregase a este.

Entregada la legión, Varrón fue a Córdoba para verse con César. Allí dio cuentas de su administración, entregó fielmente todo el dinero que tenía en su poder, y declaró cuántas provisiones y naves tenía, y dónde se encontraban.

21

César, en la junta de Córdoba da las gracias a todos en general: a los cordobeses porque se encargaron de asegurar la ciudad; a los de Carmona porque habían expulsado a los guardias; a los gaditanos por haber desbaratado los planes de los contrarios y hacer lo necesario para obtener su libertad; a los tribunos, militares y capitanes venidos a Cádiz, porque con su trabajo habían apoyado la decisión de los ciudadanos.

Entregó a los ciudadanos romanos la paga del dinero ofrecido a Varrón para el público. Restituyó los bienes confiscados a los que habían hablado con demasiada libertad. E hizo varios favores a todos y cada uno, dándoles esperanza.

Tras haberse detenido dos días en Córdoba partió para Cádiz, donde ordenó devolver al templo de Hércules el dinero y reliquias que de él se habían trasladado a una casa particular. Dejó por gobernador de la provincia a Quinto Casio con cuatro legiones a sus órdenes. Y él, con las naves que Marco Varrón había mandado construir a los gaditanos, en pocos días llegó a Tarragona donde le esperaban los embajadores de casi toda la Provincia Citerior.

Después de otorgar igual que en Córdoba varios favores en general y en particular, sale de Tarragona por tierra hasta Narbona y desde allí a Marsella. Aquí tuvo noticia de que, promulgada por el Senado Romano la ley para nombrar dictador, él mismo había sido nombrado por el pretor Marco Lepido.

22

Los marselleses, fatigados tras toda clase de males, obligados a una extrema penuria de víveres, vencidos en dos batallas navales, derrotados en las frecuentes salidas, golpeados también por la grave pestilencia ocasionada por el largo encierro y la putrefacción de los alimentos –pues se alimentaban con maíz añejo y de cebada corrompida que para semejantes ocasiones tenían almacenada–, abandonados por las provincias y ejércitos que los daban por perdidos a manos de César, tras haber sido derribada la torre y desmantelada parte de la muralla, deciden rendirse de verdad.

Pero unos días antes, Lucio Domicio intuyendo la determinación de los marselleses equipó tres naves, dos destinadas para sus compañeros y otra en la que él embarcó, y se hizo a la mar aprovechando la niebla espesa. Le divisaron las naves que por orden de Bruto hacían a diario guardia delante del puerto, y levando anclas fueron tras ellas. De los tres navíos sólo el de Domicio siguió hacia delante, y continuó huyendo hasta que amparada en la oscuridad se perdió de vista. Las otras dos, por temor a ser alcanzadas por nuestras naves, se refugiaron de nuevo en el puerto.

Los marselleses, tal y como se les mandó, presentaron fuera de la ciudad las armas y la artillería. Sacaron las naves del arsenal y del puerto y entregaron el tesoro público.

César, concluidas estas cosas, les perdonó la vida por respeto al prestigio y la antigüedad de la ciudad, y no tanto porque se lo mereciesen. Dejó a dos legiones de guardia y envió las demás a Italia. Y él mismo partió hacia Roma.

23

En este momento, Cayo Curión, navegando de Sicilia a África, como quien ya de antemano miraba con desprecio las fuerzas de Publio Accio Varo, llevaba consigo dos legiones de las cuatro recibidas de César y quinientos caballos. Invirtiendo dos días con sus noches en la navegación, fue a atracar a un lugar llamado Aguilera, a veintidós millas de distancia de Clupea y que tenía una bahía entre dos altos promontorios, buena para la estación de verano.

Lucio César el joven, partidario de Pompeyo, estaba en Clupea a la espera de su llegada con diez galeras, reparadas por orden de Publio Accio en Ática con motivo de la guerra presente, tras haber sido apresadas en la antigua guerra contra los piratas. Pero aterrado ante la vista de tantos navíos se fue huyendo por alta mar y orillando la costa vecina con su galera cubierta, la dejó en la playa y escapó por tierra a la ciudad de Adrumeto, que defendía Cayo Considio Longo con una legión.

Tras la huida de Lucio César, las demás galeras se retiraron al puerto de Adrumeto. De los nuestros, fue en su persecución el cuestor Marco Rufo con doce navíos que Curión había sacado de Sicilia para escoltar los transportes. Al ver la galera desamparada en la costa, la remolcó y volvió a reunirse con Curión y con su flota.

24

Curión envió por delante a Marco, por mar, a Útica -Túnez-, y él mismo marchó allí con el ejército. Tras dos jornadas de marcha llegó al río Bagrada, donde dejó con las legiones al legado Cayo Caninio Rebilo, y él se adelantó con la caballería con el objetivo de reconocer los terrenos, encontrando un lugar que consideraba muy ventajoso para acampar.

Era una cordillera empinada sobre el mar, escarpada y áspera por los dos lados, si bien la parte que descendía hasta Útica era de pendiente más suave; estaba tan solo a una milla de distancia de la ciudad. Pero en ese camino había un río que comunicaba con el mar, formándose un gran lago. Si no se quería cruzar, habría que dar un rodeo de seis millas para llegar al pueblo.

25

En su reconocimiento del terreno Curión se paró a contemplar los campamentos de Varo, pegados a la muralla y a la ciudad por la puerta llamada Bélica. Estaban muy bien defendidos por su enclave. Por un lado la misma ciudad de Útica; por otro, el teatro edificado frente a ella sobre grandes arcos de bóveda, con un camino muy difícil y estrecho hacia el campamento.

También observó cómo todos los caminos estaban cubiertos de gente que, por temor a una guerra repentina, acarreaban de las aldeas a la ciudad sus bienes y posesiones. Destacó hacia esa parte su caballería para saquear a la gente y aprovecharse del botín.

Al mismo tiempo Varo envía de la ciudad para escoltarlas seiscientos caballos nómadas y cuatrocientos hombres de infantería; los mismos que, unos

días antes, el rey Juba había enviado en ayuda de Útica. Éste, por derecho de hospedaje heredado de su padre, era tan amigo de Pompeyo como enemigo de Curión; ya que siendo éste tribuno del pueblo, había promulgado una ley por la cual le confiscaría el reino.

Al primer encuentro de nuestra caballería con los númidas, éstos no pudieron aguantar el ataque, sino que, dejando a ciento veinte soldados muertos sobre el campo de los suyos, los demás se refugiaron en el campamento debajo del muro.

Mientras tanto, con la llegada de las galeras, Curión amenazó a doscientas naves mercantiles fondeadas en la ría de Útica, diciendo que trataría como enemigos a los que no alzasen las velas en ese momento y se dirigiesen a su campamento. Hecha la amenaza todas partieron enseguida de Útica, hasta donde les habían mandado. Y así el ejército quedó abastecido de todas las cosas.

26

Tras ejecutar esto Curión volvió al campamento de Bragada y fue proclamado general en jefe de forma unánime por todo el ejército.

Al día siguiente condujo sus tropas a Útica y acampó cerca de la ciudad. Aún no había terminado de acampar cuando le avisaron, los guardias avanzados de la caballería, que iban hacia Útica numerosos refuerzos de caballería e infantería enviados por el rey Juba. Al mismo tiempo comenzó a verse una gran polvareda, y un instante después se dejó ver la vanguardia de esas tropas.

Preocupado Curión con estas noticias, destacó a la caballería para que sostuviese su primer ataque mientras él sacaba de las trincheras y armaba a las legiones.

La caballería atacó, y antes de que las legiones pudiesen ordenarse y tomar posiciones, las tropas del rey, en problemas, sobrecogidas y sin orden -porque marchaban sin él propio rey para no poner en peligro su vida- se habían dado a la fuga. Y aunque la caballería se salvó casi toda a fuerza de correr, en las cercanías de la ciudad murió prácticamente toda la infantería que le acompañaba.

27

Al anoecer, dos centuriones marsos con veintidós de sus soldados desertaron del campo de Curión al de Accio Varo. Éstos, ya fuese porque así lo sentían o porque querían adular a Varo -siendo cierto que muy fácilmente creemos lo que deseamos, como nos convencemos de que todos han de sentir lo que nosotros sentimos- aseguraron que toda la tropa obedecía de mala gana a Curión, y que sería muy apropiado que se viesen y hablasen los soldados de ambos ejércitos.

Varo, dándolo por cierto, al día siguiente saca del campamento sus legiones. Eso mismo hace Curión, y teniendo solo de por medio un valle no muy grande, ambos forman sus tropas para la batalla.

28

Estaba en el ejército de Varo Sesto, Quintilio Varo que antes había estado en Corfinio. Después de haber sido puesto en libertad por César había viajado a África, y Curión había transportado consigo las mismas legiones pompeyanas que César había tomado a su servicio tras la rendición de Corfinio; de manera que, sin más cambios que el de algunos centuriones, los soldados legionarios eran los mismos que Varo había gobernado anteriormente.

Valiéndose Quintilio Varo de este nexo de unión, comenzó a correr delante del ejército de Curión y a tratar de convencer a los soldados de que no olvidasen el primer juramento hecho bajo el mando de Domicio y del suyo como cuestor; que no levantasen las armas contra los que habían sido compañeros de armas y de trabajos, ni que peleasen a favor de los que, ofendiéndoles, los llamaban desertores. Concluía su arenga dándoles esperanzas de grandes recompensas, las cuales vendrían de su propia mano si seguían las banderas del ejército pompeyano.

Acabado su discurso, el ejército de Curión no hizo ningún movimiento y cada cual se retiró con sus tropas.

29

Pero esta acción tuvo sus consecuencias. En el campamento de Curión el terror se adueñó de todos, algo que se manifestó enseguida en las conversaciones de sus soldados, que iban añadiendo sus propias opiniones a lo que iban oyendo de otros. Sólo uno había sido el autor, pero habiéndoselo dicho a los demás y corriendo de boca en boca, ya parecían muchos los que opinaban igual.

Se decía que la guerra era civil, así que los soldados podían libremente hacer lo que quisiesen. Las legiones eran las mismas que hacía muy poco habían estado en el campamento enemigo. Y los beneficios otorgados por César dejaban de serlo por su costumbre de acoger a cuantos se presentaban del bando contrario, como se había visto con los desertores de la pasada noche.

Esto se hablaba en los cuarteles, y algunos compañeros entre ellos daban aún un peor sentido a las palabras bastante fuerte de los soldados. Los que querían parecer más listos todavía fingían saber algunas otras cosas.

30

En vista de esto, convocando a reunión, Curión expuso el asunto a debate. Algunos eran de la opinión de que se tenían que hacer todos los esfuerzos posibles y asaltar el campamento de Varo, puesto que no había cosa tan nociva como el ocio estando los soldados tan inquietos. Para ellos valía más la pena probar suerte peleando.

Otros creían que sería mejor retirarse a medianoche a Castro Cornelio, donde habría más tiempo y comodidad para sacar de su engaño a los soldados. Y cuando las corrientes fuesen propicias, teniendo a mano tantas embarcaciones, sería seguro y muy fácil volver a Sicilia.

31

Curión no aprobaba ninguno de estos consejos. Le parecía que uno pecaba de cobardía y el otro de temeridad. Unos proponían una huida muy vergonzosa, y los otros una batalla teniendo el enemigo toda la ventaja en sus posiciones. Curión habló así:

– ¿Cómo presumimos poder forzar unas trincheras tan bien fortificadas, tanto por sus construcciones como por el enclave que ocupan? ¿Qué vamos a ganar siendo rechazados con gran daño del asalto? Son las empresas prósperas las que granjean la benevolencia de los soldados hacia los jefes, del mismo modo que las desgracias mueven al desafecto –afirmó con rotundidad-. Pero cambiarnos de campamento, ¿qué otra cosa es más que una vil fuga, quedar como desesperados y caldear los ánimos de los soldados? No está bien que los leales sospechen que se confía poco en ellos –continuó-, o que los mal intencionados entiendan que se les teme, porque así crecerá la insolencia de unos y se perderá el favor de los otros. Pero demos por hecho lo que se dice de la crispación del ejército, lo que yo creo que es falso o al menos mucho menos de lo que se imagina. ¿No será mejor disimularlo y esconderlo que no confirmarlo con los hechos? ¿No se deberían ocultar los males del ejército para no hacer que crezca la osadía de los enemigos? Y pretendéis que salgamos de noche, sí, para que así tengan mayor libertad los que intentan fugarse, puesto que no tendrían otro freno en ese caso que el propio orgullo y el miedo, y no existe nada a lo que sea más contraria la noche. Así que no estoy tan decidido a asaltar las trincheras sin perspectiva de romperlas, ni tan atemorizado que me dé ya por perdido. Antes prefiero intentar todas las vías posibles y espero que pronto, vista la realidad, estemos la mayoría de nosotros de acuerdo.

32

Despedido el consejo, convocó a los soldados y les recordó el importante servicio que habían hecho a César en Corfinio; cómo su prestigio y su autoridad habían atraído a su lado a la mayor parte de Italia.

– Porque a vosotros – dijo – y vuestro ejemplo lo han seguido uno tras otro todos los pueblos. Por eso, no sin razón, sois tan amados por César como aborrecidos por sus enemigos. Pero ¡qué honor! Pompeyo, sin haber perdido ninguna batalla, con la noticia de lo que habíais hecho salió huyendo de Italia. César os confió en mí a la persona que más amaba, para proteger Sicilia y África, sin las cuales no puede mantenerse Roma ni Italia. Ya sé que quieren convenceros de que nos dejéis, ¿pero qué otra cosa pueden ellos desear tanto como conseguir al mismo tiempo el perdernos a nosotros y a vosotros al haceros participar en una maldad tan execrable? ¿O, qué cosa peor podría haber en la imaginación de unos acérrimos enemigos vuestros, que el induciros a una traición contra aquellos que confiesen que os deben toda su dicha, y que os entreguéis en manos de los mismos que os miran como autores de su perdición? ¿Es porque ignoráis las proezas de César en España? Dos

ejércitos deshechos, dos generales vencidos, dos provincias conquistadas, y esto solo a cuarenta días de su llegada y ante los ojos de los contrarios. ¿Cómo podrían resistirle vencidos los que en posesión de todas sus fuerzas no pudieron? Y vosotros que seguisteis a César cuando estaban igualadas las posibilidades de victoria, ahora que la fortuna está de su lado, ¿querréis seguir al vencido, justo cuando estáis a punto de disfrutar del premio a vuestra lealtad? Ellos dicen que vosotros desertasteis y los vendisteis, y os echan en cara el primer juramento: pero, ¿fuisteis vosotros los desertores de Domicio o fue Domicio el que desertó de vosotros? ¿No fue él quien, estando vosotros dispuestos a sufrir hasta las últimas consecuencias, os abandonó por completo? ¿El que huyó sin daros aviso? ¿No es así que, vendidos por él, estáis hoy vivos gracias al favor de César? Y ¿cómo pudo dejaros atados a vuestro juramento un hombre que, abandonadas sus insignias, depuesto del mando, sin carácter y hecho prisionero, acabó siendo él mismo dependiente de otro? Sólo falta que os reconvengan con el juramento, queriendo que, sin hacer caso al que os habla ahora mismo, respetéis el otro, que tras la deposición del capitán y su apresamiento quedó anulado. Pero quizá, no teniendo queja de César, la tenéis de mí. No quiero recordaros los favores que os he hecho, siendo como son hasta ahora mucho menores de lo que yo quisiera y de lo que esperáis vosotros. Con todo, os tengo que decir que los soldados sólo acostumbran a pedir premios conforme a sus hechos, y vosotros mismos estáis decidiendo cuáles serán éstos. Pero mi diligencia, el estado de suerte en el que nos encontramos ahora mismo, ¿no merecen siquiera algún reconocimiento? ¿Tan mal os parece haber transportado sano y salvo el ejército sin perder una sola nave? ¿Haber desbaratado la flota de los enemigos en cuanto llegué aquí? Venciéndolos dos veces en dos días peleando con la caballería, sacándoles de su propia ensenada y del puerto doscientos transportes, reduciéndolos a tan extremo que ni por tierra ni por mar pueden ser socorridos con víveres. Y ahora vosotros, renunciando a tal fortuna y a tales líderes ¿qué vais a buscar? ¿La mengua de Corfinio, o la fuga de Pompeyo, o la rendición de España o los primeros pasos desgraciados de la guerra africana? Yo me sentía contento llamándome simplemente soldado de César; vosotros me apellidasteis general. Ahí tenéis vuestro título si os arrepentís de habérmelo dado. Pero restituirme mi nombre, no se diga que el que me disteis vosotros fue para causarme una mayor ofensa.

33

La impresión que causó este razonamiento en los soldados fue grande. Tanto que le interrumpían a cada palabra debido al dolor que sentían porque se pensase mal de ellos. Acabado el discurso, todos a una voz le rogaron que tuviese ánimo, que no dudase en plantar batalla y demostrar su lealtad y valor.

Así, habiendo cambiado el sentir y la voluntad de todos, determinó Curión con la aprobación unánime ir a la batalla a la primera ocasión que se presentase.

Al día siguiente, sacando sus tropas las hizo formar en el mismo lugar que

en los días anteriores. Tampoco Varo pierde el tiempo en sacar las suyas para no perder la oportunidad de tratar de convencer a los soldados, o de combatir en caso de poderlo hacer en un sitio ventajoso.

34

Había entre los dos ejércitos, como se dijo antes, un valle con una pendiente no muy pronunciada. Cada bando estaba a la espera de ver si el otro intentaba cruzarlo para pelear con mayor ventaja.

De repente, por el ala izquierda de las tropas de Publio Accio, toda la caballería, y entre ella mezclados soldados de infantería, desfilaron bajando al valle. Curión destacó enseguida a su propia caballería y a dos cohortes marrucinas, cuyo primer ataque no pudo resistir la caballería enemiga, sino que se refugiaron al galope entre los suyos, desamparando a los soldados ligeros que habían avanzado con ellos, los cuales acabaron siendo atrapados y destrozados por los nuestros.

La atención de todo el ejército de Varo estaba en la desgracia y la huida de los suyos. Entonces Rebilo, legado de César a quien Curión había traído consigo de Sicilia por ser mucha su experiencia en las artes de guerra, dijo:

- Curión, estás viendo al enemigo consternado. ¿Por qué no te aprovechas de la ocasión?

Entonces Curión, diciendo solo a sus soldados que se acordasen de las promesas del día anterior, ordenó que le siguiesen y avanzó corriendo delante de todos.

La subida del valle era tan difícil que los primeros no podían trepar sin la ayuda de los otros. Pero los soldados de Accio, sobrecogidos por el miedo tras la fuga y la matanza de los suyos, imaginándose que iban a ser rodeados por la caballería, dieron media vuelta y se retiraron al interior de las trincheras antes de que los nuestros pudiesen acercarse a la distancia de un tiro de saeta.

35

En su huida, Fabio Felino, soldado raso del ejército de Curión, alcanzando la vanguardia de los fugitivos preguntó en voz alta por Varo, llamándole por su nombre como si fuese uno de sus soldados y quisiese darle algún aviso y hablarle. Oyendo que le nombraban tantas veces se detuvo a mirarlo y le preguntó quién era y qué quería. Entonces le lanzó una estocada al hombro derecho y por poco no le mató, aunque consiguió librarse cubriéndose con su escudo. Fabio, rodeado por los soldados más cercanos, fue asesinado.

Los que llegaban huyendo cargaron con tal número y fuerza contra las puertas del campamento, que al no haber por ellas fueron más los que perecieron en ese aprieto que en la lucha y la fuga. No faltó mucho para echarlos de las trincheras, porque algunos no cesaron de correr hasta meterse dentro de la ciudad.

Pero la naturaleza del sitio, así como la fortificación del campamento, impedía el avance. Los soldados de Curión no tenían los instrumentos necesarios para el ataque, porque habían salido a la batalla y no al asalto. Por

lo tanto Curión retiró su ejército al campamento sin perder ni a un hombre, a excepción de Fabio, mientras que los enemigos contabilizaban alrededor de seiscientos muertos y cerca de mil heridos. Todos estos y otros muchos que fingían estar heridos al no darse por seguros en el campamento después de la retirada de Curión, se refugiaron en la ciudad.

Varo, reparando en ello e informado del terror de su ejército, dejó en el campamento unas fogatas y tiendas de campaña, metiendo a medianoche y a escondidas su ejército en la ciudad.

36

Al día siguiente Curión trata de sitiarla y trazar la línea de circunvalación. Había en Útica mucha gente que, debido a la larga paz que habían vivido, no sabían lo que era la guerra. Los ciudadanos eran apasionados seguidores de César por los beneficios que habían recibido de él. El ayuntamiento se componía de personas de diferentes clases. El miedo ante las refriegas pasadas era muy grande, por lo que todos hablaban claramente de la rendición, haciendo peticiones a Publio Accio de que no perjudicase a todos con su obstinación.

Pero estaban las cosas así cuando llegaron mensajeros del rey Juba -que en el pasado había conseguido su reino por favor de Pompeyo- anunciando que él ya estaba en camino con grandes refuerzos, y pidiéndoles que defendiesen y protegiesen la ciudad; con lo cual, se recobraron del miedo.

37

Curión recibió esas mismas noticias, pero por un tiempo no parecía muy claro que las considerase ciertas. Estaba muy seguro de sí mismo, y por mensajeros y cartas se extendía por toda África la noticia de los prósperos logros de César en España.

Crecido ante todas esas circunstancias, se convencía de que el rey no emprendería nada contra él. Pero cuando supo con certeza que sus tropas estaban a veinticinco millas de Útica, alzó el cerco y se retiró a Castro-Cornelio, donde comenzó a traer trigo, fortificar el campamento y a juntar materiales; enviando luego a Sicilia a llamar a las dos legiones y al resto de la caballería.

El lugar era muy acertado para ir retrasando la guerra, tanto por su situación como por sus defensas. Además la cercanía del mar proporcionaba abundancia de agua y sal; ésta última en gran cantidad, acopiada desde antes en las salinas cercanas. Leña no faltaba por las numerosas arboledas y tampoco trigo, ya que los campos estaban cubiertos de él.

Así pues, Curión se disponía, con la aprobación de los suyos, a esperar al resto de tropas y a afrontar lentamente la guerra.

38

Una vez ordenadas estas cosas y aprobado el proyecto, unos desertores

expulsados de la ciudad le contaron que Juba, detenido por una guerra suscitada en sus fronteras por ciertas pretensiones territoriales de los leptitanos, se había quedado en su reino y había enviado, con parte de sus tropas, a su primer ministro Sabura que ya estaba cerca de Útica.

Curión, creyendo sin mayor confirmación lo que éstos decían, cambió de opinión y decidió salir enseguida a campaña. En esta decisión influyó mucho el fervor de la juventud, la generosidad de su corazón y la alegría de los pasados triunfos, confiando en el buen final de esta nueva empresa.

Con estas motivaciones, destacó al ponerse el sol a toda la caballería contra el enemigo, que al mando del mencionado Sabura había acampado a orillas del río Bragada. Pero el rey venía también con todas sus tropas y estaba acampado a seis millas de Sabura.

La caballería, avanzando de noche, llegó junto a los enemigos. Los númeridas, como buenos bárbaros, estaban acostados a sus anchas, sin orden ni disciplina. Así que los asaltaron, y dormidos y dispersos como estaban, hicieron gran mella en ellos; muchos huyeron corriendo, asustados.

39

Hecho esto, la caballería emprendió el regreso hacia Curión con los prisioneros. Éste había salido después de medianoche con toda la infantería, dejando cinco cohortes de guarnición en el campamento. A cinco millas de camino se encontró con la caballería y se enteró de lo sucedido.

A los prisioneros les preguntó quién era el jefe del campamento de Bragada; le contestaron que era Sabura, y sin recabar más información, con el ansia de acabar la jornada, se volvió hacia las tropas y dijo:

– ¿No veis cómo el testimonio de los prisioneros coincide con el de los desertores? El rey no está aquí, no envió más que un puñado de tropas que no han podido resistir el ataque de unos pocos soldados de caballería. Así que corred, volad hacia la presa y hacia la gloria, que ya es el momento de que tratemos de daros el premio debido y agradecer vuestros servicios.

Las hazañas de la caballería eran realmente notables, sobre todo si se comparaba su escaso número con las numerosas tropas númeridas. Y ellos mismos las exageraban mucho más, contándolas como hacen los hombres que se complacen en presumir de sus acciones gloriosas. Hacían ostentación de los numerosos botines, y alarde de los hombres y los caballos apresados, de tal manera que cuanto más se detenían, más les parecía que se retrasaba la victoria. Y ese ardor de los soldados avivaba la esperanza de Curión.

Ordenó a la caballería que le siguiese, y apresuró la marcha con el fin de asaltar al enemigo ahora que se había dado a la fuga más aterrado que nunca. Pero la caballería, cansada de avanzar toda la noche, no podía seguirle, parándose unos y otros en el camino. Pero ni siquiera eso hacía desistir a Curión de su objetivo.

40

El rey Juba, después de saber por Sabura lo del ataque nocturno, le envió

enseguida dos mil caballos españoles y galos, que solían ser su guardia real, y la parte que más estimaba de la infantería.

Él mismo, a paso más lento, iba detrás con el resto de las tropas y cuarenta elefantes, sospechando que también se presentaría Curión en persona, enviando por delante su caballería. Sabura hizo formar a sus tropas de caballería e infantería y les dio la orden de que, mostrando miedo, fuesen retrocediendo poco a poco; asegurándoles que, a su debido tiempo, él daría la señal de atacar y ordenaría lo conveniente.

41

Curión, mucho más esperanzado en el enfrentamiento al creer que los enemigos huían, bajó con sus tropas al campo raso, donde hizo alto tras avanzar un gran trecho, cansado ya el ejército debido a la marcha forzada durante dieciséis millas.

Fue cuando Sabura dio la señal a los suyos. Ordenó las tropas y fue haciendo pasar las filas, insuflándoles valor. Lo que hizo fue dejar lejos a la infantería, solo en apariencia sirviéndose de ella, y hacer avanzar a la caballería. Curión tampoco faltó a su deber, pidiendo a los suyos que confiaran en su valor para llegar a la victoria. Y en verdad mostraron el ardor de pelear tanto la infantería, fatigada, como la caballería que era muy escasa, no más de doscientos tras haberse quedado los demás por el camino.

Los nuestros, dondequiera que arremetían hacían retirarse a los enemigos, pero no podían perseguirlos durante un trecho muy largo ni instigar con brío a los caballos. Sin embargo, la caballería enemiga comenzó a rodear a los nuestros por los laterales y atacarlos por la espalda. Si nuestras cohortes avanzaban fuera de las filas, los nómadas –como estaban en plenitud de sus fuerzas– huían con rapidez del ataque y, al retirarse sus líneas, las rodeaban y las dejaban aisladas en el campo de batalla. Así que no era seguro ni mantener el puesto guardando las filas, ni avanzar y tentar a la suerte.

Las tropas del enemigo iban creciendo con los continuos refuerzos suministrados por el rey. A los nuestros les fallaban las fuerzas debido a la fatiga continuada. Además de eso, los heridos no podían abandonar la batalla ni ponerse a salvo en ninguna parte, porque todo el ejército estaba rodeado por la caballería enemiga. Así que, sin esperanzas de salvarse, como suelen hacer los hombres en los últimos momentos de sus vidas, o se lamentaban de su muerte o clamaban a sus dioses en busca de fortuna que les protegiera. Todo era terror y llanto.

42

Al verlos Curión angustiados a todos, que no atendían a sus peticiones y ruegos, le pareció que no había más solución para salvarse que ganar todas las colinas del entorno, y hacia ellas les ordenó correr con sus banderas desplegadas. Pero todas fueron ocupadas por la caballería destacada por Sabura.

Fue entonces cuando los nuestros terminaron de perder la esperanza. Unos

al querer huir fueron asesinados por la caballería enemiga; otros quedaron abatidos en su puesto. El general de caballería Cneo Domicio, acudiendo a Curión con un piquete, le aconsejó que se salvase huyendo al campamento y le prometió que no se apartaría de su lado. Pero Curión le respondió que nunca podría mirar a la cara de César tras haber perdido el ejército que éste le había confiado. Por esta razón perdió su vida peleando.

Muy pocos miembros de la caballería salieron con vida de la batalla. Pero aquellos que dijimos se habían quedado atrás para refrescar a los caballos, viendo a lo lejos la derrota del ejército, se retiraron ilesos al campamento. De la infantería no se salvó ninguno.

43

El cuestor Marco Rufo, a quien Curión había dejado en el campamento, conocida la derrota pidió a los suyos no caer en el desánimo. Ellos le pidieron con grandes ruegos que los embarcase hacia Sicilia. Rufo les dio palabra de ello y ordenó a los capitanes de los navíos que al anoecer tuviesen listas todas las embarcaciones.

Pero se apoderó de todos un miedo tan grande que unos decían que Juba ya estaba sobre ellos con sus tropas; otros que lo estaba Varo con sus legiones y que ya se veía la polvareda que levantaban. Nada de esto era verdad, pero se imaginaban que pronto tendrían sobre ellos a una escuadra enemiga, y en esta consternación general cada uno atendía tan solo a su propia salvación.

Los de la armada se apresuraban a partir; su prisa estimulaba a los capitanes de las naves de carga. Pocas fueron las lanchas que estaban dispuestas a la hora y en el lugar señalado; pero el tropel de tropas era tan grande que, cubriendo las riberas discutiendo sobre quién debía embarcarse antes, hicieron que se hundieran algunas barcas por el peso. Las demás lanchas, por temor a que les sucediese lo mismo, se negaban a arrimarse a la orilla.

44

Solos algunos soldados y padres de familia, recibidos por amistad o por lástima, llegaron a nado hasta las naves y pudieron llegar libres a Sicilia. Los demás, enviando como embajadores a sus centuriones, se rindieron a Varo.

Al día siguiente, en presencia de Varo –el legado de Pompeyo– delante de la ciudad, el rey Juba dijo a voces que aquellos prisioneros eran suyos y mandó matar a muchos. Reservó a algunos pocos escogidos para servirse de ellos como esclavos en su reino sin que Varo se atreviese a oponerse, aunque se quejaba de que se violase el valor de su palabra.

El rey, entrando en la ciudad montado a caballo con una vergonzosa comitiva de numerosos senadores romanos partidarios de Pompeyo – entre los que se encontraban Servio Sulpicio y Licinio Damasipo –, dio las directrices y órdenes que le parecieron. Y a los pocos días partió de regreso con todas las tropas a su reino.

LIBRO TERCERO

1

Presidiendo César como dictador las Cortes Generales, salieron nombrados cónsules el mismo Julio César y Publio Servilio, porque las leyes le permitían serlo ese año.

Una vez elegido, César, viendo a toda Italia sin crédito en el comercio debido al impago de las deudas, señaló jueces árbitros que tasasen las posesiones y haciendas al precio que tenían antes de la guerra y se las diesen a cuenta a los acreedores. Creyó que esto sería lo más conveniente, tanto para la seguridad de los acreedores – que por lo general escasea en las guerras civiles –, como para mantener la reputación de los deudores.

Asimismo, con donaciones que los pretores y tribunos hicieron al pueblo de dinero público, indemnizó por todos los daños y perjuicios a aquellos ciudadanos que habían sido condenados por cohecho aplicando la ley Pompeya, cuando Pompeyo, con el apoyo de sus legiones, dirigía todo en Roma de forma arbitraria. Los juicios para determinar las indemnizaciones se resolvían en un día, siendo distintos los jueces que oían las acusaciones de los que pronunciaban la sentencia. Pero quería que fuesen resarcidas las personas perjudicadas por la ley Pompeya con los votos del pueblo y no solo por su favor, para de ese modo beneficiar a aquellas sin lesionar los derechos del resto de ciudadanos.

2

En resolver estos asuntos, celebrar las Ferias Latinas y cerrar todos los temas tratados en las reuniones, César empleó once días. Tras ello, renunció a su cargo de dictador y partió de Roma hacia Bríndisi donde le aguardaban, como él había ordenado, doce legiones y toda la caballería; pero se encontró con tan pocas naves que apenas pudo embarcar en ellas veinte mil hombres y quinientos caballos.

Esta falta de embarcaciones fue la única dificultad que impidió a César poner pronto fin a la guerra. Incluso las tropas que embarcó estaban muy incompletas, pues las numerosas guerras de las Galias las habían desgastado. Muchos habían muerto en el largo viaje desde España, y todo el ejército, acostumbrado a respirar el aire puro de la Galia y España, sentía los efectos nocivos del otoño, que en Pulla y en los alrededores de Bríndisi suele provocar enfermedades.

3

Pompeyo, que había tenido un año entero para prepararse para la guerra sin que nadie le inquietase, tenía equipada una gran flota en Asia –que vigilaban las aguas desde las islas Cícladas, Corara, Atenas, del Ponto, de Bitinia, Siria, Cilicia, Fenicia y hasta Egipto–, sin contar con otros muchos navíos mandados construir en todos los astilleros.

Había obtenido grandes contribuciones económicas de Asia, de Siria, y de todos los reyes, potentados y tetrarcas. De los pueblos libres de Grecia meridional había hecho llegar grandes sumas de dinero, provenientes de las compañías de comercio establecidas en las provincias de su jurisdicción.

4

Había completado nueve legiones de ciudadanos romanos; habiendo transportado cinco desde Italia, una de Sicilia –que por haberse formado de dos antiguas legiones llamaba Gemela–, otra de Creta y Macedonia, compuesta por los soldados veteranos que habiendo obtenido la licencia de sus antiguos generales, se habían afincado en esas provincias, y finalmente dos de Asia alistadas por Lentulo. Además contaba con un gran número de reclutas venidos de Tesalia, Beocia, sur de Grecia y del Epiro, que distribuyó entre las legiones, en las cuales había incorporado también a los antiguos soldados de Marco Antonio. Además de éstas esperaba recibir de Siria por medio de Escipión dos legiones más. También contaba con tres mil arqueros de Creta, de Lacedemonia, del Ponto, de Siria y de otras partes; seis compañías de hondero de seiscientos hombres cada una, y siete mil guerreros a caballo.

De éstos, seiscientos eran conducidos desde Galacia por Deyotaro, quinientos por Ariobarzanes de Capadocia; igual número había enviado Coto de Tracia con su hijo Sadal; doscientos eran los de Macedonia al mando de Rascipol –hombre de acreditado valor–, quinientos de Alejandría entre galos y alemanes que Aulo Gabinio había dejado al rey Tolomeo para su guardia personal y que el hijo de Pompeyo había traído consigo en su armada; ochocientos de sus esclavos y pastores, trecientos de Galacia que habían dado entre Tarcundario Castor y Donilao –el primero venía en persona y el segundo había enviado a su hijo–, doscientos que había remitido a Siria Antíoco Comageno, muy favorecido de Pompeyo; de éstos últimos la mayoría eran arqueros a caballo, con los cuales venían además los dardanos y besos, unos a sueldo, otros forzados y otros voluntarios.

Todos éstos, junto a los macedonios, tésalos y otras naciones y ciudades, sumaban el número arriba indicado.

5

Pompeyo había hecho gran provisión de trigo proveniente de Tesalia, Asia, Egipto, Creta, Cirene y de otros países, decidido a invernar en Dirratio, en Apolonia y en todos los lugares de aquella costa, con el fin de impedirle a César el desembarco. Con este objetivo había también repartido su flota por todos aquellos mares.

La escuadra egipcia la dirigía el hijo de Pompeyo; la de Asia, Decio Lelio con Cayo Triado; la de Siria, Cayo Casio; la de Rodas, Cayo Marcelo con Cayo Coponio; la de Ilírico y sur de Grecia, Escribonio Libón con Marco Octavio. Pero, sin embargo, todos estaban subordinados a Marco Bibulo que, como almirante de la mar, mandaba en toda la armada pompeyana.

6

César, después de llegar a Bríndisi convocó a los soldados y les propuso que, como ya estaban a punto de terminar sus esfuerzos y peligros, dejaran en Italia a sus esclavos y sus ajuares, y se embarcasen, sin mayor equipaje, para que cupiesen más en las naves, con todas sus esperanzas puestas en la victoria y la libertad. Todos le respondieron que ordenase lo que quisiese, que estarían dispuestos a seguir cualquier orden suya.

César se hizo a la mar el día 4 de enero con siete legiones. Al día siguiente tocó tierra, encontrando entre las rocas y los escollos de los montes Ceraunios -en el sur de Albania- una ensenada segura, pero sin fiarse de los puertos que sospechaba estarían ocupados por los enemigos. Con todas las naves a salvo, sin faltar ni una, desembarcó a la tropa en la playa de Fársalo.

7

Lucrecio Vespilón y Municio Rufo, por orden de Decio Lelio, estaban en Orico con dieciocho navíos de la escuadra asiática pompeyana, y Marco Bibulo con ciento diez en Corcira. Pero los primeros, ni siquiera confiando en sus fuerzas, osaron salir del puerto a pesar de que César no conducía consigo más que doce galeras, cuatro de ellas entoldadas. Ni Bibulo siquiera, por estar sus naves ancladas y los marineros descansando, se le opuso a tiempo.

César saltó a tierra antes de que se supiese nada de su llegada.

8

Tras el desembarco, esa misma noche, César envió de vuelta a las naves para que trajesen al resto de las legiones y la caballería. Le encargó esta misión al legado Fusio Caleño, pidiéndole que ejecutase en la mayor brevedad posible el traslado de las tropas. Pero, como tardó demasiado en salir al mar y no aprovechó la noche, tuvieron un mal encuentro en su viaje.

Bibulo, que había sido informado en Corcira sobre la llegada de César, navegaba con la esperanza de encontrar aún algunas embarcaciones del convoy, cuando tropezó con las que volvían de vacío. Apresando hasta treinta, descargó en ellas la rabia y el enfado de su descuido, incendiándolas todas con marineros y patrones dentro, esperando escarmentar a los demás con la crueldad del castigo.

Tras estos hechos cubrió todas las bahías y playas con su flota, desde Salona hasta el puerto de Orico. Y apostó guardias por todas partes con la más exacta diligencia, hasta tal punto que él mismo, en pleno rigor del invierno, hacía de centinela en el navío sin evitar trabajo ni oficio, cualquiera que fuese, a cambio de poder batirse con César sin esperar a mayores refuerzos.

9

Después de la partida de los barcos de César, Marco Octavio, con los navíos bajo su mando, pasó de los Balcanes a Salona en Dalmacia, donde, convenciendo a los dálmatas y demás extranjeros, logró apartar a Isa del partido de César. Como no pudo ganar ni con promesas ni con amenazas a los

del ayuntamiento de Salona, decidió tomarla por la fuerza.

La ciudad es fuerte debido a su situación y a una montaña que la defiende. Pero los ciudadanos romanos, levantando rápido varias torres de madera, se fortificaron aún más. Así que no pudiendo oponer gran resistencia por ser pocos y estar cansados por sus múltiples heridas, acudieron al último recurso que fue dar la libertad a todos los siervos jóvenes y cortar a las mujeres las trenzas para usarlas como cuerdas de las ballestas. Octavio, en vista de su resolución, sitió la ciudad, distribuyendo el ejército en cinco fortines y empezando al mismo tiempo el asedio y el ataque.

Los sitiados parecían dispuestos a defenderse a toda costa, pero se resentían sobre todo de la falta de víveres. Para remediarlo, instaban con mensajes a César pidiéndole ayuda; las demás incomodidades las aguantaban como podían.

Tras haber pasado mucho tiempo, advirtieron que debido a la larga duración del sitio los soldados de Octavio flaqueaban en su determinación; y aprovechando la coyuntura de un mediodía en que se retiraron, poniendo en su lugar sobre las murallas a los jóvenes y a las mujeres para que los enemigos no echasen de menos la guardia ordinaria, ellos, unidos con los recién libertados, atacaron de golpe el primer fortín de Octavio.

Tomado éste, asaltaron con igual fuerza el segundo; tras éste el tercero y cuarto, y finalmente el quinto, hasta que los expulsaron de todos; y tras hacer una gran matanza, obligaron a los demás, e incluso al mismo Octavio, a ponerse a salvo huyendo en las naves. Ése fue el fin del asedio.

El invierno empezaba ya a sentirse; así que Octavio, abatido ante tantos quebrantos y habiendo perdido la esperanza de tomar la ciudad, se fue a Dirraquio en busca de Pompeyo.

10

Habíamos dicho que Lucio Vibulo Rufo, legado de Pompeyo, había sido dos veces prisionero de César para acabar siendo puesto en libertad; la primera en Corfinio y la segunda en España. A César le pareció que él era el más adecuado para ser intermediario en la negociación de paz con Pompeyo, ya que tenía con éste mucha mano.

La propuesta de César era que ambos debían desistir de su empeño, dejar las armas y no tentar más a la suerte. Habían sido excesivos los daños que habían padecido ambas partes, y debían servirles de lección y escarmiento para evitar otras desgracias semejantes. Pompeyo había sido expulsado de Italia, había perdido Sicilia, Cerdeña y España, junto a ciento treinta cohortes de ciudadanos romanos. César, por su parte, contaba ya entre sus pérdidas la muerte de Curion y la de todo su ejército en Africa, y la rendición de sus soldados en Corara. Así pues, César quería que dejarasen de ocasionar perjuicios entre sí y a la República, pues sus derrotas eran una clara muestra de lo traicionera que puede resultar la suerte en la guerra. Era el momento de tratar la paz, ya que ambos se consideraban en igualdad de condiciones. Pues, si la fortuna inclinase la balanza hacia uno de los dos, el que se creyese superior

jamás escucharía las condiciones de paz, ni se conformaría con la mitad el que esperase alcanzarlo todo.

César añadía que, como hasta el momento no habían podido llegar a un acuerdo, las condiciones se debían pedir en Roma al Senado y al pueblo. Y mientras tanto, harían un gran servicio a la República y a ellos mismos si ambos juraban al mismo tiempo y solemnemente que en un plazo de tres días despedirían los ejércitos. Una vez depuestas las armas y las tropas en las que se apoyaban, por necesidad, estarían ambos bajo el arbitrio del Pueblo y del Senado.

Para que Pompeyo aceptase de mejor grado estas ideas, César ofreció además licenciar a todas las tropas terrestres y a los cuerpos de guardia de las ciudades.

11

Vibulio, tras enterarse de estas condiciones, antes de tratarlas con Pompeyo creyó que era igual de importante avisarle de la llegada inesperada de César para que tomase sus medidas respecto a ello. Así que, avanzando noche y día a toda velocidad, fue corriendo a decirle a Pompeyo que César se le echaba encima con sus tropas.

En esos momentos Pompeyo estaba en Candavia, llegando de Macedonia para invernar en Apolonia y Dirratio; pero, sorprendido por las noticias, empezó a apresurar su marcha camino de Apolonia para que César no se apoderase de las ciudades marítimas. Pero éste, el mismo día del desembarco de su ejército, se puso en marcha hacia Orico. A su llegada, Lucio Torcuato, que gobernaba el castillo en nombre de Pompeyo con la guardia de los partinos, cerró las puertas y se preparó para la defensa, dando orden a los griegos de armarse y de cubrir la muralla. Pero éstos rechazaron tomar las armas contra el supremo magistrado del Pueblo Romano, y los vecinos trataron por su cuenta de recibir a César, así que Torcuato, no teniendo a quien pedir ayuda, abrió las puertas y se entregó a César, quien no le hizo mal alguno.

12

Dueño de Orico, César partió enseguida hacia Apolonia. Sabiéndolo el gobernador Lucio Estaberio, empezó a llenar de agua los aljibes del alcázar, a fortificarlo y a pedir rehenes a los ciudadanos. Éstos, en cambio, afirmaron que no se los darían, ni le cerrarían al cónsul las puertas ni se opondrían al sentir general de toda Italia y del Pueblo Romano.

En vista de esta decisión, Lucio Estaberio se escapó de forma furtiva. Los ciudadanos enviaron embajadores a César y le recibieron dentro de la ciudad. Así también lo hicieron los bulidenses, los amancianos, las ciudades fronterizas y todo el Epiro, que por medio de sus embajadores prometieron obediencia a César.

13

Pompeyo, conociendo lo que había pasado en Orico y Apolonia, y temiendo que pasaría lo mismo en Dirratio, fue derecho hacia allí marchando día y noche. Apenas corrió el rumor de que César estaba acercándose, cuando todo el ejército, que se había pasado noche y día avanzando sin descansar ni un solo instante, se aterrorizó de tal manera que casi todos desamparaban sus banderas; muchos de ellos tiraban sus armas y la marcha parecía más bien una fuga.

Al final Pompeyo detuvo a su ejército cerca de Dirratio y ordenó trazar el campamento. El ejército todavía estaba despavorido, pero Labieno se presentó antes que nadie ante Pompeyo, y juró no abandonarle jamás y estar a su lado ante cualquier cosa que pudiese suceder. Lo mismo juró el resto de legados, y tras ellos los tribunos, los centuriones y el resto del ejército.

César, viendo que se le habían adelantado en Dirratio, detuvo su apresurada marcha y fijó su campamento a orillas del río Apso, en la frontera de Apolonia, para proteger a las ciudades aliadas con destacamentos y fortificaciones; y decidió esperar allí tranquilo a las demás legiones de Italia, pasando el invierno en tiendas de campaña.

Lo mismo hizo Pompeyo que, una vez acomodado su campamento al otro lado del río, se estableció allí con todas sus tropas y auxiliares.

14

Caleño, mientras tanto, y de acuerdo con las órdenes de César, reunió todas las naves que había en Brindisi, embarcó a cuantos soldados y caballos habían en ellas, y levó anclas. Pero, no bien había salido del puerto, cuando recibió una carta de César en la que le avisaba de que todos los puertos y costas estaban en poder de la flota enemiga. Así que Caleño retrocedió y dio la contraorden a toda la escuadra.

Una sola embarcación, que había seguido su rumbo sin obedecer la orden porque iba sin soldados y por cuenta de particulares, fue llevada por el viento hasta Orico y apresada por Bibulo, quien mató a todos sin perdonar a ninguno, esclavos y libres, incluidos los niños. Así que, de esta manera y gracias a la suerte, se salvó la vida de todo el ejército.

15

Bibulo estaba con su armada en Orico. Él le cerraba a César el paso por el mar y la entrada a los puertos; y César, a su vez, le tenía cortada toda comunicación con la tierra de aquellas regiones, ya que todas las orillas estaban bajo su control, con tropas apostadas cada cierto trecho, y no le permitían salir a buscar leña ni agua, ni amarrar las naves a tierra.

Su situación era preocupante, faltándoles todas las cosas necesarias. Se veían obligados a traer la leña, el agua y los alimentos embarcados desde Corcira. En una ocasión en que el estado de la mar era bravo, se vieron obligados a recoger para beber el rocío de las pieles que servían de cubierta a los navíos. Aun así toleraban con paciencia estas molestias, sin decidir por ello dejar al descubierto las costas o los puertos sin defensa.

En medio de esta situación angustiosa, Libón llegó para reunirse con Bibulo, y ambos trabaron conversación con los legados Marco Acilio y Estacio Murco, comandantes uno de la ciudad y el otro de los cuarteles de la costa, diciéndoles que deseaban hablar con César de cosas de suma importancia. Para confirmar esto, añadieron algunas razones como el querer entablar una negociación.

La condición era que se estableciese una tregua en el ínterin de las negociaciones. La obtuvieron porque lo que parecían ofrecer era de gran importancia, y porque sabían que César deseaba la paz por encima de todo. Llegaron a convencerse de que la embajada de Bibulo surtiría algún efecto.

16

César, en ese momento, se hallaba en Butrinto –frente a Corfú– a donde había partido con una legión a tomar posesión de las ciudades mediterráneas y a proveerse de trigo, que ya empezaba a escasear. Allí fue avisado, a través de cartas de Acilo y Murco, de las pretensiones de Libón y Bibulo. César dejó allí a la legión y regresó a Orico, donde convocó una reunión con los dos.

Compareció Libón, excusando a Bibulo por su carácter sumamente fogoso y por el odio particular que tenía contra César desde que fueron pretores. Afirmaba que ésa era la razón por la que no había acudido, temiendo echar a perder por su cólera una negociación de tanta expectación y utilidad. Que Pompeyo tenía y había tenido siempre un sumo deseo de que se llegase a la paz y se parase la guerra; pero que ellos no tenían poderes algunos para eso, ya que la suprema autoridad de tomar todas las decisiones en ése y en todos los asuntos residía en Pompeyo con acuerdo del Consejo. Sin embargo, una vez que se enterasen de las propuestas de César, se las comunicarían a Pompeyo y contribuirían por su parte a que tuviesen un fin ventajoso. Pedía que mientras no volviesen con la respuesta siguiese la tregua y cesasen las hostilidades por ambas partes. Libón concluyó su intervención insinuando algo sobre la justicia de su causa, sus fuerzas y las de sus aliados.

17

César no quiso responder a esas propuestas ni creía que hubiese suficientes motivos en el ese momento para hablar de ello. Lo que él pretendía era que le concediese enviar embajadores a Pompeyo sin que corriesen ningún riesgo; que se diesen para ello las condiciones de seguridad necesarias, o que ellos mismos se encargasen de conducirlos hasta él.

En cuanto a la tregua, el equilibrio de fuerzas era muy claro. Ellos con su armada impedían la llegada de las naves y ayuda desde el mar, y César les quitaba el agua y la comunicación con la tierra. Así pues, si querían que les permitiese el paso por tierra, ellos tenían que dejarle también libre el mar. Si esto no sucedía así, tampoco debían esperar de él condescendencia alguna. No obstante, eso no impedía que se pudiesen entablar las negociaciones de paz igualmente.

Ellos ni querían acompañar a los embajadores de César ni ejercer como garantes de la seguridad de ellos, sino que todo lo remitían a Pompeyo,

reduciendo su capacidad de decisión y su vehemente negociación al asunto de la tregua.

César, convencido al fin de que toda esa conversación solo pretendía buscar soluciones a los apuros del momento y no ofrecer una esperanza de paz, decidió continuar con la guerra.

Bibulo, sin poder saltar a tierra por mucho tiempo y aquejado de una grave dolencia contraída por el frío y el trabajo, no pudo ser curado, ni tampoco quiso entregar su labor a otro, por lo que al final acabó muriendo. Nadie le sucedió en el mando general de la armada pompeyana, sino que cada jefe de por sí disponía de su escuadra a su arbitrio.

18

Vibulio, calmada la turbación causada por la llegada inesperada de César, empezó a tener en cuenta las demandas de éste con la intervención de Libón, de Luceyo y de Teofanes, con quienes Pompeyo solía tratar los asuntos de mayor importancia.

Tras escuchar la primera propuesta, Pompeyo le interrumpió y ordenó que no siguiese adelante, diciendo:

– ¿Para qué quiero yo la vida y la patria, que todos dirán se las debo a César? Y nadie podrá convencerles de lo contrario cuando, terminada de esa forma la guerra, vean que por su gracia soy restituido a Italia, de donde salí como huyendo.

Estas palabras fueron trasladadas a César por los mismos que las habían oído; pero no por eso desistió de conseguir la reconciliación por otras vías.

19

Entre los campamentos de Pompeyo y César solo mediaba el río Apso. Los soldados de un ejército y otro se hablaban de orilla a orilla frecuentemente, y durante las conversaciones no se disparaba ni una flecha, como así lo habían acordado.

Un día César envió al legado Publio Vatinio a la orilla del río con el encargo de proponer las razones más convenientes para moverlos a la paz, y de repetir a voz en grito si sería permitido a unos ciudadanos el enviar embajadores a sus conciudadanos, sobre todo para impedir que se matasen entre ellos.

Todo eso fue dicho con afecto, como demandaba el asunto; y, tras escucharle en silencio, le respondieron del otro lado que Aulo Varrón prometía asistir al día siguiente a una reunión y que ambas partes podrían, con toda seguridad, enviar comisarios a exponer libremente sus razones. También señalaron la hora.

En efecto, al día siguiente se reunieron. De una y otra orilla se acercó mucha gente con gran expectación ante el suceso y las muestras de que ambos bandos se inclinaban hacia la paz.

Se había destacado Tito Labieno para empezar a tratar sobre la paz, con mucha sumisión aparente debatiendo con Vatinio, cuando, de repente, la conversación se vio interrumpida por una lluvia de saetas de la que Vatinio se

libró escudándose en las armas de nuestros soldados. Pese a todo, varios resultaron heridos; entre ellos los centuriones Cornelio Balbo, Marco Plocio, Lucio Tiburcio y algunos soldados. Entonces Labieno gritó:

– ¡Que ya no se hable más de paz! Nosotros, si no se nos entrega la cabeza de César, no queremos de ninguna manera la paz.

20

En ese momento en Roma, el pretor Marco Celio Rufo, tomando la defensa de los deudores al principio de su cargo, colocó su tribunal junto a la silla de Cayo Trebonio, pretor de Roma, y prometió su favor a quienquiera que apelase la tasa de los bienes y de las pagas fijadas por los árbitros, conforme a lo ordenado por César. Pero la equidad del edicto, junto a la humanidad de Trebonio que debido a las circunstancias estimaba deber templar la justicia con clemencia y discreción, hacía que no hubiese quién osase apelar.

La verdad es que poner como excusa para no pagar las deudas la propia miseria o las dificultades de los tiempos, y alegar problemas para hacer la venta pública de los bienes, es propio de personas apocadas. Pero confesar las deudas y pretender conservar sin la menor pérdida las propiedades, ¿no es una gran canallada y desvergüenza? Debido a esto, no había nadie que lo pretendiese.

Lo curioso es que Celio se portó peor con aquellos cuyos intereses defendía; pues habiendo comenzado su gobierno como hemos dicho, por no caer en entredicho al haber promovido en vano una iniciativa equivocada, promulgó una ley en la que mandaba que se pagasen las deudas sin usuras en un plazo de seis meses. Cosa muy dura para los deudores.

21

El cónsul Servilio, junto a los demás magistrados, se opuso a esta ley. Así que, con el fin de ganarse a la gente, abolida la primera ley, promulgó otras dos: una que eximía a los inquilinos de pagar los alquileres anuales de las casas, y otra de reducción de las deudas nuevamente escrituradas. Y acometiendo a Cayo Trebonio con una retahíla de insultos, después de haber herido a algunos, le expulsó del tribunal.

Se quejó de este atentado el cónsul Servilio al Senado, y éste privó a Celio de su cargo por sentencia. En virtud de ella le prohibió el cónsul la entrada en el Senado, y queriendo Celio arengar al pueblo, le hizo bajar del tribunal. Así que, avergonzado y pesaroso, fingió en público partir hacia César, pero a escondidas envió emisarios a Milón –desterrado por el homicidio de Clodio– invitándole a regresar a Italia, con la esperanza de servirse de los gladiadores que habían quedado de los magníficos espectáculos dados al pueblo. Se unió a él y le envió por delante a reclutar tropas del Turia.

Celio fue rechazado en Capua. Le sorprendieron llegando a Casilino con sus banderas y sus armas, tras ser sus criados vistos en Nápoles con indicios también de sobornar a aquel pueblo. Temiendo una batalla desfavorable, porque los ciudadanos habían tomado sus armas y le habían declarado su

enemigo, desistió del intento y desvió su camino.

22

Milón, mientras tanto, solicitaba los favores de los que creía estaban en deuda con él. Se había declarado a través de cartas que todo lo que hacía era por orden y mandato de Pompeyo, a quien había aconsejado Bibulo. Pero no pudiendo sacar nada de ellos, soltando a los presos de algunas cárceles, llegó con ellos a Cosa, lugar de Turia, en cuyas almenas, herido por una piedra por el pretor Quinto Pedio perdió la vida.

Celio, que iba según él decía a ver a César, llegó a Turia, donde fue asesinado mientras intentaba ganarse a algunos de los vecinos ofreciendo dinero a ciertos caballeros galos y españoles enviados, hacía tiempo, por César para refuerzo de aquella ciudad.

Así pues, estos conatos de rebelión, que por la usurpación de las funciones de los magistrados y las circunstancias del tiempo tenían preocupada a Italia, tuvieron un pronto y buen final.

23

Por entonces, Libón –contralmirante de Pompeyo-, saliendo de Oricó con su escuadra de cincuenta naves, llegó a Bríndisi y se apoderó de la isleta situada enfrente del puerto. Le pareció más importante el hacerse con ese lugar, por donde tenían que salir los navíos nuestros a la fuerza, que tomar todas las costas y los puertos.

Quemó algunos transportes que encontró a su llegada y apresó a uno cargado de trigo, lo que causó un gran desasosiego entre los nuestros; y desembarcando en tierra por la noche tropas armadas y a arqueros, liberó a un destacamento de caballería que había sido hecho prisionero.

Cobró tanta fuerza por la ventaja en aquel lugar, que pronto escribió a Pompeyo para que ordenase, si quería, retirar el resto de las naves y carenarlas, que él se bastaba con las suyas para impedir que la ayuda llegase a César.

24

En ese momento Antonio estaba en Bríndisi. Confiado en el valor de sus tropas, echó unas cubiertas de cañaveral y tablones a unas sesenta chalupas de los navíos grandes y embarcó en ellas a sus mejores soldados; las repartió por la playa, en diversos lugares, y mandó avanzar hasta la bocana del puerto a dos galeras que había hecho construir en Bríndisi, fingiendo que lo hacía para ejercitar y adiestrar a los remeros.

Al verlos Libón adelantarse con tal osadía, y esperando poder interceptarlas, destacó contra ellos a cinco galeras de cuatro líneas de remos que corrieron a darles caza. Nuestros viejos soldados se retiraron al puerto, seguidos por los contrarios con más ardor que cautela. Entonces, las chalupas de Antonio ya listas, y una vez dada la señal, se lanzaron contra el enemigo a la vez y desde todas partes, y al primer encontronazo apresaron una galera con todos sus

marineros y sus tropas, y obligaron a las demás a retirarse vergonzosamente.

Tras esta derrota, los piquetes de Antonio apostados en el puerto no les dejaban hacerse con agua; así que Libón, obligado por la necesidad y cubierto de ignominia, levó anclas y levantó el bloqueo que había intentado.

25

Entre tanto los meses iban pasando, también el invierno, y no acababan de llegar a César desde Bríndisi las naves y las demás legiones; si bien era cierto que, en su opinión, se habían perdido algunas ocasiones de navegar, pues había soplado muchas veces vientos favorables que debieran haberse aprovechado.

Cuanto más pasaba el tiempo, más alerta estaban en proteger las costas los jefes de las escuadras pompeyanas, y con mayores esperanzas de impedir el desembarco. Esperaban que cada día crecería más la dificultad de la navegación, pues aflojarían los vientos. Además, Pompeyo les escribía continuamente cartas muy agrias, diciéndoles que como habían dejado pasar a César con sus primeras tropas, debían oponerse al paso de las últimas.

Por estos motivos César escribió muy resentido a los suyos de Bríndisi, ordenándoles que al primer viento favorable se hiciesen a la mar y dirigiesen su rumbo a Orico o a las costas de Apolonia, donde podrían tocar tierra al estar libre aquella playa, porque los enemigos no osaban alejarse mucho de los puertos.

26

Llenos de intrepidez y de valor, animándolos los mismos soldados que no huían de ningún peligro por amor a César, se hicieron a la mar al mando de Marco Antonio y Fusio Caleño, –aprovechándose de un viento de mediodía– y al día siguiente pasaron por delante de Apolonia y Dirratio.

En cuanto fueron avistados desde el continente, Quinto Coponio, que gobernaba en Dirratio la flota de rodas, salió del puerto tras ellos para atacarlos. Estaba alcanzándolos ya, porque iba calmando el viento, cuando éste arreció de repente y salvó a los nuestros. Pero no por ello desistió en su empeño de perseguirlos, sino que a fuerza de remar y del tesón de los marineros esperaba superar el contratiempo. Ni el ver que ya dejaban atrás Dirratio bastó para que dejase de ir en su persecución.

Los nuestros, aunque favorecidos por la fortuna, todavía no se consideraban a salvo no fuese a ser que volviese a calmarse el viento. Llegando a un puerto llamado Ninfeo, a tres millas de Liso, entraron en él las naves.

El puerto estaba protegido del ábrego, que es un viento templado y húmedo del sudoeste, y expuesto al austro, que es un viento del sur, pero los nuestros temieron menos a la furia de la tormenta que a la de la escuadra que los perseguía. Fue una suerte increíble que en cuanto entraron en el puerto, el austro que había soplado durante dos días, se volviese ábrego.

28

Se pudo ver entonces lo rápido que cambia la suerte. Los que poco antes temían ser derrotados, se encontraban en un puerto muy seguro; y los que ponían en peligro nuestras naves, temían ahora por ellos mismos. En consecuencia, al cambiar los vientos, el mismo temporal que había favorecido a los nuestros desbarató las naves de los rodios; de tal manera que todas –y eran dieciséis entoldadas– se vieron en apuros y naufragaron.

Del gran número de marineros y soldados que llevaban a bordo, unos perecieron estrellados contra las rocas y otros fueron apresados por los nuestros. A estos últimos César los envió libres a sus casas.

28

Dos embarcaciones nuestras que iban a la zaga, al caer la noche y sin saber dónde habían ido a parar las demás, echaron el ancla frente a Liso. El gobernador Otacilio Craso, destacando contra ellas muchas barcas y falúas, intentaba apresarlas y a la vez proponía condiciones para la rendición, ofreciendo protección para los que se entregasen.

Una de las naves llevaba a bordo doscientos veinte soldados de la legión de los bisoños; la otra algo menos de doscientos veteranos. Y aquí se pudo comprobar cuán provechosa es para los hombres una decisión valerosa. Los nuevos, espantados ante el número de embarcaciones que les rodeaba, se rindieron a Otacilio, bajo juramento de que no se les haría daño. En cuanto estuvieron en presencia de Otacilio fueron asesinados ante él de la forma más cruel.

Sin embargo, los soldados de la legión veterana, sin hallarse no menos descorazonados con los mareos por la marejada y las náuseas que causaba la sentina, mostraron aún en esa situación su antiguo valor; así que, bajo la excusa de negociar las condiciones de la rendición, entreteniéndolo al enemigo en las primeras horas de la noche, obligaron al piloto a que los dejase en tierra donde se hicieron con una posición ventajosa en la que pasaron el resto de la noche.

Cuando en la madrugada Otacilio destacó contra ellos cuatrocientos caballos que guardaban aquella costa con otros soldados que habían sido allí apostados, resistieron y mataron a alguno de los enemigos, hasta que sanos y salvos vinieron a reunirse con los nuestros.

29

Ante tal hazaña, el conjunto de ciudadanos romanos a cuya jurisdicción pertenecía Liso por concesión de César –quien la había hecho una ciudad fuerte– se puso en manos de Antonio y le proveyeron de todo. Otacilio, dándose por vencido, huyó de la ciudad y se refugió junto Pompeyo.

Antonio, una vez desembarcadas las tropas, que consistían en tres legiones de veteranos y una de bisoños con ochocientos caballos, envió a Italia la mayor parte de las naves para transportar el resto del ejército. Dejó en Liso unos barcos llamados pontones, como los que se usan en la Galia, para que si por casualidad Pompeyo llegaba con su ejército a Italia, como decían algunos

rumores, suponiéndola indefensa, César tuviese algunas embarcaciones con las que poder perseguirle.

De inmediato Antonio le envió a éste aviso del lugar del desembarco y del número de soldados que tenía consigo.

30

César y Pompeyo recibieron casi al mismo tiempo la noticia. Ambos habían visto pasar las naves por delante de Apolonia y Dirratio, y ambos las iban siguiendo por tierra. Pero ambos ignoraban durante los primeros días dónde habían recalado.

Una vez que lo supieron los dos tomaron decisiones contrarias: César la de unirse cuanto antes con Antonio; Pompeyo la de cruzarse en medio del camino y sorprenderlos, si podía, en alguna emboscada.

Así pues, ambos movieron a su ejército de los campamentos en el río Apso. Pompeyo disimuladamente y a altas horas de la noche; César sin disimulo y en pleno día. Pero César tenía más distancia que recorrer, por verse obligado a caminar río arriba para poder vadearlo. Pompeyo, sin ningún obstáculo en la marcha, no teniendo que cruzar el río, avanzó a largas jornadas derecho en busca de Antonio. Cuando creyó que ya le tenía cerca hizo alto en un lugar ventajoso, donde metió y aseguró sus tropas prohibiéndoles hacer fuego para que no fuesen descubiertos.

Pero los griegos avisaron enseguida a Antonio, quien le envió la noticia a César y suspendió por un día su viaje. Al día siguiente le alcanzó César, y Pompeyo, para no verse cercado entre dos ejércitos, abandonó sus posiciones y, con todas las tropas, partió a una villa de Dirratio llamada Asparagio. Allí asentó su campamento en un sitio ventajoso.

31

En ese momento Escipión -legado de Pompeyo-, después de ciertos encuentros que habían tenido lugar junto al monte Amanó, se había auto titulado Emperador de los Romanos. Con este título había impuesto grandes contribuciones a las ciudades de la zona, cobrado de los mercaderes de su provincia las rentas obtenidas del bienio anterior y tomado en préstamo las del año siguiente, y ordenado a toda la provincia que se presentase ante él con soldados a caballo.

Con semejantes decisiones, sin considerar que dejaba enemigos a la espalda en el territorio de los partos –los mismos que acababan de quitar la vida al general Marco Craso y habían tenido bloqueado a Marco Bibulo– arrancó desde Siria con las legiones y la caballería; entrando por Asia cuando era enorme la turbación y el miedo ante la guerra de los partos, y todo ello, entre las quejas de los soldados que afirmaban estaban dispuestos a marchar si los llevaban contra el enemigo, pero no contra otros ciudadanos romanos.

Escipión, para acallarlos, condujo a las legiones a Pérgamo, y acuartelándolas en las ciudades más opulentas, dejó que las saqueasen después de haberles hechos donaciones muy cuantiosas.

32

Al mismo tiempo se cobraban por toda la provincia y con el mayor rigor las contribuciones; y cada día se inventaban impuestos de toda especie a cambio de saciar la codicia.

Metían en la capitalización tanto las posesiones de los esclavos como las de los libres. Todo se recogía: impuestos sobre columnas, sobre puertas, trigo, soldados, galeotes, armas, pertrechos, carruaje. Cualquier cosa que tuviese nombre la convertían en carga impositiva.

Se ponían gobernadores no sólo en cada ciudad, sino en cada villa y en casi todas las aldeas. De ellos, quien se portase con mayor aspereza y crueldad era el considerado un hombre de bien y el mejor ciudadano. Estaba llena la provincia de alguaciles y corregidores, de comisionados y receptores, que no contentos con los tributos hacían también tráfico de sus cargos, poniendo como excusa que como estaban fuera de sus casas y de su patria, estaban faltos de todo; así, con este pretexto, trataban de exculpar la vileza de su proceder.

A las contribuciones universales le correspondían las usuras exorbitantes, como sucede por lo general en tiempo de guerra. Se había embargado toda la moneda, y se justificaba definiéndola como una especie de donación.

Debido a todo esto se multiplicaron aquel bienio las deudas de las provincias, pero ni aun así paraban de pedir nuevas cantidades, no sólo a los ciudadanos romanos, sino también a todos los gremios y a las ciudades; diciendo que las exigían prestadas a nombre del Senado, de la misma forma en que lo habían practicado en Siria, recibiendo en préstamo de los recaudadores la paga adelantada del año.

33

Escipión ordenó también robar los tesoros del templo de Diana y las estatuas de esta diosa. Al entrar en el templo acompañado de varios senadores convocados para este fin, recibió una carta de Pompeyo y el aviso de que César había cruzado el mar con sus legiones; que se diese prisa en reunirse con él, dejando los asuntos que tuviese entre manos en ese momento.

Tras leer la carta Escipión despidió a los senadores y dispuso el viaje hacia Macedonia. A los pocos días se puso en marcha. Este incidente salvó los tesoros del templo.

34

César, unido ya al ejército de Antonio, sacó de Orico la legión allí alojada para vigilar la costa. Pensaba tantear a las provincias vecinas y llevar un poco más allá sus conquistas.

Se reunió luego con los embajadores de Tesalia y Etolia, que prometían la obediencia de sus pueblos si les enviaba tropa para la defensa. César envió a Tesia a Lucio Casio Longino con la legión de los bisoños, llamada vigésima séptima, y doscientos caballos; a Etolia envió a Calvisio Sabino con cinco cohortes y algunos caballos. Les encargó sobre todo que vigilasen con

atención a las provincias y le proveyesen de cereales.

Mandó asimismo a Cneo Domicio Calvino partir a Macedonia con dos legiones, la undécima y duodécima y quinientos caballos; debido a que Menedemo, líder de aquella parte que llaman libre, por medio de mensajeros le había atestado la total adhesión de todo el país a César.

35

Calvisio entró con tan buen pie que, recibido con suma alegría por todos los etolos, y una vez expulsados Calidonia y Lepante los prisioneros enemigos, se apoderó de toda Etolia.

Casio llegó con su legión a Tesalia, donde al estar la provincia dividida en dos bandos, cada uno pensaba distinto. Egesareto, hombre anciano y poderoso, favorecía el partido de Pompeyo. Petreyo, mancebo de la alta nobleza, con sus fuerzas y las de los suyos, apoyaba sin fisuras a César.

36

Al mismo tiempo el legado de César, Domicio, llegó a Macedonia. Y cuando ya las distintas ciudades empezaban a declararse con frecuentes embajadas, se esparció la voz de que Escipión estaba en el país al frente de sus legiones, haciendo un gran ruido a su llegada, porque los rumores suelen siempre engrandecer las cosas más allá de lo que en sí son.

Escipión, sin detenerse en ningún lugar de Macedonia, fue corriendo con gran furia contra Domicio; pero no estando ya a más de veinte millas de él torció de repente hacia Tesalia contra Casio Longino, con tanta rapidez, que al mismo tiempo se supo de su llegada y de su marcha. Tanto que, para caminar más ligero, dejó su equipaje en las orillas del río Aliacmón, que separa Macedonia de la Tesalia, al cuidado de Marco Favonio con ocho cohortes de escolta y orden de levantar allí un fuerte.

Por otra parte, la caballería del rey Coto, que solía hacer correrías por Tesalia, llegó volando al campo de Casio quien, asustado ante la noticia de la llegada de Escipión y al ver a aquellos caballos que creía ser suyos, se refugió en los montes que rodean Tesalia y desde allí tomó el camino a Ambracia.

Mientras Escipión iba siguiéndole a toda prisa le llegó un mensajero de Marco Favonio, que le avisaba de que tenía encima de él al legado cesariano Domicio con dos legiones, y que no le sería posible mantener el puesto asignado si no le ayudaba. Con este aviso Escipión cambia de idea y de ruta; deja de seguir a Casio y corre a dar auxilio a Favonio.

En consecuencia, sin interrumpir su marcha ni de día ni de noche llegó tan a tiempo, que al descubrirse la polvareda del ejército de Domicio, aparecieron los primeros batidores de Escipión. Así a Casio le salvó la vida la maniobra de Domicio, como la celeridad de Escipión se la salvó a Favonio.

37

Escipión, tras detenerse dos días en las tiendas puestas junto al río Aliacmón —que trascurría entre ellas y el campo de Domicio— al amanecer del tercer día

hizo a su ejército vadearlo y, asentando el campamento, al cuarto día por la mañana colocó sus tropas en formación de batalla.

Domicio por su parte no dejó de hacer lo mismo. Y mediando entre los dos ejércitos un campo de seis millas, avanzó con su gente hasta el campamento de Escipión, el cual se mantuvo firme sin salir de su puesto. A pesar de la impaciencia de los soldados de Domicio al final no se produjo la batalla.

El motivo principal fue porque un torrente intermedio con las orillas quebradas estorbaba el avance de los cesarianos. Escipión, enterado del ardor y las ganas de pelear de los nuestros, temía que al día siguiente fuese forzado a pelear sin quererlo, o forzado a estar encerrado dentro de las vallas con gran deshonra, como alguien que ha llegado con grandes expectativas y que, por un mal movimiento, está en un sitio desacertado. Así que por la noche, y sin dar la señal, vadeó el río y volvió al lugar de donde había salido. Allí, cerca del río, asentó su campamento en una elevación del terreno.

Al cabo de algunos días armó una emboscada nocturna en el lugar en el que los nuestros habían ido a recoger forraje los días anteriores. No bien había llegado Quinto Varo, capitán de caballería, a su tarea diaria cuando le asaltó la caballería de la emboscada. Pero los nuestros aguantaron con valor el ataque y rápidamente pudieron formar, así que todos unidos se revolvieron contra ellos con ímpetu, matando a ochenta y haciendo huir a los demás, sin mayor pérdida que la de dos hombres. Después regresaron al campamento.

38

Tras este incidente Domicio, con la esperanza de hacer entrar a Escipión en batalla, fingió que levantaba el campamento forzado por la falta de víveres. Tocando a marcha, según costumbre, avanzó tres millas y acampó con todo su ejército en un lugar ventajoso y escondido.

Escipión, dispuesto a seguirle, destacó por delante la caballería y un buen número de tropa ligera para rastrear y asegurarse de la derrota de Domicio. Como iban éstas batiendo las carreteras, al entrar los primeros en la emboscada, entendieron lo que sucedía por el relincho de los caballos y se detuvieron.

Los nuestros, viéndose descubiertos, para no perder el lance por completo, apresaron dos escuadrones que llegaron a sus manos y a Marco Opinio, comandante de la caballería pompeyana. Los soldados de dichos escuadrones fueron asesinados o entregados como prisioneros a Domicio.

39

Mientras tanto, César había levantado sus posiciones en la costa, como ya hemos dicho, y dejó en Orico tres cohortes de guardia, encargándoles la custodia de las galeras traídas de Italia y dándoles por gobernador al legado Acilio. Éste aseguró las naves en el interior del puerto detrás de la ciudad y las amarró a tierra, cegando la boca del puerto con un transporte echado a pique y aferrado a un segundo barco. Sobre este segundo erigió un gran torreón opuesto a la misma entrada del puerto, y lo protegió con soldados que lo

defendiesen de cualquier lance repentino.

40

En cuanto supo esto el hijo de Pompeyo fue a Orico y sacó a remolque con cuerdas el transporte hundido. Combatiendo el otro, puesto por Acilio en forma de baluarte, con muchas barcas que poseían torres en equilibrio, venció a los nuestros en empeño y en disparar continuamente, como si pelease desde un sitio más elevado, refrescando sin cesar a los soldados, escalando por tierra los muros de la ciudad y batiéndolos por mar para distraer a los contrarios.

De esta manera fueron derrotados nuestros defensores que huyeron todos en las lanchas. Se apoderó también de la nave y de una lengua de tierra que desde la otra parte formaba como una península opuesta a la ciudad. Con cuatro barcas puestas sobre cilindros y empujadas con palancas al interior del puerto, arrimándose por una y otra banda a las galeras amarradas a tierra sin tripulación, se llevó a cuatro de ellas consigo y quemó las demás.

Concluida esta jornada, hizo venir a Decio Lelio de la escuadra pompeyana de Asia, para que impidiese la introducción de alimentos en la ciudad por el lado de Bulida y Amanda. Él, navegando a Liso, asaltó treinta botes dejados por Antonio en el puerto y los incendió todos. Pero al emprender la conquista de toda la ciudad se encontró con la resistencia de los ciudadanos romanos, a cuya protección estaban soldados enviados por César que llevaban allí tres días.

Así que, con menoscabo de alguna gente, se fue sin hacer nada.

41

Después que César se enteró de que Pompeyo estaba en Asparagio marchó hacia allí con su ejército. Conquistó de camino una villa fuerte de los partinos, en la que Pompeyo había dejado un cuerpo de guardia, y al tercer día llegó a los cuarteles de Pompeyo en Macedonia. Acampó junto a él y al día siguiente, poniendo en orden sus tropas, le presentó batalla.

Viendo que no se movía, César retiró al campamento a su ejército y quiso probar otra estrategia. Al día siguiente, tomando un gran rodeo por un sendero arisco y estrecho, se encaminó hacia Dirratio, esperando atraerle a esta ciudad o cortarle el paso, ya que Pompeyo tenía allí almacenadas todas las municiones de guerra.

Y así sucedió, porque Pompeyo que no había entrado en batalla ante el intento de César, creyó que éste se retiraba por la escasez de alimentos al verle marcharse hacia otra parte. Pero después, informado por sus espías, levantó el campamento al día siguiente con la confianza de detenerle siguiendo un camino más corto.

César intuyó ese movimiento, y animando a los soldados a sufrir con paciencia el cansancio, sin pararse a descansar más que un breve rato por la noche, llegó por la mañana a Dirratio, justo cuando se dejaba ver a lo lejos la vanguardia de Pompeyo, y fijó allí sus tiendas.

42

Pompeyo, expulsado de Dirratio porque no logró llegar allí el primero, toma una decisión alternativa y fortifica su campamento en un altozano llamado la Roca, donde había una ensenada con profundidad suficiente para que pudieran atracar las naves al abrigo de ciertos vientos. Allí ordenó conducir a parte de las galeras, y también acopiar pan y demás alimentos en Asia y en todas las regiones bajo su dominio.

César, sabiendo que la guerra iría para largo y desconfiando de que le llegasen provisiones desde Italia – por estar todas las costas guardadas con tanta diligencia por los pompeyanos y no aparecer la flota que había sido construida aquel invierno en Sicilia, la Galia e Italia– envió a Epiro a por cereales al legado Lucio Canuleyo; y debido a la distancia que le separaba de aquel país, levantó almacenes en varios lugares, encargando el acarreo a los pueblos de los alrededores.

Ordenó asimismo buscar todo el trigo que se hallase en Liso, en tierra de los partinos y en todas las poblaciones; éste era bien poco, tanto por la calidad del terreno áspero y montañoso, como por el saqueo al que Pompeyo había sometido a los partinos en los días anteriores despojando las casas, abriendo los silos y llevándose en la grupa de los caballos todo el trigo que había encontrado.

43

Con estas circunstancias, César trató de tomar medidas conforme a la naturaleza del terreno. El campamento de Pompeyo estaba rodeado por unos cerros altos y frondosos.

César hizo varios fortines poniendo en ellos cuerpos de guardia. Después, tanto como lo permitía el terreno, tirando trincheras de fortín a fortín comenzó a bloquear a Pompeyo con varios objetivos: En primer lugar, para conducir provisiones desde todas partes al ejército con menos riesgo, con el fin de equilibrar la escasez que padecía en relación con lo mucho que se abastecía Pompeyo a través de su caballería; en segundo lugar, para impedir las salidas de este al forraje y así inutilizar su caballería; en tercer lugar, para disminuir el prestigio de Pompeyo, su principal baza entre las naciones extranjeras, haciendo que corriese la noticia de que César tenía bloqueado a Pompeyo y éste no tenía el valor de entablar batalla.

44

El hecho es que Pompeyo ni quería separarse del mar, por donde traía los alimentos para su ejército, ni de Dirratio, donde había almacenado todo el tren de campaña: armas ofensivas y defensivas, y máquinas. Tampoco podía interrumpir los trabajos de César sin plantar batalla, lo que en ese momento no juzgaba conveniente.

Le quedaba un solo recurso –el último posible en la guerra–, y era adueñarse de todos los montes que pudiese y ocupar la mayor extensión posible de los alrededores con cuerpos de guardia adelantados, para así dividir las fuerzas de

César al máximo. Y eso hizo, ya que levantando veinticuatro fortines en una extensión de quince millas encontró pastos y muchos sembrados en los que podían pastar los animales.

Así como los nuestros se habían pertrechado en trincheras construidas de fortaleza a fortaleza, temiendo que los pompeyanos rompiesen por algún lado y cargasen contra ellos por la espalda, ellos se protegían en el interior de su recinto con barreras continuas, para que los nuestros no pudiesen entrar por algún flanco y sorprenderles por detrás.

Es verdad que ellos adelantaban más sus obras por tener más tropas y menos territorio que fortificar, ya que estaban en el anillo interior. Cuando César quería ocupar algún puesto, y dado que Pompeyo estaba resuelto a no pelear en ningún caso de poder a poder, éste destacaba contra él arqueros y honderos, de los que tenía en abundancia, y resultaban heridos muchos de los nuestros. Los soldados habían cogido un gran miedo a las saetas, y por esa razón casi todos se habían hecho capotes contra estos tiros: unos de fieltro, otros de torzal y otros de cuero.

45

La lucha de ambos por ocupar las posiciones altas era grande. César estaba empeñado en cercar lo más posible a Pompeyo, y éste en ocupar todos los cerros que podía; así que los choques eran continuos.

En cierta ocasión, cuando ya la legión novena de César había tomado una posición y empezaba a fortificarla, Pompeyo se apostó en un cerro vecino justo al frente y comenzó a estorbar el trabajo de los nuestros. Como por un lado el paso era casi llano los cercó primero desde todas partes con arqueros y honderos; echó hacia delante un grueso cuerpo de tropa ligera y, una vez montadas las máquinas de combatir, impedía la construcción de las trincheras. Era muy difícil para los nuestros acudir al mismo tiempo a la defensa y al trabajo. César, viendo que herían a los suyos por todas partes, determinó retirarse y abandonar aquel puesto.

La retirada era cuesta abajo y la carga de los enemigos se volvió más furiosa, sin dejar volver atrás a los nuestros convencidos de que desamparaban el sitio debido al miedo. Se comenta que Pompeyo dijo entonces vanagloriándose con los suyos:

-¡Que me califiquen como un general inexperto si las legiones de César llegan a retirarse sin graves daños del paraje adonde tan temerariamente se han adelantado!

46

César, temiendo el desorden de la retirada, mandó formar en las vertientes del monte una valla avanzada de cañaveral, atravesada contra el enemigo. Bajo ese resguardo los soldados podían abrir un foso de una anchura suficiente para protegerse. Entre tanto, César apostó en los lugares pertinentes a varios honderos para cubrir la retirada de los nuestros. Con estas precauciones tomadas ordenó la retirada.

Los pompeyanos empezaron a molestar y a atacar a los nuestros todavía con mayor arrogancia y empeño, y echaron abajo los cañaverales que servían de parapeto para saltar las fosas. Al advertirlo César, para que no pareciese una retirada forzada sino voluntaria, en medio de la cuesta ordenó a los suyos a través de Antonio, comandante de la legión, que se volviesen de golpe contra el enemigo.

Los soldados de la legión novena, apretando rápidamente las filas, arrojaron sus lanzas y corriendo cuesta arriba obligaron a los pompeyanos a huir velozmente, siendo de gran tropiezo a su vuelta los setos medio caídos, las puntas de las estacas y las zanjas abiertas. Los nuestros, que únicamente estaban intentando retirarse sin sufrir daños, al morir muchos de los contrarios y perdiendo solo cinco de los suyos, fueron retirándose con mucha calma; y solo un poco más allá de aquel sitio, haciéndose con otros repechos, perfeccionaron su atrincheramiento.

47

Esta era una forma extraña de pelear y nunca antes vista, tanto por el número de fortificaciones como por el espacio que había que cercar tan extenso y tan bien fortificado, como por el modo de dirigir el bloqueo y todas las demás circunstancias.

En todo cerco los sitiadores suelen asediar a los enemigos ya intimidados, débiles o vencidos en batalla, o bien en clara desventaja, siendo ellos mismos superiores en número de tropas de infantería y caballería; y el fin del cerco suele ser por lo general el cortar el suministro de víveres al enemigo.

Aquí, por el contrario, César tenía cercadas a unas tropas muy numerosas con las fuerzas enteras y abastecidas por completo, disponiendo él de un número mucho menor de soldados. Cada día llegaban a los pompeyanos grandes convoyes de navíos cargados de alimentos desde todas partes; no había viento que, por una banda o por otra, no les trajese algunos. César, consumidos ya todos los cereales de los alrededores, se hallaba en extrema necesidad. Si bien los soldados lo sufrían todo con singular paciencia, acordándose de cómo el año anterior después de apuros muy semejantes en España, y cómo con trabajo y sufrimiento habían llevado a buen fin una guerra muy peligrosa. También recordaban la gran penuria padecida en Alesia, y otra mucho mayor en Avarico, de donde habían salido vencedores de las naciones más poderosas.

No rechazaban la cebada ni las legumbres que les daban. Y tomaban como un regalo la carne de las reses que traían de Epiro en abundancia.

48

Aquí encontraron también nuestros soldados que anteriormente habían militado con Valerio cierto género de raíz que se llama cara, la cual, mezclada con leche, les servía de mucho sustento. La amasaban como el pan y la tenían en abundancia. Cuando los soldados pompeyanos ofendían a los nuestros echándoles en cara el hambre que padecían, les tiraban a manos llenas las

tortas hechas de esa raíz para desengañarlos.

49

Con el tiempo las cosechas empezaron a madurar y la misma esperanza les aliviaba el hambre, confiando en verse muy pronto hartos. A menudo repetían en los cuerpos de guardia y en las conversaciones que antes se comerían las cortezas de los árboles que rendirse a Pompeyo; y continuamente oían por boca de los desertores que los caballos del enemigo apenas se tenían en pie – como consecuencia del cerco de los de César-, que el resto de animales habían muerto, que los soldados sufrían varias enfermedades por la estrechura del cerco, el hedor de los numerosos cadáveres y por el cansancio del día a día, al que no estaban acostumbrados.

Sobre todo padecían gran escasez de agua, porque César desviaba con acequias todos los ríos y arroyos que iban al mar, o los detenía con grandes presas. Siendo aquellos lugares montañosos, y estrechos los valles que conducían a las grutas donde nacían los manantiales, César las había cerrado con empalizadas y usado la tierra para estancar el agua. Así que les obligaba a buscar lugares planos y pantanosos para cavar pozos, añadiendo ese trabajo a las tareas ordinarias. Incluso esos manantiales quedaban lejos de los cuarteles y, debido al elevado calor, se secaban muy pronto.

Mientras tanto, el ejército de César gozaba de una salud robusta, gran acopio de agua y abundancia de todo género de alimentos, excepto de trigo, de cuya carestía esperaban verse libres en cuestión de días, una vez recogidas las cosechas.

50

En este nuevo tipo de guerra eran también nuevas las estrategias de las que se valían unos y otros. Los enemigos, averiguando debido a las hogueras donde hacían los nuestros la guardia de noche, se acercaban con disimulo y descargaban de repente sobre ellos todas sus saetas y luego echaban a correr a su campamento. Los nuestros, escarmentados con la experiencia, evitaban mayores daños haciendo en un lugar las hogueras y las guardias en otra.

51

Continuando con la escaramuza de la que antes hacíamos referencia, mientras tanto, avisado Publio Sila comandante del campamento en ausencia de César, acudió con dos legiones al socorro de la cohorte, y las tropas unidas rechazaron a los pompeyanos, que ni tuvieron fuerzas de resistir la primera carga de los nuestros. Derribados los primeros, los demás se dieron a la fuga y cedieron el campamento, persiguiéndolos los nuestros, aunque Sila los detuvo para que no siguiesen.

Es verdad que la mayoría piensa que si hubiese querido perseguirlos y los hubiese abatido con aquellos bríos, ése hubiera sido el último día de la guerra. A mí no me parece que se le pueda reprochar este hecho, porque no es lo mismo ser lugarteniente que general en jefe. El lugarteniente debe atenerse a

las órdenes recibidas, y el general disponer libremente lo que más convenga en las batallas. Sila, que había sido encargado por César de la guardia del campamento, se contentó con salvar a los suyos, no queriendo arriesgarse a una batalla que siempre habría sido dudosa, y para no dar a entender que se arrogaba las facultades del general.

Los pompeyanos encontraron mucha dificultad en la retirada, porque avanzando desde tan mal sitio treparon hasta ponerse en la misma cumbre. Desde allí, si bajaban por la cuesta, temían que cargasen desde arriba los nuestros; y, además, se les hacía tarde. Con el deseo de salir vencedores de su empresa, se habían empeñado en ella hasta que cayó la noche.

Así que Pompeyo, tomando la decisión que la necesidad y el tiempo le sugerían, se guareció en un sitio a poco más de un tiro de flecha de distancia de nuestro cuartel. Aquí acampó y se fortificó, alojando en él a todas sus tropas.

52

Se luchó al mismo tiempo en dos lugares más, además de éste. Pompeyo asaltó de un golpe varios fortines con el objetivo de dividir nuestras fuerzas y dificultar el auxilio recíproco de los cuarteles vecinos. En otro lugar, Volcacio Tulo sufrió la carga de una legión con tres cohortes y la rechazó. Y en otro, los alemanes, saliendo fuera de nuestras trincheras mataron a muchos de los contrarios y volvieron sin haber recibido ningún daño.

53

En conclusión, haciendo balance de los seis choques de aquel día, tres en Dirratio y tres en las trincheras, sacamos la suma de dos mil pompeyanos muertos, incluidos varios veteranos, voluntarios, centuriones y oficiales, entre éstos Valerio Flaco, hijo de Lucio el pretor de Asia, y seis banderas ganadas. De los nuestros, en todos los encuentros faltaron solo veinte. Pero en el fuerte no quedó soldado sin herida, y en una sola cohorte cuatro centuriones perdieron la vida.

En resumen, y como prueba de los apuros que habían pasado, le contaron a César que habían sido halladas treinta mil saetas dentro del cuartel, y le presentaron el escudo del centurión Esceva, el cual mostraba ciento treinta agujeros. César, en atención a sus méritos, le regaló doscientos mil sueldos, y del octavo grado le promovió al primero, ya que solo a él se debía en gran parte la conservación del puesto. A la cohorte le dio paga doble, vestuario y otros honores militares muy preciados.

54

Pompeyo empleó aquella noche en adelantar sus trincheras y los días siguientes en fabricar torres, y habiendo dado quince pies de elevación a la barrera cubrió con una plataforma aquella parte del campamento. Dejó pasar cinco días, y la noche del sexto, que por suerte estaba algo anublada, sacó al ejército en silencio y se retiró a sus antiguas trincheras, dejando tapiadas y

atrancadas todas las puertas del campamento para mayor seguridad.

55

Ganada Etolia, Acarnania y Anfiloquia por Casio Longino y Calvisio Sabino, como hemos indicado, César pensaba en tantear Grecia meridional y ampliar sus conquistas. Con este objetivo envió allí a Fusio Caleño, acompañado de Quinto Sabino, de Casio y sus legiones. Al enterarse de su llegada Rutilio Lupo, intendente nombrado por Pompeyo, determinó fortificar el istmo para cerrar el paso a Fusio. Éste tomó Delfos, Tebas y Orcomeno tras la entrega voluntaria de sus ciudadanos; en algunas otras ciudades entró por la fuerza, procurando atraer a las demás por medio de sus comisarios al bando de César.

56

Éste, todos los días sin excepción, sacaba sus tropas a campaña para ver si Pompeyo quería entrar en batalla, hasta casi meter sus legiones debajo de las trincheras pompeyanas; siempre procurando que la primera fila no estuviese a tiro de flecha o de piedra.

Pero Pompeyo, para mantener su reputación, ordenaba de tal manera a sus tropas delante del campamento que la tercera línea tocaba las trincheras y todas las demás podían ser defendidas por los tiros disparados desde las fortificaciones.

57

Cuando tal era el estado de las cosas en sur de Grecia y en Dirratio, y estando seguro de la llegada de Escipión a Macedonia, César, no perdiendo de vista su prioritario propósito de paz, le envía a Clodio, amigo en común, a quien él, por recomendación precisamente de Escipión, había dado cabida entre sus más íntimos confidentes. A través de él le remite una carta que decía lo siguiente:

“Después de haber intentado por todos los medios la paz, el que no se haya conseguido hasta ahora lo atribuyo a los intermediarios que he escogido hasta el momento. Nunca hallan el instante preciso para proponer a Pompeyo mis condiciones. Tú, Escipión, tienes gran autoridad. No sólo podrías decirle lo que juzgases más conveniente sino moverle a ello, ya que en tu persona se aúnan la autoridad y el poder para hablarle de tú a tú. Si así lo hicieses, todos te atribuirían la gloria de haber pacificado Italia y las provincias, y de haber salvado el Imperio”

Con esta carta fue enviado Clodio a Escipión; y aunque durante los primeros días fue escuchado al parecer favorablemente, en los siguientes no se le dio audiencia, por haber reñido Favonio -como después de la guerra supimos-, a Escipión sobre el caso. Así que Clodio volvió a César sin haber hecho nada.

58

César, para tener acorralada la caballería de Pompeyo en Dirratio y privarla

de los pastos, cerró con grandes fortificaciones las dos entradas que, como dijimos, eran estrechas, y formó en ellas dos defensas.

Pompeyo, viendo que la caballería era inútil, la recogió al cabo de unos días metida en barcas al interior de su valla defensiva. Era tanta la escasez de pastos que mantenían a los caballos con hojas de los árboles y raíces tiernas de cañas. Habían consumido ya en forraje todo lo sembrado dentro de las trincheras, y se veían obligados a transportar en una larga navegación el heno desde Corcira y Acarnania; además, como éste era muy poco, lo aumentaban con pienso de cebada para alimentar a los caballos de esta manera.

Pero cuando ya no tenían absolutamente de nada no sólo les faltaba la cebada, el alcacer y la hierba, sino también las hojas de los árboles; entonces los caballos se quedaron en los huesos y Pompeyo se vio obligado a intentar alguna salida de improviso.

59

Militaban en las tropas de César Roscilo y Ego, dos caballeros alóbroges hijos de Abducilo, quien durante muchos años había tenido el liderazgo de su tribu. Eran dos hombres de cualidades importantes, que le habían servido muy bien y con gran valor en todas las guerras de la Galia. Por esas razones les había conferido en su patria los primeros honores, solicitando que los hiciesen senadores por privilegio particular y dándoles varias posesiones arrebatadas a los enemigos. Así que de pobres los hizo ricos, recompensándolos con grandes sumas de dinero.

Éstos, por sus proezas, no sólo eran honrados por César sino también queridos de toda la tropa. Pero abusando de la gracia de César y envanecidos con una necia y bárbara presunción, menospreciaban a los suyos; sustraían dinero del sueldo de la caballería y se adueñaban de todos los botines. Los soldados, ofendidos por esto, se presentaron ante César y se quejaron públicamente de sus agravios, acusándolos, entre otras cosas, de que falseaban las listas con plazas supuestas y se quedaban con el sobrante.

60

César, considerando que no era el momento de ser riguroso y teniendo muy presentes sus antiguos servicios, disimuló por entonces, contentándose con reprenderlos a solas por lucrarse con cargos falsos; y les dio a entender que se fiasen de su benevolencia y esperasen nuevas recompensas, imaginando cuáles podrían recibir en base a las que ya habían recibido.

Sin embargo esta querrela los hizo sumamente odiosos y despreciables a los ojos de todos, y ellos se daban cuenta no menos por los vituperios de los otros que por lo que les dictaba su propia conciencia. No pudiendo sufrir tanta vergüenza y quizá temiendo no quedar perdonados del todo, sino que su sentencia se estaba aplazando para otra ocasión, acordaron renunciar a nuestra amistad y aventurarse a buscar otras nuevas.

Comunicando su malintencionado intento a algunos de sus allegados, a quienes no tuvieron recelo en sincerarse, intentaron asesinar primero a Cayo

Voluseno –como se supo después– comandante de la caballería cesariana, para no presentarse ante Pompeyo con las manos vacías. Pero viendo la dificultad de poder ejecutar el asesinato, tomaron prestada gran cantidad de dinero, con la excusa de ir a restituir lo que habían robado, compraron muchos caballos y se pasaron con sus cómplices al bando de Pompeyo.

61

Pompeyo, informado de su ilustre nacimiento y educación noble, sabiendo que llegaban con tanto acompañamiento de hombres y caballos, y que eran conocidos además por su valor y por su cercanía a César, haciendo gala y pompa del caso, los fue mostrando por todas las líneas como si fuesen un triunfo, cebando la curiosidad de los soldados con la novedad de este espectáculo nunca visto. Hasta entonces ningún soldado ni caballero había desertado de César a Pompeyo, pese a que cada día llegaban desertores de Pompeyo a César; y en Epiro, en Etolia, y en todas las regiones ocupadas por César, a cada paso se pasaban a su bando los soldados alistados por Pompeyo.

Pero los traidores, que habían sido testigos directos, descubrieron a Pompeyo el estado de nuestras defensas: qué fortificaciones estaban imperfectas, cuáles peor pertrechadas a juicio de los expertos; sin omitir las circunstancias del tiempo, las distancias de los puestos, y la poca o mucha vigilancia de los cuerpos de guardia según eran el genio y habilidad de los comandantes.

62

Pompeyo, como hemos dicho, había decidido efectuar una salida. Tras adquirir esta información, dio orden a los soldados de cubrir con penachos de mimbres los yelmos. Embarcó por la noche en esquifes y barcos un buen número de tropas ligeras y de arqueros; y destacó veinte cohortes del alojamiento principal para conducir las a medianoche hasta el borde de nuestras trincheras que acababan en el mar, y eran las más distantes del cuartel general de César.

Envió también hacia allí las barcas antes mencionadas, y llenó de municiones y de soldados a una de ellas con los transportes de los que se había servido en Dirratio, ordenando lo que debía hacer cada cual.

César tenía en ese atrincheramiento apostado al comisario de guerra Lentulo Marcelino con la legión novena y, porque estaba enfermo, le había dado por ayudante a Fulvio Póstumo.

63

Había en ese lugar un foso de quince pies con un fuerte contrapuesto al enemigo de diez pies de alto, y el terraplén tenía otros tantos de ancho. A seiscientos pies de este vallado estaba otro opuesto que daba hacia la parte contraria con terraplén un poco más abajo, porque César, días antes, temiendo que bloqueasen por mar a los nuestros, lo había hecho alzar allí para poder resistir en caso de ser atacados por el frente y la espalda.

Pero debido a la grandeza de las obras y el continuado trabajo de tantos días, que abarcaba con la línea una extensión de dieciocho millas, no había dado tiempo a terminarlo. Así que aún estaba imperfecta la trinchera contra el mar, que debía unir las otras dos trincheras, algo que sabía muy bien Pompeyo por testimonio de los desertores alóbroges, y que trajo un notable perjuicio a los nuestros. Apenas las cohortes de la legión novena habían montado la guardia por el lado del mar cuando de improviso, y muy de mañana, se dejaron ver los pompeyanos.

Nos cogió muy de sorpresa su llegada. Los que venían en barcas arrojaban saetas contra la trinchera exterior, cegando los fosos con ramas; los legionarios, escalando el interior con toda clase de baterías y tiros, atemorizaban a los nuestros, y por los costados se veían inundados por la multitud de arqueros. Estos, vestidos con casquetes de mimbres sobrepuestos a los yelmos recibían poco daño de los golpes de las piedras, nuestras únicas armas.

En estos apuros, sintiéndose ya vencidos los nuestros, se descubrió la parte débil de nuestro atrincheramiento a la que antes se hizo mención, y desembarcando entre los dos vallados por el sitio que aún estaba por fortificar, arremetieron por las espaldas a los nuestros y derribándolos de una y otra barrera los forzaron a retirarse.

64

Analizada la situación, Marcelino destacó algunas cohortes para ayudar a los nuestros que se retiraban derrotados. Pero viéndolos huir despavoridos del campamento, ni los pudieron detener ni tampoco resistir ellos mismos el ataque de los enemigos.

De esta manera los soldados que llegaban de refresco, desconcertados ante el temor de los que huían, aumentaron el terror y el peligro, pues con el tropel de tanta gente se hacía más difícil la retirada. En esta refriega el alférez mayor, herido de muerte, se dirigió hacia los suyos con un último aliento, diciendo:

– Esta insignia la he guardado fielmente durante muchos años en vida; y ahora que muero, la restituyo con la misma lealtad a César. Por vuestra vida, no permitáis que se cometa la mayor derrota militar que jamás haya sucedido en el ejército de César.

De esta forma se salvó el águila, habiendo muerto todos los centuriones de la primera cohorte, menos el principal.

65

Los pompeyanos, después de una gran matanza de los nuestros, se iban acercando a las tiendas de Marcelino para gran espanto de las demás cohortes. Fue entonces cuando Marco Antonio, alojado en el cuartel de los puestos más cercanos, sabido el caso, se dispuso a bajar desde lo alto con dos cohortes.

En cuanto él llegó empezaron a reprimir su ardor los enemigos y a empezar a cobrar espíritu los nuestros, volviendo en sí del susto. Poco después, César, viendo el humo salir de los fortines -seña que habían convenido de antemano

para casos de peligro-, acudió también allí con algunas cohortes destacadas de los cuarteles. Advertido del daño, y viendo que Pompeyo desamparaba las trincheras y ponía sus cuarteles a las orillas del mar para así lograr el paso libre tanto para el forraje como para la navegación, cambió de idea; ya que no había ido bien la primera, César mandó abrir trincheras junto a las de Pompeyo.

66

Concluida la obra, observó la guardia que César había colocado en ciertas alturas que unas cohortes pompeyanas, que al parecer componían una legión, estaban situadas detrás del bosque e iban de camino hacia el campamento anterior.

La historia de ese campamento era ésta: unos días antes la legión novena apostada contra las tropas de Pompeyo, y fortificándose según se ha dicho, fija allí sus cuarteles. Estos terminaban en un bosque y no distaban del mar más de cuatrocientos pasos. Después, cambiando de idea debido a ciertos motivos, César los trasladó un poco más allá de aquel lugar; el cual, pasados unos días y al estar vacío, vino a ocupar Pompeyo. Como introdujeron más legiones dejaron en pie el vallado y lo coronaron por fuera con una cerca mucho más espaciosa, de tal forma que el campamento menor formaba una especie de fortaleza. Asimismo, desde la esquina izquierda de la fortificación levantó una trinchera de cuatrocientos pasos hasta el río, para tener a mano y de forma segura el agua.

La verdad es que Pompeyo, por razones que no es necesario referir, cambió de idea y abandonó aquel puesto. Así quedó durante muchos días abandonado ese campamento, aunque, pese a todo, las fortificaciones seguían en pie.

67

Una vez que la legión pompeyana entró allí con su bandera, la guardia de las zonas altas dio el aviso a César; eso aseguraban haber visto los soldados desde algunos de nuestros fortines más altos. Este sitio distaba media milla del campamento principal de Pompeyo.

César, con la esperanza de sorprender a esa legión y el deseo de resarcir las derrotas de aquel día, dejó en sus trincheras dos cohortes en ademán de continuar los trabajos, y él en persona, por un sendero perdido y con el mayor disimulo posible, dividió en dos columnas a las otras treinta y tres cohortes, entre las cuales iba la legión novena –muy menoscabada por la muerte de tantos oficiales y soldados–, y las movió hacia aquel campamento siguiendo el rastro de la legión de Pompeyo.

Su esperanza no fue fallida. Llegó allí antes de que pudiera adivinarlo Pompeyo y aprovechándose de que eran tan grandes las fortificaciones, dio rápido la orden de asalto y, por el ala izquierda donde él se hallaba, barrió la trinchera.

Las puertas delanteras estaban atravesadas por grandes maderos para cerrar el paso -llamados caballos de frisa-, así que fue preciso forcejear un poco,

intentando romperlos los nuestros y ellos oponiéndose con todas sus fuerzas, defendiendo el puesto con muchísimo valor Tito Pulción, el mismo que había sido autor de la traición cometida contra el ejército de Cayo Antonio.

Pero al final los nuestros pudieron más. Hecha añicos las protecciones, primero forzaron las trincheras y después la fortificación del centro. Como la legión derrotada se había refugiado allí, mataron a algunos que todavía se resistieron.

68

Pero la fortuna, que tiene mucha mano en todo y más en la guerra, por motivos muy pequeños suele causar grandes revoluciones, como aquí se vio.

Las cohortes del ala derecha de César, buscando la puerta, fueron siguiendo la línea de la trinchera -que como se dijo antes terminaba en el río-, convencidos de que era la cerca del campamento. Cuando pudieron ver que terminaba en el río y que nadie la guardaba, la asaltaron al instante y tras ella entró toda nuestra caballería.

69

Pompeyo, avisado de este hecho, destacó a la legión quinta en ayuda de los suyos, y al mismo tiempo su caballería venía acercándose a la nuestra. Los nuestros, que se habían apoderado del campamento, divisaban su infantería puesta en orden y al momento cambió la situación.

La legión de Pompeyo, animada con la esperanza de recibir ayuda pronto, se hacía fuerte en la puerta principal y aún se revolvían con osadía contra los nuestros. Como la caballería de César iba entrando en las trincheras por un paraje estrecho, poco seguro en caso de retirada, intentó huir. El ala derecha, viéndose tan separada de la izquierda y observando el miedo de la caballería, para no ser oprimida trataba de retirarse por donde acababa de entrar. Y la mayoría de ellos, por librarse de la encerrona, se precipitaban desde el vallado que tenía diez pies de alto, atropellando a los primeros y buscando escapatoria por encima de sus cuerpos. Los soldados de la izquierda, observando por una parte la presencia de Pompeyo y por otra la huida de los suyos, temiendo quedar acorralados por el enemigo por fuera y por dentro, pedían escapar por donde habían venido.

Todo era confusión, terror y fuga. Tanto así que tomando César con su mano los estandartes de los que huían y mandándoles parar, se apeaban unos de los caballos y proseguían su carrera, y otros soltaban por miedo sus banderas. Ni uno solo se detenía.

70

Con tantos males juntos, el que no muriesen todos se debió a que la fortuna quiso que Pompeyo, receloso de las batallas, estuviese algún tiempo sin atreverse a llegar a las trincheras. Y es que, a mi modo de ver, todo eso le cogía de nuevo y más después de haber visto poco antes huir de ese mismo campamento a los suyos. Además su caballería, como el tropel de los nuestros

tenía cegadas las puertas y desfiladeros, no podía romper para seguirlos.

Tan grandes fueron los males como los bienes, y por ello acabaron siendo muy poco decisivos. Cuando los nuestros eran dueños del campamento, la trinchera construida desde éste al río había privado a César de una victoria cómoda y segura; pero esto mismo había salvado la vida a los nuestros por haber retardado a los enemigos al perseguirlos.

71

En las dos batallas de ese día César perdió novecientos sesenta soldados rasos, y los nobles caballeros romanos Tuticano Galo, hijo de un senador; Cayo Felginate, de Plasencia; Aulo Granio, de Puzol; Marco Sacrativiro, de Capua, y treinta y dos tribunos y centuriones. Si bien es verdad que una gran parte de éstos perecieron sin combate atropellados en los fosos, en las estacadas y en las riberas del río a causa del terror, el pánico y el atropello de los suyos. Se perdieron treinta y dos banderas.

Pompeyo, tras esta batalla, fue aclamado Emperador de los romanos por su gente. Pero aunque tomó este título y permitió que con él le llamasen, nunca adornó con laureles sus cartas ni sus armas.

Por otro lado, Labieno, habiendo conseguido de Pompeyo que dejase a su disposición a los prisioneros, los hizo salir a la vista de todo el campamento; y con el fin, sin duda, de demostrar su fidelidad, les llamó camaradas y les preguntó con mofa si era costumbre de los soldados veteranos el huir, antes de rematarlos en público.

72

Tras estos sucesos cobraron tanto engreimiento y orgullo los pompeyanos que ya no pensaban en continuar la guerra, sino que la daban por acabada con ésta, en su opinión, victoria completa. No reflexionaban que la ocasión de vencer había sido por el escaso número de nuestras tropas, lo peligroso del sitio, el haberse los soldados encontrado atrapados en las trincheras y rodeados por los enemigos por dentro y por fuera, y el estar dividido el ejército en dos partes, sin poder una amparar a la otra.

Tampoco consideraban que no se había producido un encuentro porfiado ni un choque de poder a poder; y que los nuestros se habían hecho a sí mismos más daño con el tropel y la prisa del que habían recibido del enemigo.

Finalmente, tampoco se hacían cargo de las contingencias de la guerra. Cuántas veces por pequeños motivos o por una falsa sospecha, o una situación de pánico, o por un escrúpulo inadecuado habían resultado perjuicios muy graves. Cuántos fracasos o por imprudencia del general, o por descuido del subalterno, habían sucedido en los ejércitos.

Pero ellos, como si hubiesen vencido por valor y la fortuna no tuviese nada que ver en lo sucedido, celebraban la victoria de este día y despachaban correos con la noticia por todo el universo.

73

Al ver César frustradas sus primeras intenciones pensó que debía cambiar totalmente de plan. Así pues, retiró inmediatamente todas las guardias, detuvo el cerco que con obras sometía a Pompeyo y, reuniendo en un único lugar a todo el ejército, habló así a los soldados:

– No os turbéis ni os acobardéis por esta derrota, sino que contraponed todas las acciones gloriosas a una sola desgraciada. Ésta, además, no es muy considerable, pues ocurrió gracias a la fortuna. Recordad que pusisteis en vuestras manos a toda Italia sin derramar ni una gota de sangre; que pacificasteis las dos Españas, defendidas por gente muy belicosa y caudillos sumamente diestros y experimentados; que os hicisteis dueños de las fértiles provincias vecinas. Mantened viva la memoria de la felicidad con la que, en medio de las escuadras de Pompeyo, cerrados todos los puertos y cubiertas las costas, conseguisteis salvaros. Si acontece algún revés conviene suplir con trabajo la falta de fortuna. Lo que acababa de suceder es más un capricho de ella que vuestra propia culpa. Yo había escogido un lugar seguro para el combate; habíais forzado las trincheras, expulsado de ellas al enemigo y los habíais vencido en la refriega. Pero ya fuese por vuestra propia turbación, por un engaño, o por la misma fortuna, se torció la victoria ya ganada y nos la quitaron de las manos. Todos debemos esforzarnos en reparar los daños con la mejor disposición. Convertid el mal en bien, como hicisteis en Gergovia. Los que antes habéis huido de la batalla, id ahora de buen grado a presentársela al enemigo.

74

Concluida su arenga degradó a algunos abanderados y los depuso. Por lo demás, el ejército quedó tan pesaroso de aquel desmán y con tanta impaciencia por borrar la infamia, que no necesitaban de la voz de tribunos y centuriones, sino que cada cual, como en pena de su pecado, se imponía los trabajos más pesados. Todos por igual ardían en deseos de luchar, hasta tal punto que algunos oficiales del primer orden proponían no moverse de allí sin abocarse a una batalla.

César, por el contrario, no se fiaba todavía de que los soldados estuviesen recobrados del susto, y pensaba en tomarse un tiempo para que recobrasen su valor por completo. Además, le preocupaba cómo podría aprovisionar al ejército fuera de sus trincheras. Así que, sin la menor dilación, a primera hora de la noche envió con discreción todos los carruajes que no eran necesarios para la cura de los heridos y enfermos hacia Apolonia con la orden de no descansar hasta el fin de viaje, dándoles una legión por escolta.

75

Habiéndose ocupado de esto, se reservó dos legiones en el campamento e hizo que las otras, a la hora cuarta, desfilasen por diversas partes y se apoderasen de los caminos por donde tenía previsto marchar con el ejército. Tras dejar pasar un breve rato, para respetar la disciplina militar y para ocultar todo el tiempo posible la partida, ordenó tocar marcha y, saliendo al instante y

alcanzando a la retaguardia, desaparecieron todos del campamento.

Pompeyo, cuando se enteró de esta decisión, no fue menos diligente en seguirle. Con el objetivo de cogernos ocupados con la marcha y despavoridos, levantó su campamento enviando por delante a la caballería para atacar a nuestra retaguardia; si bien no pudo alcanzarla, porque César avanzando por un buen camino se había adelantado mucho.

Pero cuando llegaron al río Génuso, muy difícil de cruzar, la caballería pompeyana se encontró con los últimos de nuestras filas y los detuvieron provocando algunas escaramuzas. Contra ella destacó César a la suya, con un escuadrón volante de cuatrocientos soldados de los que pelean delante de las banderas. Acometieron con tanto denuedo contra los contrarios que mataron a muchos, rechazaron a todos y pudieron volver libres a la marcha.

76

César, concluida la jornada de aquel día de la forma que se había propuesto, y habiendo cruzado el río Genuso, se alojó en su antiguo campamento enfrente de Asparagio. Una vez metidas todas sus tropas dentro de las trincheras y enviada la caballería en busca de forraje, ordenó que se rehabilitase enseguida el campamento por la puerta Decumana.

Del mismo modo Pompeyo, concluido ese día, plantó sus tiendas en el campamento contiguo junto a Asparagio. Sus soldados, no teniendo en qué ocuparse por estar las fortificaciones intactas, salían lejos a buscar forraje; puestas a buen recaudo las armas en el mencionado campamento, y animados por la cercanía de otros campamentos, se iban a ellos a recobrar sus utensilios y mochilas, ya que gran parte se había quedado allí debido a lo acelerado de su partida.

César, previendo que esa dispersión les imposibilitaría perseguirle, casi llegado el mediodía volvió a tocar marcha. Sacó a todo su ejército y doblada la jornada durante lo restante del día, avanzó ocho millas; algo que no pudo hacer Pompeyo por el esparcimiento de sus soldados.

77

Al día siguiente, César, que había enviado de la misma manera su equipaje por delante en plena noche, salió antes del amanecer preparado para cualquier problema, incluso si fuese preciso el pelear sobre la marcha. Eso mismo hizo los dos días siguiente, aunque por algún motivo no se encontraron con ningún obstáculo, excepto atravesar ríos muy profundos o recorrer caminos muy farragosos.

Cuando Pompeyo, debido a la demora del primer día, se dio cuenta de que no le servía de nada el esfuerzo que estaba haciendo en los siguientes, por mucho que alargaba las jornadas para alcanzar a los que siempre iban por delante, desistió de su empeño al cuarto día y decidió seguir otra estrategia.

78

A César le era indispensable regresar a Apolonia para dejar allí a los

heridos, pagar a la tropa, confirmar a quiénes seguían en su bando y poner guardia en las ciudades. En todas estas cosas gastó sólo aquel tiempo que le permitía lo acelerado de su viaje; y es que, preocupado por que Pompeyo sorprendiese a Domicio, no se quedaría tranquilo hasta volver a reunirse con él.

Sus ideas para los siguientes pasos eran éstas: si Pompeyo tomaba el mismo camino alejado del mar y de los almacenes llenos de Dirratio, por tanto privado de la comodidad de las provisiones, se vería obligado a luchar, siendo ya iguales las fuerzas. Si cruzaba a Italia, César uniría su ejército con el de Domicio y marcharía por los Balcanes en ayuda de Italia; si intentaba la conquista de Apolonia y Orico para quitarle toda comunicación con el mar, César iría a sitiar a Escipión y obligaría con ello a venir a Pompeyo a la fuerza para ayudar a los suyos.

Así pues, César despachó correos a Domicio contándole sus planes; y, dejando en Apolonia cuatro cohortes de guardia, una en Liso y tres en Orico, y a su cuidado los heridos, prosiguió su marcha por Epiro y Acarnania.

Pompeyo, por su parte, intuyendo el intento de César, trataba de darse prisa para socorrer a su legado Escipión pensando que César fuese a por este.

79

Así marchaban ambos con igual solicitud para ayudar a los suyos y no perder la ocasión de sorprender a los contrarios. Pero a César el viaje a Apolonia le había desviado del camino recto. Pompeyo, por la carretera de Candavia caminaba en paralelo a la carretera de Macedonia.

Además de eso sucedió otra cosa inesperada. Domicio, que hasta entonces había estado continuamente frente a frente de Escipión, tuvo que alejarse de él por falta de provisiones hacia Heraclea Senticia, ciudad situada al pie de la cordillera de Candavia; de tal forma que parecía que la misma fortuna lo entregaba a Pompeyo pues iba sin saberlo por el mismo camino de este.

Todo esto lo ignoraba César. En ese momento, con las cartas de Pompeyo esparcidas por todas las provincias y ciudades, presumiendo de la victoria de Dirratio con más exageración y engreimiento de lo que había sucedido en realidad, no corría otra noticia que la de que César huía derrotado, habiendo perdido casi todo su ejército. Por eso no encontraba seguridad en los caminos y algunas ciudades se le habían revelado. Y por eso mismo, los diversos mensajeros enviados de César a Domicio y de Domicio a César, aun intentando diferentes sendas, nunca podían llegar a su destino.

Pero los alóbroges confidentes de Roscilo y de Ego, que dijimos se habían pasado al bando de Pompeyo, cuando se toparon en el camino con los exploradores de Domicio –bien fuese por la antigua familiaridad contraída en las guerras de la Galia, o bien por vanagloriarse– les contaron una por una las cosas que estaban sucediendo, confirmándoles la partida de César y la llegada de Pompeyo.

Domicio, con esta noticia, ganó una ventaja de cuatro horas. Y por ese favor de los enemigos evitó el peligro. Se reunió con César en Eginio, lugar situado

en la frontera de Tesalia.

80

Unido al fin todo el ejército César llegó a Gonfos, primer pueblo de Tesalia llegando desde Epiro, que pocos meses antes, por su propia voluntad, había enviado embajadores a César ofreciéndole todas sus posesiones y pidiéndole un cuerpo de guardia. Pero ya estaban preocupados por la fama tantas veces repetida de la batalla de Dirratio, cada día más y más exagerada.

Androstenes, representante de Tesalia, queriendo ser más compañero de la victoria de Pompeyo que participante en la desventura de César, metió dentro de la ciudad a toda la chusma de esclavos y hombres libres de los cortijos, cerró las puertas y envió mensajeros para pedir ayuda a Escipión y a Pompeyo, diciendo que si no acudían pronto podría perder la ciudad, pues aunque era fuerte no podría resistir por sí solo un largo asedio.

Escipión, ante la noticia de haberse retirado los dos ejércitos de Dirratio, había conducido sus legiones a Larisa. Pompeyo todavía estaba lejos de Tesalia.

César, fortificado su campamento, dio la orden de recoger cañaveral y hacer escalas y grúas para llevar a cabo el asalto de Gonfos. Estando ya todo preparado, les demostró a sus soldados cuánto importaba abastecerse de todo lo necesario para conquistar una ciudad llena y rica; su castigo serviría para escarmiento de las demás, y una ejecución tan rápida evitaría que pudiese recibir ayuda.

Así, aprovechando la buena disposición y el ardor de sus soldados, el mismo día de la llegada, a las nueve horas, emprendió el asalto de la ciudad protegida por muros altísimos, conquistándola antes de la puesta de sol y dándosela a los soldados para su saqueo. Y sin detenerse, moviendo de allí su campamento, partió a Metrópoli antes de que allí se supiese de la toma de Gonfos.

81

Los metropolitanos, al principio con la misma resolución motivada por las habladurías, cerrando las puertas se pusieron armados sobre los muros. Pero después, advertidos de la derrota de Gonfos por los prisioneros que César había mandado mostrarse ante sus muros a propósito, abrieron las puertas.

Como fueron tratados con total humanidad, comparada la dicha de los metropolitanos con la desdicha de los gonfeses, no hubo ciudad de Tesalia que no franquease la entrada y se rindiese a César, a excepción de Larisa, ocupada con los grandes ejércitos de Escipión.

César, hallando un terreno espacioso entre campos cubiertos de mieses ya casi maduras, determinó aguardar a Pompeyo y plantar allí el escenario de la guerra.

82

Pocos días después llegó Pompeyo a Farsalia, en la región de Tesalia, y dirigiéndose a todas las tropas dio las gracias a los suyos, y a los de Escipión

los invitó a tomar parte del botín y los premios de la victoria ya ganada. Alojó a todas las legiones en un mismo campamento e igualó a Escipión en dignidad consigo, ordenando que le hiciesen los mismos honores y le levantasen un pabellón imperial semejante al suyo.

Engrosadas las tropas de Pompeyo y unidos los dos grandes ejércitos, se ratifican todos en su superioridad y aún conciben mayores esperanzas en la victoria; de tal forma que todo retraso para ellos era lo mismo que demorar su vuelta a Italia. Que si Pompeyo no gustase de tratar los negocios con tanta pausa y reflexión, afirmaban muchos, ganar sería cosa de un día. Los maledicentes decían que no quería terminar la guerra porque él gustaba de mandar y servirse como de criados de los principales señores romanos que le acompañaban.

Por otro lado todos, sin pudor, discutían sobre el reparto de recompensas y dignidades, y se repartían el mando del consulado de los años venideros.

Otros pretendían las casas y haciendas de los que seguían a César, y hubo en el consejo gran debate sobre si convendría, en las primeras Asambleas que se hiciesen para el nombramiento de pretores, proponer para ese cargo a Lucio Hirro, ausente, enviado por Pompeyo a los partos. Unos querían hacer valer la palabra que Pompeyo le había dado al despedirse, para que no se pensara que le había engañado con su autoridad. Los contrarios creían que no era justo, siendo igual el trabajo y el peligro, distinguir a Hirro con tal premio.

83

Hasta sobre el supremo sacerdocio de César fueron tantas las reyertas que había todos los días entre Domicio, Escipión y Lentulo Espinter, que llegaron a prorrumpir en injurias, alegando Lentulo el privilegio de su ancianidad, preciándose Domicio por la aceptación que lograba con el pueblo, y Escipión por su parentesco con Pompeyo.

Acusó también ante Pompeyo, Accio Rufo, a Lucio Afranio de haber perdido por traición su ejército en la guerra de España, y llegó a decir Lucio Domicio en el consejo que su dictamen era que, acabada la guerra, se diesen tres tarjetas a los jueces que habían de sentenciar las causas de los senadores que no los habían acompañado en la guerra quedándose en Roma, o metidos en los cuarteles de Pompeyo sin contribuir con nada a la milicia. Una tarjeta debía servir para los que fuesen absueltos, otra para los que mereciesen pena capital, y la tercera para señalar las multas pecuniarias.

En conclusión, todos andaban ocupados en pretender honras o riquezas, o la venganza sobre sus enemigos. No se preocupaban del modo de vencer, sino de la manera de disfrutar la victoria.

84

César, entre tanto, hechas sus provisiones y recuperados sus soldados – cuyos bríos a su parecer daban bastantes pruebas de haber recobrado después de los sucesos adversos de Dirratio– quiso averiguar cuáles eran los pensamientos y resoluciones de Pompeyo en relación al combate.

Con este fin, sacó a campaña a su ejército y lo formó en orden de batalla; en un principio sin salir de su recinto y algo lejos del campamento, avanzando hasta tocar con su vanguardia las colinas de los alojamientos pompeyanos. Con esto, cada día cobraba mayor ánimo el ejército.

Como quiera que fuese, con la caballería usaba siempre una táctica: como era muy inferior en número a la de Pompeyo, César entresacaba de las primeras filas de los soldados a los jóvenes más ágiles y rápidos y les mandaba aproximar sus armas al estribo de los caballos, simulando atacarlos. Con este ejercicio cotidiano, caballos y jinetes, se habituaban a la inferioridad numérica y al miedo a las armas. Esto tuvo tan buen efecto que, cuando llegaba el caso, mil caballos resistían a siete mil pompeyanos aún en campo raso, sin que los asustase la inferioridad. Incluso en uno de los días los vencieron en una escaramuza y mataron, entre otros, a uno de los alóbroges que se habían cambiado al bando de Pompeyo.

85

Pompeyo, como estaba alojado en la cumbre, formaba a sus tropas al pie del monte, siempre para ver si César cometía un error. Éste, convencido de que de ninguna manera Pompeyo se decidiría a dar batalla, creyó que sería lo mejor mover de aquel sitio a las tropas y andar siempre en movimiento, esperando que con el cambio continuo de lugares hallarían más oportunidades de aprovisionarse, y que tarde o temprano se le presentaría la ocasión de entrar en combate; o, por lo menos, con tantas idas y venidas, fatigarían al ejército de Pompeyo poco acostumbrado a semejante esfuerzo.

Con este fin, dada la señal de la marcha y alzadas las tiendas, se observó que las tropas de Pompeyo poco antes, y faltando a su costumbre, se habían apartado de las trincheras a tal distancia que parecía se podía pelear en un sitio no del todo malo. Entonces César, cuando ya estaba saliendo de las puertas del campamento su vanguardia, dijo:

– Es el momento de suspender la marcha y disponernos para el combate que tanto hemos deseado. Animémonos a pelear, porque quizá no hallaremos otra ocasión como ésta.

Y al instante sacó afuera sus tropas sin más cargas que las armas.

86

Igualmente Pompeyo, según se supo después, estaba decidido a combatir a instancias de todos los suyos. Se había podido escuchar en los días anteriores en consejo pleno que el ejército de César sería derrotado antes de disparar un tiro. Muchos se habían quedado maravillados ante tal dicho y Pompeyo había respondido:

– Bien sé que prometo una cosa al parecer increíble, pero escuchad en qué me baso para no dudar de ello: tengo convencida a nuestra caballería, y ellos se han ofrecido a hacerlo, de que cuando estemos ya cerca, desfilen hacia el ala derecha y la acometan por el costado abierto, de tal manera que rodeando a César por la espalda se quede desconcertado y su ejército sea derrotado antes

de disparar nosotros un tiro. Con tal estrategia, sin poner en riesgo a las legiones y sin derramar sangre, pondremos fin a la guerra, cosa no muy difícil siendo tan poderosa nuestra caballería.

A ésta le recordó:

– Debéis estar alerta, ya que tenéis la batalla en vuestras manos. No arruinéis las esperanzas de todos.

87

Tomó la palabra Labieno despreciando a las tropas de César, y alabando sumamente la conducta de Pompeyo al decir:

– No creas Pompeyo que éste es el ejército conquistador de la Galia y de Alemania. Yo me hallé presente en todas esas batallas; no afirmo cosa que no sepa a ciencia cierta. Ésta es una mínima parte de aquel ejército; la mayor parte murió, cosa inevitable con tantas batallas. A muchos los consumieron las enfermedades en Italia, muchos se fueron a sus casas y muchos se quedaron en el continente. ¿Por casualidad no habéis oído que solo de los que quedaron enfermos en Bríndisi se han formado varias cohortes? Estos que aquí veis son reclutas de las levadas de estos años hechas en la Galia Cisalpina, y los demás se componen de ribereños de la otra parte del Po. Por lo demás, el nervio del ejército quedó deshecho en la batalla de Dirratio.

Dicho esto juró no volver del campo de batalla hasta salir vencedor, induciendo a todos a hacer lo mismo. Otro tanto juró Pompeyo alabando la idea, y no hubo entre tantos quien dudase de hacer el mismo juramento.

Hecho esto de común consentimiento, salieron todos de la reunión llenos de esperanza y alegría. Ya se anticipaba la victoria, no pudiendo creer que de ese modo se afirmase una cosa de tanta importancia, y por un caudillo tan experimentado, si no estuviese completamente seguro.

88

César, al acercarse al campamento de Pompeyo, se dio cuenta de que su ejército estaba ordenado de esta manera: en el ala izquierda se veían las dos legiones cedidas por César por orden del Senado al principio de las desavenencias; eran la primera y la tercera. Este puesto lo ocupaba Pompeyo mismo. Escipión lideraba el cuerpo de batalla con las legiones de Siria. La legión de Cilicia, junto con las cohortes españolas transportadas por Afranio, conformaba el ala derecha.

Pompeyo consideraba que éstas eran sus mejores tropas. Las demás estaban repartidas entre el centro y las alas, y todas completaban ciento diez cohortes, y un total de cuarenta y cinco mil combatientes. Dos mil eran voluntarios veteranos que por los beneficios recibidos de él en otras campañas habían venido llamados a ésta, y los había entremezclado en todas las filas.

Siete cohortes habían quedado apostadas como guardia en las tiendas y en los cuarteles vecinos. El ala derecha estaba defendida por las orillas escarpadas de un arroyo, por lo que había cubierto la izquierda con las tropas de caballería, arqueros y honderos.

89

César, siguiendo su antiguo plan, colocó en el ala derecha a la legión décima y en el izquierdo a la novena, uniéndole a ésta la octava, ya que estaba muy disminuida tras la derrota de Dirratio, haciendo de las dos una para que recíprocamente se apoyasen. Las cohortes que tenía en el campo de batalla eran ochenta, con treinta y dos mil soldados. En el campamento había dejado dos cohortes de guardia. Antonio mandaba el ala izquierda, Publio Sila la derecha y Cneo Domicio el centro. César se puso frente a Pompeyo.

Fue entonces cuando vio el flanco indicado y temió que el ala derecha fuese atropellada por la gran multitud de caballos pompeyanos. Así que entresacó enseguida de cada legión, de la tercera fila, una cohorte y con ellas formó un cuarto escuadrón, oponiéndolo a la caballería enemiga, y les explicó cuál era su misión y que de su valor dependía la victoria de aquel día.

Mandó al mismo tiempo al tercer escuadrón, y a todo el ejército, que ninguno atacase sin su orden; que a su tiempo él daría la señal ondeando un estandarte.

90

Poco después, arengando al ejército al estilo militar y ponderando su buen hacer para con él en todas las ocasiones, dijo:

– Puedo poner por testigos a todos los presentes del empeño con el que he solicitado la paz; de las proposiciones hechas por Vatinio en presencia de los dos ejércitos, de la comisión dada a Clodio para tratar un acuerdo con Escipión, de los medios de los que me valí en Orico con Libón para enviar embajadores de paz. Jamás quise que por mí se derramase sangre ni privar a la República de uno de sus ejércitos.

Concluido el razonamiento, a instancias de los soldados que ardían en deseos de entrar combate, dio con la trompa la señal de ataque.

91

Servía de voluntario en el ejército cesariano Crastino, comandante de la primera centuria que había servido el año anterior en la legión décima, hombre de singular esfuerzo. Éste, oída la señal, dijo:

– Seguidme, antiguos camaradas míos, y prestad a vuestro general el servicio que le habéis jurado. Ésta es la última batalla, la cual una vez ganada le devolverá a César su honor y a nosotros nuestra libertad.

Y volviéndose a mirar a César añadió:

– Hoy es, señor, el día en que a mí, vivo o muerto, me tendrás que dar las gracias.

Dicho esto arremetió el primero por el ala derecha, y tras él ciento veinte soldados escogidos de los voluntarios de su misma centuria.

92

Entre los dos campamentos mediaba el espacio suficiente para atacarse los

dos ejércitos. Pero Pompeyo había prevenido a los suyos de que aguantasen la primera descarga de César y no se moviesen ni un metro de sus puestos, dejando que los enemigos se desordenasen. Decían que esto lo había hecho persuadido por Cayo Triario, con el fin de quebrantar el primer ímpetu del ataque enemigo y dar lugar a que se desbandasen, y en ese momento todos a una echarse sobre ellos al verlos sin formación. Creían que recibirían menos daño de los tiros de los enemigos estando quietos que saliendo a su encuentro. Y tenían también la esperanza de que los soldados de César, teniendo que correr el doble y cuesta arriba, quedarían sin aliento y sin fuerzas debido al cansancio.

A mí esto me parece que va contra la razón. La naturaleza infundió al hombre ciertos ánimos y bríos que con el ardor del combate llegan a inflamarse, y un buen capitán, lejos de apagarlos debe de fomentarlos aún más. No sin razón establecieron los antiguos que al comenzar la batalla sonasen por todas partes las armas, y que todos a una voz gritasen, sabiendo que así los enemigos se aterraban y ganaban coraje los suyos.

93

Los nuestros, dada la señal, avanzando con las lanzas en ristre y advirtiendo que no se movían los pompeyanos, como eran expertos y habían aprendido de otras batallas, por sí mismos pararon en medio de la carrera, para que al final no les faltasen las fuerzas. Así que, tomando aire por un rato, echaron otra vez a correr arrojaron las lanzas y, conforme a la orden de César, empuñaron sus espadas. No dejaron de corresponderles los pompeyanos, sino que recibieron intrépidamente la carga y sostuvieron el ímpetu de las legiones sin deshacer las filas; también estos, una vez disparadas sus flechas, empuñaron las dagas.

En ese momento, desde ala izquierda de Pompeyo –como había sido prevista– desfiló a carrera abierta toda su caballería, disparando, simultáneamente, toda la cuadrilla de ballesteros, a cuya furia no pudo resistir nuestra caballería, sino que comenzó a perder terreno y la caballería pompeyana a atacarla con mayor fuerza, abriéndose en columnas y cogiendo en el medio a los nuestros. Viendo esto César, hizo seña al cuarto escuadrón de seis cohortes que había sido formado expresamente para este cometido. Ellos avanzaron de inmediato y, con las banderas desplegadas, cargaron con un ímpetu tan violento a la caballería pompeyana que ni uno solo les hizo frente, sino que todos espantados no solo abandonaron el campo de batalla, sino que huyeron a todo correr hacia los montes más altos.

Con su fuga toda la gente de honda y arco quedó al descubierto y sus armas inutilizadas, así que se les dio muerte. Estas cohortes, sin detenerse dieron un giro y embistieron por la espalda el ala izquierda de los pompeyanos que todavía peleaban y se defendían de los nuestros con buen orden, y los acorralaron.

94

Al momento César mandó avanzar el tercer escuadrón, que hasta entonces

no había entrado en batalla y permanecía sin moverse de su sitio. Viniendo éstos de refresco por el frente y atacándoles los otros por la espalda, ya no pudieron resistir los pompeyanos y todos comenzaron a huir.

No en vano César había predicho en su exhortación a los soldados que las cohortes que formaban el cuarto escuadrón enfrentado a la caballería de Pompeyo, habrían de comenzar la victoria. Ellas fueron las que la desbarataron; ellas hicieron aquella matanza de arqueros y honderos; y ellas, por la banda izquierda, rodearon el ejército de Pompeyo y lo pusieron en fuga.

Pompeyo, vista la derrota de la caballería y de aquel cuerpo en quien más confiaba, se supo vencido y se retiró del campo de batalla a galope hacia su campamento. Y a los centuriones que estaban de guardia en la puerta principal les dijo con voz clara:

– Defended el campamento y defendedlo bien si sucediese algún problema. Yo voy a dar orden de asegurar las otras puertas y otras instrucciones para la defensa.

Dicho esto, se metió dentro de su pabellón con temor de perderlo todo, pero aguardando no obstante a su destino.

95

Viendo a los pompeyanos refugiados en las trincheras y creyendo que no se les debía dejar respirar ni un momento ahora que estaban despavoridos, César alentó a los soldados a no malograr la ocasión de apoderarse del campamento. Los soldados, aunque estaban rendidos y abrasados por el sol, ya que el combate había durado hasta mediodía, le obedecieron, dispuestos siempre a cualquier trabajo.

Las trincheras estaban defendidas vigorosamente por las cohortes que allí habían quedado de guarnición, y con mucha mayor persistencia por los tracios y otras tropas auxiliares de extranjeros. No así por los soldados huidos de la batalla, que rendidos por la fatiga y el desaliento, casi todos, abandonadas las armas y las banderas, estaban más interesados en continuar su huida que en proteger el campamento.

Pero ni los que protegían las trincheras pudieron aguantar durante mucho tiempo la incesante lluvia de flechas, sino que acribillados por las heridas desampararon el puesto, y guiados por sus capitanes y jefes, todos a un tiempo, treparon a las cumbres más altas de los montes cercanos.

96

En el campamento de Pompeyo fue digno de ver las mesas puestas, los aparadores con tantas vajillas de plata, las tiendas alfombradas con céspedes floridos incluso los pabellones de Lentulo, y los de otros tantos coronados aristócratas, además de muchas cosas que denotaban demasiadas comodidades y la firme convicción de la victoria.

Se podía intuir fácilmente cuán ajenos habían estado del contraste de aquel día los que con tanto esmero se procuraban regalos. Y éstos eran los que al ejército pobre y tan sufrido de César le echaban en cara el lujo, cuando

siempre había estado escaso de las cosas más necesarias de la vida.

Pompeyo, sintiendo a los nuestros dentro de las trincheras, montó a caballo quitándose las insignias imperiales, y echó a correr por la puerta trasera. Espoleando a su montura fue volando hacia Larisa. No paró allí, sino que con la misma prisa, encontrando a algunos de los suyos que venían huyendo, sin parar toda la noche bajó al puerto con treinta caballos. Embarcó allí en una nave cargada de trigo. Y según decían iba navegando quejándose una y mil veces de su error en haberse prometido la victoria de unos hombres que, al haber sido los primeros en huir, tenían todos los visos de traidores.

97

César, tras apoderarse del campamento, insistió a los soldados en que no perdiesen la ocasión de terminar la empresa por entretenerse en el pillaje, y reuniendo a su ejército determinó cercar con trincheras el monte donde se habían refugiado muchos soldados de Pompeyo.

Los pompeyanos, al no haber agua en él, poco satisfechos con su posición trataron de refugiarse en Larisa. César, que lo supuso, dividió sus tropas: parte de las legiones las dejó en el campamento de Pompeyo, otra parte la envió al suyo; tomó cuatro consigo, y por un atajo, marchó al encuentro de los pompeyanos y, tras caminar seis millas, formó en orden de batalla.

Los pompeyanos, en cuanto lo advirtieron, hicieron alto en un monte bañado por un río. César pidió un último esfuerzo a sus soldados, aunque se hallaban muy cansados por la incesante fatiga de todo este día y ya caía la noche. Con una esclusa separó el río del monte para que los pompeyanos no pudiesen ir por la noche a coger agua. Estando ya a punto de finalizar la obra, éstos enviaron diputados para tratar las condiciones de entrega. Algunos senadores que se hallaban entre ellos salieron de noche huyendo.

98

Al amanecer, César ordenó a los del monte que bajasen al llano y rindiesen las armas. Obedecieron sin réplica, con las manos alzadas, y postrados en tierra rogaron por su vida. Él, consolándolos, los mandó levantar; y recordándoles su clemencia para quitarles el miedo, los perdonó a todos ordenando a sus propios soldados que no los tocasen ni a ellos ni a sus bienes.

Hecho esto mandó que acudiesen a él otras legiones, y que las que tenía consigo tomasen el turno de reposo en los cuarteles. Aquel mismo día entró en Larisa.

99

En esta batalla César no perdió a más de doscientos soldados, pero también a treinta centuriones de los más valientes. Murió asimismo, haciendo grandes muestras de valor, aquel Crastino de quien antes hicimos mención, atravesado su rostro por una estocada y cumpliendo puntualmente lo que había prometido al entrar en batalla. César creía firmemente que la fortaleza de Crastino no había tenido igual en el combate y se había ganado todo su agradecimiento.

Del ejército de Pompeyo se contaban alrededor de quince mil muertos. Pero los que se rindieron fueron más de veinticuatro mil, porque también los guardias de los castillos se entregaron a Sila, y otros muchos se refugiaron en las ciudades vecinas. Después de la batalla ciento ochenta banderas y nueve águilas fueron presentadas ante César. Lucio Domicio, queriendo huir del campamento al monte, desmayado por la falta de fuerzas, murió a manos de la caballería.

100

En este mismo tiempo el legado de Pompeyo, Decio Lelio, llegó a Bríndisi con su escuadra, y a imitación de Libón tomó la isleta que, como queda dicho, está delante del puerto.

Vatinio, gobernador de Bríndisi, armó también sus falúas entoldadas y provocando a las naves de Lelio apresó en la entrada del puerto a tres de ellas que se adelantaron demasiado: una galera de cinco órdenes de remos y dos menores.

Pese a ello, Lelio, aprovechándose de la buena estación para navegar, traía por mar agua de Corcira y de Dirratio, y no desistía de su empeño, ni por las naves perdidas, ni por la falta de las cosas necesarias. No pudo ser expulsado del puerto y de la isleta hasta que se enteró de la derrota de los suyos en Tesalia.

101

Casi al mismo tiempo llegó el pompeyano Casio a Sicilia con su armada naval de Siria, Fenicia y Cilicia. Se hallaba la de César dividida en dos partes: una a cargo de Publio Sulpicio, pretor en Vibona cerca del Faro; y la otra al mando de Marco Pomponio, en el puerto de Mesina. Casio llegó antes de que Pomponio supiese que lo hacía, y le encontró asustado, sin guardia ni tropa veterana. Favorecido además por un viento recio, disparó contra la escuadra de Pomponio unos navíos de carga atestados de teas, alquitrán, estopa y otras materias combustibles, y abrasó sus treinta y cinco barcos, de los cuales veinte eran entoldados.

Fue tan grande el susto que causó a todos este suceso que, habiendo una legión entera de protección en Mesina, apenas acertaban a defender la ciudad. Y de no haber llegado en aquel momento la noticia de la victoria de César por el correo, la mayoría piensa que se hubiese perdido.

Al llegar las noticias de la victoria de Farsalia la defensa se mantuvo fuerte. Así que Casio se dirigió de allí hacia Cibona contra la escuadra de Sulpicio, y viendo a nuestras naves arrimadas a tierra, hizo lo mismo que antes. Ayudado por el viento en popa, destacó cerca de cuarenta brulotes, y prendiendo fuego por los dos costados cinco navíos quedaron hechos ceniza. Como la impetuosidad del viento hacía extenderse las llamas, los soldados de las legiones veteranas, que por sus achaques habían quedado en la isla acuartelados, no pudieron sufrir tan gran afrenta y por su propio impulso subieron a las naves, alzaron anclas, y se arrojaron de golpe sobre la armada

de Casio. Apresaron dos galeras de cinco órdenes de remos, en una de las cuáles estaba él. Pero Casio, saltando al bote, logró escaparse.

Poco después se supo de la victoria de Farsalia, de forma tan veraz que hasta los mismos pompeyanos creían en ella, cuando anteriormente la tomaban como una mentira inventada por los subalternos y apasionados de César. Desengañado Casio se hizo a la mar con su armada.

102

César, antes que nada, decidió ir detrás de Pompeyo a dondequiera que se retirase huyendo, para no darle tiempo a que se rehiciese y renovase la guerra. Avanzaba durante el día tanta distancia como podía aguantar la caballería, ordenando que le siguiese una legión a un paso más lento.

Estaba fijado en Anfipoli un edicto en nombre de Pompeyo, obligando a todos los jóvenes de aquella provincia, griegos y ciudadanos romanos, a que viniesen a dar el juramento para el ejército. Pero no se podía averiguar si Pompeyo lo había expedido con el fin de ocultar todo lo posible su plan de huida, o con el de mantener con nuevas levas la posesión de Macedonia, en el caso de que le persiguiesen.

Lo cierto es que una noche se había detenido allí sin saltar a tierra y había hecho ir a bordo de su navío a amigos que tenía en Anfipoli, para pedirles el favor del dinero necesario para los gastos de su viaje. Conocedor de la llegada de César zarpó de aquella cala y a los pocos días apareció en Mitilene. Tras detenerse allí dos días por el viento contrario, con el refuerzo de otros buques menores llegó primero a Cuida, y después a Chipre. Allí se entera de que todos los naturales de Antioquía y los ciudadanos romanos se anticiparon en tomar el alcázar para no dejarle entrar, despachando, simultáneamente, mensajeros a los desertores del ejército pompeyano acogidos a las ciudades vecinas, con la amenaza de que no pusiesen los pies en Antioquía si no querían perder la cabeza.

Otro tanto había sucedido en Rodas a Lucio Lentulo, cónsul el año anterior, y consular de Pompeyo, que al llegar a la isla lo expulsaron de la ciudad y del puerto, y le enviaron recado de que se fuese a otra parte. Y muy a su pesar tuvo que cambiar el rumbo. Y es que ya volaba por las ciudades la noticia de la llegada inminente de César.

103

Sabiendo lo que sucedía, Pompeyo, no pensando más que en su viaje a Siria, se hizo con el dinero de las compañías de los mercaderes, y recogió otras cantidades de algunos particulares, y gran porción de monedas en cobre para las necesidades de la guerra. Armando a dos mil hombres, a parte de los empleados de las casas y parte de los mancebos de los mercaderes y de aquellos que sus propias gentes juzgaban útiles para la milicia, dirigió su rumbo a Pelusio (Egipto).

Se hallaba allí casualmente Tolomeo -un niño menor edad- con un poderoso ejército, en ese momento en guerra con su hermana Cleopatra, a quien pocos

meses antes había desposeído del reino ayudado de aliados y particulares. Las tropas de Cleopatra estaban a la vista. Pompeyo le suplicó que le amparase en su desgracia, acogiéndole en Alejandría por respeto al derecho de hospedaje y por la antigua amistad de su padre.

Los enviados pompeyanos, cumplida la comisión, empezaron a tratar familiarmente con los soldados del rey, convenciéndoles de que interpusiesen su buen hacer a favor de Pompeyo para no desamparar al caído. Muchos de éstos habían sido soldados de Pompeyo, que provenían del ejército de Siria. Gabinio los había conducido consigo a la ciudad de Alejandría, donde acabada la guerra, los había dejado al servicio de Tolomeo, padre de este niño.

104

En vista de esto, los ministros del rey, que por ser menor de edad gobernaban en su nombre el reino, ya fuese por temor de que Pompeyo sobornando el ejército real se hiciese dueño de Alejandría y de Egipto –lo que después argumentaron–, o ya fuese por despreciarle en su triste situación, siendo cosa muy habitual que en las desdichas los amigos se conviertan en enemigos, les dieron su palabra a los enviados de que cumplirían lo que pedía; pero en secreto y de forma traidora enviaron al capitán de la guardia Aquilas, hombre extremadamente osado, y al tribuno Lucio Septimio para matarle.

Saludando con toda pompa a Pompeyo, y éste confiado por conocer a Septimio al haber sido oficial suyo en la antigua guerra contra los piratas, entró en el esquife con alguno de los suyos, y allí fue asesinado por Aquilas y Septimio. También Lentulo es apresado por el rey y asesinado en prisión.

105

Al llegar César a Asia se enteró de que Tito Ampio había intentado en Efeso hacerse con el tesoro del templo de Diana, para cuyo efecto había convocado a los senadores de la provincia para que fuesen testigos del importe. Pero, abortado su proyecto con la llegada de César, huyó enseguida. Así fue que por segunda vez salvó César el tesoro efesino.

Se daba también por cierto que en Elida, en el templo de Minerva, la imagen de la Victoria colocada enfrente de la diosa y mirándola antes cara a cara, de repente volvió el rostro a las puertas y al umbral del templo. Una vez que se echó la cuenta, se supo que este prodigio había sucedido el mismo día de la victoria de César.

Ese mismo día, en Antioquía de Siria, por dos veces se sintió tanto clamor militar y tal estruendo de guerra, que toda la ciudad se puso en armas sobre los muros. Otro tanto había sucedido en Tolemaida. En Pérgamo, dentro del sagrario del templo, donde a nadie le es permitido entrar excepto a los sacerdotes –por eso lo llaman los griegos inaccesible– tocaron por sí mismas las campanas. En Trales, en el templo de la Victoria, donde habían dedicado a César una estatua, se mostraba una palma que, arraigada en el pavimento del templo, asomó aquel día en el techo entre las juntas de las piedras.

106

César, a los pocos días de su parada en Asia, oyendo que Pompeyo había sido visto en Chipre y que se especulaba que iba de viaje a Egipto por lo mucho que aquel reino le debía y otras ventajas del país, se hizo a la mar con la legión que le había venido siguiendo por orden suya desde Farsalia, y con otra que pidió del sur de Grecia al legado Fusio, más ochocientos caballos y diez galeras de Rodas, y algunas otras de Asia. Con todo ello desembarcó en Alejandría.

Los legionarios de su convoy eran tres mil doscientos. El resto, desfallecidos por las heridas de tantas batallas, y por el cansancio y lo largo del camino, no pudieron andar tanto. César, sin embargo, confiado en la fama de sus hazañas, no dudó en aventurarse con tan débiles fuerzas. Le parecía que por donde quiera que fuese estaba seguro.

En Alejandría es informado de la muerte de Pompeyo. Y no bien había saltado a tierra cuando llegó a sus oídos el confuso griterío de los soldados puestos por el rey de guardia en la ciudad. Se dio cuenta de que las tropas se alborotaban porque a César precedían las insignias consulares, y todos gritaban que eso era un desprecio a la majestad del rey egipcio.

Apaciguado este tumulto, cada día se suscitaban otros nuevos por la gran chusma del pueblo desenfrenado, matando a muchos de sus soldados por cualquier parte de la ciudad.

107

César, visto el desconcierto, mandó traer de Asia otras legiones formadas por los soldados de Pompeyo, ya que se veía obligado a mantenerse allí por los vientos que reinaban en aquella estación, totalmente contrarios para salir de Alejandría.

Entre tanto, considerando que las disputas de los reyes tocaban al tribunal del Pueblo Romano y al suyo juzgarlas en su calidad de cónsul, y porque había sido voluntad del anterior rey Tolomeo que Roma fuese garante de su testamento, les comunicó a ambos hermanos que era su voluntad que los dos despidiesen a sus tropas y pleiteasen ante su persona con razones, y no entre sí con las armas.

108

Tenía mucha influencia en el gobierno del reino egipcio el maestro del faraón niño, que era un eunuco llamado Potino. Éste, en primer lugar, comenzó a sembrar quejas entre los suyos y a mostrarse ofendido de que un rey fuese citado a dar explicaciones sobre sus actos. Después, valiéndose de la ayuda y la confianza de algunos queridos del rey, hizo venir en secreto desde Palusio a todas las tropas y por comandante a aquel Aquilas, arriba mencionado, a quien prometiéndole montañas de oro, en nombre suyo y del rey, le declaró sus intenciones por cartas y por terceros.

En el testamento de Tolomeo padre eran señalados herederos del trono el hijo primogénito, y la mayor de las dos hijas. Concluía el testamento

conjurando al Pueblo Romano, con grandes plegarias por todos los dioses y el trato de alianza firmado en Roma, que se cumpliera así su voluntad. Se sacaron dos copias del testamento: una la llevaron a Roma sus embajadores para guardarla en el archivo, aunque no pudieron lograrlo a causa de los numerosos negocios públicos, y se había depositado en casa de Pompeyo; la otra estaba refrendada y sellada en Alejandría, y era la que ahora se presentaba.

109

Cuando se estaban exponiendo esos puntos ante César, y él con más empeño en calidad de amigo y árbitro desapasionado procuraba poner solución a los intereses encontrados de los reyes, se halló con la noticia de que venía todo el ejército del rey marchando hacia la corte.

Las tropas de César no eran suficientes para contraatacar sin riesgo, fuera de la ciudad. La única salida era fortificarse bien dentro de sus alojamientos y ver por dónde atacaba Aquilas. Entre tanto armó a todos sus soldados, y rogó al rey que, de sus personas de confianza, enviase a Aquilas los embajadores más acreditados para hacer desistir a este de guerra alguna.

Fueron en efecto enviados Dioscórides y Serapión, que en su día habían sido embajadores en Roma de Tolomeo el padre, con quien habían intimado mucho. Apenas los vio Aquilas, antes de oír a qué venían, los mandó arrestar y matar al momento. Uno de ellos, inconsciente al primer golpe, fue retirado por los suyos dado por muerto; el otro murió efectivamente.

Con esta demostración logró César tener al rey de su parte. Y a causa de la gran reverencia con que sabía era tratada la majestad real entre los suyos, consiguió persuadir a todos de que aquella guerra se hacía sin consentimiento del rey, solo por la malicia de algunos traidores y forajidos.

110

Es verdad que las tropas de Aquilas no eran para menospreciar, ni por su número, ni por la calidad, ni por la disciplina militar. Llegaban a veinte mil combatientes, que se componían de los antiguos soldados de Gabinio, ya habituados a la manera de vivir de los alejandrinos, y que habían olvidado el nombre y el rigor del Pueblo Romano, los cuales estaban aquí casados y la mayoría tenían hijos; otros eran tropas allegadas de los corsarios y los bandoleros de Siria, de Cilicia y de las provincias fronterizas, aparte de muchos hombres venidos a menos.

Todos nuestros esclavos fugitivos encontraban segura acogida y cierto acomodo en Alejandría sólo con pedir la plaza de soldados. Y si alguno caía en manos de su amo, enseguida acudían en tropel a sacarle de ellas, porque la defensa de cada uno la defendían como propia, sintiéndose ofendidos ellos mismos. Éstas tropas, conforme al estilo antiguo de la soldadesca alejandrina y siempre que se les antojaba, pedían la muerte de los ministros de los reyes, saqueaban las casas de los ricos a fin de aumentar su sueldo, sitiaban el palacio real, derribaban a unos del trono y colocaban a otros en él.

Además de los mencionados, se contaban dos mil hombres a caballo que habían pasado toda su vida en las guerras frecuentes de Alejandría. Éstos habían restituido a Tolomeo padre en su reino, matado a dos hijos de Bibulo y peleado muchas veces contra los propios egipcios; ésta era toda su experiencia en la milicia.

111

Confiado, pues, Aquilas en estas tropas y despreciando el escaso número de los soldados de César se lanzó sobre Alejandría, y encaminándose luego a los cuarteles de César, intentó forzar en el primer ataque el alojamiento de los romanos. Pero éstos, con solo apostar soldados en las bocas de las calles, contrarrestaban su furia.

Al mismo tiempo hubo un choque en el puerto, el cual fue muy reñido y porfiado. Divididas las tropas, al mismo tiempo se peleaba en distintas calles, porque los enemigos en gran número ponían todo su esfuerzo en apresar las galeras arrimadas al muelle. Cincuenta de éstas eran las que habían ido en ayuda de Pompeyo, y que después de la batalla de Farsalia habían dado vuelta hasta aquí. Eran todas de tres y cinco líneas de remos, bien equipadas y tripuladas. Además de éstas había veintidós destinadas a la defensa de la ciudad. Si llegaban a apoderarse de ellas, arruinada la flota de César, quedarían dueños del puerto y de todo el mar, y cortarían el suministro de víveres y cualquier llegada de ayuda a los romanos.

Así que se trabó la pelea con tanto ardor como el caso requería, viendo César que del buen éxito de ella dependía la rápida victoria y asegurar sus propias vidas. Al final César se salió con la suya, quemando todas aquellas naves y las demás reservadas en los arsenales, sabiendo que no era posible defenderlas por tantos flancos y con tan poca gente. Sin detenerse, fue a desembarcar con sus soldados en el Faro.

112

Este Faro es una torre altísima de maravillosa construcción en medio de una isleta del mismo nombre. Esta isla, situada enfrente de Alejandría, forma con ella el puerto, si bien en tiempos antiguos se comunicaba con la ciudad por un dique estrecho y un puente que tenía de largo novecientos pasos. Hay en esta isleta varios caseríos de gitanos y un arrabal comparable a una villa, y viene a ser una madriguera de corsarios que se echan sobre cualquier embarcación que por inadvertencia, o por alguna tempestad, se extravía por allí, y la roban. Por lo demás, si no quieren los que tienen en su poder el Faro es imposible, por ser la garganta estrecha, la entrada de ningún navío en el puerto de Alejandría.

Teniendo en cuenta esto, César, mientras los enemigos estaban más empeñados en el combate, con el desembarco de sus soldados se apodera del Faro y pone un fortín en él; con eso se consiguió el poder proveerse con total seguridad de alimentos y ayuda. En efecto, envió luego a buscarlos por los alrededores y los reunió de las regiones más cercanas.

En las demás partes de Alejandría se prosiguió la refriega sin ventaja por

ninguna de las partes, manteniendo cada cual firme su puesto con pocas muertes a causa de la estrechura de las calles. César, ocupando los lugares más importantes, los fortificó de noche, abarcando entre ellos la pequeña estancia del palacio real donde le alojaron desde el principio, separado por una pared del teatro que servía de alcázar, con salida para el puerto y los arsenales. Estos lugares fuertes los protegió en los días siguientes con nuevas obras, para defenderse con una muralla contra los ataques, y no ser obligado a entrar en combate.

Fue entonces cuando la hija menor del rey Tolomeo, esperando ocupar el trono vacante, se trasladó de la corte al campo de Aquilas y empezó con él a dar órdenes en los asuntos de guerra. Pero pronto riñeron sobre quién tenía que mandar más, competencia que aumentó los problemas de los soldados, ya que cada cual intentaba con sobornos granjearse la voluntad de la tropa. Mientras esto pasaba entre los enemigos, Potino, maestro del rey niño y gobernador del reino, fue cogido con cartas dirigidas a Aquilas en las que le pedía que no desistiese de los ataques ni cayese jamás en el desánimo. Descubiertos y arrestados sus emisarios, fue condenado a muerte por César. Y aquí comenzó la guerra de Alejandría.

PRÓLOGO

El final de la guerra civil la sitúa César en la batalla de Farsalia y la muerte de Pompeyo en Egipto. Es evidente que esa victoria decidió la guerra. Pero después hubo otras -de menor relieve-, que sirvieron para liquidar los residuos que habían quedado: la guerra de Alejandría, que la contó casi toda ella Aulo Hircio, y las guerras de Africa y España que son anónimas, pero que están basadas en notas y palabras del propio César.

A Egipto, como el propio César nos ha contado, llegó en persecución de Pompeyo, que tras ser derrotado en Farsalia fue allí buscando refugio. Los egipcios lo mataron pensando que con ello agradecerían a César, al que ya sabían vencedor, pero se encontraron con que a éste no le gustó el asesinato.

Por otro lado, cuando César llegó a Alejandría encontró que los dos hermanos faraones -Cleopatra y su hermano Tolomeo-, andaban guerreando entre ellos. Roma, por decisión del padre de estos -el anterior faraón- había sido nombrada albacea y garante de que se cumpliera lo previsto en el testamento, donde establecía que ambos hijos debían compartir el trono. Así que César, ya que estaba allí, intervino y terminó nombrando faraón a Cleopatra, una vez que los propios soldados egipcios mataron al hermano. Después puso orden en el país y se dispuso a disfrutar de unos meses de descanso.

Fue entonces cuando se produjo el famoso romance entre César y Cleopatra, la cual, al parecer, terminó totalmente enamorada del romano. La situación era propicia: el vencedor de las Galias y Farsalia ya estaba en la cincuentena; ella apenas tenía diecisiete años, y al parecer más que guapa era sexy. Por otro lado, él venía de años de duras guerras, cuarteles y ranchos, así que se dispuso a divertirse con ella recorriendo el Nilo y visitando las pirámides.

Tras este periodo de descanso y placer volvió a Roma para resolver los asuntos de Estado que más urgían. Después se fue a Africa, y posteriormente a España, en persecución de los hijos de Pompeyo que levantaban un ejército aprovechando las antiguas relaciones de su padre, producto del tiempo en que éste tuvo mando en esas provincias.

Los derrotó definitivamente y volvió a Roma, donde gobernó hasta que lo asesinaron antiguos pompeyanos durante los idus de marzo.

El último libro -el de la Guerra de España- concluye recogiendo las palabras que Cayo Julio César dirigió a los cabecillas sevillanos, reprochándoles que se hubiesen unido al hijo de Pompeyo en contra de Roma y de él.

Las copiamos literalmente:

“XLII Mientras esto pasaba sobre Munda (posiblemente Montilla actual) y Osuna, habiendo viajado César de Cádiz a Sevilla, al otro día tuvo una asamblea general, en la que les recordó que desde el principio de su cuestura había tomado particular afecto a esta provincia entre todas, y que le proporcionó en aquel tiempo cuantos beneficios pudo. Que después, siendo pretor y con algunas más facultades por su cargo, había conseguido del Senado que le perdonase los impuestos que Mételo le había asignado, liberándola de la opresión de sus pagos. Que al mismo tiempo, tomándola bajo su protección, introdujo muchas delegaciones suyas en el Senado y había defendido muchas causas públicas y privadas, acarreándose por ello no pocos enemigos. Que en su consulado, aun estando ausente, había hecho cuantos favores había podido a la provincia, y que a todas estas buenas obras habían respondido con ingratitud para con él mismo y con el Pueblo Romano, tanto en la guerra presente como en las pasadas.

- Vosotros –terminó diciendo César-, que conocéis el derecho de las gentes y de los ciudadanos romanos, pusisteis las manos unas y muchas veces, como bárbaros, en las personas sagradas de los magistrados. En medio del día intentasteis dar muerte alevosamente a Casio en la plaza Pública. Vosotros habéis aborrecido siempre la paz, de tal manera –continuó- que nunca puede menos el Pueblo Romano que tener entre vosotros sus legiones. Los beneficios recibís como injurias, y estimáis por favores los agravios. Así jamás habéis podido conservar la concordia en la paz ni el valor en la guerra. Recibido por vosotros fugitivo el hijo de Pompeyo, siendo un mero particular, se apropió de las banderas y el mando. Levantó tropas contra el Pueblo Romano, dando muerte a muchísimos ciudadanos, y a instancias de vosotros mismos ha asolado vuestros campos y toda la provincia. ¿De quién os imaginabais vencedores? ¿No os dabais cuenta de que, aun destruyéndome a mí, quedaban todavía diez legiones al Pueblo Romano capaces, no sólo de resistiros a vosotros, sino aún de sepultar al mundo en sus ruinas?...”

Aquí terminan los escritos de Julio César que han llegado hasta nosotros.

Adaptación-Traducción: Víctor Saltero

Colaboración: Eva Martínez



Liked This Book?

For More FREE e-Books visit Freeditorial.com